

Aquellos de corazón puro

Día 1: Los de limpio corazón

[Meditación sobre el Salmo 73]

Una vez, cuando compré un coche nuevo, les pedí a mis hijos que no comieran en el asiento trasero para poder mantenerlo bien cuidado. Durante cerca de un año, logré mantener el vehículo limpio sin problemas. Sin embargo, pasado ese tiempo, mi hijo mayor, Dillon, vomitó de repente una gran cantidad en el asiento trasero. Probablemente no había dormido desde la noche anterior por sentirse mal y, finalmente, terminó vomitando dentro del coche. En ese instante, mi hija mayor, Yeri, se tapó la nariz con la mano, diciendo que el olor era terrible. Mi hija menor, Yeeun, también expresó su desagrado comentando que olía mal. Jaja. Afortunadamente, había una gasolinera cerca; conduje rápidamente hasta allí y limpié con una toalla húmeda los restos malolientes del vómito de Dillon, además de limpiar el suelo y los asientos del coche. Este incidente me recordó unas palabras de Jesús, así que hablé con mis hijos para enseñarles una lección. Les expliqué que, si bien la comida en sí misma no es sucia cuando entra en nosotros, lo que sale de nuestro interior huele mal y es impuro. Por ello, traté de enseñarles que debemos proteger bien nuestros corazones de los malos pensamientos, las mentiras, los celos, la envidia y otras cosas pecaminosas.

Debemos proteger nuestros corazones, que son la fuente de la vida. Hemos de guardarlos de las cosas pecaminosas de este mundo. A nuestro alrededor abundan las cosas pecaminosas que buscan contaminar nuestros corazones. Entre aquello que vemos, oímos, sentimos, olemos y tocamos, existen muchos elementos pecaminosos que intentan seducir y corromper nuestro corazón. Al vivir en este mundo pecaminoso y lleno de tales cosas, debemos esforzarnos por mantener la pureza de nuestro corazón. En Mateo 5:8,

Jesús nos dice: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios». Debemos convertirnos en personas bienaventuradas, de corazón puro, capaces de ver a Dios.

En el pasaje de hoy, el Salmo 73, el salmista Asaf declara que Dios es ciertamente bueno con aquellos de Israel que son de limpio corazón (versículo 1). No obstante, Asaf confiesa que estuvo a punto de tropezar (versículo 2). ¿Por qué estuvo a punto de tropezar? ¿Cuáles son los factores que amenazan con hacernos tropezar a nosotros —que busquemos mantener la pureza de corazón—? El salmista Asaf nos enseña sobre tres de estos factores en este pasaje.

En primer lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar porque fue testigo de la prosperidad de los impíos.

Observemos el versículo 3 del Salmo 73: «Porque tuve envidia de los arrogantes al ver la prosperidad de los impíos». Asaf se vio tentado a envidiar a los impíos debido a su prosperidad. Tal envidia por parte de Asaf es totalmente comprensible. Un creyente anciano me hizo una vez esta pregunta: «¿Por qué aquellos que creen en Jesús a menudo luchan contra la pobreza y las dificultades, mientras que quienes no creen en Él tienen mucho dinero y viven bien sin mayores problemas?». Parecía que esta pregunta inquietaba profundamente a aquel creyente. Sin embargo, creo que esta lucha no es exclusiva de él; muchos cristianos se enfrentan al mismo dilema. Esta lucha es peligrosa porque Satanás se aprovecha de ella para engañar a los creyentes y sembrar semillas de envidia en sus corazones. Cuando eso sucede, nosotros, al igual que Asaf, comenzamos a envidiar la prosperidad de los impíos. ¿En qué consiste, entonces, la prosperidad de los impíos? Es, sencillamente, la ausencia de sufrimiento (versículo 5). Además, los impíos gozan de buena salud física (versículos 4 y 5). Viven en paz constante y ven cómo aumenta su riqueza (versículo 12). Estas son cosas que fácilmente podrían despertar la envidia de los justos. Bien podríamos preguntarnos: «Si alguien que no cree en Jesús puede vivir tan bien —sano

y libre de dolor o adversidad—, ¿por qué yo, en cambio, soporto constantemente un sufrimiento tan intenso mientras mi cuerpo se marchita?».

En segundo lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar debido a la arrogancia de los impíos.

Observemos la primera parte del Salmo 73:6: «Por eso la soberbia es su collar». Asaf no solo observó la prosperidad de los impíos, sino también su arrogancia. Podemos considerar la arrogancia de los impíos desde tres perspectivas. La primera es la arrogancia en la acción. Esto se refiere a su violencia. «La violencia los cubre como un manto» (versículo 6). Esto significa que todas sus acciones y expresiones se caracterizan por la tiranía de oprimir y explotar a los demás (Park Yun-sun). La segunda es la arrogancia del corazón. Esto se refiere a sus ojos altivos. Observe el versículo 7: «Sus ojos resaltan por la gordura; los pensamientos de su corazón desbordan los límites». ¿Qué sucede cuando uno está saciado de abundancia? Inevitablemente, sus criterios se vuelven altivos. En otras palabras, la imaginación del corazón no conoce límites, lo que lleva a la persona a acumular riquezas impulsada por la codicia. Como consecuencia, al apropiarse de lo ajeno, se obtienen ingresos que superan con creces las expectativas normales (Park Yun-sun). En tercer lugar, la soberbia de los impíos se manifiesta en la arrogancia de sus palabras. Esto alude al pecado cometido con la boca. Observe los versículos 8 y 9 del texto de hoy: «Se burlan y hablan con opresión maliciosa; hablan con altanería. Dirigen su boca contra los cielos y sus lenguas se pasean ufanas por la tierra». ¿Qué significa esto? La frase «dirigen su boca contra los cielos» denota una actitud de autoexaltación, como si se creyeran tan elevados como los cielos mismos. Por otro lado, que «sus lenguas se pasean ufanas por la tierra» se refiere a una conducta caracterizada por proferir palabras maliciosas dondequiera que van. En resumen, los impíos andan por ahí exaltándose en su soberbia y pronunciando palabras malvadas. Presenciar tal comportamiento en los impíos podría fácilmente hacer tropezar a los justos que sufren.

En tercer lugar, Asaf estuvo a punto de tropezar debido a las personas que seguían a los impíos.

Observe los versículos 10 y 11 del Salmo 73: «Por eso su pueblo se vuelve hacia ellos y bebe aguas en abundancia. Dicen: "¿Cómo puede saberlo Dios? ¿Acaso tiene conocimiento el Altísimo?"». Lo que el salmista Asaf presencié fue el surgimiento de un grupo que adoptaba e imitaba sin espíritu crítico los pensamientos malvados y la mentalidad arrogante de los impíos, lo que resultó en una multitud creciente de seguidores. Al ver esto, Asaf estuvo a punto de tropezar. Quienes imitaban a los impíos caían en la apostasía; dudaban del gobierno providencial de Dios —en el que antes habían creído— y llegaban a pensar que Dios era indiferente a los asuntos de este mundo. ¡Qué desafío tan difícil fue este para Asaf! Ver al propio pueblo de Dios apartarse para seguir a los impíos debió de haber sacudido su determinación, al menos hasta cierto punto. En ese momento, su conclusión respecto a los impíos fue esta: "He aquí, estos son los impíos; siempre tranquilos, aumentan sus riquezas" (v. 12).

¿Cómo crees que reaccionarías si vieras tal prosperidad entre los impíos —al verlos constantemente tranquilos y enriqueciéndose cada vez más? ¿No te sentirías desanimado? ¿No sentirías enojo? ¿Acaso no llegarías incluso a maldecirlos en tu corazón? ¿Cómo reaccionó Asaf ante esta prosperidad de los impíos? En primer lugar, sintió que haber mantenido puro su corazón había sido en vano (v. 13: "Ciertamente en vano he mantenido puro mi corazón y he lavado mis manos en inocencia"). En segundo lugar, se lamentó de su propia vida de aflicción (v. 14: "Porque todo el día he sido afligido y castigado cada mañana"). En última instancia, lo que provocó la queja en el corazón de Asaf —un hombre justo— fue el hecho de que los impíos prosperaban mientras él mismo sufría aflicción (Park Yun-sun). ¿Qué hizo Asaf al enfrentarse a estos pensamientos —al observar la prosperidad de los impíos y la aflicción de los justos? Al principio, intentó encontrarle sentido. En otras palabras, trató de descifrar la "complejidad de la providencia de Dios" utilizando su propio entendimiento limitado (Park Yun-sun). Sin embargo, este esfuerzo solo le causó una gran

angustia mental (v. 16: "Cuando intenté comprender esto, me resultó penoso"). ¿Qué hizo Asaf en medio de esta angustia? Entró en el santuario de Dios. Al hacerlo, llegó a comprender tres cosas.

En primer lugar, Asaf comprendió el fin último de los impíos. Observemos el texto de hoy, el Salmo 73:17: "Hasta que entré en el santuario de Dios; entonces comprendí el fin de ellos". ¿Cuál es el fin de los impíos? Es la "ruina" (v. 18), la "desolación" (v. 19), la "destrucción total" (v. 19) y el ser "objeto de menosprecio" (v. 20). Observemos los versículos 18 al 20: «Ciertamente los has puesto en lugares resbaladizos; los has precipitado a la destrucción. ¡Oh, cómo han sido asolados en un instante! Han sido consumidos por completo por los terrores. Como un sueño al despertar, así, Señor, cuando Tú despiertes, menospreciarás su imagen». La prosperidad de los impíos es pasajera. En poco tiempo, caerán en la ruina. Dios soporta pacientemente sus malas obras —aparentemente como si estuviera dormido—, pero cuando llegue el momento, los castigará, como quien despierta de un sueño.

En segundo lugar, Asaf llegó a comprender el destino final de los justos. ¿Cuál es el destino de los justos? Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 73:24: «Me guías con tu consejo y después me recibirás en gloria». El destino de los justos es, precisamente, que el Señor nos reciba en gloria. El apóstol Pablo también transmite un mensaje de esperanza en Romanos 8:18: «Considero que los sufrimientos actuales no se pueden comparar con la gloria que se revelará en nosotros».

En tercer lugar, Asaf reconoció su propia insensatez e ignorancia. Veamos el pasaje de hoy, el Salmo 73:22: «Mi corazón estaba turbado y traspasado; fui tan insensato e ignorante, como una bestia delante de ti». Asaf —quien en otro tiempo había envidiado la prosperidad de los impíos y albergado quejas dolorosas y punzantes nacidas de esa envidia— comprendió cuán insensato había sido solo al entrar en el santuario de Dios. En consecuencia, se arrepintió y se reprochó a sí mismo haber actuado con la insensatez de una «bestia».

Tras haber comprendido así el destino de los impíos y su propia identidad ante Dios al entrar en el santuario, Asaf hace tres hermosas confesiones en los versículos 23 al 28 del Salmo 73.

La primera confesión de Asaf fue: «Has sostenido mi mano derecha». Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 73:23: «Siempre estoy contigo; has sostenido mi mano derecha». Asaf, que estuvo a punto de tropezar al ver la prosperidad y la arrogancia de los impíos y de quienes los seguían, fue preservado de caer porque el Señor sostenía su mano derecha; en cambio, fue guiado por el consejo del Señor (versículo 24). ¿Cuál fue el consejo que el Señor dio para guiar a Asaf? Fue la revelación que recibió en el santuario sobre el fin último de los impíos y de los justos. ¿Cuál es el fin de los justos? Que el Señor les conceda gloria en la vida venidera.

La segunda confesión de Asaf fue: «Me es bueno acercarme a Dios». Observemos el Salmo 73:28, el pasaje de hoy: «Pero en cuanto a mí, bueno es estar cerca de Dios. He hecho del Señor Soberano mi refugio; contaré todas tus obras». Asaf decidió depositar su confianza eterna en Dios —la roca de su corazón y su porción eterna—, independientemente de las dificultades físicas o emocionales que pudiera enfrentar.

La tercera confesión de Asaf fue: «No hay nada en la tierra que desee fuera de Ti». Veamos el Salmo 73:25: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y en la tierra nada deseo fuera de ti». Un creyente de corazón puro, tras haberse encontrado con Dios en el santuario, no envidia la prosperidad de los impíos mientras vive en esta tierra. Tal creyente no vive cometiendo pecados nacidos de la arrogancia, codiciando riquezas, evitando el sufrimiento y el dolor, ni llenando vorazmente solo su propio vientre. En cambio, al comprender el destino final tanto de los impíos como de los justos, no desea nada más en este mundo que al Señor mismo. Me viene a la mente el himno número 102:

Nada es más precioso que el Señor Jesús; no puedo cambiarlo por las riquezas (el honor, la felicidad) de este mundo...

Estrofa 1. No puedo olvidar ese amor asombroso: Él murió en mi lugar, cuando yo estaba espiritualmente muerto.

Estrofa 2. Los placeres mundanos que alguna vez disfruté no pueden arrebatarme el amor por el Señor.

Estrofa 3. Aun cuando surgen tentaciones y persecuciones, la determinación de mi corazón de servir al Señor permanece inalterable.

(Coro)

He dejado atrás todos los placeres y el orgullo mundanos; nada es más precioso que el Señor Jesús...

No hay nadie más que Jesús.

Así como Satanás estuvo a punto de hacer tropezar a Asaf —un hombre de corazón puro—, se esfuerza por hacernos tropezar a nosotros incitando la envidia ante la prosperidad de los impíos. Satanás también busca hacernos tropezar haciendo que nos fijemos en las multitudes que siguen a los impíos. ¿Qué debemos hacer, entonces? Al igual que el salmista Asaf, debemos entrar en el santuario de Dios. Allí, debemos comprender el destino final de los impíos y el destino final de los justos. También debemos reconocer, tal como lo hizo Asaf, nuestra propia insensatez e ignorancia. Cuando lo hagamos, nosotros también podremos hacer hermosas declaraciones como las de Asaf: «Has sostenido mi mano derecha», «Para mí es bueno acercarme a Dios» y «¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti?».

Día 2: “Los vivos lo tomarán muy en cuenta”

[Meditación sobre Eclesiastés 7:1-4]

«Mejor es el buen nombre que el buen ungüento, y mejor el día de la muerte que el día del nacimiento; mejor es ir a la casa del luto que ir a la casa del banquete, porque aquello es el fin de todos los hombres, y los vivos lo tomarán muy en cuenta. Mejor es la tristeza que la risa, porque la tristeza del rostro mejora el corazón. El corazón del sabio está en la casa del luto, pero el corazón del necio está en la casa del banquete» (Eclesiastés 7:1-4).

Recuerdo un noticiero coreano de la cadena YTN, emitido a las 11 de la noche hace algún tiempo. La noticia trataba sobre un lugar llamado «Centro de Experiencia del Final de la Vida» en Gyeonggi-do, Corea del Sur; allí, las personas se tomaban fotografías de retrato, redactaban sus testamentos y los leían en voz alta. Luego, llevaban sus fotos a una sala funeraria y leían nuevamente sus testamentos para experimentar realmente la muerte. También vi que la mayoría de quienes buscaban vivir esta experiencia lloraban, especialmente al leer sus testamentos. No se limitaban a leer el documento, sino que iban un paso más allá: hacían que la persona en cuestión entrara en el ataúd. Después, otra persona vertía lentamente tierra sobre el ataúd con una pala. Al ver cómo dejaban cierta distancia entre el ataúd y la pala para producir el sonido característico de la tierra al caer, pensé que, si los vivos escucharan ese sonido desde el interior del ataúd, experimentarían la muerte con mayor profundidad. Las reacciones de quienes vivieron personalmente esta experiencia fueron, en su mayoría, un deseo de vivir más tiempo. También comentaron que, durante el proceso, pensaron sobre todo en sus familias. Al escuchar la entrevista con el director del centro, este explicó que había puesto en marcha el programa para ayudar a la

gente a prepararse para morir bien en una época que persigue con tanto ahínco el «bienestar». Quizás al ver esta noticia uno piense: «Hoy en día se les ocurre cualquier cosa», pero, personalmente, me parece una idea excelente. Si una experiencia así ayuda a las personas a comprender verdaderamente la realidad de la muerte y a prepararse para ella, ¿no es acaso algo bueno? En el pasaje de hoy, tomado de Eclesiastés 7:2, el rey Salomón — el sabio autor del libro— afirma: «y los vivos lo tomarán en cuenta». ¿Qué es «esto»? Es el hecho de que la muerte es el destino final de todos nosotros. Observemos el versículo: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete, porque la muerte es el destino de todo hombre...». Necesitamos reflexionar profundamente sobre nuestra propia mortalidad. Debemos considerar seriamente el hecho de que, un día, nosotros también bajaremos de este tren y llegaremos a nuestro destino final. Es preciso que contemplemos constante y seriamente cómo debemos vivir a la luz de esa muerte inevitable. ¿Cómo podemos hacerlo? El rey Salomón nos ofrece un enfoque sabio en este mismo versículo: «ir a la casa del luto» (v. 2). En otras palabras, asistir a un funeral es una manera excelente de reflexionar sobre la muerte. Quizás no exista mejor forma de contemplar profundamente nuestra propia mortalidad que asistiendo a un funeral. Al llorar al difunto, nos vemos impulsados a considerar el tipo de muerte que nos aguarda a nosotros, los que permanecemos en este mundo. Personalmente, cada vez que asisto a un funeral y percibo con mayor intensidad la realidad de la muerte, a menudo cruza mi mente un pensamiento específico: para morir bien, debo vivir bien. En última instancia, la sensación de muerte que evoca un funeral me brinda la oportunidad de reflexionar sobre cómo llevar una vida buena.

Para morir bien, debemos vivir bien. Pero ¿qué significa vivir bien? ¿Cómo podemos saber si estamos llevando una vida buena? Parece que el hecho de haber vivido una vida buena —o no— solo puede evaluarse verdaderamente después de la muerte. ¿Cómo podemos saberlo, entonces? Podemos encontrar la respuesta considerando nuestro nombre. En otras palabras, podemos comprender la naturaleza de la vida que hemos vivido observando si la gente habla bien de nuestro nombre cuando piensa en nosotros durante nuestro funeral. Un antiguo proverbio afirma que toda persona tiene tres nombres: (1) el nombre que le dan sus

padres, (2) el nombre por el cual otros nos llaman y (3) el nombre que nosotros mismos adquirimos. ¿Qué clase de nombre estamos adquiriendo? Como creyentes en Jesús, debemos reflexionar sobre si nuestro nombre es uno que recibe elogios no solo de Dios, sino también de las personas, por haber vivido una vida justa. Proverbios 10:7 recoge las palabras del sabio: «La memoria del justo será bendita, mas el nombre de los impíos se pudrirá». Esto significa que el nombre del justo es alabado al ser recordado después de la muerte; es un nombre bendito. Para tomar prestadas las palabras del texto de hoy en Eclesiastés 7:1, es un «buen nombre». El rey Salomón, el sabio, declara que este buen nombre es mejor que el «buen ungüento». Un buen nombre es más valioso que las riquezas terrenales.

Sin embargo, ¿cuál es el problema? Que el instinto humano prefiere ir a la casa del banquete antes que a la casa del luto. Dicho de otro modo, a la luz del pasaje de hoy —Eclesiastés 7:3—, preferimos la risa a la tristeza. Como interpreta el Dr. Park Yun-sun, la gente prefiere entregarse a los placeres físicos antes que visitar a la familia afligida del difunto. No obstante, tal como afirmó el rey Salomón, el sabio, en Eclesiastés 2:11, tales placeres físicos son vanos. En otras palabras, disfrutar de placeres mundanos en un banquete no aporta ningún beneficio a los ojos de Dios. En cambio, Salomón enseña que lo verdaderamente beneficioso ante Dios es visitar la casa del luto y experimentar la tristeza. ¿Por qué dice que la tristeza es mejor que la risa? La razón es que «la tristeza del rostro mejora el corazón» (versículo 3). ¿Qué significa esto? Significa que contemplar la muerte ablanda nuestros corazones (Park Yun-sun). Cuando nuestros corazones se ablandan, no desperdiciamos la vida persiguiendo placeres mundanos y vanos. Por el contrario, con un corazón sensible, obedecemos humildemente la palabra de Dios y vivimos una vida que le agrada. Por eso el rey Salomón nos dice en Eclesiastés 7:4: «El corazón de los sabios está en la casa del luto, mas el corazón de los necios, en la casa donde hay alegría».

Nuestros corazones no deben estar en la casa del placer. En otras palabras, no debemos poner el corazón en banquetes donde se disfrutaban placeres físicos. Más bien, nuestros

corazones deben estar en la casa del luto. Deberíamos preferir asistir a los funerales. En un funeral, debemos reflexionar sobre nuestra propia mortalidad ante la muerte del difunto; pues nosotros también habremos de partir cuando el Señor nos llame. La razón es que la muerte es el destino final de todos nosotros (versículo 2). Por tanto, al contemplar nuestra propia mortalidad, debemos considerar cómo vivir cada día de una manera que sea hermosa a los ojos de Dios. Deberíamos dejar tras de nosotros un «buen nombre» en este mundo: un nombre hermoso grabado en los corazones de nuestros hijos y descendientes. ¿Cuál es el nombre más hermoso de todos? Debemos tener presente que no es otro que «Jesús». Como creyentes en Jesús, debemos vivir vidas que reflejen su semejanza, dejando así recuerdos de Jesús en nuestros descendientes y en los vecinos que algún día asistirán a nuestros funerales. De este modo, cuando nuestros hijos, descendientes o incluso vecinos piensen en nuestros nombres durante nuestros funerales, deberían surgir palabras de sincera alabanza. Además, mientras las personas lamentan nuestra partida, sus voces deberían resonar con gratitud y alabanza a Dios.

Día 3: La muerte no es el final

[Meditación sobre Hechos 20:31, 35]

«Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno... En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir"» (Hechos 20:31, 35).

Al meditar en la Palabra de Dios, hay una perspectiva que el Espíritu Santo está sembrando en mi corazón. Una de estas visiones es que el hombre viene del polvo y vuelve al polvo. En otras palabras, la perspectiva que el Espíritu Santo planta en mi corazón a través de la Palabra de Dios es una perspectiva de la muerte. Observemos Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón». Por lo tanto, aunque ahora estoy vivo, vivo mi vida contemplando la muerte que me aguarda en el futuro. Oro, reflexiono y me esfuerzo por vivir una vida agradable a los ojos de Dios en esta tierra, vista desde la perspectiva de la muerte. En medio de esto, tras predicar sobre Hechos 20:17-38 en la reunión de oración matutina, el pensamiento «La muerte no es el final» seguía viniendo a mi mente mientras oraba. Por supuesto, también sé que la muerte no es el final, pues creo que existe un mundo después de la muerte. Al reflexionar sobre la vida venidera, me di cuenta de que la muerte no es el final; no solo por lo que hay más allá, sino por los recuerdos que dejamos en los seres queridos que permanecen en la tierra, ya sean nuestra familia física o nuestra familia espiritual en la iglesia. En otras palabras, dado que partimos habiendo creado recuerdos a través de las relaciones que el Señor nos ha concedido —con familiares, parientes,

miembros de la iglesia, amigos y vecinos—, la muerte no es una conclusión definitiva. Aunque al morir dejamos este mundo para ir al cielo, nuestros seres queridos permanecen aquí, llevando nuestros recuerdos en sus corazones mientras continúan con sus vidas; Por tanto, creo que la muerte no es el final. Adoptar esta perspectiva me impulsó a arrodillarme ante el Señor y orar sobre cómo debía vivir el resto de mi vida en la tierra.

Otro aspecto de la visión de la vida que Dios está infundiendo en mí a través de Su Palabra es que «la vida consiste en crear recuerdos». Nuestro tiempo en la tierra es un ciclo continuo de encuentros y despedidas. En medio de estos encuentros y despedidas, construimos recuerdos a través de nuestras relaciones con los demás durante el tiempo que compartimos. Podemos crear recuerdos maravillosos o, sin querer, crear otros desagradables. Por ello, debemos reflexionar sobre el tipo de recuerdos que estamos sembrando en la vida de los demás mediante las relaciones que Dios, en Su soberanía, nos concede. Esto se debe a que los recuerdos que sembramos seguirán influyendo en esas personas incluso después de que hayamos fallecido. Pensemos en nuestras propias familias, por ejemplo: tenemos la capacidad de dejar a nuestros familiares recuerdos entrañables, pero también podemos dejarles recuerdos dolorosos. Si partimos de este mundo habiendo sembrado buenos recuerdos en los corazones de nuestros familiares —en lugar de aquellos no deseados o desagradables—, entonces, incluso después de morir, seguiremos ejerciendo una influencia positiva en sus vidas. Por el contrario, si dejamos este mundo habiendo sembrado más recuerdos negativos, seguiremos teniendo un impacto perjudicial en sus vidas incluso después de la muerte. Por eso, esta misma mañana, me vino a la mente la idea de que «la muerte no es el final».

Tras proclamar la Palabra basada en Hechos 20:17-38 y orar en la reunión de oración de esta mañana, reflexiono una vez más sobre el pasaje. Deseo centrarme especialmente en los versículos 31 y 35. La razón es que ambos versículos contienen la palabra «recordar» (o el imperativo «debéis recordar»). Quisiera reflexionar sobre cómo se comportó el apóstol Pablo entre los santos durante sus tres años en Éfeso (versículo 18) —y qué tipo de

recuerdos sembró en sus corazones—, lo cual le llevó a instar a los ancianos de Éfeso a «recordar» durante su discurso de despedida.

En primer lugar, el apóstol Pablo sembró la Palabra de Dios en los corazones de los santos de la iglesia de Éfeso. Observemos el texto de hoy, Hechos 20:31: «Por tanto, velad, y acordaos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno». Pablo había hecho llamar a los ancianos de la iglesia de Éfeso para reunirse con ellos en Mileto (versículo 17); mientras les dirigía su discurso de despedida, los exhortó a recordar cómo había pasado tres años —incesantemente, día y noche, y con lágrimas— amonestando a cada individuo (versículo 31). ¿Por qué instó el apóstol Pablo a los ancianos de la iglesia de Éfeso a «recordar» sus amonestaciones pasadas? La razón es que preveía cómo, tras su partida, entrarían en medio de ellos «lobos rapaces» (v. 29) —que arrastrarían a los discípulos tras de sí y hablarían cosas perversas (v. 30)—, buscando finalmente engañar al «rebaño» de la iglesia de Éfeso (v. 29) y hacer que abandonaran la fe. En otras palabras, sabiendo que unos herejes se infiltrarían en la iglesia, engañarían a los creyentes y llevarían a algunos a apartarse de la fe mediante enseñanzas tergiversadas, Pablo exhortó encarecidamente a los ancianos —los supervisores de la iglesia (v. 28)— a recordar cómo había pasado tres años, día y noche sin cesar, amonestando a cada persona con lágrimas. ¿Comprendemos verdaderamente el corazón del apóstol Pablo en este asunto?

Intenté aplicar los sentimientos de Pablo a mi propia familia para comprender mejor su corazón. Me imaginé en el umbral de la vida y la muerte —como cabeza de familia, teniendo que dejar atrás en este mundo a mi amada esposa y a mis tres hijos— y me pregunté qué le diría a mi esposa. Me cuestioné si, en ese momento de confiar a mis tres hijos a su cuidado, podría ofrecerle el mismo tipo de exhortación que Pablo dio a los ancianos de la iglesia en Éfeso. Creo que le diría algo así a mi amada esposa: "Recuerda, querida esposa. Recuerda lo que procuré sembrar durante el tiempo que compartí contigo y con nuestros hijos. Me esforcé por inculcar en ti y en nuestros tres hijos el mandamiento de amar a Jesús. Espero que lo recuerdes. Y aun después de que yo me haya ido, espero que ames a Jesús el doble.

También espero que el ver cómo amas a Jesús de esa manera quede arraigado en los corazones de nuestros tres hijos". La razón por la que creo que podría decirle esto a mi esposa ante la muerte es que, incluso antes de conocerla —mientras oraba por la familia que el Señor finalmente edificaría—, una de mis dos peticiones clave de oración fue esta: "Que yo ame a mi esposa con el amor de Dios, y que ella también me ame con el amor de Dios". ¿Qué significa realmente amar a mi esposa o a mis tres hijos con el amor de Dios? Como se afirma en Juan 14:21, significa guardar los mandamientos de Dios. Y para guardar los mandamientos de Dios, debemos sembrar la Palabra de Dios en nuestros corazones. Es mi responsabilidad guiar a mi esposa e hijos a amar la Biblia y a leer, escuchar, aprender y obedecer la Palabra de Dios escrita en ella, demostrando al mismo tiempo mi propio compromiso con esa Palabra. Al enfrentar la perspectiva de la muerte, esta mañana reflexiono sobre el inmenso peso de mi responsabilidad: ¿estoy cumpliendo fielmente con mis deberes hacia mi amada esposa e hijos, así como hacia mi familia espiritual en Victory Church? Me pregunto si, al igual que el apóstol Pablo, podría exhortarlos fervientemente —incluso después de mi partida— a recordar la Palabra de Dios que les enseñé con diligencia, advirtiéndoles contra la infiltración y el engaño de las herejías que sirven como tentaciones de Satanás. Debemos convertirnos en una familia y una iglesia que se mantengan firmes en la Palabra de Dios, permaneciendo fieles en nuestro caminar de fe hasta el día en que nos encontremos con el Señor, sin volver jamás la espalda a Jesús, a pesar de los engaños de Satanás. Me pregunto: ¿realmente los estoy amonestando con la Palabra de Dios —día y noche, sin cesar y con lágrimas— para que lleguen a ser personas así? ¡Qué tremenda bendición sería si, incluso después de mi muerte, mis hijos y mi familia de la iglesia recordaran la Palabra de Dios que enseñé y si, aferrándose a ella, vivieran su fe fielmente y triunfaran en sus batallas espirituales! Reflexiono sobre cuán feliz sería como esposo, padre y pastor si —aunque la persona conocida como "James" fuera olvidada— ellos recordaran la Palabra que Dios habló a través de mí, la obedecieran y mantuvieran su fe mientras libran la batalla espiritual con la certeza de la victoria. ¿Qué debo hacer, y cómo debo proceder, para alcanzar tal bendición y felicidad? Así como el apóstol Pablo, durante sus tres años en Éfeso, enseñó sin reservas a los creyentes todo lo que les convenía —ya fuera en público o

de casa en casa (v. 20)—, también yo recuerdo la necesidad de enseñar diligente y fielmente la beneficiosa Palabra de Dios a mi familia y a los miembros de mi comunidad eclesial durante el tiempo que comparto con ellos. Además, tal como Pablo encomendó a los ancianos de la iglesia de Éfeso al Señor y a la palabra de su gracia —Aquel capaz de edificarlos y darles herencia entre todos los santificados (v. 32)—, yo también encomiendo a mi amada familia y a los miembros de la Iglesia Presbiteriana Victory (el cuerpo de Cristo) al Señor y a la palabra de su gracia. Creo que el Señor edificará firmemente a los hijos de Dios mediante su Palabra. Por ello, esta mañana me consagro de nuevo al Señor. Me comprometo a sembrar diligentemente la Palabra de Dios en los corazones tanto de mi familia física como de mi familia espiritual: los miembros de la iglesia que aman la Palabra de Dios.

En segundo lugar, el apóstol Pablo inculcó la imagen de Jesús en los creyentes de la iglesia de Éfeso. Observemos el texto de hoy, Hechos 20:35: «En todo os he enseñado que, trabajando así, debemos ayudar a los débiles y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir"». En este pasaje, mientras pronuncia su discurso de despedida ante los ancianos de la iglesia de Éfeso, Pablo habla de cómo dio ejemplo en todo durante los tres años que pasó con los creyentes, y exhorta a los ancianos a recordar las palabras de Jesús. ¿Cuáles son esas palabras de Jesús? Son: «Más bienaventurado es dar que recibir». Pablo, al instarlos a recordar estas palabras, dice a los ancianos de la iglesia de Éfeso que dio ejemplo a todos los creyentes de allí en todos los aspectos, obedeciendo la enseñanza de Jesús de que «más bienaventurado es dar que recibir». Como ejemplo, Pablo afirma que no codició la plata, el oro ni la ropa de nadie (versículo 33). En resumen, dice a los ancianos que estaba libre de codicia. La razón es que una persona codiciosa no puede obedecer la enseñanza de Jesús de que dar es más bienaventurado que recibir; por el contrario, la persona codiciosa cree y actúa según lo opuesto: que recibir es más bienaventurado que dar. El apóstol Pablo no solo estaba libre de codicia, sino que también trabajó con sus propias manos para mantenerse a sí mismo y a sus compañeros (versículo 34). No tomó nada de los creyentes en Éfeso; más bien, les dio.

¿Qué les dio? Les proclamó sin reservas todo el propósito de Dios (versículo 27). Enseñó y proclamó —sin retener nada— todo lo que les era beneficioso, ya fuera en público o de casa en casa (versículo 20). En Éfeso, dio testimonio tanto a judíos como a griegos sobre el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo (versículo 21). Pablo no predicaba meramente con los labios; daba testimonio de la fe en Jesucristo a través de su vida y proclamaba la voluntad de Dios mediante su propia existencia. Esa voluntad de Dios consiste en servir al Señor. Por ello, dice a los ancianos que sirvió al Señor con toda humildad y con lágrimas, soportando las pruebas que se le presentaron (versículo 19). Aunque Pablo se sintió impulsado por el Espíritu Santo a ir a Jerusalén (v. 22) —y a pesar de saber, por el testimonio del Espíritu en cada ciudad, que le esperaban el encarcelamiento y las adversidades (v. 23)—, expresó a los ancianos de la iglesia de Éfeso su determinación respecto a la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios (la cual constituía la voluntad divina para él) con estas palabras: «No estimo mi vida como algo valioso para mí mismo, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (v. 24). Pablo valoraba el cumplimiento de la voluntad de Dios —específicamente, la obra de dar testimonio del evangelio— por encima de su propia vida. En otras palabras, estaba dispuesto a entregar su vida para llevar a cabo la voluntad de Dios. Es esta vida ejemplar la que Pablo insta a los ancianos de la iglesia de Éfeso a recordar.

Al reflexionar sobre el ejemplo de vida de Pablo, recuerdo a mi padre. También pienso en el título del libro del difunto Henri Nouwen: **Una persona que recuerda a los demás a Jesús**. Además, recuerdo el himno 507, "Aquel que emula el corazón del Señor", que cantamos dos veces durante el servicio de oración de esta mañana. Oro a Dios: "Señor, deseo emular el corazón de Jesús. Deseo llegar a ser como Jesús. Por favor, haz de mí una persona que recuerde a los demás a Jesús". En cuanto a mi familia, una de las dos peticiones de oración que he mantenido desde antes de casarme es esta: "Que mi cónyuge (mi actual esposa) vea la imagen de Jesús en mí, y que yo también vea la imagen de Jesús en ella". Desde que comencé a orar hasta el día en que el Señor me llame a su presencia, mi anhelo ha sido

emular la imagen de Jesús. Por ello, creo que si logro mostrar aunque sea un destello de la imagen de Jesús a mi amada esposa y a mis tres hijos antes de morir, ese sería el mayor regalo que podría ofrecerles. Es por eso que, durante el servicio de oración de esta mañana, canté el himno 518, específicamente la cuarta estrofa: "Deseo ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, deseo ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, sinceramente, deseo ser como Jesús; sinceramente". Esta es mi oración ferviente. Oro con tal fervor porque creo que el ministerio de quien emula a Jesús continúa incluso después de la muerte. En otras palabras, creo que para aquellos que se esfuerzan por ser como Jesús, los buenos recuerdos sembrados en los corazones de los amados hermanos y hermanas —cultivados al demostrar el ejemplo de Jesús mientras vivían— siguen obrando en sus corazones incluso después de que la persona ha fallecido. Debemos valorar a aquellas personas que nos recuerdan a Jesús —personas que permanecen vivas en nuestros corazones aun después de la muerte— y los hermosos recuerdos sembrados en nosotros a través de nuestros encuentros y nuestra comunión con ellos en el Señor. Quienes guardan tales recuerdos hermosos en lo profundo de sus corazones son verdaderamente bendecidos y genuinamente ricos.

Llegará el momento. Sin duda, llegará el día en que debamos dejar este mundo e ir a estar con el Señor. Con esta perspectiva sobre la muerte, debemos valorar los encuentros que Dios nos concede mientras vivimos en este mundo. Hemos de comprometernos a crear hermosos recuerdos en el Señor a través de dichos encuentros. Aunque nuestra naturaleza pecaminosa pueda llevarnos a causarnos mutuamente recuerdos dolorosos, debemos esforzarnos por crear una abundancia de buenos recuerdos en el Señor: recuerdos que, a la larga, puedan eclipsar a los malos. A medida que se acerca el momento de nuestra inevitable despedida, debemos aprovechar los buenos recuerdos que el Señor nos ha dado para ejercer una influencia positiva los unos en los otros. Mediante esta influencia positiva mutua, debemos procurar que la voluntad del Señor se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo. En otras palabras, debemos servir al Señor con humildad, lágrimas y paciencia, y dedicar nuestra propia vida a la obra de proclamar su Evangelio. Con este

sentido inquebrantable de misión, debemos prepararnos para el momento en que nos separemos de nuestros seres queridos, preparándonos para esa separación temporal en la tierra. Oro fervientemente para que, teniendo presente la realidad de la muerte, creamos muchos recuerdos hermosos que reflejen la fragancia de Jesús en los encuentros que Él nos concede, ejerciendo así una influencia positiva en nuestros seres queridos incluso después de haber partido de este mundo.

Día 4: ¿Quién es un verdadero cristiano?

[Meditación sobre Romanos 2:17-29]

En el libro *¿Soy auténtico o falso?* (*Am I Real or Fake?*), del pastor A. W. Tozer —quien fue llamado profeta del siglo XXI—, hay un capítulo titulado "Autodiagnóstico para un verdadero cristiano". En él, el pastor Tozer plantea siete preguntas de autodescubrimiento para ayudarnos a identificar a un verdadero cristiano. Aunque estas preguntas no puedan revelarlo todo sobre nosotros, serán de ayuda, al menos en parte. Espero que se hagan estas preguntas en este momento: Primero, ¿qué es lo que más deseo? Segundo, ¿en qué pienso más a menudo? Tercero, ¿cómo gasto mi dinero? Cuarto, ¿cómo empleo mi tiempo libre? Quinto, ¿con quiénes me relaciono? Sexto, ¿a quién respeto y qué me entusiasma? Y séptimo, ¿qué me hace reír? Al plantear estas preguntas, el pastor Tozer identificó ocho tipos de personas "falsas":

a. El falso es "instantáneo": "El cristianismo instantáneo tiende a enseñar que todo queda resuelto con un solo acto de fe. En consecuencia, sofoca el deseo de anhelar un mayor progreso espiritual".

b. El falso descuida la transformación del carácter: "Liberarse de la ilusión de que los problemas se resolverán con el paso del tiempo es el primer paso para solucionarlos. Lo que necesitamos no es tiempo, sino cambio. Solo Dios puede cambiarnos".

c. d. El falso busca el perdón de los pecados mediante las obras: "Los intentos de obtener el perdón a través de las obras nunca pueden tener éxito, porque nadie puede saber cuántas buenas acciones deben acumularse para compensar las propias faltas".

e. El falso menosprecia los credos: "No debemos decir que podemos experimentar los misterios de Dios sin conocimiento doctrinal y que tal experiencia es suficiente. La verdad es algo que puede articularse, y un credo es simplemente la articulación de esa verdad".

f. El falso resta importancia a la teología: "La teología es esencial para vivir rectamente en este mundo y alcanzar el reino eterno de los cielos. Enfrentamos muchas dificultades porque aprendemos con gran esfuerzo, pero olvidamos con mucha facilidad. Por lo tanto, debemos decidir firmemente estudiar teología". g. La falsificación pasa por alto las emociones: «No debemos temer ni ignorar nuestras emociones, pues son una parte normal de nosotros, dada por Dios cuando nos creó».

h. La falsificación carece de equilibrio espiritual: «La verdad es como un ave; no puede volar con una sola ala. Sin embargo, en nuestra insensatez, intentamos volar aleteando frenéticamente con un ala mientras mantenemos la otra inmovilizada».

En el pasaje de hoy —Romanos 2:28-29—, el apóstol Pablo, al escribir a los creyentes de Roma, habla de «un judío que lo es exteriormente» y de «un judío que lo es interiormente». ¿Por qué el apóstol Pablo, en su carta a los santos en Roma, habla del «judío en lo exterior» y del «judío en lo interior»? La razón es enseñar a aquellos creyentes judíos —quienes, por un sentido de superioridad espiritual, condenaban («juzgaban») a sus hermanos gentiles en lugar de perdonarlos— que ser judío en lo exterior no convierte a alguien en un verdadero judío; más bien, el verdadero judío es aquel que lo es en lo interior. Al meditar en esta enseñanza de Pablo, me pregunté: «¿Quién es, entonces, un verdadero cristiano y quién es meramente un cristiano en lo exterior; es decir, alguien que parece cristiano solo en la superficie?».

Consideremos primero al «cristiano en lo exterior» (el cristiano superficial).

En primer lugar, el cristiano superficial se llama a sí mismo «cristiano».

En el pasaje de hoy, Romanos 2:17, vemos que los judíos que lo eran solo en lo exterior se referían a sí mismos como «judíos». ¿Por qué se llamaban «judíos» aunque no lo eran verdaderamente? Porque poseían un sentido de privilegio. En tiempos de Pablo, estos judíos se identificaban con orgullo como «judíos» porque creían que solo ellos poseían derechos especiales otorgados por Dios. ¿Cuáles eran estos privilegios especiales de Dios de los que se jactaban? Podemos identificar tres aspectos principales: pertenecer al pueblo escogido, confiar en la ley y tener una relación especial con Dios (NICNT). Así, impulsados por un sentido de privilegio respecto a su relación especial con Dios y un sentimiento de superioridad espiritual, estos judíos superficiales se jactaban de Dios ante sus hermanos gentiles dentro de la misma comunidad (versículo 17). Aunque tal jactancia pueda parecer, en la superficie, una exaltación de Dios, en el fondo es en realidad una forma de jactarse de uno mismo.

De la misma manera, los «cristianos superficiales» —aquellos que parecen cristianos solo por fuera— albergan un sentido de derecho propio. Buscan ejercer privilegios especiales dentro de la iglesia que creen que les pertenecen solo a ellos. Aunque parecen jactarse de Dios, en lo profundo de sus corazones —donde Dios todo lo ve— se deleitan secretamente en exaltarse a sí mismos por orgullo y superioridad espiritual. Su objetivo final es obtener gloria personal y el reconocimiento de los demás; por consiguiente, anhelan la alabanza humana. La Biblia declara que la ira de Dios... (1:18–32) y el juicio (2:1–16) aguardan a aquellos que, aun profesando ser cristianos, se creen con derecho a privilegios, se jactan de sí mismos e insisten en tener derechos especiales dentro de la iglesia.

En segundo lugar, los cristianos superficiales se consideran a sí mismos verdaderos cristianos.

En el pasaje de hoy —Romanos 2:19–20— vemos que los judíos superficiales se creían guías y maestros de los ciegos, de los que estaban en tinieblas, de los insensatos y de los inmaduros. Sin embargo, resulta sorprendente que estos judíos superficiales no se dieran cuenta de que *ellos* eran quienes estaban ciegos, en tinieblas, eran insensatos e inmaduros. La causa raíz de esta ignorancia era la superioridad espiritual; en otras palabras, el orgullo. El orgullo nos ciega. El orgullo espiritual nos impide reflexionar sobre nuestras propias debilidades y carencias; por el contrario, nos lleva a resaltar las debilidades y defectos de otros creyentes, comparándolos sutilmente con nosotros mismos para jactarnos de nuestra superioridad. Creo que este fenómeno es particularmente evidente entre quienes hablan como si supieran mucho. La razón es que aquellos que reconocen su falta de conocimiento tienden a mantenerse humildes en su ignorancia, poseyendo un deseo y un celo genuinos por aprender; en cambio, quienes llevan mucho tiempo activos en la vida de la iglesia y conocen bien la Biblia a menudo sucumben a una sensación de superioridad espiritual y al deseo de exaltarse a sí mismos. Como resultado, terminan perturbando la paz de la iglesia y causando problemas.

En tercer lugar, a los cristianos superficiales les encanta enseñar a los demás, pero no se instruyen a sí mismos.

En el pasaje de hoy, Romanos 2:21, Pablo escribe a los santos de Roma —dirigiéndose específicamente a los creyentes judíos— con estas palabras: «Tú, pues, que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo?». «Tú que predicas contra el robo, ¿robas?». Como receptores de la Ley dada por Dios a través de Moisés, estos creyentes judíos confiaban en la Ley (v. 17) y creían erróneamente que comprendían la voluntad de Dios mediante sus enseñanzas (v. 18); en su arrogancia, se complacían en instruir a los demás. Si bien se mostraban deseosos de enseñar las prohibiciones de la Ley —tales como «no robes» (v. 21), «no cometas adulterio» y «aborrece los ídolos» (v. 22)—, no aplicaban estas lecciones a sus propias vidas y cometían los mismos pecados. Por ello, en los versículos 23 y 24, Pablo los reprende: «Tú que te jactas de la Ley, ¿deshonras a Dios al quebrantarla? Tal como está escrito: "El nombre

de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de ustedes"». La razón por la que alguien puede parecer poseer un amplio conocimiento bíblico —e incluso impartir enseñanzas bíblicamente correctas— y, sin embargo, dar la impresión de ser «hipócrita», es que, aunque tenga habilidad para enseñar a otros, ha fallado en enseñarse a sí mismo.

Una vez le enseñé a mi hija menor, Ye-eun, que la «paciencia» significa «esperar con buena actitud». Sin embargo, no logré enseñarme paciencia a mí mismo. Si bien es ciertamente deber de los padres transmitir lecciones bíblicas a sus hijos, yo había descuidado el paso previo de instruirme a mí mismo delante de Dios. En consecuencia, al intentar enseñar a mi hija sobre la paciencia sin encarnarla yo mismo, inevitablemente fracasé en dejar una huella duradera en su corazón. El Dr. Park Yun-sun comentó una vez: «La instrucción impartida por una persona así no nace de un motivo de compasión hacia los demás, sino de la arrogancia o el desprecio. Tal enseñanza no inspira al alumno; por el contrario, provoca resentimiento».

En cuarto y último lugar, los cristianos superficiales se centran principalmente en su vida exterior.

Al dirigirse a los creyentes judíos en Roma respecto a la Ley y la circuncisión, Pablo los exhorta señalando que el mero hecho de poseer u oír la Ley es insuficiente; es necesario ponerla realmente en práctica (versículo 13). Afirma que, si uno no obedece la Ley, la circuncisión pierde su sentido y, en la práctica, no se diferencia de la incircuncisión (versículo 25). Pablo se dirige a los creyentes judíos de esta manera porque la Ley y la circuncisión eran precisamente aquello de lo que se enorgullecían: elementos centrales de su sentido de privilegio. Para los judíos, la Ley y la circuncisión eran las marcas del pueblo escogido de Dios y fuente de un inmenso orgullo. El problema, sin embargo, radicaba en que estos judíos no cumplían plenamente la Ley. Al actuar así, incurrían en el pecado de arrogancia y soberbia espiritual, jactándose de su condición y utilizándola para condenar a los gentiles. Esta es precisamente la naturaleza de los «cristianos superficiales»: aquellos que solo parecen cristianos por fuera. Al centrarse tanto en los aspectos externos de su fe,

caían en la hipocresía; en última instancia, se obsesionaban con vivir una vida cristiana que era mera apariencia ante los demás.

Entonces, ¿quién es un verdadero cristiano? Un verdadero cristiano no es aquel que lo es solo superficialmente, sino quien lo es interiormente, en el corazón. ¿Quién es este «cristiano interior»? Podemos considerar tres características.

En primer lugar, el cristiano interior reconoce que ha sido salvo únicamente por la gracia de Dios. En el pasaje de hoy, Romanos 2:29, Pablo dice a los santos en Roma que un verdadero judío —en el sentido interior— es aquel cuyo corazón ha sido circuncidado por el Espíritu Santo. Esto significa que aquellos a quienes Dios ha elegido como verdaderos judíos o cristianos son salvos porque Dios los eligió por amor y los llevó a creer en Jesucristo, no porque realizaran las obras de la Ley. Pablo enfatizó esto ante los creyentes judíos en Roma porque tendían a creer que la salvación era condicional —alcanzable mediante la observancia de la Ley— en lugar de entenderla como una cuestión de la gracia incondicional de Dios. Dado que cometían el error de confiar en el mérito humano en vez de en el mérito de la cruz de Jesús, Pablo escribió esta carta para enseñarles sobre la salvación mediante la gracia incondicional de Dios. Un cristiano interior —un verdadero cristiano— cree plenamente en las palabras de Efesios 2:8-9: "Porque por gracia habéis sido salvados, mediante la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe". Los verdaderos cristianos comprenden que tanto la fe como la salvación son dones de Dios; saben que estas cosas no provienen de sus propias obras. En consecuencia, se dan cuenta de que no tienen motivos —ni deseo alguno— de jactarse de sí mismos.

En segundo lugar, el "cristiano interior" vive una fe que va acompañada de acción.

A diferencia del "cristiano exterior", el cristiano interior nunca practica la fe meramente con los labios mientras alberga arrogancia u orgullo respecto a la ley o la circuncisión. No son personas que simplemente escuchan la palabra de Dios y hablan de ella; más bien, son

aquellos que oyen la palabra de Dios, la obedecen y dan fruto. Cuando salen al mundo, no se limitan a decir: "Asisto a la iglesia" o "Creo en Jesús". En cambio, se adentran en el mundo de tinieblas y viven vidas que reflejan verdaderamente la luz de Jesucristo. Si somos verdaderos cristianos, creo que deberíamos sentir vergüenza; deberíamos sentirnos avergonzados. La razón es que estamos fallando en vivir vidas que resplandezcan como luz en el mundo; en otras palabras, la iglesia está fallando en ser la iglesia. Como sugiere la letra de una canción góspel, deberíamos avergonzarnos de que, si bien nuestros labios parecen asemejarse a los de Jesús, nuestras acciones y vidas a menudo distan mucho de Él. Debemos arrepentirnos. La iglesia del Señor debe arrepentirse. Debemos volvernos atrás, escuchar la Palabra de Dios y vivir una fe genuina y viva a través de nuestras acciones.

En tercer lugar, el cristiano centrado en lo interior se enfoca en su vida espiritual interna más que en las apariencias externas.

Para el cristiano centrado en lo interior, lo que importa es recibir la alabanza de Dios, no de las personas (versículo 29b). Se esfuerzan por ser reconocidos por Dios más que por los hombres. Una vida de fe que verdaderamente cultiva el ser interior es hermosa. Un resumen de un sermón del pastor Jeon Byeong-wook, de la iglesia Samil en Corea, contiene el siguiente mensaje: «La esencia de la fe no reside en la cáscara externa, sino en el ser interior. La verdadera fe no trata sobre apariencias externas; se trata de vivir de acuerdo con la fe interior de uno. La fe no consiste simplemente en depender de otros o favorecerlos; más bien, la forma misma en que una persona vive constituye su fe. Por lo tanto, la fe significa vivir en consonancia con lo que uno cree en su mundo interior. Vivir, entonces, no es llevar una vida definida por la apariencia externa, sino vivir una vida que brota desde el interior».

Esto trae a la mente el himno 518, «Quiero ser un creyente». La letra incluye la palabra «sinceramente» veinte veces. Cantamos sobre querer «ser un creyente», «amar», «ser santo» y «ser como Jesús» de manera sincera. Investigar el trasfondo de este himno revela que es un *spiritual* (cántico espiritual afroamericano). Estos cánticos cristalizaron los anhelos

espirituales y las profundas emociones de los esclavos negros —quienes fueron traídos de África a América y soportaron toda clase de humillaciones y desprecios únicamente por el color de su piel— a lo largo de muchos años. De hecho, ¿cómo podrían estos esclavos negros, tras haber sufrido tal indignidad y desprecio, haber afirmado ser «verdaderos creyentes» con un sentido de superioridad espiritual —como los creyentes judíos— o haberse deleitado instruyendo a otros? ¿Qué credenciales externas podrían haber exhibido? ¿Acaso no clamarías a Dios desde lo más profundo de tu corazón, deseando ferviente y sinceramente ser un verdadero creyente? Mi oración es que tú y yo lleguemos a ser creyentes no solo superficialmente, sino en nuestro ser interior. Espero que seamos creyentes de todo corazón, sabiendo que somos salvos por la gracia de Dios. Espero que tengamos una fe acompañada de obras. Oro para que lleguemos a ser verdaderos creyentes que cultivan la belleza interior, en lugar de centrarnos en la apariencia externa.

Día 5: La postura espiritual

[Meditación sobre Lucas 18:9]

«A algunos que confiaban en su propia justicia y menospreciaban a los demás, Jesús les contó esta parábola» (Lucas 18:9).

«El tipo de persona que eres es mucho más importante que el tipo de trabajo que realizas». Cuando comprendemos que quiénes somos importa más que lo que hacemos, debemos cultivar la postura espiritual adecuada en nuestros corazones; esta es una de las prioridades más críticas para una persona de fe. Y una de las posturas espirituales esenciales que debemos desarrollar es la humildad.

En el pasaje de hoy, Lucas 18:9, encontramos a un fariseo que se creía justo y menospreciaba a los demás. Era alguien que se justificaba ante los hombres y amaba ser exaltado por ellos (16:15). Su postura espiritual era de orgullo; albergaba un sentimiento de superioridad espiritual. Se consideraba muy por encima de los recaudadores de impuestos y otros pecadores. Consideremos la oración del fariseo en la parábola de Jesús: «Dios, te doy gracias porque no soy como las demás personas —ladrones, malhechores, adúlteros— ni siquiera como este recaudador de impuestos. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que gano» (vv. 11-12). ¿Por qué estaba el fariseo consumido por tal superioridad espiritual? Porque se centraba en lo que *él* había hecho por Dios en lugar de en lo que *Dios* había hecho. En su libro *The Grace Awakening* (El despertar de la gracia), el pastor Charles Swindoll describe esta mentalidad como una «herejía de herejías». Es demasiado fácil para nosotros caer en esta herejía. Es fácil caer en el orgullo espiritual y en

un sentimiento de superioridad cuando nos centramos en lo que hemos hecho por Dios en lugar de en lo que Dios ha hecho por nuestra salvación en Jesucristo. Si no nos protegemos contra esto, nuestros corazones se llenarán gradualmente de orgullo espiritual y superioridad sin que siquiera nos demos cuenta. A diferencia del fariseo, el recaudador de impuestos subió al templo para orar y se quedó a cierta distancia; ni siquiera se atrevía a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y oraba: «Dios, ten piedad de mí, que soy pecador» (v. 13). Como mínimo, el recaudador de impuestos reconoció y admitió que era un pecador al presentarse ante Dios para orar. Por eso clamó: «Dios, ten misericordia de mí». Esto es una bendición. Darse cuenta de que uno es pecador ante el Dios santo es una bendición. Además, es verdaderamente una bendición poder reconocer los propios pecados y suplicar la misericordia de Dios en medio de esa valiosa toma de conciencia. Poder humillarse ante Dios es una bendición. Debemos humillarnos ante Dios tal como lo hizo este recaudador de impuestos. Deberíamos anhelar la bendición de que nuestros pecados sean expuestos por la santa presencia de Dios. A medida que la santa Palabra de Dios penetra en nuestras conciencias, debemos reconocer nuestros pecados y confesárselos a Él. Al hacerlo, debemos considerar a los demás como superiores a nosotros mismos, tal como enseña Filipenses 2:3.

Dios se opone a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago 4:6). Debemos humillarnos ante el Dios santo. Nunca debemos creernos justos, como hacían los fariseos. Para evitar esto, debemos vivir nuestra fe ante Dios y no ante los hombres, a diferencia de los fariseos. Debemos examinarnos constantemente a la luz de la santa Palabra de Dios y arrepentirnos ante Él incluso de los pecados ocultos en nuestros corazones y motivaciones. Al hacerlo, debemos mirar con fe lo que Dios ha logrado para nosotros en Jesucristo. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados, confiando en la preciosa sangre que Jesús derramó en la cruz. Debemos inclinarnos humildemente ante Dios en arrepentimiento y confiar únicamente en la justicia de Jesús. Confiando en el mérito de la cruz de Jesús, debemos acercarnos al trono de la gracia de Dios y buscar humildemente su ayuda.

Día 6: Incredulidad, desobediencia e insatisfacción

[Meditación sobre Deuteronomio 1:32]

«En este asunto, no confiaron en el Señor su Dios». (Deuteronomio 1:32)

Quienes creen en Dios obedecen su palabra, y quienes obedecen su palabra creen en Dios. Cuanto más obedecemos la palabra de Dios, más experimentamos su presencia, lo que inevitablemente nos lleva a confiar aún más en Él. Además, al obedecer a Dios, llegamos a conocer más profundamente la realidad de quién es Él. Por el contrario, quienes no creen en Dios desobedecen su palabra, y quienes desobedecen su palabra no creen en Dios. Cuanto más desobedecemos la palabra de Dios, menos experimentamos su presencia, lo que inevitablemente nos hace hundirnos más en la incredulidad. Cuando desobedecemos a Dios, perdemos el conocimiento no solo de su naturaleza, sino también de nosotros mismos; esto conduce a la dureza de corazón y al orgullo, impulsándonos a pecar aún más contra Él. El fruto pecaminoso que producen aquellos que no creen en Dios y pecan contra Él es, precisamente, la desobediencia y la insatisfacción. En otras palabras, los frutos pecaminosos de la incredulidad son la desobediencia y la insatisfacción.

Los israelitas mencionados en el pasaje de hoy, Deuteronomio 1:32, no creían en Dios. Debido a su incredulidad, desobedecieron el mandato divino. Aunque Dios les había ordenado: «Suban y tomen posesión de la tierra de Canaán; no tengan miedo ni vacilen» (v. 21), los israelitas se negaron a subir y se rebelaron contra el mandato de Dios (v. 26). No solo desafiaron la orden divina, sino que también expresaron sus quejas contra Él. Murmuraron contra Dios. En resumen, su queja era que «Dios nos odia» (v. 27). Afirmaban que Dios los

había sacado de la tierra de Egipto solo para entregarlos a los amorreos para su destrucción. Los israelitas decían algo verdaderamente absurdo a Dios. Si Dios los hubiera odiado, ¿por qué los habría rescatado de Egipto en primer lugar? Dios los había salvado claramente por amor, y sin embargo, ellos creían que Él los odiaba. ¿Por qué pensaban así? Creo que la causa raíz era su incredulidad. En otras palabras, al no confiar en Dios y desobedecer sus mandamientos, fueron incapaces de percibir su amor; y, al no poder sentir ese amor, inevitablemente se sintieron insatisfechos. En última instancia, la incredulidad produjo no solo el fruto amargo de la desobediencia y la insatisfacción, sino también el de la insensibilidad espiritual: la incapacidad de percibir el amor de Dios. Además, en su descontento, no se limitaron a quejarse contra Dios; también guardaron resentimiento hacia los diez espías que habían regresado de reconocer Canaán con un informe nacido de la incredulidad, a diferencia de Josué y Caleb, quienes trajeron un informe de fe. Su queja era que aquellos diez espías les habían hecho desmayar el corazón (v. 28). Esto me lleva a una reflexión. Cuando Dios ordenó: «Subid y tomad posesión de ella; no temáis ni vaciléis» (v. 21), los israelitas simplemente debieron haber obedecido diciendo «sí». En cambio, idearon y llevaron a cabo un plan: «Enviemos hombres delante de nosotros para que reconozcan la tierra y nos traigan un informe sobre la ruta que debemos seguir y las ciudades en las que debemos entrar» (v. 22). Podrían haber obedecido la palabra de Dios de inmediato; ¿por qué, entonces, idearon y ejecutaron este plan, cosechando finalmente el fruto pecaminoso del resentimiento hacia los diez espías que trajeron un informe nacido de la incredulidad? La razón es que no confiaban en Dios. En otras palabras, los israelitas no creían en el Dios que iba delante de ellos (v. 30). Por eso enviaron espías por delante (v. 22). Al no confiar en que Dios iría delante de ellos y pelearía a su favor, se vieron atenazados por el miedo ante la perspectiva de luchar contra los amorreos; en consecuencia, murmuraron contra Dios y guardaron resentimiento hacia los espías, que eran sus propios hermanos. En última instancia, el pecado de la murmuración es un fruto amargo de la incredulidad: la falta de confianza en Dios.

Debemos confiar en Dios. Debemos creer en el Dios que nos ha rescatado del reino de Satanás —como Egipto— y que nos guía hacia la Tierra Prometida, el Reino de Dios. Además, debemos obedecer los mandamientos de Dios mediante la fe en Él. Cuando obedecemos los mandamientos de Dios, podemos percibir claramente el amor que Él nos prodiga. Y al experimentar ese amor, podemos obedecer Sus mandamientos con valentía y fe, sin temor ni vacilación. Podemos obedecer los mandamientos de Dios con valentía mediante la fe en el Dios que va delante de nosotros y lucha en nuestro favor. Además, podemos avanzar en obediencia confiando en el Señor nuestro Dios —Aquel que nos ha llevado a lo largo de nuestra travesía tal como un padre lleva a su hijo, conduciéndonos hasta este mismo lugar (versículo 31). También podemos proceder en obediencia a la Palabra de Dios con corazones llenos de gratitud y satisfacción, descansando en el abrazo de nuestro amoroso Padre Dios. ¿Estamos realmente obedeciendo los mandamientos de Dios con un corazón agradecido nacido de la fe? ¿Estamos verdaderamente obedeciendo Sus mandamientos mientras hallamos nuestra plena satisfacción únicamente en el Señor?

Día 7: Temamos recibir bendiciones materiales

[Meditación sobre Deuteronomio 8:17]

«No sea que digas en tu corazón: "Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza"» (Deuteronomio 8:17).

Parece que quienes creemos en Jesús amamos demasiado recibir bendiciones materiales. Al ver a personas que hablan constantemente de bendiciones, da la impresión de que los creyentes servimos tanto a Dios como a las riquezas (Mateo 6:24). Esto no es fe pura; es sincretismo. Deberíamos servir a Dios o a las riquezas, pero servimos a ambos. Quizás incluso servimos a Dios en función de las riquezas. Esta idolatría de lo material termina convirtiéndonos en esclavos de las posesiones, llevándonos a vivir nuestras vidas haciendo todo por causa de las cosas materiales. Estudiamos y trabajamos por ellas. Incluso vivimos nuestra vida religiosa en función de las cosas materiales. Por eso, cuando oramos, pedimos a Dios bendiciones materiales; y cuando recibimos bendiciones de los pastores, anhelamos profundamente recibir oraciones que nos traigan prosperidad material. Tanto nuestros labios como nuestros oídos anhelan bendiciones materiales, y nuestras manos y pies también se afanan en perseguirlas. La razón es que nuestros corazones están puestos en las cosas materiales. Recuerdo las palabras de Jesús: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6:21). Los tesoros del mundo nos han robado el corazón. Más aún: somos adictos a los tesoros de este mundo. Debemos sentir temor. Debemos temer amar el dinero (1 Timoteo 6:10). Debemos temer recibir bendiciones materiales. No debemos pedir a Dios bendiciones materiales a la ligera.

En el pasaje de hoy, Deuteronomio 8:17, vemos que Moisés albergaba un temor. Temía que el pueblo de Israel dijera en su corazón: «Mi poder y la fuerza de mi mano me han producido esta riqueza». Aunque era evidente que Dios les había dado la capacidad de adquirir riquezas (versículo 18), a Moisés le preocupaba que atribuyeran esa riqueza a su propio poder y fuerza. En resumen, Moisés temía que los israelitas se volvieran arrogantes y olvidaran a Dios (versículo 14). ¿Cuándo corrían los israelitas el riesgo de volverse arrogantes? Cuando sus posesiones se volvían abundantes (versículo 13). En otras palabras, el peligro surgía cuando entraban en Canaán —una «buena tierra» (versículo 7) donde «nada les faltaría» (versículo 9)— y comían hasta saciarse (versículos 10, 12), construían y habitaban hermosas casas (versículo 12), veían multiplicarse sus rebaños y manadas, y observaban cómo aumentaban su plata y su oro hasta que sus posesiones abundaban. Moisés temía este escenario. Nosotros también debemos compartir este temor. Debemos temer la posibilidad de volvernos arrogantes. Debemos temer que, sin siquiera darnos cuenta, caigamos en la autocomplacencia y el orgullo, olvidándonos así de Dios. Especialmente aquellos de nosotros que vivimos en esta tierra de abundancia —Estados Unidos, donde parece que nada nos falta— debemos temer volvernos arrogantes debido a nuestra prosperidad. Debemos guardarnos de la «gordura del corazón». Debemos estar alerta para que no se desarrolle una «obesidad espiritual» en nuestros corazones sin que lo sepamos, convirtiéndonos en esclavos de la codicia y la avaricia. Debemos temer la perspectiva de que nuestros corazones se vuelvan arrogantes. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos entrar voluntariamente en el desierto. Y en ese desierto, debemos humillarnos, rebajándonos aún más. En otras palabras, en lugar de perseguir bendiciones materiales mientras vivimos en medio de ciudades prósperas, deberíamos adentrarnos voluntariamente en el desierto y, en medio de la escasez y el hambre, anhelar con mayor intensidad las bendiciones del desierto. ¿Cuáles son estas bendiciones del desierto? Se pueden resumir en uno o dos puntos. En primer lugar, la bendición del desierto es la bendición del carácter. Dicho de otro modo, la bendición del desierto que Dios nos concede es la humildad. Dios es quien nos guía al desierto para humillarnos (versículos 2, 3, 16; cf. Oseas 2:14). Debemos desear fervientemente esta bendición de humildad. Debemos tener

presente que humillarnos ante Dios es una bendición mucho más preciosa y grande que ser exaltados ante la gente del mundo. Por tanto, debemos entrar voluntariamente en el desierto, inclinarnos con humildad y orar a Dios. Al creer que el lugar de oración —donde nos retiramos a nuestra habitación interior para buscar a Dios— es el lugar más elevado a Sus ojos, debemos presentarle nuestras peticiones con humildad. Cuando lo hacemos, Dios exalta y utiliza a la persona humilde de oración para revelar la majestad y la grandeza del Señor. En segundo lugar, la bendición del desierto es la bendición de la Palabra. Observemos Deuteronomio 8:3: «Y te humilló, y te hizo pasar hambre, y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habíais conocido, para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca del Señor vivirá el hombre». El propósito de Dios al hacer que los israelitas recorrieran el camino del desierto durante cuarenta años no fue simplemente humillarlos, sino hacerles saber que «no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor». Ciertamente, debemos entrar voluntariamente en el desierto y comprender que no vivimos solo de alimento, sino de toda palabra de Dios. Por consiguiente, debemos temer a Dios y guardar Sus mandamientos (versículo 6).

Debemos tener cuidado al recibir bendiciones materiales, pues tales bendiciones pueden volvernos arrogantes y hacernos olvidar a Dios. Por tanto, debemos ser cautelosos cuando nuestra riqueza material aumenta. Debemos tener cuidado cuando nuestros negocios prosperan. Debemos permanecer vigilantes cuando crece el número de feligreses. Debemos guardarnos de sentirnos saciados y acomodados. Debemos guardarnos de la obesidad espiritual en nuestros corazones. Debemos guardarnos de convertirnos en esclavos de la codicia y la avaricia. Debemos guardarnos de olvidar la Palabra de Dios. Debemos entrar voluntariamente en el desierto. En lugar de desear disfrutar de la abundancia mundana en el corazón de la ciudad, deberíamos preferir entrar en el desierto y disfrutar de las bendiciones de un carácter piadoso y de Su Palabra que Dios otorga. Debemos transformar el desierto solitario en un jardín de soledad (Nouwen). En el desierto, debemos ser humillados —profundamente humillados— por la santa presencia de Dios.

Nuestro carácter debe ser moldeado en el desierto. Y en el desierto, debemos deleitarnos al escuchar la voz de Dios mientras Él habla Su Palabra a nuestros corazones (Himno 500, Estrofa 1). Debemos escuchar esa voz de Dios y obedecerla. Al hacerlo, podemos disfrutar de las bendiciones del carácter y de las bendiciones de la Palabra que Dios otorga. Debemos temer profundamente el deseo de recibir bendiciones materiales del mundo, mientras rechazamos las bendiciones de un carácter piadoso y de la Palabra en medio de la ciudad.

Día 8: Hipocresía

[Meditación sobre el Salmo 50]

En el libro **The Integrity Advantage** (La ventaja de la integridad), de Adrian Gostick y Dana Telford, los autores describen diez características de una persona íntegra. La tercera de estas características es "admitir honestamente cuando se comete un error". Con respecto a este rasgo, los autores hacen una afirmación profunda: "Un error no es una falta grave; la falta verdaderamente grave es el intento de encubrirlo". Sin embargo, nuestro instinto es tratar de ocultar nuestros errores. En otras palabras, es propio de nuestra naturaleza pecaminosa intentar esconder nuestros pecados. Quizás por eso existe el concepto de "hipocresía". ¿Qué es la hipocresía? El significado hebreo apunta a "alguien que se oculta" o a un "simulador". En el Nuevo Testamento, la palabra griega **hypokritēs** —que originalmente se refería a un actor que llevaba una máscara en el escenario— pasó a significar hipócrita o simulador. Este término describe una actitud falsa —que a menudo se encuentra entre las personas religiosas— caracterizada por una apariencia externa de piedad desprovista de su verdadero poder. La hipocresía describe acertadamente el estado de aparentar ser un cristiano devoto por fuera, mientras se alberga falsedad e hipocresía en el interior. Los fariseos fueron el ejemplo por excelencia de tales hipócritas durante la época de Jesús.

Por alguna razón, reflexionar sobre la hipocresía me trae a la mente el pecado de David, sobre el cual medité durante el servicio de oración de esta mañana. David intentó enviar a Urías con su esposa embarazada, Betsabé, en un esfuerzo por encubrir su propio pecado; cuando el leal Urías se negó a ir a casa, David conspiró con el general Joab para que este fiel

soldado muriera a manos de un extranjero. Sin embargo, mientras David buscaba ocultar todas estas transgresiones, Dios envió al profeta Natán para exponer su pecado. Dios le declaró: "Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto a plena luz del día ante todo Israel" (2 Samuel 12:12). Aunque cometamos pecados en secreto, el Dios santo los expone ante todos.

En el pasaje de hoy, el Salmo 50:5, Dios ordena: "Reúnan ante mí a mis santos". Aquí, el salmista Asaf define a estos santos como aquellos que han hecho un pacto con Dios mediante el sacrificio. Al aplicar esto a nuestras propias vidas, podemos identificar a los cristianos —quienes han entrado en un nuevo pacto con Dios mediante el sacrificio de Jesús en la cruz— como «mis santos», o los santos de Dios. ¿Por qué ordena Dios que sus santos sean reunidos ante Él? En resumen, fue debido a la hipocresía del pueblo de Israel, sus santos (Park Yun-sun). Reflexionemos sobre tres puntos respecto a lo que Dios quiere decirles a estos santos hipócritas cuando los reúne; espero sinceramente que esto se convierta en una oportunidad para que prestemos atención a la reprensión de Dios y nos arrepintamos.

En primer lugar, Dios declara que juzgará nuestra hipocresía.

Observemos el Salmo 50:6 en el pasaje de hoy: «Los cielos declararán su justicia, porque Dios mismo es el Juez» (Selah). Asaf, el salmista, declara que Dios —actuando como Juez— proclama pública y universalmente su justicia al juzgar al hipócrita pueblo de Israel. Asaf destaca con fuerza la magnitud de su pecado de la siguiente manera: (1) Primero, convoca al mundo entero para que sea testigo de la escena del juicio contra estos israelitas hipócritas (versículo 1). Este es un pronunciamiento de juicio aterrador: aunque el pueblo cometa pecados en secreto, Dios tiene la intención de exponerlos públicamente, invitando a todos a presenciar la revelación de sus malas acciones. Este mensaje se aplica también a nosotros. Como se afirma en Efesios 5:11, si nosotros —como hijos de luz— no exponemos las obras de las tinieblas y, en cambio, participamos en ellas, el Dios santo

expondrá nuestros pecados ante todos. (2) Segundo, al juzgar a estos israelitas hipócritas, Dios actúa principalmente a través de su Palabra revelada (versículo 2), una Palabra que es tan temible como el fuego o una tormenta furiosa (versículo 3). Esto significa que el juicio se emite conforme a la verdad (la luz) de la iglesia verdadera establecida por Dios. Jesús mismo declaró que su Palabra sería, en última instancia, la norma del juicio (Juan 12:48). El Salmo 119:130 dice: «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos». Cuando persistimos en cometer pecados en secreto, inevitablemente nos volvemos insensatos; nuestros corazones se endurecen y dejamos de reconocer el pecado como pecado. Sin embargo, a tales insensatos, Dios hace que Su Palabra resplandezca en nuestros corazones, capacitándonos para reconocer y admitir nuestros pecados. (3) En tercer lugar, Dios declara que juzgará primero a los creyentes hipócritas (v. 4). Dado que la iglesia de Dios ha recibido bendiciones únicas, conlleva una gran responsabilidad. Por tanto, el juicio comienza por la casa de Dios: la iglesia (1 Pedro 4:17) (Park Yun-sun).

En segundo lugar, Dios nos advierte contra nuestro formalismo hipócrita.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 50:7: «Escucha, pueblo mío, y hablaré; escucha, oh Israel, y testificaré contra ti; ¡yo soy Dios, tu Dios!». Aquí, Dios afirma que testificará contra el Israel hipócrita. Este mensaje sirve de advertencia contra la hipocresía — específicamente, el formalismo— del pueblo de Israel. Dicho formalismo se basaba en la creencia, sostenida por los judíos de aquella época, de que podían satisfacer a Dios simplemente visitando el templo y ofreciendo sacrificios (Park Yun-sun). Al pueblo de Israel, preocupado más por cumplir rituales externos que por adorar a Dios en espíritu y en verdad, el salmista Asaf le ofrece tres lecciones sobre la adoración: (1) Primero, les instruye a ofrecer sacrificios (adoración) con acción de gracias [(v. 14) «Ofrece a Dios sacrificios de acción de gracias...»]. ¿Por qué debemos adorar a Dios con acción de gracias? La razón es que hacerlo glorifica a Dios (v. 23). Además, quienes adoran con acción de gracias viven una vida de gratitud, yendo más allá de las meras palabras. No se limitan a ofrecer adoración con acción de gracias; viven una vida de adoración. (2) Segundo, los exhorta a cumplir sus

votos a Dios [(v. 14b) «...y cumple tus votos al Altísimo»]. Una de las características de una persona fiel es que cumple sus promesas sin falta. Sin embargo, ¿cuántas personas verdaderamente fieles vemos a nuestro alrededor hoy en día que cumplan tan bien sus promesas? Vivimos en un mundo donde resulta verdaderamente difícil encontrar personas dignas de confianza. Esto lleva a preguntarse: si una persona no cumple las promesas hechas a los demás, ¿cómo podría cumplir una promesa hecha a Dios? Cumplir una promesa ante Dios puede describirse como un acto que evita que se interrumpa la gracia divina (Park Yun-sun). Por tanto, quienes adoran verdaderamente a Dios deben cumplir fielmente los votos que le han hecho, asegurándose así de que su gracia no se vea interrumpida. (3) En tercer lugar, se nos llama a invocar a Dios en el día de la angustia [(Versículo 15): «Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me glorificarás»]. Dios desea la oración —una expresión de fe— más que la mera ofrenda de sacrificios rituales (Ridderbos).

Por último, Dios señala el pecado de nuestra hipocresía.

¿Cuál fue el pecado de los israelitas hipócritas? En resumen, consistía en profesar piedad solo con los labios, sin guardar los mandamientos de Dios (Park Yun-sun). Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 50:16: «Pero al impío Dios le dice: “¿Qué derecho tienes tú de declarar mis estatutos o de tomar mi pacto en tu boca?”». Este pasaje reprende a los israelitas hipócritas por profesar la religión de Dios meramente con palabras (Park Yun-sun). Veamos el versículo 17: «Pues tú aborreces la instrucción y echas mis palabras a tus espaldas». ¿Qué significa esto? Los israelitas hipócritas aborrecían la instrucción de Dios y echaban sus palabras a sus espaldas. ¿No es esta acaso nuestra propia hipocresía y nuestro propio pecado? ¿Acaso no recibimos la Palabra de Dios en el Día del Señor, solo para echarla a nuestras espaldas al salir del santuario y adentrarnos en el mundo para pecar contra Dios una vez más? ¿Por qué vivimos relegando la Palabra de Dios a un segundo plano y tratándola con desprecio? Calvino identifica la causa de la siguiente manera: «La marca de una religión hipócrita es la falta de reverencia hacia la Palabra de Dios». Es la falta de

reverencia hacia Dios lo que nos lleva a cometer el pecado de aborrecer su Palabra y echarla a nuestras espaldas.

¿Cuáles fueron los mandamientos de Dios que el pueblo de Israel —que actuaba con hipocresía y sin reverencia hacia Dios— no guardó en el pasaje de hoy? En primer lugar, violaron el séptimo y el octavo mandamiento. Veamos el versículo 18: «Cuando veías a un ladrón, te unías a él; te asociabas con adúlteros». La frase «cuando veías a un ladrón, te unías a él» se refiere a quebrantar el octavo mandamiento: «No hurtarás»; mientras que «te asociabas con adúlteros» se refiere a quebrantar el séptimo mandamiento: «No cometerás adulterio». En segundo lugar, violaron el noveno mandamiento. Veamos el versículo 19: «Entregas tu boca al mal y tramas engaño con tu lengua». Quebrantaron el noveno mandamiento: «No hablarás falso testimonio contra tu prójimo». En tercer lugar, cometieron el pecado de no amar a sus hermanos. Observe el versículo 20: «Te sientas y hablas contra tu hermano; difamas al hijo de tu propia madre». Esto constituye una violación del sexto mandamiento: «No matarás». 1 Juan 3:15 afirma: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida...». Dios instó al pueblo hipócrita de Israel a arrepentirse y les advirtió; sin embargo, ellos creyeron erróneamente que Dios era tan indiferente al pecado como lo eran ellos (v. 21). En otras palabras, pensaban que Dios no juzgaría sus pecados. Por consiguiente, persistieron en sus caminos pecaminosos. Dado que Dios guardó silencio mientras ellos continuaban pecando, «pensaron que Dios era tal como ellos»: indiferente al pecado. No obstante, Dios los reprendió y declaró que juzgaría y castigaría sus pecados uno por uno. Luego, en el versículo 22 del pasaje de hoy, lanza esta advertencia: «Considerad esto, los que os olvidáis de Dios, no sea que os despedace y no haya quien os libre». El pueblo de Israel, que había pecado y tratado con desprecio la palabra de Dios, había olvidado no solo Su palabra, sino al propio Dios. Por eso les instó a «considerar esto»: a reflexionar sobre el hecho de que Él señala sus pecados, advierte contra su formalismo vacío y ciertamente traerá juicio. Declara que, si no lo hacen, enfrentarán Su ira y disciplina, y no habrá nadie que los salve.

¿Acaso el mensaje del Salmo 50 —dirigido originalmente a los israelitas hipócritas— no se aplica a nosotros hoy en día? Dios nos ha reunido en Su casa y nos dirige las mismas palabras. Él advierte contra nuestra hipocresía y señala nuestros pecados detalladamente. Declara que juzgará nuestra hipocresía... Debemos escuchar esta palabra de Dios y arrepentirnos del pecado de la hipocresía. Debemos ofrecer adoración a Dios con un corazón agradecido. Debemos cumplir nuestros votos y vivir una vida de obediencia a los mandamientos de Dios. Debemos llevar vidas de verdadera adoración: vidas que sean, en sí mismas, un acto de adoración.

Día 9: Placeres vanos

[Meditación sobre Eclesiastés 2:1-11]

¿Qué es el hedonismo? Según Wikipedia y el diccionario, se define de la siguiente manera: «Es una teoría ética que considera el placer como el propósito de la vida y el bien supremo, y adopta la búsqueda del placer y la evitación del dolor como su principio moral». En última instancia, el hedonismo se basa en la creencia de que el placer es un bien esencial y el dolor es un mal. Es una forma de egoísmo que sostiene que todo lo que promueve la felicidad es bueno (Internet). La premisa es que el objetivo vital que persigue el hedonismo es la felicidad, y que esta se alcanza mediante la búsqueda del placer. Personalmente, cuando pienso en «hedonismo», recuerdo la escuela epicúrea de la antigua Grecia. La escuela epicúrea surgió alrededor del año 300 a. C. como una de las filosofías representativas de las corrientes de la época helenística (siendo la otra la escuela estoica), y su fundador fue Epicuro. Esta escuela creía que la felicidad podía alcanzarse mediante un estado de placer libre de dolor (Internet). Se hacía hincapié en el placer mental duradero más que en el placer momentáneo, sensorial y físico. La razón es que los placeres momentáneos, sensoriales y físicos conllevan deseo, y dado que el dolor surge de dicho deseo, la escuela epicúrea no daba prioridad al placer físico. Puesto que los deseos físicos son infinitos y no existe forma de satisfacerlos por completo, surge el dolor; por ello, esta escuela —que buscaba el placer sin dolor— privilegiaba el placer mental sobre el físico. Por supuesto, los placeres mentales no están exentos de deseo (como el deseo de conocimiento); sin embargo, la idea es que los seres humanos alcanzan la felicidad minimizando tales deseos y, con ello, minimizando el sufrimiento. La escuela epicúrea denomina a este estado de deseo minimizado «ataraxia»: un estado de tranquilidad mental libre de angustia. Esta escuela consideraba dicha paz

mental como la verdadera felicidad, alcanzable mediante la razón. Además de este grupo, existía otra escuela que representaba el hedonismo de la antigua Grecia: la escuela cirenaica. El hedonismo dentro de la escuela cirenaica fue formulado inicialmente por su fundador, Aristipo, amigo de Sócrates. Influido por Sócrates, Aristipo enfatizaba los principios de felicidad que una persona virtuosa debía perseguir. Sostenía que la virtud es la capacidad de obtener disfrute, y que dicho disfrute deriva de la satisfacción del placer. El placer es el único bien y el bien supremo. Los pensadores de la escuela cirenaica enfatizaban los placeres sensoriales y físicos inmediatos, razonando que el futuro escapa a nuestro control. Según Aristipo, la persona sabia —o el filósofo— posee la habilidad de disfrutar el momento presente; así, en lugar de convertirse en esclava del placer, se vuelve su dueña. En consecuencia, se dice que el ideal del hedonismo es un estado en el que uno persigue los deseos físicos mientras, simultáneamente, domina el placer mediante la sabiduría.

En el texto de hoy, Eclesiastés 2:1, el sabio rey Salomón decide ponerse a prueba buscando el disfrute y entregándose al placer. En otras palabras, el rey Salomón experimentó con la búsqueda del placer (versículos 1 y 2). Observemos la primera mitad del versículo 1 en el pasaje de hoy: «Dije en mi corazón: "Ven ahora, te probaré con el placer; disfruta"». La frase «te probaré con el placer» significa que el rey Salomón tenía la intención de experimentar con la alegría o el placer sensual. Quería descubrir qué era bueno o, dicho de otro modo, qué podía proporcionarle placer. El pasaje describe tres aspectos principales que él exploró en esta búsqueda del placer. Al reflexionar sobre estas tres cosas, ruego que Dios nos conceda gracia a todos, permitiéndonos vivir con sabiduría.

En primer lugar, aquello con lo que el rey Salomón experimentó en su búsqueda del placer fue el vino.

Observemos Eclesiastés 2:3: «Exploré en mi corazón cómo alegrar mi cuerpo con vino —mientras mi corazón seguía guiándome con sabiduría— y cómo abrazar la insensatez, para

ver qué era bueno que hicieran los hijos de los hombres bajo el cielo durante los pocos días de su vida». El vino fue lo primero que Salomón probó en su intento de hallar disfrute personal. Buscaba deleitar su cuerpo con él. Sin embargo, aun mientras se entregaba al vino, mantuvo el gobierno de la sabiduría de su corazón. Al igual que en la filosofía de la antigua escuela griega cirenaica, disfrutaba del vino sin volverse esclavo de él; por el contrario, permanecía como dueño, controlando la experiencia mediante la sabiduría. En otras palabras, al igual que la escuela de pensamiento cirenaica, el rey Salomón intentó obtener placer del vino manteniendo al mismo tiempo el control sobre dicho placer gracias a su sabiduría. ¿A qué conclusión llegó? El versículo 3 del pasaje de hoy habla de «abrazar la insensatez». En pocas palabras, Salomón concluyó que buscar el placer a través de la embriaguez es una insensatez.

¿Cuál es, entonces, el placer que ofrece el alcohol? ¿Por qué bebe la gente hasta llegar a la embriaguez? Encontré un artículo en línea que explicaba por qué la gente bebe de lunes a domingo: el lunes se bebe por costumbre; el martes, con intensidad; el miércoles, con frecuencia; el jueves, hasta sentir la mente nublada; el viernes, repetidamente; el sábado, hasta vomitar; y el domingo, hasta no poder levantarse. El artículo también señalaba: «Se dice que una copa es buena para la salud; una ligera euforia lleva a beber por placer; la embriaguez conduce a una conducta desinhibida; y la borrachera extrema lleva a la locura». Una de las razones por las que la gente bebe es para sentirse bien. ¿Por qué nos hace sentir bien el alcohol? Se dice que el consumo de una pequeña cantidad de alcohol estimula inicialmente los sistemas nerviosos central y periférico, favorece la secreción de ácido gástrico y desencadena la liberación del neurotransmisor dopamina, factores que mejoran el estado de ánimo. Sin embargo, el consumo excesivo, prolongado o crónico de alcohol acelera lamentablemente la destrucción de células cerebrales y suprime la función cerebral. Incluso en condiciones normales, cada día mueren automáticamente 100.000 células cerebrales, pero el consumo de grandes cantidades de alcohol provoca la muerte de muchas más. El rendimiento académico, la memoria y las capacidades cognitivas disminuyen, y se dice que el grado de este deterioro es directamente proporcional a la

concentración de alcohol en el organismo. El consumo excesivo puede provocar la incapacidad de recordar lo que se dijo o hizo durante la embriaguez, un fenómeno conocido comúnmente como «laguna mental» o *blackout*. La gente suele mencionar diversas razones para beber: "Bebo cuando sucede algo bueno. Bebo cuando sucede algo malo. Bebo para celebrar. Bebo para estrechar lazos con los demás. Bebo para hacer una confesión. Bebo para olvidar a alguien a quien extraño. Bebo cuando estoy disgustado. Bebo cuando echo de menos a alguien. Bebo cuando me siento decaído o cuando llueve. Bebo cuando estoy agotado. Bebo para fomentar el compañerismo. Bebo por curiosidad. Bebo cuando me siento solo". Al recordar mi propia experiencia, la curiosidad fue el factor principal por el que empecé a beber mientras atravesaba la adolescencia. Siguiendo la tendencia de dejarse llevar por la masa, me uní a mis amigos en el consumo de alcohol; llegué incluso a beber hasta emborracharme y vomitar. Sin embargo, durante mi primer año de universidad, recibí un llamado espiritual y me arrepentí en un retiro de un grupo universitario; tras aquello, perdí todo interés en el alcohol. Aun así, a menudo me encontraba en reuniones donde se servía alcohol. En esas ocasiones, reflexionaba sobre si beber aportaba algún beneficio real. De hecho, dos de los amigos con los que solía juntarme por aquel entonces murieron tiroteados, una tragedia vinculada al alcohol. Aún conservo diversos recuerdos de los funerales de mis amigos. El alcohol no ofrece beneficio alguno; es totalmente inútil.

En Efesios 5:18, el apóstol Pablo afirma: «No se emborrachen con vino, lo cual lleva al desenfreno. Más bien, llénense del Espíritu». Génesis 9 relata la historia de Noé —quien había sido bendecido por Dios tras el diluvio (v. 1)— dedicándose a la agricultura y plantando una viña (v. 20); un día, bebió vino, se embriagó y quedó tendido desnudo dentro de su tienda (v. 21). Según Génesis 6:9, Noé era un hombre justo, intachable entre la gente de su tiempo, y alguien que caminaba fielmente con Dios; sin embargo, allí estaba él: ebrio de vino y desnudo. Reflexionar sobre esta imagen de Noé trae a la mente las palabras de Mateo 24:37–39: «Tal como sucedió en los días de Noé, así será en la venida del Hijo del Hombre. Porque en los días previos al diluvio, la gente comía y bebía, se casaba y daba en casamiento,

hasta el día en que Noé entró en el arca; y no sabían nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del Hombre». Parece que nuestra época actual, al igual que los días de Noé, es una en la que la gente come y bebe sin percibir el peligro inminente de destrucción. Las personas parecen embriagadas por diversas formas de placer: riqueza y gloria, gratificación sexual y adicciones a todo tipo de cosas. El alcoholismo es, sin duda, uno de los problemas graves entre ellas. El rey Salomón resume la naturaleza de la embriaguez en una sola frase: «La embriaguez es abrazar la insensatez».

En segundo lugar, una de las cosas que el rey Salomón intentó como experimento para experimentar placer fue emprender grandes «proyectos». Observemos la primera parte de Eclesiastés 2:4 en el texto de hoy: «Emprendí grandes proyectos...». La segunda iniciativa que el rey Salomón llevó a cabo —como experimento para descubrir qué constituye el verdadero placer durante el breve lapso de la vida humana (v. 3b)— fue la gestión de proyectos de gran envergadura (v. 4). Los «grandes proyectos» que Salomón emprendió no fueron por causa de Dios, sino para su propio beneficio: construir casas y plantar viñas (v. 4b); ...creando jardines y huertos repletos de diversos árboles frutales (v. 5), y cavando estanques para regar las arboledas (v. 6). Para administrar estas propiedades —casas, viñedos, jardines y huertos— adquirió siervos y siervas, incluidos aquellos nacidos en su propia casa (v. 7). ¿Por qué emprendió proyectos de tal magnitud? ¿Cuál fue la razón? Si bien es cierto que buscaba experimentar el placer, el medio fundamental para alcanzarlo era, en última instancia, la riqueza. Observemos la parte final del versículo 7 y el inicio del versículo 8: «...tuve más rebaños y manadas que cualquiera en Jerusalén antes de mí; acumulé plata y oro, tesoros de reyes y de provincias...». El rey Salomón buscaba tal gloria terrenal para su propio beneficio. Su decadencia moral se produjo en tiempos de paz (1 Crónicas 22:9) (Park Yun-sun).

Nosotros también corremos un riesgo considerable de buscar una vida de lujo cuando vivimos en tiempos de paz, tal como lo hizo el rey Salomón. Y ese estilo de vida lujoso

termina corrompiendo nuestro carácter (Park Yun-sun). ¿Qué es el lujo? Se refiere a «gastar dinero o recursos más allá de lo necesario, o llevar un estilo de vida que supera las propias posibilidades económicas» (Internet). Encontré un artículo en el sitio de noticias en línea *OhmyNews* titulado «¿Por qué la gente está obsesionada con los artículos de lujo?». En él, Kim Rando —autor de *Luxury Korea: A Nation of Extravagance*— clasifica el consumo de artículos de lujo en cuatro tipos principales: «lujo ostentoso», «lujo impulsado por la envidia», «lujo impulsado por la fantasía» y «lujo conformista». (1) El lujo ostentoso se refiere a las compras realizadas por personas adineradas conscientes de su estatus de clase; temen ser percibidas como comunes. Al poseer riqueza en una sociedad capitalista, se consideran especiales y albergan una conciencia de clase arraigada en dicho capital. Para ellos, el lujo es un medio para presumir. (2) El segundo tipo, el lujo impulsado por la envidia, involucra a individuos «falsamente ricos» que intentan imitar a los verdaderamente adinerados. Envidian a los ricos, pero luchan desesperadamente por evitar ser menospreciados, negándose a renunciar al consumo de lujo incluso cuando carecen de los medios económicos para ello. (3) El tercer tipo, el lujo impulsado por la fantasía, caracteriza a personas con fuertes tendencias narcisistas que temen parecer descuidadas o de baja categoría y sueñan con transformarse a sí mismas. Hacen grandes esfuerzos por poseer artículos costosos y de marcas reconocidas, creyendo que hacerlo elevará de alguna manera su propio estatus. Si bien es comprensible, dado que todos poseemos cierto grado de amor propio, este tipo de consumo de lujo es profundamente preocupante porque puede acarrear consecuencias peligrosas, como la adicción. (4) Por último, existe el "lujo conformista". Esto ocurre cuando las personas realizan compras para ajustarse a los estándares de sus amigos o compañeros y evitar ser excluidas del grupo. Un ejemplo común es la mentalidad de que uno debe vestir ropa de marca costosa simplemente porque sus amigos lo hacen; este fenómeno es especialmente frecuente entre los adolescentes. Justifican la compra de artículos de lujo —incluso endeudándose más allá de sus posibilidades— con la lógica de que "todos los demás los compran", librándose así de cualquier sentimiento de culpa; el problema es que este comportamiento puede persistir hasta bien entrada la edad adulta. No debemos vivir por encima de nuestras posibilidades.

Para evitarlo, es crucial conocer nuestros propios límites. Me gustaría compartir una anécdota satírica que circula en la comunidad de inmigrantes coreano-estadounidenses: se dice que, al llegar a EE. UU., los inmigrantes que se establecen en Los Ángeles compran primero un coche de lujo, aunque vivan en una habitación alquilada; los de Nueva York compran primero un negocio; y los de Chicago compran primero una casa. Esta historia contrasta la mentalidad práctica de los inmigrantes de Nueva York y Chicago —que priorizan lo sustancial y aseguran una base para su futuro— con la mentalidad orientada hacia el exterior de los inmigrantes de Los Ángeles, a quienes se retrata priorizando las apariencias y el prestigio social (aunque esto no sea realmente cierto). ¿Alguna vez ha oído la expresión *subunjijok* (守分知足)? Se desglosa en *subun* (mantenerse dentro de los propios límites), *jibun* (conocer los propios límites) y *anbun* (encontrar satisfacción dentro de esos límites). Cada persona tiene sus propios límites. Debemos comprender nuestros límites, actuar en consecuencia y evitar llevar una vida que los sobrepase. Vivir por encima de las propias posibilidades se denomina *gwabun* (過分). Llevar cualquier cosa al extremo es perjudicial. El carácter chino *gwa* (過) conlleva dos significados: "exceso" y "error". El exceso conduce inevitablemente a errores. El *gwa* es una causa fundamental tanto de la desgracia como de la enfermedad. Comer en exceso, beber demasiado, trabajar en demasía, los excesos sexuales y el gasto desmedido perjudican nuestra salud y socavan nuestra felicidad. En última instancia, mantenerse dentro de los propios límites significa evitar los excesos en todo. Debemos aprender a estar satisfechos con nuestras vidas y saber permanecer donde estamos; debemos protegernos del deseo de posesión. Esto es especialmente cierto para aquellos que, como el rey Salomón, emprenden grandes proyectos empresariales. A fin de cuentas, el deseo de posesión nunca puede satisfacernos verdaderamente. Pensemos en el rey Salomón: aunque acumuló rebaños de ganado vacuno y ovino mayores que los de cualquiera que hubiera gobernado Jerusalén antes que él (v. 7), no se contentó con eso; pasó a acumular plata, oro y tesoros provenientes de reyes y provincias (v. 8). El deseo de reclamar todas estas cosas como propias nunca puede satisfacerse plenamente. La naturaleza de este deseo es tal que, cuanto más se posee, más

se anhela. Al final, este deseo de posesión resulta también vano. Así, el rey Salomón confiesa que este segundo empeño —emprender grandes proyectos empresariales— fue simplemente un acto de insensatez (v. 3).

En tercer lugar, en su búsqueda experimental del placer, el rey Salomón trató de satisfacer sus deseos carnales tomando «muchas esposas y concubinas».

Observe la última parte de Eclesiastés 2:8 en el pasaje de hoy: «...y adquirí cantores y cantoras, y los deleites de los hijos de los hombres: muchas concubinas». Deuteronomio 17:17 contiene un mandato referente al rey de Israel: «No tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe; ni acumulará para sí demasiada plata y oro». Sin embargo, como sabemos, el rey Salomón transgredió este mandamiento. 1 Reyes 11:1-3 muestra claramente que Dios había ordenado al pueblo de Israel no contraer matrimonio con extranjeros ni permitir que los extranjeros se casaran con ellos (versículo 2). Dios prohibió esto porque sabía que aquellos extranjeros desviarían el corazón de los israelitas para seguir a dioses ajenos (versículo 2). No obstante, el rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras además de a la hija del faraón (versículo 1). Tuvo 700 esposas y 300 concubinas (versículo 3); estas mujeres desviaron el corazón del rey Salomón (versículo 3) y, al envejecer él, sus esposas inclinaron su corazón a seguir a otros dioses (versículo 4). En última instancia, el afán de Salomón por satisfacer los deseos de la carne lo llevó a cometer el pecado de adulterio espiritual: la idolatría. En otras palabras, el acto de adulterio físico cometido para satisfacer las concupiscencias de la carne acabó produciendo el fruto pecaminoso del adulterio espiritual. El viernes pasado leí un artículo de Yahoo News titulado «"Relaciones sexuales como voluntad de Dios"... Pastor agrede sexualmente a seguidoras». El artículo informaba que se había solicitado una orden de arresto contra el «Pastor A» (46 años), del grupo religioso «T», bajo cargos de violación. Tras fundar el grupo en Dongjak-gu, Seúl, el Pastor A presuntamente agredió sexualmente a seis seguidoras de unos veinte años en docenas de ocasiones a lo largo de una década, alegando que tales actos eran «voluntad de Dios» y que mantener relaciones sexuales con él «lavaría todos los

pecados». Ver comentarios que identificaban al grupo «T» como la Iglesia de la Unificación me produjo cierto alivio; sin embargo, creo que tales crímenes de depravación sexual son una realidad de la que el cristianismo tampoco puede escapar. Al hablar de los deseos de la carne, el deseo sexual es un ejemplo primordial. Junto con la necesidad de alimento y sueño, el deseo sexual se considera uno de los tres impulsos humanos fundamentales. Cuando un hombre o una mujer se dejan esclavizar por este anhelo físico, pueden llegar a cometer pecados graves, como la violación. La violación es un ejemplo claro de cómo el deseo sexual puede desbordarse y convertirse en un acto impulsivo y destructivo. Basta con observar los fenómenos actuales: el intercambio de parejas entre las clases altas, realizado sin el menor remordimiento; las formas flexibles de convivencia que prescinden del concepto mismo del matrimonio; las relaciones sexuales prematrimoniales sin inhibiciones, justificadas en nombre del "amor"; los divorcios que se producen con demasiada facilidad simplemente porque el amor se ha desvanecido; el sexo telefónico y por video entre personas de todas las edades; la transmisión instantánea de imágenes obscenas a través de teléfonos con cámara y cámaras web; la prostitución adolescente facilitada por los chats de Internet; la rápida propagación de la actividad sexual —no solo entre estudiantes universitarios y de secundaria, sino incluso entre niños de primaria—; y la ciberpornografía, que genera adicción tanto en hombres como en mujeres. Al observar nuestra cultura sexual —que día a día se vuelve más sensacionalista, explícita y desviada—, a menudo parece que nadie puede controlar sus deseos sexuales y que dar rienda suelta a esos instintos, sin importar el momento, el lugar o la pareja, se considera un fenómeno perfectamente natural. Se trata, verdaderamente, de un grave problema social. Hoy en día, la sociedad parece estar impregnada de la idea de que tener una aventura al menos una vez durante el matrimonio es lo normal. Vivimos en una época en la que el placer sexual se ha desbocado. En estos tiempos, debemos comprender —a través del pasaje de hoy— cuán peligrosos e insensatos fueron los intentos del rey Salomón por satisfacer sus apetitos físicos en su búsqueda del placer.

En conclusión, ¿cuál es el mensaje fundamental que nos transmite el rey Salomón tras haber explorado el placer a través del vino, de la riqueza y las posesiones obtenidas mediante grandes empresas, y de las mil mujeres que tomó para satisfacer sus deseos físicos, todo ello guiado por la sabiduría de su corazón? Por favor, observe la segunda mitad del versículo 1 y el versículo 2 del capítulo 2 de Eclesiastés: «Dije en mi corazón: "Ven ahora, te probaré con el placer; disfruta de la vida". Pero he aquí, que esto también era vanidad. Del placer dije: "¿Qué logra?"». En otras palabras, el rey Salomón experimentó con el hedonismo —entregándose al placer y al disfrute— y su conclusión, basada en la experiencia, fue precisamente que «esto también era vanidad». ¿Por qué es fútil la búsqueda del placer? ¿Cómo se dio cuenta el rey Salomón de que el placer es fútil? Fue porque se planteó esta misma pregunta: respecto al placer, «¿qué logra?». Dicho de otro modo, se preguntó: «¿Qué consigue realmente el placer?». El rey Salomón ofrece la respuesta a esta pregunta en el versículo 11: «Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos y el trabajo que me había costado realizarlas, y he aquí que todo era vanidad y correr tras el viento, y que no había provecho alguno bajo el sol». En última instancia, aunque el rey Salomón se entregó a todo lo que sus ojos deseaban y a todo aquello en lo que su corazón se deleitaba (versículo 10), la conclusión a la que llegó mediante esa experiencia fue que todo era «vanidad y correr tras el viento, y que no había provecho alguno bajo el sol». En resumen, el placer es fútil y carece de provecho.

¿Cómo debemos vivir, entonces? Al escuchar el mensaje del Predicador, el rey Salomón —quien concluyó que el mundo es totalmente fútil y que el placer que buscaba resultó ser, en la práctica, vano y sin provecho—, ¿cómo hemos de vivir nuestras vidas? Busqué la respuesta a esto en la Pregunta 1 del Catecismo Menor de Westminster: debemos vivir para la gloria de Dios y hallar nuestro deleite en Él. «Disfrutar de Dios» en este contexto —visto a través del prisma del Salmo 43:4— significa hacer de Dios nuestro gozo supremo (nuestro «gozo desbordante»). Una vida que abraza a Dios como su mayor gozo es una vida que le teme y guarda con alegría sus mandamientos (Eclesiastés 12:13). Así, en Juan 15:9–11, el apóstol Juan nos dice que nuestro gozo será completo cuando permanezcamos en el amor

del Señor guardando sus mandamientos. Este es el gozo mismo de la obediencia. Debemos procurar este gozo que se encuentra al obedecer los mandatos del Señor. El apóstol Pablo, quien experimentó este gozo, obedeció el mandato del Señor de proclamar el Evangelio; al escribir a los creyentes de Filipos —a quienes predicó con valentía el Evangelio de Jesucristo—, los llamó «mis hermanos, a quienes amo y anhelo, mi gozo y mi corona» (Filipenses 4:1). Mi oración es que nosotros también hagamos de Jesús nuestro gozo supremo y obedezcamos su mandato de proclamar el Evangelio y hacer discípulos. Que aumente el número de los amados discípulos de Jesús —que son nuestro gozo y nuestra corona— y que el gozo del Señor se perfeccione en nosotros.

1. Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida;
Aunque te alabo día y noche, mi corazón aún anhela más.

5. Jesús, a quien verdaderamente atesoro, ¡qué bienvenida es tu voz!;
Mi vida y mi verdadera esperanza se hallan solo en el Señor Jesús.
(Himno n.º 82).

Día 10: «Se han excedido en sus límites»

[Meditación sobre Números 16:3, 7]

«Entonces se reunieron y dijeron a Moisés y a Aarón: “Se han excedido en sus límites. Toda la congregación es santa, y el Señor está en medio de ella; ¿por qué se exaltan ustedes por encima de la asamblea del Señor? ... Mañana pongan fuego en el incensario delante del Señor y coloquen incienso sobre él; entonces los escogidos del Señor serán santificados. ¡Oh levitas, se han excedido en sus límites!”» (Números 16:3, 7).

La iglesia está obstaculizando la evangelización. La iglesia no está cumpliendo su papel como luz y sal de este mundo tenebroso. La iglesia debería estar demostrando el amor de Dios al mundo; sin embargo, los celos, la envidia, las peleas, las discordias y los conflictos son moneda corriente en su seno. La iglesia debería estar revelando la santidad de Dios, pero se ha secularizado en exceso. ¿Cuál es, entonces, la causa del conflicto dentro de una iglesia que se está secularizando tanto? Encontré una de esas respuestas en el texto de hoy: Números 16:3 y 7. Esa respuesta es, precisamente, excederse en los límites.

Al observar el texto de hoy, Números 16, vemos a Coré —descendiente de Leví— y a Datán, Abiram y On —descendientes de Rubén— formando una facción (versículo 1). Se levantaron contra Moisés (versículo 2) y Aarón, junto con 250 hombres escogidos por la asamblea de los israelitas —concretamente, ciertos patriarcas que ocupaban un lugar destacado en la congregación (versículo 3)—. Se reunieron y desafiaron a Moisés y a Aarón diciendo: «Se han excedido en los límites... ¿Por qué se exaltan ustedes por encima de la asamblea del Señor?» (versículo 3). Su rebelión nacía de la envidia respecto al oficio sacerdotal que

desempeñaban Aarón y sus hijos; los levitas codiciaban ese papel (Park Yun-sun). ¿Por qué codiciaban los levitas el sacerdocio de Aarón y sus hijos? Porque consideraban insignificantes sus propias funciones. Consideremos lo que Moisés dijo a los levitas: «¿Les parece poca cosa que el Dios de Israel los haya apartado de la congregación de Israel para acercarlos a sí mismos, para realizar la obra del tabernáculo del Señor y para estar delante de la congregación y servirla?» (versículo 9). Su propia función no era en absoluto insignificante; sin embargo, al considerarla como tal, codiciaron el sacerdocio de Aarón y sus hijos, que parecía más prestigioso. Aunque debían haber valorado sus respectivos deberes y cumplirlos fielmente, los levitas albergaron pensamientos que iban más allá de los límites que les correspondían, lo que derivó en palabras y acciones que excedían su posición.

Cuando albergamos pensamientos que van más allá de los límites adecuados, corremos un gran riesgo de pronunciar palabras que hacen lo mismo. Un ejemplo de extralimitación verbal es la acusación que los levitas lanzaron contra Moisés y Aarón: «¡Se toman demasiadas atribuciones!» (versículo 3). Cuando damos cabida a tales pensamientos presuntuosos y hacemos declaraciones que exceden nuestros límites, inevitablemente incurrimos en acciones presuntuosas. Una de esas acciones es desafiar a los líderes. Quienes desafían a sus líderes impulsados por tales pensamientos presuntuosos tienden a formar facciones. Tal como Coré (un levita) y Datán, Abiram y On (rubenitas) formaron una facción (v. 1) y se levantaron contra Moisés y Aarón junto con 250 líderes prominentes de la asamblea de Israel (v. 2), así también dentro de la iglesia, personas con un sentido exagerado de su propia importancia forman facciones y —uniendo fuerzas con miembros prominentes o veteranos de la iglesia— se levantan contra los líderes eclesiásticos. ¿Por qué se oponen a los líderes de la iglesia quienes tienen una opinión tan exagerada de sí mismos? Porque desean exaltarse a sí mismos (v. 3). Impulsados por el deseo de obtener estatus dentro de la iglesia, forman facciones, movilizan a quienes parecen influyentes y desafían al liderazgo. En última instancia, siembran discordia y conflicto en la iglesia. No

son pacificadores; más bien, son perturbadores de la paz e instigadores de contiendas. Es a causa de tales personas que la iglesia recibe reproches por parte del mundo.

Cuando observamos conflictos dentro de la iglesia, a menudo parece que surgen entre los líderes, particularmente entre el pastor principal y los ancianos. Por supuesto, los cónyuges —como la esposa del pastor y las esposas de los ancianos (quienes pueden servir como *kwonsas* o diaconisas)— a menudo desempeñan un papel en estas disputas. Sin embargo, informes recientes sobre conflictos eclesiósticos revelan que los diáconos ordenados también suelen estar en el centro de tales discordias. De hecho, la mayoría de los conflictos internos de la iglesia surgen entre personas que, por lo demás, están dedicadas a servir a la iglesia. ¿Por qué peleamos, discutimos y contendemos unos con otros? La razón es el orgullo. Este nace del deseo de exaltarnos a nosotros mismos en lugar de exaltar al Señor, quien es la Cabeza de la iglesia. Si nos humillamos ante el Señor, Él nos exaltará a su debido tiempo; pero, como deseamos exaltarnos a nosotros mismos, provocamos conflictos dentro de la iglesia. Buscar la propia exaltación sobrepasa la medida adecuada. Debemos volver en nosotros (Romanos 12:3) y pensar conforme a la medida de fe (versículo 6). Además, nunca debemos considerar insignificante el cargo o la función que se nos ha confiado. Si vemos nuestra función asignada como algo trivial, inevitablemente empezamos a percibirla meramente como una posición de estatus en lugar de un verdadero llamado. En consecuencia, llegamos a envidiar y codiciar puestos que parecen más prestigiosos. Esta parece ser la razón por la que todos se afanan tanto por convertirse en ancianos o diaconisas principales. Resulta desconcertante ver cómo las iglesias llevan a cabo «elecciones» —que se asemejan a los escenarios políticos seculares— para elegir a los ancianos. Es más, a menudo las esposas toman la iniciativa en las campañas para lograr que sus maridos sean elegidos ancianos; su participación activa tiende a hacer que estos procesos electorales sean aún más ruidosos y caóticos. Parece que incluso circula dinero y regalos materiales durante estas contiendas. Lo que resulta aún más absurdo es que la votación para elegir ancianos dentro de la iglesia puede dividirse según criterios regionales —como las facciones de Gyeongsang y Jeolla—, tal como ocurre en el mundo secular. Si un

candidato proviene de la región de Gyeongsang, por ejemplo, los votantes de esa misma región tienden a votar por él. No sé con certeza si tales cosas ocurren realmente dentro de la iglesia; son solo historias que he oído, pero, de alguna manera, no parecen meras invenciones. Presenciar y oír hablar de sucesos tan absurdos que tienen lugar en la santa iglesia del Señor me impulsa —y nos impulsa a todos— a reflexionar profundamente sobre cómo debemos servir a la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Y debemos reflexionar sobre esto con la mayor seriedad.

¿Cómo debemos, entonces, servir usted y yo a la iglesia, el cuerpo del Señor? En primer lugar, debemos servir con humildad. Me viene a la mente el himno 347, "Servir humildemente al Señor". La letra de la primera estrofa dice así: "Al servir humildemente al Señor, hay muchas pruebas; oh Salvador, dame fuerzas para soportarlas bien". Cuando servimos humildemente a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, inevitablemente enfrentaremos muchas dificultades. Sin embargo, debemos seguir sirviendo a la iglesia con la fortaleza que el Señor nos otorga. ¿Con qué clase de fortaleza debemos servir? Debemos servir fielmente a la iglesia mediante el poder de la gracia que el Señor nos da. Debemos servir por el poder de la gracia. No tenemos mérito propio alguno; solo existe el mérito de la cruz de Jesús. Al servir a la iglesia, debemos dejar de lado cualquier sentido de mérito personal; debemos desecharlo por completo. En cambio, con un corazón dedicado al servicio, debemos servir humilde y fielmente a la iglesia mediante la gracia que Dios nos concede. Nunca debemos tomar a la ligera el llamamiento o el ministerio que se nos ha confiado. Es mi oración que consideremos este santo llamamiento como un gran don de la gracia de Dios y que, fortalecidos por esa gracia, sirvamos humilde y fielmente a la iglesia: el cuerpo de Cristo.

Día 10: «Se han excedido en sus límites»

[Meditación sobre Números 16:3, 7]

«Entonces se reunieron y dijeron a Moisés y a Aarón: “Se han excedido en sus límites. Toda la congregación es santa, y el Señor está en medio de ella; ¿por qué se exaltan ustedes por encima de la asamblea del Señor? ... Mañana pongan fuego en el incensario delante del Señor y coloquen incienso sobre él; entonces los escogidos del Señor serán santificados. ¡Oh levitas, se han excedido en sus límites!”» (Números 16:3, 7).

La iglesia está obstaculizando la evangelización. La iglesia no está cumpliendo su papel como luz y sal de este mundo tenebroso. La iglesia debería estar demostrando el amor de Dios al mundo; sin embargo, los celos, la envidia, las peleas, las discordias y los conflictos son moneda corriente en su seno. La iglesia debería estar revelando la santidad de Dios, pero se ha secularizado en exceso. ¿Cuál es, entonces, la causa del conflicto dentro de una iglesia que se está secularizando tanto? Encontré una de esas respuestas en el texto de hoy: Números 16:3 y 7. Esa respuesta es, precisamente, excederse en los límites.

Al observar el texto de hoy, Números 16, vemos a Coré —descendiente de Leví— y a Datán, Abiram y On —descendientes de Rubén— formando una facción (versículo 1). Se levantaron contra Moisés (versículo 2) y Aarón, junto con 250 hombres escogidos por la asamblea de los israelitas —concretamente, ciertos patriarcas que ocupaban un lugar destacado en la congregación (versículo 3)—. Se reunieron y desafiaron a Moisés y a Aarón diciendo: «Se han excedido en los límites... ¿Por qué se exaltan ustedes por encima de la asamblea del Señor?» (versículo 3). Su rebelión nacía de la envidia respecto al oficio sacerdotal que

desempeñaban Aarón y sus hijos; los levitas codiciaban ese papel (Park Yun-sun). ¿Por qué codiciaban los levitas el sacerdocio de Aarón y sus hijos? Porque consideraban insignificantes sus propias funciones. Consideremos lo que Moisés dijo a los levitas: «¿Les parece poca cosa que el Dios de Israel los haya apartado de la congregación de Israel para acercarlos a sí mismos, para realizar la obra del tabernáculo del Señor y para estar delante de la congregación y servirla?» (versículo 9). Su propia función no era en absoluto insignificante; sin embargo, al considerarla como tal, codiciaron el sacerdocio de Aarón y sus hijos, que parecía más prestigioso. Aunque debían haber valorado sus respectivos deberes y cumplirlos fielmente, los levitas albergaron pensamientos que iban más allá de los límites que les correspondían, lo que derivó en palabras y acciones que excedían su posición.

Cuando albergamos pensamientos que van más allá de los límites adecuados, corremos un gran riesgo de pronunciar palabras que hacen lo mismo. Un ejemplo de extralimitación verbal es la acusación que los levitas lanzaron contra Moisés y Aarón: «¿Se toman demasiadas atribuciones!» (versículo 3). Cuando damos cabida a tales pensamientos presuntuosos y hacemos declaraciones que exceden nuestros límites, inevitablemente incurrimos en acciones presuntuosas. Una de esas acciones es desafiar a los líderes. Quienes desafían a sus líderes impulsados por tales pensamientos presuntuosos tienden a formar facciones. Tal como Coré (un levita) y Datán, Abiram y On (rubenitas) formaron una facción (v. 1) y se levantaron contra Moisés y Aarón junto con 250 líderes prominentes de la asamblea de Israel (v. 2), así también dentro de la iglesia, personas con un sentido exagerado de su propia importancia forman facciones y —uniendo fuerzas con miembros prominentes o veteranos de la iglesia— se levantan contra los líderes eclesiásticos. ¿Por qué se oponen a los líderes de la iglesia quienes tienen una opinión tan exagerada de sí mismos? Porque desean exaltarse a sí mismos (v. 3). Impulsados por el deseo de obtener estatus dentro de la iglesia, forman facciones, movilizan a quienes parecen influyentes y desafían al liderazgo. En última instancia, siembran discordia y conflicto en la iglesia. No

son pacificadores; más bien, son perturbadores de la paz e instigadores de contiendas. Es a causa de tales personas que la iglesia recibe reproches por parte del mundo.

Cuando observamos conflictos dentro de la iglesia, a menudo parece que surgen entre los líderes, particularmente entre el pastor principal y los ancianos. Por supuesto, los cónyuges —como la esposa del pastor y las esposas de los ancianos (quienes pueden servir como *kwonsas* o diaconisas)— a menudo desempeñan un papel en estas disputas. Sin embargo, informes recientes sobre conflictos eclesiológicos revelan que los diáconos ordenados también suelen estar en el centro de tales discordias. De hecho, la mayoría de los conflictos internos de la iglesia surgen entre personas que, por lo demás, están dedicadas a servir a la iglesia. ¿Por qué peleamos, discutimos y contendemos unos con otros? La razón es el orgullo. Este nace del deseo de exaltarnos a nosotros mismos en lugar de exaltar al Señor, quien es la Cabeza de la iglesia. Si nos humillamos ante el Señor, Él nos exaltará a su debido tiempo; pero, como deseamos exaltarnos a nosotros mismos, provocamos conflictos dentro de la iglesia. Buscar la propia exaltación sobrepasa la medida adecuada. Debemos volver en nosotros (Romanos 12:3) y pensar conforme a la medida de fe (versículo 6). Además, nunca debemos considerar insignificante el cargo o la función que se nos ha confiado. Si vemos nuestra función asignada como algo trivial, inevitablemente empezamos a percibirla meramente como una posición de estatus en lugar de un verdadero llamado. En consecuencia, llegamos a envidiar y codiciar puestos que parecen más prestigiosos. Esta parece ser la razón por la que todos se afanan tanto por convertirse en ancianos o diaconisas principales. Resulta desconcertante ver cómo las iglesias llevan a cabo «elecciones» —que se asemejan a los escenarios políticos seculares— para elegir a los ancianos. Es más, a menudo las esposas toman la iniciativa en las campañas para lograr que sus maridos sean elegidos ancianos; su participación activa tiende a hacer que estos procesos electorales sean aún más ruidosos y caóticos. Parece que incluso circula dinero y regalos materiales durante estas contiendas. Lo que resulta aún más absurdo es que la votación para elegir ancianos dentro de la iglesia puede dividirse según criterios regionales —como las facciones de Gyeongsang y Jeolla—, tal como ocurre en el mundo secular. Si un

candidato proviene de la región de Gyeongsang, por ejemplo, los votantes de esa misma región tienden a votar por él. No sé con certeza si tales cosas ocurren realmente dentro de la iglesia; son solo historias que he oído, pero, de alguna manera, no parecen meras invenciones. Presenciar y oír hablar de sucesos tan absurdos que tienen lugar en la santa iglesia del Señor me impulsa —y nos impulsa a todos— a reflexionar profundamente sobre cómo debemos servir a la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Y debemos reflexionar sobre esto con la mayor seriedad.

¿Cómo debemos, entonces, servir usted y yo a la iglesia, el cuerpo del Señor? En primer lugar, debemos servir con humildad. Me viene a la mente el himno 347, "Servir humildemente al Señor". La letra de la primera estrofa dice así: "Al servir humildemente al Señor, hay muchas pruebas; oh Salvador, dame fuerzas para soportarlas bien". Cuando servimos humildemente a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, inevitablemente enfrentaremos muchas dificultades. Sin embargo, debemos seguir sirviendo a la iglesia con la fortaleza que el Señor nos otorga. ¿Con qué clase de fortaleza debemos servir? Debemos servir fielmente a la iglesia mediante el poder de la gracia que el Señor nos da. Debemos servir por el poder de la gracia. No tenemos mérito propio alguno; solo existe el mérito de la cruz de Jesús. Al servir a la iglesia, debemos dejar de lado cualquier sentido de mérito personal; debemos desecharlo por completo. En cambio, con un corazón dedicado al servicio, debemos servir humilde y fielmente a la iglesia mediante la gracia que Dios nos concede. Nunca debemos tomar a la ligera el llamamiento o el ministerio que se nos ha confiado. Es mi oración que consideremos este santo llamamiento como un gran don de la gracia de Dios y que, fortalecidos por esa gracia, sirvamos humilde y fielmente a la iglesia: el cuerpo de Cristo.

Día 11: Los ojos de los celos

[Meditación sobre 1 Samuel 18:9]

«Desde aquel día, Saúl no quitaba la vista de David» (1 Samuel 18:9).

Cuando escucho la palabra «celos», recuerdo el drama del mismo nombre que se emitió en la cadena MBC entre junio y julio de 1992. Protagonizado por Choi Soo-jong y la fallecida Choi Jin-sil, la serie retrataba una historia de amor juvenil, inocente a la vez que conmovedora. Se dice que este drama fue considerado un melodrama emblemático de aquella época, ya que capturaba con ligereza el dolor, la espera y la belleza que conlleva alcanzar un amor maduro (Internet). Lo que aún recuerdo vagamente es la letra de la canción principal, titulada «Celos»: «¿A quién estás mirando? Estoy justo aquí, ante tus ojos... No pido mucho, solo necesito una mirada de amor. Aunque intento expresar lo que siento, tus ojos dicen otra cosa...» (Internet). Tenía 24 años por aquel entonces, y creo que tanto el drama como su canción llegaron a conmover el corazón de aquel joven soltero. Mientras escribo esto, vuelvo a escuchar dicha canción. Por supuesto, ahora me parece algo insípida, muy distinta a como la percibía en aquel tiempo. Sin embargo, es innegable que los «celos» no pueden considerarse un asunto trivial. ¿Por qué? Porque los celos pueden matar a una persona. Estoy firmemente convencido de que los celos son un arma aterradora de Satanás.

¿Qué son los celos? Según Wikipedia, se definen así: «Una actitud de codicia hacia lo que otra persona posee, nacida del disgusto, o bien el odio y el deseo de destruirlo sin motivo alguno» (Internet). Al leer esta definición una y otra vez y reflexionar sobre mí mismo, me

quedo sin palabras. Y es que recordé una ocasión en la que sentí un odio genuino —y sin causa justificada— hacia otro miembro del cuerpo de Cristo. Esa persona no me había hecho ningún mal, y aun así la odiaba; a pesar de no querer hacerlo, me sorprendía a mí mismo albergando sentimientos de odio una y otra vez. Por supuesto, todavía veo esa faceta de mí mismo: la tendencia a sentir celos o envidia cuando otros reciben más elogios y reconocimiento que yo. Esto, naturalmente, refleja el estado de mi ser interior. Los celos o la envidia que surgen en mi corazón provienen, en última instancia, del orgullo. Si fuera verdaderamente humilde ante Dios, no albergaría tales celos mundanos y demoníacos; más bien, vaciaría mi corazón tal como lo hizo Jesús (Filipenses 2:5–8). Si realmente emulara el corazón de Jesús, en lugar de sentir celos o envidia, consideraría —con humildad— a los demás como superiores a mí mismo (Filipenses 2:3).

Por supuesto, la Biblia habla de algo más que de celos mundanos y demoníacos; también habla de los celos de Dios. Por ejemplo, en Números 25:11, Dios habla a Moisés acerca de Finees —hijo de Eleazar y nieto del sacerdote Aarón— diciendo: «Finees... ha apartado mi ira de los hijos de Israel, pues mostró el mismo celo que yo siento por ellos, de modo que no consumí a los hijos de Israel en mi celo». El celo —o los celos— mostrado por Finees era «de lo alto» (Santiago 3:17); era bíblico y agradable a los ojos de Dios. Es precisamente este tipo de celo piadoso el que debemos procurar. Sin embargo, no debemos albergar el tipo de celos que Saúl manifestó en el pasaje de hoy, 1 Samuel 18:9, pues los celos de Saúl eran mundanos, carentes de espiritualidad y demoníacos (Santiago 3:15). En el pasaje de hoy, 1 Samuel 18:9, vemos al rey Saúl consumido por los celos. La Biblia nos dice que miraba a David —un hombre conforme al corazón de Dios— con ojos celosos. Mientras que la Biblia coreana simplemente afirma que «lo observaba atentamente» (*jumok-hayeotdeora*), la Nueva Versión Internacional (NIV) aclara que «miraba a David con celos» desde aquel momento en adelante. Según *The New Strong's Dictionary of Hebrew and Greek Words* (El nuevo diccionario Strong de palabras hebreas y griegas), el verbo hebreo utilizado aquí significa literalmente «observar con ojos celosos». ¿Por qué veía Saúl a David con tales celos? La respuesta reside en la frase "desde aquel día" (1 Samuel 18:9). Para explicarlo con más

detalle, "aquel día" se refiere al momento en que David regresó tras matar al gigante filisteo Goliat. Mujeres de todas las ciudades de Israel salieron bailando y cantando: "Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles" (v. 7). Saúl se sintió profundamente disgustado y furioso ante estas palabras, diciendo: "A David le atribuyen diez miles, pero a mí solo miles; ¿qué más le queda sino el reino?" (v. 8). Desde aquel día en adelante, Saúl comenzó a mirar a David con ojos de envidia. Imagínese la escena: el rey Saúl había sido el protagonista del drama, pero tras la muerte de Goliat, David —un joven pastor que ni siquiera había sido ayudante de dirección— surgió como el nuevo protagonista, captando la atención y el afecto de todos. David se había convertido en el centro de la mirada y el amor de todos. Jonatán, hijo de Saúl, amaba a David como a su propia alma (vv. 1, 3); Mical, hija de Saúl, también lo amaba (vv. 20, 28); y, de hecho, todo el pueblo de Israel y Judá amaba a David (v. 16). ¿Cómo debió sentirse Saúl entonces? En particular, Saúl —quien veía y sabía que Dios se había apartado de él y estaba con David (vv. 12, 14, 28)— llegó a ver a David con envidia a medida que el espíritu malo enviado por Dios se apoderaba de él con gran fuerza (v. 10). Saúl siguió mirando a David con envidia. Lo verdaderamente aterrador es que esa mirada envidiosa llevó finalmente a Saúl a intentar matar a David. Mientras David tocaba el arpa, Saúl arrojó la lanza que sostenía, con la intención de clavar a David contra la pared (vv. 10-11). Aunque aquel intento fracasó, Saúl persistió en sus esfuerzos por matar a David desde entonces. Tal es la naturaleza de la envidia: puede llevar a una persona a cometer el pecado de asesinato. En última instancia, debido a que Saúl veía y sabía que Dios estaba con David, le temía aún más y se convirtió en su enemigo de por vida (v. 29). Pasó toda su vida intentando matar a David. Sin embargo, como sabemos, debido a que Dios estaba con él, David llegó a ser rey de Israel, mientras que el rey Saúl murió en batalla. Saúl, quien había buscado matar a David por celos, fue quien encontró su propia muerte. Este es el trágico final al que conducen los celos pecaminosos.

¿Cómo podemos, entonces, vencer tales celos pecaminosos? Encontré la respuesta en el Salmo 73. Asaf, el salmista, estuvo a punto de tropezar (versículo 2) tras envidiar a los soberbios al ver la prosperidad de los impíos (versículo 3); no obstante, superó estos celos

pecaminosos solo cuando entró en el santuario de Dios y comprendió el destino final de los impíos (versículo 17). En otras palabras, Asaf triunfó sobre sus celos pecaminosos cuando puso sus ojos en Dios —reconociendo cómo el Dios santo y justo juzga a los impíos (versículos 17–20)— y cuando se dio cuenta de que no había nadie en la tierra a quien deseara más que al Señor (versículo 25). Esta es la clave. No debemos mirar a los demás con ojos de celos pecaminosos y homicidas; por el contrario, debemos mirar únicamente al Señor con ojos de celo santo. Al hacerlo, podemos vencer los celos que se infiltran en nuestros corazones: celos que son mundanos, sensuales y demoníacos. Seremos victoriosos porque Dios vela por nosotros con sus ojos celosos, sin adormecerse ni dormir jamás.

Día 12: El pecado del esposo

[Meditación sobre Ester 1:11]

«Que traigan a la reina Vasti, adornada con su corona, y que se presente ante el rey para mostrar su belleza a todo el pueblo y a los príncipes, pues su apariencia era agradable a la vista». (Ester 1:11)

Hemos entrado en una época en la que la pérdida de autoridad de los esposos es una realidad innegable. Al considerar las causas de esto, identifiqué uno o dos factores. El primero es el feminismo. Si bien superficialmente puede parecer —y ser cierto— que se han restituido los derechos de la mujer, la ideología fundamental contradice la Biblia; por tanto, creo que la «cura» de restaurar los derechos de la mujer ha provocado, en última instancia, la «enfermedad» de la pérdida de autoridad del esposo. En segundo lugar, creo que la irresponsabilidad del esposo es la causa de este declive en su autoridad. Considero que esto se debe a que nuestros esposos no están cumpliendo adecuadamente con sus responsabilidades como esposos, padres y cabezas de familia. En particular, creo que la autoridad del esposo disminuye porque es incapaz de cumplir con sus responsabilidades económicas. El fenómeno resultante de esta pérdida de autoridad del esposo es el autoritarismo. Al no ejercer la autoridad bíblica que Dios le ha otorgado, abusa de dicha autoridad y termina convirtiéndose en un esposo autoritario. Hoy, centrándome en las palabras del capítulo 1 de Ester, quisiera examinar qué pecados comete tal esposo autoritario contra su esposa, enfocándome en los tres pecados cometidos por el rey Asuero de Persia (el actual Irán) contra su esposa, la reina Vasti.

En primer lugar, el rey Asuero no tenía a su esposa en alta estima. Ester 1:1–9 describe tres banquetes. El primero fue ofrecido por el rey Asuero para «todos sus príncipes y siervos» y duró 180 días —aproximadamente seis meses— (v. 3). Su propósito era exhibir la magnífica riqueza y el esplendor de su glorioso reino (v. 4). El segundo banquete fue ofrecido por el rey para todo el pueblo de la ciudadela de Susa, desde el mayor hasta el menor, y duró siete días (v. 5). A diferencia de estos dos eventos, el autor del libro de Ester describe el banquete ofrecido por la reina Vasti en un solo versículo (v. 9). Este contraste hace que el banquete de la reina parezca insignificante en comparación. Si bien el rey organizó dos veces banquetes suntuosos para exhibir la gloria y la majestad de su vasto imperio —que se extendía desde la India hasta Cus—, solo más tarde se le ocurrió ofrecer un banquete para exhibir a su esposa (v. 11). Cabe destacar que, para el segundo banquete, invitó a todos, desde los más importantes hasta los más humildes, permitiéndoles beber a su antojo (v. 8) y ofreciendo un festín acorde con su gran riqueza (v. 7); sin embargo, la Biblia guarda silencio sobre lo que hizo por su esposa, quien era, en efecto, su propia carne. El rey Asuero hizo que la reina Vasti se sintiera menos importante que la gente común. Si hubiera obedecido el mandato bíblico de amar a su esposa como a su propio cuerpo (Efesios 5:28), no habría hecho que la reina Vasti pareciera tan insignificante.

Creo que, al igual que el rey Asuero, muchos esposos hoy en día cometen el pecado de no valorar ni apreciar a sus esposas. Los esposos podrían argumentar lo contrario, pero desde la perspectiva de la esposa, bien podrían estar transmitiendo precisamente esa impresión. Aunque no sea la realidad objetiva, si el comportamiento de un esposo hace que su esposa se sienta insignificante o menospreciada, ella no puede percibir su amor.

En segundo lugar, el rey Asuero se enfureció con su esposa.

El pecado de la ira: ¿con qué frecuencia cometemos nosotros, los esposos, este pecado contra nuestras esposas? Según Ester 1:10-12, durante el segundo banquete, cuando el rey Asuero estaba alegre por el vino, mandó llamar a la reina Vasti a través de siete eunucos

reales. Su intención era exhibir la belleza de ella ante el pueblo. Sin embargo, inesperadamente, la reina Vasti se negó a acudir a la orden del rey (versículo 12). Ante esto, el rey Asuero se enfureció (versículo 12). La pregunta que debemos plantearnos aquí es si la ira del rey Asuero estaba justificada. Después de todo, una esposa debe obedecer a su esposo, y la reina Vasti había desobedecido la orden del rey. Sin embargo, el historiador judío Josefo explica que la reina Vasti, en realidad, estaba cumpliendo con la ley persa vigente en aquel entonces. La ley persa prohibía a las mujeres de la realeza mostrar sus rostros en público. Por tanto, aunque la reina Vasti desafió la orden del rey, respetó la ley del reino. Al acatar dicha ley, evitó deshonorar a su esposo —el rey— o a su autoridad real. No obstante, el rey Asuero estaba furioso. Al analizar la causa de su ira, considero que esta provenía de un ego herido. El orgullo del rey Asuero debió de quedar profundamente herido ante la idea de que un monarca que gobernaba sobre 127 provincias no podía imponer su voluntad a su propia esposa. Si bien permitía que sus súbditos actuaran a su antojo, pretendía ejercer un control autoritario sobre la reina Vasti, negándose a dejar que ella obrara según su propia voluntad.

A menudo, los esposos se enfadan con sus mujeres, solo para darse cuenta más tarde de que ellas tenían razón y ellos estaban equivocados. La decisión y las acciones de la reina Vasti —al negarse a infringir la ley persa— demostraron su integridad y su respeto por la ley tanto ante su esposo como ante el pueblo; sin embargo, el rey Asuero percibió su conducta simplemente como un acto de desobediencia. En el momento en que su dignidad y autoridad se vieron menoscabadas en público, su orgullo resultó tan herido que no pudo evitar descargar su ira contra su esposa.

Por último, el tercer punto es que el rey Asuero repudió a su esposa.

En medio de su furia, el rey Asuero siguió el consejo de Memucán (versículo 16), uno de los funcionarios que ocupaban los cargos más altos del reino y que estaban acostumbrados a interpretar el estado de ánimo del monarca (versículo 14). Memucán era plenamente

consciente del enfado del rey; además, como hombre ambicioso que ostentaba un alto cargo, seguramente adaptó sus palabras para complacer al monarca enfurecido. En última instancia, Memucán presentó a la reina Vasti como una infractora, argumentando que había agraviado no solo al rey, sino también a los gobernadores provinciales y a todo el pueblo del reino (versículo 16). Además, le dijo al rey Asuero que la desobediencia de la reina haría que todas las mujeres despreciaran a sus esposos (v. 17) y, finalmente, lo instó a «dar su posición real a otra mujer que sea mejor que ella» (v. 19). Estas palabras ciertamente avivaron la ira del rey. El rey Asuero, con el juicio nublado por la furia —indignado porque la reina lo había desobedecido a pesar de las leyes de Persia—, siguió el consejo de apartar a su esposa (lo que permitió que Ester llegara a ser reina). Promulgó un decreto que ordenaba que todo esposo fuera el «dueño de su propia casa» (v. 22). Es un acto verdaderamente absurdo y autoritario: él mismo había violado las normas de decoro al intentar exhibir la belleza de su esposa en público y, sin embargo, emitió un decreto insistiendo en que los esposos debían ser los gobernantes de sus propios hogares. ¿Con qué frecuencia cometemos nosotros, los esposos, faltas similares contra nuestras esposas, tal como lo hizo el rey Asuero?

Un esposo que valora a su esposa, que no cede a la ira contra ella y que permanece fiel a los votos matrimoniales: ese hombre es un esposo bíblico que establece una verdadera autoridad en el hogar. A través de tales esposos, Dios edifica cada familia sobre la roca firme de Jesucristo.

Día 13: “Tú eres el hombre”

[Meditación sobre 2 Samuel 12:7]

“Natán le dijo a David: ‘Tú eres el hombre’...” (2 Samuel 12:7).

Cuando me miro a mí mismo, a menudo me doy cuenta de cosas, aunque sea tardíamente. Por supuesto, una de ellas es la gracia de Dios. Solo después de que pasa el tiempo comprendo tardíamente la guía, la ayuda, la provisión de Dios, etc. Otra cosa que comprendo, aunque tardíamente, es que he hablado con presunción. En particular, después de conversar con alguien y reflexionar sobre el contenido, a menudo me doy cuenta de que esos comentarios también se aplican a mí, pero hablo como si estuviera hablando de otra persona. Por ejemplo, esto se evidencia en la conversación que tuve con varios pastores durante la cena después de una reciente reunión del presbiterio. Así como los pastores traen una carta de transferencia al unirse a un nuevo presbiterio, compartí con confianza (?) mi opinión personal de que los miembros que se mudan de una iglesia a la nuestra deben al menos obtener permiso de su antiguo pastor antes de venir. Después, al reflexionar sobre mí mismo, me di cuenta de que solo lo había hecho una vez, pero hablé como si siempre lo hubiera hecho basándome en esa única ocasión. Además, me arrepentí de lo que había dicho al darme cuenta de que había hablado frente a varios pastores, hablando lo suficientemente alto como para que escucharan que "debes hacer eso, y esa es la manera correcta de hacerlo". Me arrepentí de haber hablado sin siquiera reflexionar adecuadamente sobre mí mismo. Sin embargo, parece que he hablado así innumerables veces. Entre todas esas innumerables cosas que he dicho, cada vez que me doy cuenta de mi error, aunque sea un poco tarde, intento reflexionar más profundamente y decirme a mí

mismo que hable con más cuidado la próxima vez, pero a menudo termino cometiendo el mismo pecado de nuevo. El pasaje de 2 Samuel 12:7 que estamos viendo hoy es uno con el que estamos muy familiarizados. Tras acostarse con Betsabé —esposa de su leal soldado Urías (11:4)— y enterarse de su embarazo (v. 5) sin al parecer considerar el adulterio como un pecado, David ideó un plan astuto para encubrir su transgresión atribuyendo el embarazo a Urías, el marido de ella (Park Yun-sun). Dicho plan consistía en hacer venir a Urías del campo de batalla al palacio real, enviarlo a casa a descansar e incluso proveerle alimento (v. 8). Sin embargo, el leal soldado Urías no fue a su casa; en cambio, durmió a la puerta del palacio junto a los siervos de su señor (v. 9). En consecuencia, David urdió un segundo plan astuto. Hizo llamar a Urías, lo obligó a comer y beber en su presencia hasta embriagarse y pretendía que después fuera a su casa (v. 13). ¿Por qué intentó David en dos ocasiones que Urías fuera a su casa? Su objetivo era crear la impresión de que el hijo que Betsabé gestaba había sido concebido mediante relaciones entre el matrimonio —Urías y Betsabé— y no a través de su propia unión con ella. Dado que en aquella época no existían las pruebas de ADN, no había forma de distinguir si el hijo pertenecía a David o a Urías. No obstante, como sabemos, Urías se negó una vez más a ir a casa y, en su lugar, se acostó a dormir entre los siervos de su señor (v. 13). Finalmente, David orquestó una situación que condujo a la muerte de Urías en batalla (vv. 14–25). Cuando David recibió la noticia del mensajero de Joab de que Urías había muerto en combate, instruyó al mensajero para que dijera a Joab: «No te inquiete este asunto, pues la espada devora tanto a uno como a otro...» (v. 25). ¿Cómo podía decir «la espada devora tanto a uno como a otro» después de haber matado intencionada y calculadamente a su propio y leal soldado? ¿Cómo podía hablar de ese modo cuando él mismo había sido quien provocó la muerte? Dado que la acción de David fue mala a los ojos del Señor (v. 27), Dios envió al profeta Natán para reprenderlo por el pecado de haber tomado a la esposa de Urías, valiéndose de una parábola sobre un hombre rico y uno pobre que vivían en la misma ciudad (12:1–4). En ese instante, David se enfureció y juró por el Señor viviente que el hombre que había cometido tal acto merecía morir (v. 5). Quizás debido a que se había esforzado tanto por ocultar su pecado —llegando incluso a acallar su propia conciencia en el proceso—, David no se percató de que *él* era quien

merecía morir. Entonces, el profeta Natán lo reprendió directamente diciendo: «¡Tú eres ese hombre!» (v. 7). ¡Qué reprensión tan impactante! Ciertamente, David no se consideraba el hombre merecedor de la muerte; ¡cuánto debió de sobresaltarse cuando Natán declaró: «¡Tú eres ese hombre!»! Cuando no reconocemos nuestros pecados como tales, y el Dios santo pone al descubierto nuestras acciones tal como son en realidad, ¿acaso no se estremece nuestra conciencia? Nosotros somos quienes merecemos morir, y sin embargo creemos erróneamente que esa persona es alguien más; qué ignorantes podemos llegar a ser respecto a nosotros mismos. Considera el arrebató de ira de una persona que no es consciente de sus propios pecados ni posee autoconocimiento: «¡El hombre que hizo esto merece morir!». ¿Qué opinas de eso?

Cada mes de mayo predico sermones centrados en la familia. En una ocasión, durante un sermón sobre la familia, un miembro de la congregación comentó: «Este es un mensaje que mi esposa realmente necesita escuchar...». Creo que el enfoque de mi mensaje en aquel entonces era la instrucción de que las esposas se sometieran a sus maridos. Yo también me encuentro a menudo escuchando la Palabra de Dios y pensando: «Ojalá fulano escuchara esto», en lugar de reconocerla como la voz de Dios hablándome directamente a **mí**. Dios me estaba hablando claramente, pero yo lo percibía como un mensaje dirigido a otro hermano. Esto sucede especialmente al predicar mensajes que abordan o reprimen el pecado; la Palabra —la espada del Espíritu— debería atravesar mi propio corazón como un puñal, pero en cambio, predico y escucho imaginando que la hoja está destinada a otros. ¿Cuál es el problema? Es el resultado de no examinarme diligentemente a la luz de la santa Palabra de Dios, la cual actúa como un espejo espiritual. Cuando descuidamos la autorreflexión y la introspección, llega un momento —a menudo sin que nos demos cuenta— en el que dejamos de ver el pecado como pecado. En consecuencia, en lugar de confesar: «Es **mi** pecado», escuchamos la voz de Dios con la actitud de que «Es el pecado de **aquella persona**». ¡Qué pecado de soberbia es escuchar la Palabra de Dios creyendo que el culpable es otro, cuando en realidad soy **yo** quien ha cometido ese mismo pecado! Cuando intentamos encubrir de esta manera los pecados que hemos cometido,

terminamos ocultando incluso la abundante gracia que Dios nos ha otorgado; en nuestra soberbia, nos volvemos incapaces de escuchar las mismas palabras de reprensión y corrección que Dios nos dirige. Parece que, al intentar ocultar un pecado cometido de este modo, también quedan cubiertos la conciencia, la gracia y los oídos. Realmente no debería vivir así...

Día 14: Nos hemos desviado.

[Meditación sobre Isaías 53:6]

«Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:6).

Nos hemos desviado. Nos hemos extraviado, siguiendo cada uno nuestro propio camino, con perspectivas, valores y pensamientos erróneos.

La perspectiva errónea que tenemos consiste en no ver la belleza de Jesús (versículo 2). En otras palabras, nuestra perspectiva equivocada nos impide apreciar la belleza de Jesús, quien obedeció incluso hasta la muerte en la cruz para cumplir la voluntad de Dios Padre. La obediencia de Jesús no nos resulta atractiva. Por tanto, desobedecemos al Señor. Y cuando contemplamos la obediencia a través del prisma de nuestra propia desobediencia, somos incapaces de ver la belleza que esta encierra. Nuestra perspectiva errónea se comprende mejor si consideramos el pasaje en el que Eva miró el árbol del conocimiento del bien y del mal y lo vio agradable a la vista. Claramente, desde la perspectiva de la obediencia, aquel árbol no debía resultar agradable a la vista; sin embargo, al ver que para Eva sí lo era (Génesis 3:6), percibimos que en su corazón albergaba la fealdad de la desobediencia en lugar de la belleza de la obediencia. Guiada por los deseos de los ojos (1 Juan 2:16), terminó cometiendo el pecado de desobedecer el mandato de Dios. Tal perspectiva errónea conduce a actuar mal y a pecar contra Dios, dejándonos llevar por los deseos de la vista.

Tenemos valores erróneos. Ese valor equivocado consiste en no dar a Jesús el lugar que merece (versículo 3). La razón por la que no valoramos a Jesús como es debido es que nos desagradan el dolor y el sufrimiento. Jesús padeció muchas aflicciones. En otras palabras, fue un varón de dolores y experimentado en quebranto. Conocía íntimamente el sufrimiento; estaba habituado a él. Nosotros, en cambio, no estamos acostumbrados a sufrir. Como nos disgustan el dolor y la aflicción, les volvemos la espalda. Esto se debe a que nos hemos habituado a la alegría, la felicidad, la comodidad y la vida fácil. En consecuencia, no estimamos a Jesús; por el contrario, nos desagrada e incluso llegamos a despreciarlo. Nuestros valores distorsionados están impulsados por los deseos de la carne. Al igual que Eva vio el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal —percibiéndolo como agradable a la vista y bueno para comer—, nosotros vemos muchas cosas del mundo desde una perspectiva errónea; al verlas como atractivas y deseables, cometemos el pecado de desobedecer los mandamientos de Dios. La causa fundamental es el deseo de la carne que hay en nosotros. Este deseo nos lleva a abandonar los valores eternos en favor de los pasajeros. Nos impide distinguir entre lo que es verdaderamente valioso y lo que es trivial. En última instancia, el deseo de la carne nos lleva a consumir cosas vanas que parecen atractivas y apetecibles, haciéndonos así pecar contra Dios.

Albergamos ideas equivocadas (versículo 4). Nuestro error radica en pensar que Jesús sufrió porque estaba siendo castigado y herido por Dios (versículo 4), sin reconocer que en realidad sufrió a causa de *nuestras* transgresiones e iniquidades (versículo 5). Aunque Jesús claramente cargó con nuestros dolores y sufrimientos (versículo 4) y padeció por nuestros pecados, creemos erróneamente que murió en la cruz —un madero maldito— como castigo de Dios por el crimen de blasfemar contra el templo y afirmar ser el Hijo de Dios. Y, sin embargo, su sufrimiento se debió claramente a nuestras transgresiones y pecados. La raíz de nuestro pensamiento equivocado es el orgullo. El orgullo distorsiona nuestros pensamientos; nos lleva a creernos sabios a nuestros propios ojos. Por eso, cuando Eva miró el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, vio no solo que era agradable a la vista y bueno para comer, sino también que era deseable para alcanzar

sabiduría. El apóstol Juan llama a esto la «vanagloria de la vida» (1 Juan 2:16). Esto no proviene de Dios, sino que se origina en el mundo (2:16). Así, la vanagloria de la vida nos conduce a pensamientos erróneos y nos lleva a pecar contra Dios.

Mientras nos desviábamos —cada uno siguiendo su propio camino pecaminoso, impulsado por perspectivas, valores y pensamientos distorsionados—, Dios cargó sobre Jesús todas nuestras iniquidades (Isaías 53:6). Jesús sufrió, llevando la carga de todas las transgresiones pecaminosas de personas como nosotros. ¿Cómo debemos vivir, entonces, al comprender esta gracia del Señor? Debemos llevar nuestra vida de fe con la perspectiva correcta. Hemos de desechar los puntos de vista mundanos y vivir conforme a la perspectiva de Dios. Debemos emular la belleza de Jesús; siguiendo su ejemplo de obediencia, nosotros también debemos vivir en obediencia al Señor. Además, debemos mantener los valores correctos en nuestra fe. Es preciso abandonar los valores efímeros y vacíos para abrazar los eternos, viviendo con diligencia por aquello que perdura para siempre. También debemos cultivar la mentalidad adecuada en nuestra fe. Hemos de guardar cuidadosamente nuestro corazón para asegurar que pensamientos de soberbia nunca echen raíces en nosotros. Debemos esforzarnos por adoptar una mentalidad bíblica. Nuestra vida debe transcurrir buscando conocer los pensamientos de Dios. Por tanto, así como la voluntad del Señor se cumple en el cielo, debe cumplirse también en la tierra a través de nosotros.

Día 15: «Cuando estás en dificultades»

[Meditación sobre Isaías 53:7-9]

«Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como cordero llevado al matadero, y como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca. Fue oprimido y humillado; ¿quién de su generación habría pensado que fue cortado de la tierra de los vivientes por las transgresiones de mi pueblo, que merecía el castigo? No cometió violencia, ni hubo engaño en su boca; sin embargo, su sepultura está con los impíos, su lugar de entierro con los ricos» (Isaías 53:7-9).

¿Qué haces cuando estás en dificultades? Recuerdo el himno evangélico «Mira el rostro del Señor cuando estés en dificultades»: (Estrofa 1) «Mira el rostro del Señor cuando estés en dificultades, contempla al Señor de paz; amigos que han sufrido en este mundo, miren al Señor de consuelo», (Estrofa 2) «Mira al Señor de poder cuando no tengas fuerzas y tu corazón esté débil; Él dará fortaleza a todos los que invoquen su nombre y siempre los protegerá», (Coro) «Levanta tus ojos para mirar al Señor, entrégale todas tus preocupaciones; mira el rostro del Señor Jesús cuando estés triste, el Señor de amor te dará descanso». Sin embargo, ¿realmente miramos el rostro del Señor cuando estamos en dificultades? ¿O, cuando estamos en apuros, miramos nuestras circunstancias angustiosas y cometemos el pecado de guardar resentimiento contra Dios en medio del desánimo, la decepción y el dolor?

Al observar el texto de hoy, Isaías 53:7, encontramos un pasaje que afirma que Jesús, el Mesías, estaba «angustiado y afligido». También en el versículo 8, la Biblia declara que fue

sometido a angustia e interrogatorio. Al meditar en cómo respondió Jesús cuando sufrió aflicción y angustia, quisiera extraer tres lecciones sobre lo que debemos hacer cuando enfrentamos sufrimientos similares.

En primer lugar, cuando estamos angustiados, debemos guardar silencio. Observemos el texto de hoy, Isaías 53:7: «Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como cordero al matadero, y como una oveja que enmudece ante sus esquiladores, así no abrió su boca». Jesús permaneció en silencio cuando fue oprimido y afligido. El profeta Isaías repite la frase «no abrió su boca» dos veces en este versículo. ¿Cómo pudo Cristo permanecer en silencio —absteniéndose de ofrecer una defensa— incluso al enfrentarse a acusaciones injustas? Cuando se nos acusa injustamente, nuestro instinto natural es alzar la voz y defendernos. Por ejemplo, si se nos acusa falsamente de haber cometido una falta, lo natural es comparecer ante el tribunal y dejar que un abogado nos defienda. Sin embargo, Jesús, que estaba totalmente libre de pecado, no abrió su boca; como un cordero llevado al matadero o una oveja ante sus esquiladores, permaneció en silencio (versículo 7). En su libro **La vida del amado**, Henri Nouwen hizo esta confesión sincera: «Tengo tanto miedo de oír palabras de condena —o de escuchar que soy inútil o incapaz— que rápidamente sucumbo a la tentación de seguir hablando. Lo hago para superar mi miedo». Cuando sufrimos aflicción debido a acusaciones injustas, nosotros también sentimos el impulso de seguir hablando por miedo y por un sentimiento de agravio. No obstante, Jesús no abrió su boca. Actuó de una manera que trascendía el instinto humano. ¿Cómo es esto posible? Encuentro la respuesta en Isaías 30:15: «...en el sosiego y en la confianza está vuestra fortaleza...». El Mesías —Jesús el Cristo— no abrió su boca, tal como un cordero silencioso (53:7). En tiempos de sufrimiento, confió serenamente en Dios Padre.

Debemos aprender a guardar silencio cuando nos encontramos en medio de la adversidad. Para ello, conviene prestar atención a las palabras de Henri Nouwen: «La Palabra conduce al silencio, y el silencio conduce a la Palabra. La Palabra nace en el silencio, y el silencio es la respuesta más profunda a la Palabra». La frase «el silencio es la respuesta más profunda

a la Palabra» resulta verdaderamente desafiante. Al igual que Jesús, cuando afrontamos dificultades y sufrimientos, debemos aprender a guardar silencio mientras confiamos serenamente en la Palabra de Dios (y en sus promesas). Aunque escuchemos muchas voces y sintamos un fuerte impulso de hablar, debemos guardar silencio en los momentos de aflicción. En ese silencio, debemos escuchar la voz suave y apacible de Dios —la misma voz de Dios Padre que Jesús oyó—: «Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Henri Nouwen dijo: «No es fácil entrar en el silencio, dejar fuera el clamor ruidoso y molesto del mundo y discernir esa voz pequeña e íntima que dice: "Tú eres mi hijo amado, en quien tengo complacencia". Sin embargo, si abrazamos con valentía la soledad y hacemos del silencio nuestro compañero, llegamos a conocer esa voz». Debemos abrazar con valentía la soledad y hacer del silencio nuestro compañero. En segundo lugar, cuando estamos afligidos, debemos reflexionar.

Observemos el texto de hoy, Isaías 53:8: «Por opresión y juicio fue quitado; y ¿quién de su generación consideró que fue cortado de la tierra de los vivientes, herido por la transgresión de mi pueblo?». Ya hemos meditado sobre el sufrimiento de Jesús, el Mesías. Si bien los judíos de su tiempo creían erróneamente que Él sufría porque Dios lo estaba castigando y hiriendo (versículo 4), en realidad Él soportó la opresión y el juicio, y murió a causa de *nuestras* transgresiones; transgresiones por las cuales *nosotros* merecíamos el castigo (versículo 8). Como Aquel que no tenía pecado, Jesucristo soportó la opresión y el juicio, y murió en la cruz en nuestro lugar, expiando así nuestros pecados.

Debemos practicar este tipo de reflexión. En medio del silencio, mientras meditamos en el sufrimiento de Jesús y su muerte en la cruz, debemos cultivar una mentalidad bíblica. Esto es especialmente crucial cuando estamos afligidos, ya que corremos un gran riesgo de no pensar correctamente; es decir, de no pensar bíblicamente. Cuanto mayor sea nuestro sufrimiento, más debemos esforzarnos por reflexionar bíblicamente, fundamentados en la Palabra y en el silencio. Cuando sufrimos, a menudo nos resulta difícil guardar silencio, cayendo fácilmente en la queja o el resentimiento. También somos propensos a dejar que

las emociones se impongan a la lógica y la razón, lo que nos lleva rápidamente a la ira. Además, fácilmente cometemos el pecado de pensar erróneamente al dejarnos guiar por nuestras emociones en lugar de centrar nuestros pensamientos en la Palabra. Sin embargo, cuando sufrimos, debemos reflexionar sobre la Palabra de Dios. Debemos pensar en Jesús. En nuestra angustia, debemos meditar profundamente en el sufrimiento y la muerte de Jesús mientras guardamos silencio.

Finalmente, el tercer punto: cuando estamos angustiados, no debemos pecar. Observemos el texto de hoy, Isaías 53:9: «Él no había cometido violencia, ni hubo engaño en su boca; sin embargo, se le asignó sepultura con los impíos y su tumba con los ricos». Es fácil para nosotros pecar cuando estamos angustiados. Podemos pecar contra Dios con nuestros labios y también mediante nuestras acciones. No obstante, Jesús no pecó cuando sufrió. La Biblia afirma que no hubo engaño en su boca durante su sufrimiento; Jesús no pecó con sus labios cuando sentía dolor. Además, Jesús no cometió violencia alguna. No pecó de palabra ni de obra mientras sufría. Nuestro Jesús permaneció sin pecado hasta la muerte. Aunque se le asignó sepultura con los impíos y fue enterrado en la tumba del hombre rico José de Arimatea, Jesús no pecó contra Dios de ninguna manera, ni con sus labios ni con sus acciones. ¿Cree que esto es realmente posible? Podemos ver que sí lo es observando a Job, un personaje bíblico. Incluso en medio de un sufrimiento y una adversidad inmensos, Job no pecó de palabra ni de obra. Puesto que Job —un ser humano igual que nosotros— fue capaz de hacerlo, también es posible para nosotros. Respecto a Job 1:22 y 2:10, la Biblia dice: «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (1:22); «Él respondió: “Hablas como habla cualquiera de las mujeres insensatas. ¿Aceptaremos de Dios el bien, y no aceptaremos la adversidad?”. En todo esto no pecó Job con sus labios» (2:10). En cambio, Job adoró a Dios cuando estaba angustiado (1:20). Por lo tanto, incluso cuando estemos angustiados, no debemos pecar contra Dios, ni con nuestros labios ni con nuestras acciones. Más bien, debemos guardar silencio en los momentos de sufrimiento. En ese silencio, debemos escuchar la voz suave y apacible de Dios Padre que dice: «Tú eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Debemos permanecer en quietud ante el trono de

gracia de Dios y prestar atención a las palabras de su promesa. Al hacerlo, en lugar de dejarnos llevar por nuestras emociones en medio de circunstancias dolorosas, debemos dejarnos guiar por la Palabra de Dios. Necesitamos ver nuestras situaciones difíciles a través de una perspectiva bíblica. Sobre todo, debemos superar las adversidades fijando la mirada en Jesús, quien mismo soportó el sufrimiento. ¡Victoria!

Día 16: «Cuando mi corazón está fatigado»

[Meditación sobre el Salmo 61]

Últimamente he estado leyendo un libro titulado **La batalla cristiana** (o **La guerra cristiana**), del Rvdo. D.M. Lloyd-Jones. Mi motivación para leerlo surgió de una conversación con un querido compañero de trabajo sobre la historia de Job y las fuerzas de Satanás; aquello despertó mi interés y la necesidad de aprender más sobre la guerra espiritual. En este libro, el autor, el Rvdo. Lloyd-Jones, analiza el libro de Job y afirma que una de las estrategias del diablo —y es evidente que posee autoridad para dominar incluso la naturaleza hasta cierto punto— se manifiesta en sus acciones. Por ejemplo, cuando Satanás comenzó a atacar a Job con el permiso de Dios, uno de los siervos de Job acudió a él para informarle que le habían arrebatado los bueyes y los asnos, y que sus guardias habían sido asesinados. Mientras aún hablaba, llegó otro hombre y le dijo a Job: «...cayó del cielo fuego de Dios —es decir, un rayo— y consumió a las ovejas y a los siervos. Solo yo escapé, y he venido a contártelo, señor» (Job 1:16). Esto nos enseña claramente que provocar rayos y destruir mediante ellos entra dentro del ámbito y el poder del diablo. Lo que más le interesa al diablo, que posee este poder asombroso, es atacar intensamente la mente —el mayor don otorgado al hombre— con astucia y una autoridad aterradora. En particular, el diablo ataca nuestras mentes utilizando diversas artimañas; una de ellas consiste en intentar oprimirnos con el espíritu de temor. Pensemos en el apóstol Pedro, quien declaró que, aunque todos los demás abandonaran al Señor, él jamás lo haría; sin embargo, terminó negando al Señor tres veces, afirmando que no lo conocía en absoluto. Esto sucedió porque el diablo —un espíritu de terror extremo— infundió en él un miedo paralizante a perder la vida. El Dr. Martyn Lloyd-Jones hizo una observación aleccionadora

sobre la iglesia actual: «La iglesia ha sido anestesiada; ha caído en un estupor y en un sueño profundo, permaneciendo totalmente ajena a la lucha [la batalla espiritual]».

Satanás, que constantemente tiende trampas y lazos, parece estar teniendo éxito dentro de la iglesia hoy en día. El abatimiento, el desánimo, la sensación de derrota y la desesperación absoluta son a menudo el resultado de la obra del Diablo. ¿Cuántos de nosotros, los cristianos, vivimos nuestras vidas agobiados por el abatimiento, el desánimo y una sensación de derrota? ¿Cuántos vivimos sintiendo el amargo sabor de la desesperación? Debemos luchar y vencer en esta batalla espiritual contra el Diablo, confiando en el poder del Señor Jesús, quien ya ha obtenido la victoria. Debemos vivir como cristianos militantes, seguros de nuestra victoria. Debemos librar la batalla espiritual. El Salmo 61, nuestro texto de hoy, nos ofrece un ejemplo de ello. Observemos el versículo 2. El salmista David habla del momento «cuando mi corazón desfallece» (o se siente abrumado). La palabra «desfallecer» o «sentirse abrumado» implica aquí un estado de estar «encerrado en uno mismo». Se refiere a una condición de agotamiento y desesperación causada por verse acorralado por diversas tribulaciones y ansiedades (Park Yun-sun). David se hundía en la desesperación debido a la persecución de sus enemigos. Aprendamos cuatro lecciones sobre cómo nosotros también podemos luchar y vencer cuando nuestros corazones se sientan igualmente abrumados por las fuerzas malignas del Diablo. En primer lugar, cuando nuestros corazones estén agobiados, debemos clamar a Dios.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 61:1: «Escucha, oh Dios, mi clamor; atiende a mi oración». Recuerdo un culto de oración de un miércoles en el que, mientras meditábamos en el Salmo 42, se nos desafió a convertir el desánimo y la desesperación de la vida en una oportunidad para anhelar a Dios. Cuando nuestros corazones están ansiosos, desanimados o desesperados debido a las diversas adversidades y dolores de la vida, debemos clamar a Dios tal como lo hizo David en este pasaje. Y al clamar, debemos presentar nuestras peticiones teniendo presente la verdad de que Dios nos anhela aún más de lo que nosotros le anhelamos a Él. Sin embargo, por alguna razón, cuando nos encontramos en profunda

angustia y aflicción, tendemos a olvidar que Dios nos anhela. Quizás por eso David, en el salmo de hoy, clamó al Señor desde «el confín de la tierra» cuando su corazón se sentía abrumado. ¿Por qué habló David de «el confín de la tierra»? Esto se debía a que, en su estado de absoluta desesperación, sentía como si Dios lo hubiera abandonado. En otras palabras, clamaba desde los confines de la tierra porque sentía que se había alejado demasiado de Dios. Aun en medio de tales sentimientos, David no se rindió por resignación ni se entregó a la desesperación. Por el contrario, clamó a Dios: «Guíame a la roca que es más alta que yo». Incluso en lo más profundo de la desesperación, David puso sus ojos en la roca más alta que él y clamó a Dios. Necesitamos una fe que diga: «Aun así». Es decir, al igual que David, incluso cuando estemos sumidos en una profunda desesperación, debemos anhelar a Dios. Debemos clamar al Señor. Como el profeta Jonás, quien —desde lo profundo del mar— declaró: «He sido expulsado de tu presencia, pero volveré a mirar hacia tu santo templo» (Jonás 2:4), nosotros también debemos clamar al Señor, sin importar nuestras circunstancias ni cuán agobiado esté nuestro corazón.

En segundo lugar, cuando nuestro corazón esté agobiado, debemos refugiarnos en el Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 61:4: «Anhele habitar en tu tienda para siempre y refugiarme bajo el abrigo de tus alas (Selah)». Lo que podemos hacer en medio de la desesperación es clamar a Dios Padre y refugiarnos en Él. La razón es que solo Dios es nuestro Protector. Por ello, cuando David se sentía abrumado por la sensación de estar lejos de Dios, le suplicaba y confesaba quién era Dios verdaderamente: «Tú eres mi refugio, una torre fuerte frente al enemigo» (versículo 3). ¿Cómo podía David confesar que Dios era su refugio y torre fuerte mientras se encontraba en medio de tan profunda desesperación y sintiéndose separado de Dios? Encontré la respuesta en la última parte del versículo 7 del texto de hoy: «...Ordena que tu misericordia y tu verdad lo preserven». David pudo confesar que Dios era su refugio y una torre fuerte precisamente porque Dios había preparado misericordia y verdad para él mientras su corazón estaba abrumado. Así, aun en su estado de angustia, David estuvo protegido por la misericordia y la verdad de Dios; por eso buscó

refugio en el Señor mediante sus súplicas. La lección que aprendemos aquí es que, incluso cuando nuestros corazones están apesadumbrados y oprimidos, debemos aferrarnos a la misericordia y a la verdad de Dios y nunca soltarlas. En otras palabras, debemos acudir al Señor con fe, confiando en que el Dios que nos ama incondicionalmente ha prometido (o decretado) nuestra salvación y cumplirá fielmente (en verdad) esa promesa (Park Yun-sun).

Incluso en medio de la desesperación de la vida, debemos aferrarnos al amor eterno (misericordia) y a la verdad de Dios. Debemos dejarnos guiar por la esperanza de que habitaremos para siempre en el tabernáculo de Dios (versículo 4). En los momentos de desesperación, debemos dirigir la mirada hacia la morada eterna de Dios.

En tercer lugar, cuando nuestros corazones están abrumados, debemos recordar la gracia que Dios nos ha concedido en el pasado.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 61:5: «Porque Tú, oh Dios, has escuchado mis votos; me has dado la heredad de los que temen tu nombre». Esto se refiere al momento en que el gobierno de Israel pasó brevemente a manos de la facción impía de Absalón, pero luego regresó a las manos de David (Park Yun-sun). En otras palabras, David recordaba la gracia mediante la cual Dios lo había salvado de la rebelión de su hijo Absalón en el pasado (Park Yun-sun). Cuando su corazón se sentía oprimido por los enemigos (versículo 3), David no se centraba en lo que él había hecho por Dios, sino en lo que Dios había hecho por él en el pasado. Esto... no es en absoluto nuestro instinto natural. Más bien, nuestro instinto — cuando nuestros corazones están agobiados y clamamos a Dios— es hacer valer nuestras propias obras o méritos. Un claro ejemplo de esto es Elías, tal como se describe en 1 Reyes 19. Amenazado por Jezabel, Elías huyó aterrorizado hacia el desierto. Más tarde, tras ser atendido y alimentado por un ángel y llegar al monte Horeb, Dios le preguntó: «¿Qué haces aquí, Elías?» (versículos 9 y 13). En su respuesta, Elías se quejó ante Dios, insistiendo en sus propias obras —o méritos— realizadas por causa de Él, y declaró: «He sentido un gran celo por el Señor, Dios Todopoderoso» (versículos 10 y 14).

Creo que uno de nuestros problemas es que no logramos olvidar lo que debería olvidarse, mientras olvidamos lo que debería recordarse. En otras palabras, la Biblia nos dice que Dios no solo perdona los pecados de los que nos hemos arrepentido, sino que además no vuelve a acordarse de ellos; sin embargo, a menudo nos obsesionamos con esos mismos pecados, trayéndolos a la mente una y otra vez. Por el contrario, olvidamos con demasiada rapidez la gracia que Dios ha derramado sobre nuestras vidas en el pasado: una gracia que deberíamos recordar. Al igual que David en el pasaje de hoy —el Salmo 61—, debemos recordar la gracia que Dios nos ha mostrado a lo largo de nuestra vida. Especialmente cuando nuestros corazones se sienten abrumados, debemos mirar atrás y recordar la gracia salvadora que Dios nos brindó en cada momento crítico. Al hacerlo, debemos perseverar con fe ante nuestras situaciones desesperadas actuales. Cuando nuestro corazón está apesadumbrado, el recuerdo de la gracia pasada de Dios debe transformar nuestra desesperación en esperanza y expectación.

En cuarto y último lugar, cuando nuestros corazones se sienten abrumados, debemos anhelar el reino eterno de Dios.

Observemos el versículo 7 del Salmo 61, en el pasaje de hoy: «¡Que permanezca para siempre ante Dios! ¡Dispón que tu amor inagotable y tu fidelidad lo protejan!». David suplicaba a Dios que le concediera una larga vida como rey, prolongando sus años a través de muchas generaciones (versículo 6). Pedía a Dios —Aquel que controla soberanamente la vida, la muerte y el destino— que alargara su existencia. En resumen, David oraba por la bendición de la longevidad. Además, oraba para habitar en la presencia de Dios para siempre. Imagínelo por un momento: David se encontraba sumido en la desesperación, con el corazón oprimido por sus enemigos; sin embargo, aun en ese estado, puso su mirada en Dios, se refugió en Él y recordó la gracia que había recibido. Se aferró a la esperanza y oró fervientemente para habitar en la presencia de Dios eternamente, incluso en medio de una desesperación pasajera. Nosotros también debemos seguir el ejemplo de David y orar para habitar eternamente en la presencia de Dios, aun cuando enfrentemos momentos de

desesperación. En particular, como ciudadanos del reino de Dios, debemos orar para habitar para siempre en aquel reino donde el Señor —el Rey de reyes— reina eternamente. Al elevar tales oraciones, debemos también hacer la oración que el Señor nos enseñó: «Venga tu reino». Además, cuando Jesús declara: «El que da testimonio de estas cosas dice: "Sí, vengo pronto"», debemos responder como el apóstol Juan, confesando: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Apocalipsis 22:20).

Cuando el corazón de David estaba atribulado, clamaba a Dios y buscaba refugio en Él; al recordar la gracia que Dios le había mostrado en el pasado, anhelaba el reino eterno de Dios. Decidió que, si Dios respondía a su oración —guiándolo, protegiéndolo y salvándolo para que pudiera habitar en Su presencia para siempre—, respondería de esta manera: «Así cantaré alabanzas a tu nombre para siempre y cumpliré mis votos día tras día» (versículo 8). Al igual que David, cuando nuestros corazones se sientan agobiados, debemos clamar a Dios y refugiarnos en el Señor, quien es nuestro amparo y torre fuerte. Entonces, recordando la gracia que el Señor nos ha mostrado en el pasado, debemos mantener la esperanza de habitar en la presencia de Dios para siempre.

Día 17: Gestión de crisis

[Meditación sobre Nehemías 4:7-14]

Recuerdo haber leído una columna de Lee Chul en el *Korea Times* sobre la economía estadounidense. Al observar el colapso de bancos de inversión debido a malas inversiones, describió la causa del problema de la siguiente manera: "Los bancos de inversión se volvieron tan audaces que recaudaban fondos directamente sin temor e incluso incursionaban en inversiones inmobiliarias; este es el resultado que se vio cuando estalló la crisis de las hipotecas de alto riesgo (*subprime*). Los altos rendimientos siempre conllevan altos riesgos, y la dirección lo sabía; sin embargo, no pudieron resistir la tentación porque las ganancias eran simplemente enormes. Entre sus comentarios, hubo una frase que resonó en mí: 'La búsqueda de ganancias individuales es el motor del capitalismo. Sin embargo, al maximizar los beneficios, uno queda cegado por la codicia y el sistema de gestión de riesgos deja de funcionar'. La afirmación de que el sistema de gestión de riesgos falla cuando existe ceguera por la codicia realmente me impactó. Si los altos rendimientos siempre van acompañados de altos riesgos, el sistema de gestión de riesgos debería funcionar con la misma eficacia; no obstante, la codicia terminó por cegarlos. Por ello, coincido con la afirmación del Sr. Lee Chul de que la economía estadounidense ha caído en tal dificultad porque el sistema de gestión de riesgos —que debería operar a un nivel óptimo— no está funcionando.

Parece que la economía estadounidense atraviesa verdaderas dificultades. Al consultar las noticias en línea de CNN hoy, se informa que ocho de cada diez estadounidenses sufren estrés debido a la precaria situación económica. De hecho, ayer lunes se informó de un

suceso en el que un hombre de 45 años, cabeza de familia, mató a tiros a su suegra, a su esposa y a sus tres hijos debido a problemas económicos, para luego suicidarse. Es una situación verdaderamente estremecedora. A medida que el panorama económico se ensombrece y el estrés aumenta, somos testigos de una realidad en la que personas que enfrentan crisis vitales recurren a medidas extremas. ¿Cómo debemos, entonces, afrontar una crisis económica de esta magnitud? Debemos mirar al pasado y aprender de cómo se superaron crisis económicas anteriores. Un ejemplo destacado es la situación que enfrentó el presidente Franklin D. Roosevelt al asumir el cargo el 4 de marzo de 1933. En aquel entonces, Estados Unidos estaba atenazado por una crisis económica sin precedentes; Había 15 millones de desempleados, las instituciones financieras —incluidos los bancos— colapsaban en una reacción en cadena y una sensación de miedo extremo se había apoderado de la nación. El presidente Roosevelt identificó la ansiedad incesante y el derrotismo nacidos del miedo como la esencia misma de la crisis; reconoció que restaurar la confianza era más urgente que cualquier política económica específica si se quería vencer a la depresión. En consecuencia, buscó romper el círculo vicioso en el que la sensación de crisis engendra una crisis, la cual, a su vez, amplifica dicha sensación.

También en nuestras propias vidas a menudo enfrentamos tiempos sombríos debido a las crisis, y a veces la mentalidad de crisis misma conduce a nuevas crisis. ¿Cuál es la causa de esto? Una razón es el fracaso en la gestión de crisis. Es probable que todos hayamos enfrentado una crisis al menos una vez en la vida; si no aprendimos a gestionar adecuadamente esas crisis pasadas, estaremos mal preparados para afrontar las futuras, lo que nos dejará vulnerables a sufrimientos y adversidades graves. Por lo tanto, debemos aprender a gestionar las crisis a través de los desafíos inesperados que encontramos en la vida. En particular, centrándome en el pasaje de hoy —Nehemías 4:7-14—, quisiera examinar las cuatro crisis que enfrentaron Nehemías y el pueblo de Judá, considerar tres formas en que las superaron y extraer lecciones sobre la gestión de crisis. Mi oración es que apliquemos estas lecciones a nuestras propias vidas para que nosotros también podamos superar con éxito las crisis que nos aguardan.

La primera lección sobre la gestión de crisis es orar juntos.

Las cuatro crisis que enfrentó Nehemías —crisis que sintió profundamente— fueron el número creciente de adversarios, sus ataques armados conjuntos, y el desánimo y el miedo que se apoderaban del pueblo de Judá. Él afrontó estas crisis orando a Dios. Observemos Nehemías 4:9 en el pasaje de hoy: «Entonces oramos a nuestro Dios...». Nehemías oró a Dios incluso mientras estaba rodeado por todos lados —norte, sur, este y oeste— por sus enemigos. Éxodo 14:3 describe cómo, tras el Éxodo, los israelitas se vieron «encerrados por el desierto». En aquel momento, los israelitas miraron a su alrededor, se desanimaron y se quejaron ante Moisés. Moisés, sin embargo, miró hacia lo alto y clamó a Dios (versículo 15). Esta es la primera lección sobre el manejo de crisis que debemos aprender.

George Müller, de quien se dice que recibió respuesta a 5.000 oraciones, comentó una vez: «Quien no ha aprendido a librar las batallas de la vida de rodillas, aún no conoce los rudimentos de la fe cristiana». ¿Conocemos verdaderamente los rudimentos de la fe cristiana? Cuando enfrentamos adversidades y dificultades inesperadas en la vida, ¿luchamos realmente contra nuestra sensación de crisis, miedo, ansiedad y preocupación de rodillas? ¿Afrontamos verdaderamente las crisis de nuestra vida clamando a Dios? ¿O acaso, como los israelitas durante el Éxodo —atrapados por todos lados frente al mar Rojo—, miramos el suelo con desesperación y murmuramos? Al igual que Moisés, debemos mirar hacia lo alto incluso en esos momentos de crisis. Debemos poner la mirada en el Dios de salvación. Y debemos suplicar fervientemente a Dios con fe. Cuando lo hacemos, experimentamos la salvación de Dios. Es de vital importancia que la comunidad de la iglesia ore unida al enfrentar una crisis. Por supuesto, la oración personal también es importante. Sin embargo, cuando toda la iglesia se reúne con un mismo corazón y propósito para orar fervientemente a Dios, experimentamos la gracia de su salvación otorgada a través de esa crisis; por tanto, debemos congregarnos y clamar a Dios con unidad de corazón y propósito. Incluso cuando nos veamos rodeados por todos lados, debemos experimentar en nuestra propia vida la obra salvadora de Dios: el mismo Dios que convirtió el mar Rojo en tierra seca,

permitiendo que los israelitas cruzaran a pie. Nuestro Dios abrirá un camino de salvación para nosotros. Tal como lo hizo con Pablo y Silas, quienes oraron y cantaron alabanzas (Hechos 16), Dios escuchará nuestras oraciones y nos concederá la gracia de la salvación. Oro para que, sin importar la crisis que enfrentemos, todos experimentemos la obra salvadora de Dios al orar juntos a Él.

La segunda lección sobre el manejo de crisis es establecer centinelas.

Cuando sobrevino la crisis, Nehemías estableció centinelas. Observemos Nehemías 4:9, el pasaje de hoy: «...pusimos guardia y vigilamos día y noche como protección contra ellos». En aquel entonces, Nehemías dispuso guardias para ahuyentar a los invasores. ¿Dónde los posicionó? Los colocó en puntos muy visibles y vulnerables a lo largo de la muralla de la ciudad. Observe el versículo 13: «Coloqué a parte del pueblo detrás de las partes más bajas de la muralla, en los lugares expuestos, organizándolos por familias y armados con sus espadas, lanzas y arcos». Se hizo así para que los invasores vieran que los judíos estaban preparados para la batalla. Nehemías organizó a los guardias por grupos familiares porque sabía que, al mantenerse firmes y unidos como familias, podrían animarse y apoyarse mutuamente. El pueblo de Judá no solo reparó los tramos de la muralla cercanos a sus propios hogares (Nehemías 3:28-30), sino que también permaneció junto a sus familias para vigilar y defender sus casas y su ciudad.

Mientras oraba a Dios, Nehemías no descuidó sus responsabilidades; cumplió diligentemente con sus deberes como hombre de oración. En medio de la crisis, no solo oró a Dios junto con el pueblo de Judá, sino que también tomó medidas prácticas al colocar centinelas en los muros de Jerusalén para protegerse de los numerosos adversarios que amenazaban con invadir. Ubicó a estos centinelas según sus clanes en puntos que eran tanto muy visibles como vulnerables. Del mismo modo, nosotros también debemos establecer centinelas cuando enfrentamos una crisis. En particular, debemos colocar personalmente centinelas sobre nuestros ojos, oídos y corazones. Necesitamos centinelas

para nuestros ojos porque, sin ellos, podríamos ver la crisis desde una perspectiva puramente física, lo que nos llevaría a temblar de miedo. También necesitamos centinelas para nuestros oídos a fin de filtrar las noticias que escuchamos durante una crisis; al bloquear los informes que generan desánimo y desesperación, podemos escuchar mejor la voz apacible y suave de Dios elevándose por encima del tumulto. Sobre todo, debemos poner centinelas sobre nuestros corazones, la fuente misma de la vida. Debemos guardar nuestros corazones con diligencia, manteniéndonos vigilantes contra la incredulidad y la vacilación en la confianza que una crisis puede desencadenar. En cambio, en tiempos de crisis, debemos llenar nuestros corazones con la seguridad de la salvación. La Palabra de Dios debe servir como centinela de nuestros corazones. Por lo tanto, en lugar de dejarnos llevar por la crisis misma o por nuestros propios pensamientos y emociones reactivos, debemos permitir que las promesas de Dios nos guíen exclusivamente. Que todos perseveremos en fe y paciencia, experimentando la obra salvadora de Dios mientras Él nos libra de nuestras crisis.

La tercera lección sobre el manejo de crisis es depositar nuestra confianza absoluta en Dios. Mientras reconstruía los muros de Jerusalén, Nehemías enfrentó crisis provocadas por adversarios; durante todo ese tiempo, instó incesantemente al pueblo de Judá a confiar plenamente en Dios y a mantenerse firme. Observemos el versículo 14 del pasaje de hoy: «Después de examinar la situación, me levanté y dije a los nobles, a los funcionarios y al resto del pueblo: “No les tengan miedo. Recuerden al Señor, que es grande y temible, y luchen por sus familias, por sus hijos e hijas, por sus esposas y por sus hogares”». Lo que importa aquí es la fe, la convicción y la confianza de Nehemías como líder. ¿Qué habría sucedido si el líder hubiera mostrado una fe débil, incertidumbre o falta de confianza ante el pueblo de Judá, que ya estaba desanimado y temblando de miedo ante sus enemigos? El corazón de Nehemías estaba cautivado por el Dios que es grande y temible (1:15; 4:14). Él creía que, puesto que Dios es poderoso, era plenamente capaz de librar al pueblo de Judá de la crisis. Armado con esta fe y convicción, Nehemías instaba constantemente al pueblo desanimado y temeroso a confiar plenamente en Dios.

Recuerdo haber leído en un libro esta frase: «La incredulidad magnifica los problemas, mientras que la fe hace que el Señor parezca más grande». Es verdad. Debemos tener presente que, si al enfrentar una crisis la situación parece más grande que nuestro Señor, es señal de incredulidad. Jamás podremos superar una crisis con tal incredulidad. Debemos poseer una fe verdadera, tal como la tuvo Nehemías. Hemos de superar las crisis de nuestra vida mediante una fe que nos permita contemplar al Dios infinitamente grande. Incluso cuando enfrentamos grandes crisis —ya sea en nuestras familias o dentro de la iglesia—, debemos superarlas mediante la fe en Dios. Debemos vencer el temor que surge en nuestro interior aferrándonos a la convicción y a la confianza, mientras aguardamos en oración y con esperanza la gracia salvadora de Dios. Además, debemos superar el miedo a los adversarios que nos llevan a estas crisis. Escuchemos las palabras que Moisés dirigió a los israelitas en Éxodo 14:13-14: «...No tengan miedo. Manténganse firmes y verán la liberación que el Señor les dará hoy... El Señor peleará por ustedes; ustedes solo tienen que guardar silencio». Nuestro Dios es quien pelea a nuestro favor, y la victoria en la batalla le pertenece a Él. Como Él está con nosotros y lucha contra nuestros adversarios, no tenemos por qué temer. Al depositar nuestra confianza absoluta en Dios, no solo podemos superar las crisis que enfrentamos en la vida, sino también transformarlas en oportunidades para darle gloria. ¡Victoria!

Día 18: El cuidado del corazón del cristiano

[Meditación sobre Proverbios 4:23]

"Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida." (Proverbios 4:23)

Hay un suceso que aún no puedo olvidar. Ocurrió cuando la madre de un amigo mayor que yo atendía una tienda; un ladrón negro irrumpió en el local, robó dinero y huyó. Ella salió tras él, recibió un disparo y perdió la vida. Se dice que el ladrón robó 100 dólares de la tienda en aquella ocasión. Es, sin duda, un incidente absurdo. Por supuesto, no creo que ella persiguiera al ladrón únicamente para proteger esos 100 dólares; pudo haber sido una reacción impulsiva. Sin embargo, la idea de que una vida preciosa se perdiera para este mundo por una suma tan insignificante resultó verdaderamente impactante.

Parece que demasiadas personas dedican todas sus fuerzas, su corazón y su entrega a proteger su dinero. En un mundo materialista, la gente hace todo tipo de cosas para salvaguardar sus bienes. Lo más alarmante es que, para proteger ese dinero, terminan descuidando su propio corazón. Reflexiono sobre lo que significa ser cristiano en un mundo donde la gente intenta proteger el dinero incluso a costa de abandonar su conciencia. ¿Somos realmente diferentes de la gente del mundo? ¿Acaso no nos dejamos cautivar por el dinero, viviendo afanosamente para conseguirlo, para luego usarlo con el fin de envanecernos dentro de la iglesia, jactarnos ante nuestros hermanos en la fe e intentar controlar la iglesia del Señor? ¿Estamos acaso dejando de lado nuestro propio corazón? ¿Por qué ya no nos dedicamos a proteger el corazón en lugar del dinero? Nuestros corazones se están contaminando. Lo más aterrador es que, en medio de esta contaminación del

corazón, se desvanece incluso la fe para confiar en la preciosa sangre de la cruz de Jesús. Estamos contaminando nuestros corazones no con fe, sino con la ley... Me pregunto si estamos viviendo vidas que solo muestran una apariencia externa de piedad, impulsadas por un instinto arrogante de salvarnos a nosotros mismos. Un corazón lleno de dudas en lugar de fe es un corazón que pone a prueba a Dios (Hechos 15:10). Es un corazón que cuestiona y duda del plan de salvación lleno de gracia establecido por Dios (Park Yun-sun). En resumen, es un corazón que no conoce «la gracia del Señor Jesús» (Hechos 15:11).

Hoy, Dios nos da la palabra de vida. Esa palabra nos dice que, por encima de todo, debemos guardar nuestro corazón, pues de él brota la fuente de la vida. No debemos tomar a la ligera esta lección fundamental. No debemos desperdiciar el tiempo centrándonos en otras cosas mientras descuidamos la fuente misma de la vida. ¿Cómo, entonces, hemos de guardar nuestro corazón? Debemos guardarlo mediante la fe. Debemos dedicarnos a purificar nuestro corazón por medio de la fe (Hechos 15:9). En medio de las artimañas de Satanás y de las muchas tentaciones que buscan contaminarnos, debemos hacer de la custodia de nuestro corazón una prioridad y esforzarnos al máximo por mantenerlo puro. Aunque el camino sea difícil, doloroso, solitario o tan agotador que nos haga desfallecer, debemos guardar nuestro corazón con todo nuestro ser. Para ello, debemos aferrarnos únicamente a la justicia de Cristo mediante la fe. Debemos considerar nuestra propia justicia como nada más que basura. Debemos reconocer que lo único que verdaderamente podemos reclamar como propio son nuestros pecados y nuestras debilidades. Debemos aferrarnos —con todo nuestro corazón, alma y mente— a la verdad de que somos salvos únicamente por la justicia del Señor Jesucristo. Mi oración es que, mediante tal vida de fe, experimentemos la santificación por la obra del Espíritu Santo y vivamos vidas de santidad.

«¡Oh Dios, crea en mí un corazón limpio!» (Salmo 51:10)

Día 19: El beneficio del sufrimiento

[Meditación sobre Jonás 2:2]

«Dijo: "En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió. Desde lo profundo del reino de los muertos pedí ayuda, y tú escuchaste mi clamor"» (Jonás 2:2).

¿Cómo debemos responder al sufrimiento que llega a nuestras vidas? En su libro **La danza de la vida**, Henri Nouwen sugiere cuatro formas de responder. Él se refiere a estas cuatro respuestas como los cuatro pasos de la danza con Dios. El primer paso para danzar con Dios es vivir el duelo por el dolor y el sufrimiento que soportamos. Debemos llorar cuando es tiempo de llorar; sin embargo, debemos hacerlo ante la Cruz. Cuando sentimos dolor y sufrimos, debemos acudir a Dios Padre y derramar nuestro corazón, hablándole de nuestro sufrimiento. No obstante, por alguna razón, en lugar de reconocer nuestro dolor, nuestra herida y nuestra tristeza, tendemos a negarlos, ignorarlos o reprimirlos en lo más profundo de nuestro corazón. Si hacemos esto, el sufrimiento que experimentamos no puede reportarnos ningún beneficio. Por el contrario, al igual que el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, es probable que pequemos contra Dios murmurando y quejándonos cada vez que enfrentamos adversidades. El segundo paso para danzar con Dios es afrontar directamente las causas profundas de nuestro dolor y sufrimiento. Debemos mirar de frente las pérdidas ocultas que nos paralizan y nos aprisionan en una mazmorra de negación, vergüenza y culpa. ¿Cuál es, entonces, la causa raíz de nuestro dolor y sufrimiento? Para decidir si afrontamos o no la causa raíz de nuestro sufrimiento, primero debemos saber cuál es; sin embargo, a menudo parecemos desconocer el origen del dolor y la angustia que soportamos. En consecuencia, no solo dejamos de confrontar estas causas, sino que,

incluso cuando las reconocemos, el instinto humano nos impulsa a evitar enfrentarlas, simplemente porque estamos acostumbrados a evitarlas. A menos que confrontemos las fuentes de nuestro sufrimiento, no podremos experimentar la gracia que Dios ofrece a través de nuestras adversidades. El tercer paso de la danza consiste en adentrarnos —y atravesar— nuestro dolor, angustia, pérdidas y heridas. No debemos malgastar grandes cantidades de energía en la negación; En cambio, debemos reconocer la realidad de nuestra situación y adentrarnos directamente en ese dolor y en esas heridas. Debemos dejar de evitarlos. Hemos de entrar en el túnel del sufrimiento. Aunque sea oscuro y aterrador, debemos adentrarnos en él. Sin entrar en ese túnel, las adversidades que enfrentamos no producen ningún beneficio. El cuarto y último paso de la danza consiste en encontrarnos con Dios Padre en medio de nuestro dolor, angustia, pérdida y heridas. Debemos entrar en ese túnel de sufrimiento y sentir verdaderamente el dolor, la angustia, la pérdida y las heridas que el propio Jesús experimentó. Al hacerlo, hallamos sanidad para nuestro propio dolor y nuestras heridas. Además, podemos transformarnos en «sanadores heridos», listos para ser utilizados como instrumentos del Señor.

El sufrimiento experimentado por el profeta Jonás —tal como se describe en el pasaje de hoy, Jonás 2:1— puede resumirse en cuatro puntos. En primer lugar, su sufrimiento tuvo lugar en el vientre de un gran pez (versículo 1). En otras palabras, la primera experiencia de sufrimiento de Jonás fue encontrarse dentro del Seol (versículo 2). Atrapado en el vientre de un gran pez en las profundidades del océano —como en una cueva oscura y sombría—, Jonás se enfrentó a una situación angustiosa en la que, mirara hacia donde mirara, parecía no haber salida. Estaba confinado, de manera muy parecida a como los israelitas quedaron atrapados ante el mar Rojo durante el Éxodo (aunque, por supuesto, esa era la perspectiva tanto del faraón como de los propios israelitas). Como sugiere la letra del himno 539 (estrofa 3), todo apoyo terrenal en el que había confiado se había roto. Solo cuando nos hallamos en un estado de desesperación absoluta volvemos la mirada hacia el Señor, que es nuestra verdadera esperanza. Este es precisamente el beneficio del sufrimiento. En segundo lugar, el sufrimiento de Jonás se manifestó en forma de las olas del Señor (versículo 3). La palabra

«olas» aquí significa en realidad «olas rompientes»: olas que destrozan y aplastan (Park Yun-sun). Dios estaba quebrantando el corazón obstinado de Jonás. Cuando envió la gran tormenta sobre el mar, no se limitaba a destruir el barco en el que viajaba Jonás (1:4); estaba quebrantando el corazón endurecido de Jonás. Al quebrantar el corazón obstinado de Jonás —quien había olvidado su misión y huido desobedeciendo el mandato de Dios—, el Señor estaba ablandando su corazón y llevándolo a obedecer. Este es precisamente el beneficio del sufrimiento. En tercer lugar, el sufrimiento de Jonás conllevaba la sensación de haber sido abandonado por el Señor [(versículo 4) «...aunque he sido echado de tu presencia...»]. Jonás se sentía así porque huía lejos de Dios, tratando de escapar de Su presencia (1:3). En otras palabras, al intentar alejarse de Dios, llegó a sentir que Dios, a su vez, se había distanciado y lo había abandonado. Lo mismo nos sucede a nosotros. ¿Cuándo nos sentimos abandonados por Dios? Podemos sentirnos abandonados cuando, al igual que Jonás, desobedecemos el mandato divino y huimos lejos para escapar de Su presencia. Especialmente cuando sufrimos y sentimos que nuestras oraciones no reciben respuesta, podemos pensar que Dios nos ha ocultado Su rostro y nos ha abandonado. El salmista también se sintió así; por eso clamó en el Salmo 22:1: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de mis gritos de angustia?». Podemos sentirnos abandonados por Dios cuando, a pesar de nuestro anhelo desesperado, nuestros gemidos y nuestros clamores pidiendo ayuda, no recibimos respuesta ni auxilio de Su parte. Considero que esta sensación de abandono es una forma de sufrimiento aún más dolorosa que estar atrapado físicamente en el vientre de un gran pez o soportar el embate de las olas del juicio del Señor. Así como la sensación de ser rechazado por un padre amoroso resulta más angustiante que el dolor físico de estar encerrado en una habitación oscura o de recibir un castigo con vara, la sensación de ser abandonado por Dios es la experiencia más angustiosa y dolorosa de todas: mucho peor que cualquier otra forma de disciplina. Sin embargo, en medio de tal sufrimiento, la bendición que Dios nos otorga es la capacidad de escuchar el clamor que Jesús pronunció mientras sufría en la cruz: «Eli, Eli, lema sabachthani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34). Escuchar ese clamor nos asegura que, debido a que Jesús —su Hijo

unigénito— fue abandonado por Dios Padre, nosotros mismos nunca seremos abandonados eternamente por Dios. Este es precisamente el beneficio del sufrimiento. En cuarto lugar, el sufrimiento de Jonás implicó que su alma desfalleciera en su interior (Jonás 2:7: «Cuando mi alma desfallecía en mí...»). Aquí, la palabra «desfallecer» implica «consumirse» o «decaer», lo que indica que Jonás había llegado a un estado de profundo abatimiento. El sufrimiento que Jonás enfrentó fue una situación de total impotencia —una de la cual ningún esfuerzo humano podía ofrecer escape o salvación— y soportar tal adversidad durante tres días lo llevó inevitablemente a las profundidades de la desesperación. Sin embargo, aun en medio de la desesperanza de experimentar una indefensión e incapacidad totales, la gracia que Dios nos otorga es la capacidad de mirar al Señor, quien es nuestra esperanza de salvación. Al fijar nuestros ojos en el Señor y Salvador, Dios capacita a nuestros corazones y labios para confesar: «La salvación viene del SEÑOR». Este es un beneficio profundo del sufrimiento.

Debemos abrazar la gracia que Dios ofrece a través del sufrimiento que encontramos en nuestras vidas. Especialmente cuando —al igual que Jonás— desobedecemos el mandato de Dios y huimos de Él, debemos experimentar el «gran viento» del sufrimiento que Él envía; al hacerlo, deberíamos encontrarnos «danzando con Dios» y cosechando los beneficios que tal sufrimiento produce. Por ello, oro para que nosotros también podamos confesar como el salmista: «Bueno me es haber sido afligido, para que aprenda tus estatutos» (Salmo 119:71).

Día 20: Gratitud en medio del sufrimiento

[Meditación sobre Jonás 2:1, 9]

«Jonás oró al SEÑOR su Dios desde el vientre del pez... Te ofreceré sacrificios con voz de acción de gracias y cumpliré mis votos. La salvación viene del SEÑOR» (Jonás 2:1, 9).

El sufrimiento es doloroso y angustiante. Y cuando sentimos dolor y angustia, a menudo gemimos y luchamos en medio de heridas y lágrimas. Incluso llegamos a albergar resentimiento. Guardamos rencor a las personas; sentimos resentimiento hacia ellas porque creemos que culpar a alguien —a quien sea— nos hará sentir un poco mejor. No solo culpamos a las personas, sino también a la situación. Sin embargo, mientras culpamos a otros y a las circunstancias de esta manera, rara vez nos culpamos a nosotros mismos. La razón es que, cuando estamos sumidos en tal angustia y dolor, nos volvemos aún más egoístas. Y al volvernos egoístas, no solo dejamos de considerar que el sufrimiento pudo originarse en nosotros mismos, sino que somos incapaces de hacerlo. Por consiguiente, nosotros —los egoístas que sufrimos— no logramos aprender nada a través de ese sufrimiento. A causa del sufrimiento, no solo fallamos en aprender sobre nosotros mismos, sino también en aprender la Palabra de Dios. Como resultado, somos incapaces de dar gracias a Dios en medio del sufrimiento.

Sin embargo, el profeta Jonás, en el pasaje de hoy (Jonás 2:1 y 9), eleva oraciones de acción de gracias a Dios aun en medio del sufrimiento y decide ofrecerle sacrificios en señal de gratitud. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo pudo Jonás elevar oraciones de acción de gracias y decidir ofrecer sacrificios a Dios mientras estaba en el vientre de un gran pez (versículo 1)

y en medio de las olas y las grandes corrientes del Señor que lo cubrían (versículo 3)? ¿Cómo logró Jonás dar gracias a Dios aun sintiendo la agonía de haber sido arrojado de su presencia y experimentando cómo su alma desfallecía en su interior? ¿Cuál era el secreto de esto?

En primer lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios en medio de su sufrimiento radicaba en que recordaba la gracia salvadora que Dios ya le había otorgado.

¿Le parece esto desconcertante? Al fin y al cabo, ¿no se encuentra Jonás en ese momento dentro del vientre de un gran pez? ¿No sigue acaso en medio del sufrimiento? ¿Cómo podemos hablar, entonces, de la experiencia de salvación de Jonás? Según Jonás 1:17, Dios preparó un gran pez para que se tragara a Jonás después de haber sido arrojado al mar, salvándolo así. Habiendo experimentado esta gracia salvadora pasada, Jonás pudo elevar una oración de acción de gracias a Dios en el pasaje que nos ocupa —Jonás 2:1 [La palabra para "oró" en la frase "oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez" es **hitpallel** en el hebreo original; podemos ver en 1 Samuel 2:1 y 2 Samuel 7:27 que esta palabra se utiliza para denotar una oración de acción de gracias]—. ¿No resulta algo curioso? ¿No parece extraño que Jonás pudiera dar gracias por el mismo acontecimiento de la salvación —el hecho de que Dios preparara el gran pez para tragarlo tras ser arrojado al mar— mientras aún afrontaba la dura prueba de estar dentro de dicho pez? Por lo general, la salvación que esperamos al orar es la liberación del sufrimiento, como ser rescatados del vientre de un gran pez. Sin embargo, Jonás no esperó hasta el capítulo 3 para elevar una oración de acción de gracias; la ofreció en el capítulo 2, allí mismo, en el vientre del gran pez. Aunque fue librado de una adversidad solo para enfrentarse a otra (mayor), la razón por la que pudo dar gracias a Dios en medio de tal sufrimiento fue que recordó la gracia salvadora que Dios ya le había otorgado. Quien recuerda la gracia salvadora pasada y la reconoce en el presente —incluso mientras soporta adversidades— no puede evitar dar gracias a Dios. Al igual que Jonás, recordemos también la gracia salvadora que Dios nos ha mostrado en el pasado y elevemos oraciones de acción de gracias, incluso en medio de las mayores adversidades que enfrentamos hoy.

En segundo lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios durante su sufrimiento residía en su certeza y esperanza respecto a la liberación futura que Dios le otorgaría.

La razón por la que podemos dar gracias a Dios en medio del sufrimiento no es solo por la gracia salvadora que Él nos ha mostrado en el pasado, sino también porque creemos que el Dios que nos salvó entonces nos librará de las adversidades que enfrentamos en este momento. Es gracias a esta certeza y esperanza de salvación que podemos ofrecer alabanzas y oraciones de acción de gracias a Dios, incluso mientras sufrimos. Esto fue precisamente lo que sucedió con Pablo y Silas en el capítulo 16 de Hechos. Aunque se enfrentaban a la posibilidad de ser ejecutados al día siguiente, Pablo y Silas oraron a Dios y cantaron alabanzas (versículo 25). ¿Cómo fue esto posible? Fue porque poseían la certeza y la esperanza de la salvación. En particular, Pablo confiaba en que Dios lo llevaría hasta Roma para comparecer ante el César; por tanto, estaba seguro de que Dios lo libraría de la prisión. Por eso pudo orar a Dios y alabarlo. De igual manera, el profeta Jonás —quien da gracias a Dios en los versículos 1 y 9 del capítulo 2— oró con gratitud, sostenido por la esperanza de la salvación y la convicción de que el Dios que lo había salvado en el pasado lo libraría incluso del vientre del gran pez. En otras palabras, como Jonás creía en el amor fiel y salvador de Dios y esperaba en él, decidió ofrecer un sacrificio de acción de gracias y orar con un corazón agradecido, aun en medio de su sufrimiento. Creemos que el Dios fiel que nos libró en el pasado nos librará de las dificultades que enfrentamos ahora y de las que encontraremos en el futuro, porque nuestro Dios de salvación es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8). Cuando depositamos nuestra fe y esperanza en este Dios fiel y salvador—incluso en medio de un sufrimiento que parece tan desesperanzador como estar dentro del vientre de un gran pez—, podemos dar gracias a Dios por fe, anhelando y esperando en el Dios de salvación aun en nuestra desesperación.

En tercer lugar, el secreto de la capacidad de Jonás para dar gracias a Dios en medio de su sufrimiento radicaba en que atesoraba la gracia de Dios en su corazón.

Observemos Jonás 2:8-9: «Los que siguen vanidades ilusorias, su propia misericordia abandonan. Pero yo te ofreceré sacrificios con voz de acción de gracias; cumpliré lo que he prometido. ¡La salvación viene del Señor!». Aquí, la expresión «los que siguen vanidades ilusorias» se describe mediante dos palabras hebreas: *hebel* y *shav*. *Hebel* significa un aliento que se evapora rápidamente, mientras que *shav* denota vacuidad o vacío. En otras palabras, los ídolos son cosas fútiles: vacías y efímeras, que se desvanecen tan rápido como un soplo. Quienes sirven a tales ídolos —fútiles, vacíos y efímeros como un aliento— abandonan la gracia que Dios les ha otorgado. Por ejemplo, si amamos las posesiones materiales más que a Dios y adoramos cosas falsas y vanas, desechamos la gracia que Dios nos ha concedido. En consecuencia, perdemos la capacidad de adorar a Dios con una voz de acción de gracias. Cuando vivimos en este mundo, de lunes a sábado, persiguiendo cosas mundanas y vanas, desperdiciamos la gracia que Dios nos otorgó durante la adoración dominical. Al no haber valorado esa gracia, sino haberla desechado, no encontramos lugar para la gratitud en nuestros corazones cuando acudimos al santuario el domingo para adorar a Dios. No podemos entrar en la casa del Señor con acción de gracias, ni ofrecerle alabanza y adoración con una voz agradecida. Sin embargo, si valoramos profundamente la gracia que Dios nos ha otorgado, podemos acudir a la casa del Señor el domingo con un corazón agradecido y ofrecerle alabanza y adoración en señal de gratitud. Aquí existe un contraste interesante: mientras que los idólatras abandonan la gracia de Dios para servir y ofrecer sacrificios a cosas vacías y efímeras —que se desvanecen tan rápido como un soplo—, aquellos que adoran a Dios valoran la gracia que Él otorga mediante su amor de pacto fiel (en hebreo: *hesed*) y se presentan ante Él para adorarle con acción de gracias. Jonás fue uno de esos adoradores de Dios. Pudo dar gracias a Dios incluso en medio del sufrimiento porque guardaba la gracia divina cerca de su corazón. Decidió ofrecer un sacrificio de acción de gracias a Dios una vez que comprendió, aunque fuera levemente, el amor de pacto que Dios le había mostrado: un amor que se negó a abandonarlo incluso cuando había desobedecido el mandato divino, olvidado su misión e intentado huir de Su presencia, eligiendo en su lugar cumplir el propósito divino que Él había ordenado. En última

instancia, quienes han experimentado la gracia de Dios se sienten impulsados a ofrecer oraciones de acción de gracias y a decidir adorarle con un corazón agradecido. Nosotros también debemos ofrecer oraciones de acción de gracias y adoración en respuesta a la gracia que hemos experimentado. Para ello, debemos valorar fielmente la gracia de Dios en nuestros corazones. Aunque el sufrimiento es doloroso y angustioso, debemos glorificar a Dios a través de él. Para lograrlo, debemos volver la mirada hacia el Dios de salvación en medio de nuestro sufrimiento. Hemos de recordar la gracia salvadora que Dios nos ha otorgado en el pasado y conmemorar dicha gracia en medio de nuestras pruebas actuales. Mientras atesoramos fielmente en nuestros corazones las gracias pasadas y las recordamos durante las adversidades presentes, debemos confiar en que el fiel Dios de salvación nos librará incluso ahora. Poseer esta certeza de salvación nos permite poner nuestra esperanza en Dios, aun en lo más profundo de la desesperación. Con esta esperanza de salvación, podemos soportar el sufrimiento con una fe paciente y aguardar en calma la liberación de Dios. Debemos mirar al Dios de salvación en medio de nuestro sufrimiento; recordando la gracia salvadora del pasado, hemos de abrazar la certeza de la salvación presente y la esperanza de la salvación futura. Al hacerlo, podremos ofrecer oraciones y adoración a Dios con gratitud, fortalecidos por su gracia.

Día 21: Transformación

[Meditación sobre Romanos 12:1–3]

«Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes presente su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; este es el verdadero culto que deben ofrecer. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta. Por la gracia que se me ha dado, les digo a todos ustedes: no tengan un concepto de sí mismos más alto del que deben tener, sino más bien piensen de sí mismos con sensatez, según la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno» (Romanos 12:1–3).

¿Estamos realmente siendo transformados tú y yo? ¿O nos estamos deteriorando? Es verdaderamente asombroso: ¿cómo explicar la vida de cristianos que asisten a los servicios de adoración cientos de veces y afirman innumerables veces haber recibido gracia de la Palabra de Dios, pero que no muestran señales de transformación? Los pastores que proclaman la Palabra a menudo parecen lamentarse y rendirse ante feligreses que no cambian, mientras que los feligreses, a su vez, parecen criticar incesantemente y estar insatisfechos con predicadores que tampoco muestran señales de transformación. Podemos cumplir fielmente con el ritual religioso de la adoración —quizás incluso por pura costumbre—, pero ¿cómo explicamos el estado de los cristianos que permanecen sin cambios a pesar de asistir a servicio tras servicio? Esto revela un problema en nuestra vida

de adoración. ¿Por qué, a pesar de poseer un amplio conocimiento bíblico, comprender la sana doctrina y asistir a innumerables servicios de adoración, no logramos experimentar la obra de transformación y, en cambio, nos encontramos deteriorándonos? Creo que existen dos tipos de transformación; en otras palabras, la dirección de esa transformación es lo que importa. O cambiamos en una dirección maligna o en una buena dirección; es una u otra. Incluso mientras adoramos, podemos cambiar en una dirección maligna —corrompiéndonos— o en una buena dirección. Esto puede parecer sorprendente. Consideremos, por ejemplo, cómo escuchamos la Palabra de Dios durante la adoración a través del predicador, el pastor. La Biblia describe la Palabra de Dios como un martillo, un fuego o la espada del Espíritu Santo. Esto significa que, cuando el predicador o la congregación reciben verdaderamente la gracia a través de la Palabra durante un sermón, los corazones endurecidos se hacen añicos, los corazones fríos se derriten y —al ser traspasados en el corazón y la conciencia— experimentan un arrepentimiento genuino y una restauración espiritual. Sin embargo, también debemos reconocer que la Palabra de Dios puede provocar el endurecimiento de nuestros corazones. El faraón, al escuchar la Palabra de Dios a través de Moisés, endureció su corazón. Del mismo modo, aquellos que escuchan la Palabra de Dios a través de un predicador pero no la obedecen pueden ver cómo sus corazones se endurecen aún más. La obediencia trae bendición, mientras que la desobediencia acarrea maldición. ¿En qué dirección estamos cambiando tú y yo en este momento? Los creyentes que, a través de la adoración dominical, sufren una transformación hacia el mal, simplemente se amoldarán a este siglo cuando salgan al mundo. Exteriormente, pueden llamarse miembros de la iglesia, cristianos o incluso adoradores; sin embargo, son cristianos que han perdido el poder de transformar el mundo. La codicia y la ambición de hacer crecer la iglesia aumentando simplemente el número de tales cristianos —aunque quizás impresionantes a los ojos humanos— resultan detestables y abominables a la vista de Dios (Isaías 1:13–14). La transformación que agrada a Dios consiste en que nos establezcamos ante Él como verdaderos adoradores. Además, la vida de un verdadero adorador transforma el mundo a medida que la adoración y la vida cotidiana se alinean y experimentan una transformación conjunta.

Hoy, centrándome en el pasaje de Romanos 12:1–3, quisiera reflexionar sobre tres tipos de transformación que nosotros, como creyentes, debemos procurar. Es mi ferviente deseo que, al buscar todos estos tres cambios, podamos vernos más transformados este año de lo que lo estábamos el año pasado.

En primer lugar, debemos buscar una transformación del corazón.

Observemos el texto de hoy, Romanos 12:2: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». Jesús se refirió a esta generación como una «generación mala y adúltera» (Mateo 12:39). El apóstol Pablo también la describió como «este presente siglo malo» en Gálatas 1:4. Además, en Efesios 2:2 y Gálatas 5:16, Pablo señala que, antes de creer en Jesús y convertirnos en personas nuevas, caminábamos conforme a «la corriente de este mundo» (Efesios 2:2) o a «los deseos de la carne» (Gálatas 5:16). Entonces, ¿cuáles eran exactamente esas formas mundanas o deseos carnales que seguíamos antes de convertirnos en personas nuevas mediante la fe en Jesús? Observemos Gálatas 5:19–21 (primera parte): «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, impureza, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, divisiones, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas». Una lista similar aparece en Romanos 1:29–31: toda injusticia, maldad, avaricia, malicia, murmuraciones, calumnias, insolencia, soberbia, jactancia, invención de males, desobediencia a los padres, insensatez, falta de fidelidad, falta de afecto natural y falta de misericordia. El problema es que, aunque nos hemos convertido en personas nuevas mediante la fe en Jesucristo, hay momentos en los que —en lugar de vivir como corresponde al pueblo santo de Dios— seguimos los hábitos de nuestro antiguo yo y cedemos a los deseos de la carne. ¿Cuál es la cuestión? ¿Por qué no logramos despojarnos de las costumbres del viejo yo y vivir como personas nuevas, a pesar de haber creído en Jesús? ¿Cuál es exactamente el problema? El problema reside en nuestros corazones. Pecamos

porque no guardamos la Palabra de Dios en nuestros corazones. Consideremos las palabras del salmista en el Salmo 119:11: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti». Si no almacenamos la Palabra de Dios en nuestros corazones, estos no pueden ser renovados. En consecuencia, terminamos viviendo en conformidad con esta generación pecaminosa y corrupta, siguiendo nuestras propias mentes entenebrecidas y necias (1:21) o los deseos lujuriosos de nuestros corazones (1:24). ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos ser transformados mediante la renovación de nuestra mente. En resumen, nuestros corazones necesitan desesperadamente una transformación. En su libro **La renovación del corazón**, el pastor Dallas Willard afirma: «Solo una profunda transformación interior puede vencer verdaderamente el mal exterior». ¿Qué opinas tú? ¿Crees realmente que una profunda transformación interior es la única manera de superar decisivamente el mal exterior? Personalmente, deseo buscar esta transformación interior, no solo para mí, sino también para mi familia física y mi familia espiritual aquí en la Iglesia Presbiteriana Victory. En otras palabras, deseo vivir mi fe personal, así como desempeñar mis ministerios familiares y pastorales, centrándome en la transformación interior que Dios ve, en lugar de en los cambios externos. Esto se debe a que no puede existir un verdadero cambio externo sin una transformación interior. El problema, a mi parecer, es que los cristianos a menudo descuidamos la transformación interior mientras prestamos demasiada atención a las apariencias externas. Al buscar cambios superficiales sin una transformación fundamental del corazón, terminamos siendo influenciados y moldeados por el mundo —en lugar de ejercer una influencia piadosa sobre él—, comprometiendo así nuestra fe y pecando tanto ante Dios como ante los demás. A los ojos humanos, alguien puede parecer tener una fe sólida, orar bien, poseer conocimientos bíblicos y servir diligentemente en la iglesia; sin embargo, sin un cambio fundamental de corazón, es posible asistir a la iglesia durante años sin mostrar ninguna transformación distintiva en el carácter o la conducta. Por eso quiero que todos los miembros de la Iglesia Seungri se unan a mí para meditar más profundamente en la Palabra de Dios. Pues cuanto más meditamos en la Palabra de Dios día y noche —como el salmista—, más se transforman nuestros corazones mediante esa misma Palabra. ¿Cómo es esto posible? En primer lugar, al meditar en la Palabra de Dios, el Espíritu Santo

nos capacita para escuchar la voz de Dios. Cuanto más meditamos en Su Palabra, mejor podemos discernir la voluntad de Dios (Romanos 12:2). En segundo lugar, cuando obedecemos la voluntad de Dios que hemos discernido, se produce una verdadera transformación en nuestros corazones. Al obedecer la verdad, purificamos nuestras almas (1 Pedro 1:22). Dios nos limpia y santifica a través de Su Palabra (Efesios 5:26). Oro fervientemente para que todos los miembros de nuestra familia eclesial se acerquen cada vez más a la Palabra de Dios —escuchándola, leyéndola, meditando en ella, estudiándola y obedeciéndola—, a fin de que se produzca en nosotros una transformación fundamental del corazón. Oro para que nuestros corazones lleguen a estar sanos y completos. En consecuencia, oro para que ya no nos amoldemos a esta época, sino que imitemos cada vez más a Jesús, convirtiéndonos en personas que transforman este mundo.

En segundo lugar, debemos buscar una transformación de nuestra manera de pensar.

Por favor, consideremos el pasaje de hoy, Romanos 12:3: «Por la gracia que me ha sido dada, digo a cada uno de entre ustedes que no tenga un concepto de sí mismo más alto del que debe tener, sino que piense con buen juicio, según la medida de fe que Dios ha asignado». René Descartes, filósofo francés del racionalismo moderno, formuló una afirmación que revela la esencia misma y el núcleo de la humanidad: «Pienso, luego existo» (*Cogito, ergo sum*). Lo que nos distingue a los seres humanos de los animales es nuestra capacidad de pensar. Los animales viven impulsados por instintos. La vida de un animal puede resumirse en cuatro palabras: comer, dormir, reproducirse y morir. Sin embargo, los seres humanos somos criaturas pensantes. Poseemos razón y, a través de ella, vivimos como seres que piensan; en otras palabras, pensamos mientras vivimos y vivimos mientras pensamos. No obstante, me parece que la gente vive cada vez más de manera impulsiva —como los animales— en lugar de vivir de forma reflexiva. Pecamos contra Dios al hablar y actuar basándonos en emociones e impulsos, carentes de razón y lógica. Desde la perspectiva del apóstol Pablo, este fenómeno surge de nuestro «pensamiento vano». Debido a que nuestros pensamientos se han vuelto vanos, vivimos pecando contra Dios. Observemos Romanos

1:21: «Pues aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que sus pensamientos se volvieron vanos y sus corazones necios se oscurecieron». En última instancia, aunque conozcamos a Dios, si no renovamos nuestra mente y somos transformados, no logramos glorificarlo ni darle gracias. Como consecuencia, nuestros pensamientos se vuelven inevitablemente vanos: carentes de sentido y sin provecho alguno. Tal pensamiento vano nos lleva a dedicarnos únicamente a actividades inútiles y vacías. El problema, sin embargo, es que estas mismas cosas —inútiles y vanas a los ojos de Dios— también están ocurriendo dentro de la iglesia. Un ejemplo de ello es la presencia en la iglesia de «...inmoralidad sexual y...». Se están cometiendo pecados tales como «discordias, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, facciones, envidias, borracheras y orgías» (Gálatas 5:19-21). Por eso el apóstol Pablo, en el pasaje de hoy (Romanos 12:3), nos instruye: «No tengáis un concepto de vosotros mismos más alto del que debéis tener, sino pensad de vosotros mismos con sensatez, conforme a la medida de fe que Dios os ha dado». ¿Qué significa esto? Podemos considerarlo de dos maneras. En primer lugar, Pablo nos dice que no alberguemos pensamientos arrogantes. ¿Por qué surgen diversos pecados —como la discordia y la división— dentro de la comunidad de la iglesia? A causa del orgullo. ¿Por qué surgen sentimientos de superioridad espiritual o prejuicios? ¿Acaso no es porque nos evaluamos más allá de nuestra medida adecuada? Así, en Romanos 12:3, Pablo nos dice esencialmente: «No penséis más allá de vuestra medida adecuada». En segundo lugar, Pablo exhorta a los santos en Roma —y a todos nosotros— a «pensar con humildad» (la última parte del versículo 3). ¿Qué significa esto? En resumen, significa pensar dentro de la propia medida adecuada. Pensar conforme a la medida de fe significa conocerse a uno mismo ante Dios y pensar con humildad; la instrucción de «pensar con sensatez» (o con juicio sobrio) significa «pensar con una mente clara y sana» (Park Yun-sun). Quienes comprenden la gracia son humildes. Nunca piensan más allá de su medida adecuada; por el contrario, piensan con humildad. Por eso Pablo habla «por la gracia que me ha sido dada» (versículo 3). Es mediante la gracia que recibió de Dios que Pablo ofrece humildemente este consejo a los santos en Roma, aun escribiendo desde la distancia.

Necesitamos una transformación en nuestra manera de pensar. Cuando nos negamos a conformarnos a esta generación y, en cambio, permitimos que nuestra mente sea renovada y transformada, nuestra forma de pensar cambia inevitablemente también. En otras palabras, una transformación del corazón conlleva una transformación de la mente. Un corazón que está siendo renovado y que se somete a la voluntad del Señor no puede albergar pensamientos arrogantes ante Él; más bien, tal corazón fomenta la humildad en Su presencia. Es mi oración que esta transformación del pensamiento continúe en todos nosotros. Que todos cultivemos no solo el mismo corazón, sino también la misma mentalidad al pensar con humildad.

En tercer y último lugar, debemos buscar una transformación de nuestras vidas. Observemos el pasaje de hoy, Romanos 12:1: «Por tanto, hermanos, les ruego que, en vista de la misericordia de Dios, ofrezcan sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; este es su verdadero y auténtico culto». Cuando nuestros corazones y mentes son transformados, nuestras vidas experimentan naturalmente una transformación también. ¿Cómo cambian? Ya no seguimos los caminos de este mundo ni los deseos de la carne; en cambio, vivimos en obediencia a la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta. Vivimos una vida de humildad en lugar de arrogancia. En resumen, el fruto de nuestras vidas, nacido de la transformación de nuestros corazones y mentes, es la «santidad». ¿Qué significa, entonces, «santidad»? La palabra hebrea para santidad, **qodesh**, significa cortar, distinguir y separar algo de aquello que es impuro. En esencia, la vida del creyente es una vida apartada del mundo y del pecado. Dicho de otro modo, la vida de un creyente es una vida no secular. La palabra griega para «santo» (**hagios**) —que implica santidad— es un término compuesto por el prefijo negativo **ha-** y la palabra **ge** (que significa tierra o mundo), lo cual denota una naturaleza no secular. ...eso es lo que significa. Pero, ¿cuál es la realidad? La iglesia se ha secularizado. ¿Por qué se ha secularizado la iglesia? La razón es que **nosotros** nos hemos secularizado. No somos diferentes de la gente del mundo. Compartimos los mismos valores que las personas mundanas, hablamos y actuamos igual que ellas, y nuestros patrones de vida generales son indistinguibles de los de aquellos que

no creen en Jesús. Una vida que no se distingue de la de las personas mundanas no es, de ninguna manera, la vida de un santo; no es una vida santa. Entonces, ¿qué hay de nosotros? ¿Estamos tú y yo viviendo verdaderamente la vida de un santo, una vida santa?

Hay un libro que he estado leyendo últimamente titulado **Gospel-Powered Parenting** (Crianza impulsada por el Evangelio). En él se enseña cómo el Evangelio nos transforma como padres mientras criamos a nuestros hijos. En el capítulo 4, el autor, el pastor William P. Farley, aborda el tema de "Un padre santo", enfatizando que los padres en el hogar deben ser santos, tal como Dios Padre es santo. Él expresa una verdad profunda sobre la santidad de Dios Padre: "Tal es la santidad del Padre que, cuando su Hijo cargó con nuestros pecados y transgresiones, Dios se separó de Él". ¿Cómo percibimos esta santidad de Dios Padre? ¿Cómo debemos responder ante una santidad que llevó a Dios Padre a separarse incluso de su Hijo unigénito, Jesús, quien cargó con todos nuestros pecados? Debemos vivir una vida apartada del pecado. Debemos vivir una vida apartada de este mundo pecaminoso. Nunca debemos secularizarnos ni adoptar palabras y acciones que no difieran de las de la gente del mundo. En cambio, mediante la renovación de nuestra mente y la transformación, debemos discernir la voluntad de Dios —buena, agradable y perfecta— y vivir una vida santa en medio de este mundo pecaminoso. Por tanto, a través de nuestras vidas santas, la santidad de Dios debe revelarse a este mundo pecaminoso.

Quisiera concluir con esto: debe haber transformación en nuestras vidas. Debe producirse una transformación de nuestros corazones, nuestros pensamientos y nuestras vidas. Mi oración es que todos lleguemos a ser personas cada vez más transformadas mediante la obediencia a la Palabra de Dios.

Día 22: Esperar

[Meditación sobre el Salmo 130]

Al examinarme, me doy cuenta de que la «impaciencia» es una de mis debilidades. Como a menudo soy impaciente, frecuentemente causo angustia a los demás o los hiego con mis palabras y acciones. También hay momentos en que mi impaciencia me lleva a arruinar las cosas. En medio de esto, Dios me llevó a meditar en 2 Timoteo 3:4, un pasaje que describe cómo, en los tiempos peligrosos de los últimos días, la gente sería «precipitada» (impaciente). ¿Por qué nos volvemos impacientes? Creo que la impaciencia surge cuando nos convencemos de que no podemos esperar más y, al mismo tiempo, renunciamos a ejercer la paciencia. En esos momentos, actuamos según nuestros propios caprichos. La impaciencia nos lleva a adelantarnos a la voluntad de Dios; al no esperar su tiempo, ideamos planes y métodos defectuosos que a menudo conducen a consecuencias desastrosas. La impaciencia nos impulsa a elegir planes y cursos de acción mundanos y carnales. Un ejemplo claro es la historia de Abraham y Sara. Aunque habían recibido la promesa de Dios, dejaron de esperar con fe y sucumbieron a la impaciencia. Sara instó a su esposo, Abram, a unirse a su sierva egipcia, Agar (Génesis 16:1–2); Abram aceptó la sugerencia, se unió a Agar y engendró un hijo llamado Ismael. Sin embargo, como sabemos, Ismael no era la descendencia prometida; lo era Isaac. Así, la impaciencia conduce a la terrible consecuencia de abandonar la fe y la paciencia. Quizás por eso esperar se considera una virtud. Esperar es un elemento esencial de nuestra vida de fe.

El Salmo 62:1 y 5 nos dice: «En Dios solamente reposa mi alma; de él viene mi salvación... Sí, alma mía, reposa en Dios; de él viene mi esperanza». A través de estos versículos, aprendemos que debemos confiar plenamente en Dios: nuestra salvación, nuestra esperanza, nuestra roca y nuestra fortaleza. La razón es que confiar en Dios de manera tranquila y completa se convierte en nuestra fortaleza (Isaías 30:15). Debemos esperar la salvación de Dios mientras ponemos nuestra mirada en Él con serenidad. Nuestro Dios ciertamente nos librará. En el texto de hoy, el Salmo 130:6, el salmista ilustra su espera de la siguiente manera: «Mi alma espera al Señor más que los centinelas esperan la mañana; más que los centinelas esperan la mañana». El salmista compara su propia espera con la de los centinelas que aguardan el amanecer. Confiesa que su alma espera al Señor incluso más de lo que los centinelas esperan la mañana. ¿Quiénes son estos centinelas? Son aquellos que montan guardia en los muros de la ciudad durante toda la noche, inquietos y vigilantes ante una posible invasión enemiga, para proteger a la gente que está en su interior. En otras palabras, son los guardianes que renuncian al sueño para vigilar la presencia del enemigo. ¿Qué es lo que más anhelan estos centinelas? La mañana. Aguardan con ansias la llegada del amanecer (Park Yun-sun). Con esa misma y ferviente expectación, el salmista esperaba —y seguía esperando— al Señor. El salmista aguardaba al Señor con un anhelo que superaba con creces incluso al de los centinelas que esperan la mañana. Fue en medio de esta ferviente expectación que entonó las palabras del pasaje de hoy mientras ascendía al templo.

¿Cuál era, entonces, el objeto de tan ferviente espera por parte del salmista? La Palabra de Dios. Observemos el versículo 5 del Salmo 130: «Espero al Señor, mi alma espera, y en su palabra tengo esperanza». La Palabra de Dios que él aguardaba con tanto fervor era la certeza de que Dios concedería el perdón y la salvación conforme a sus promesas reveladas (Park Yun-sun). De esto podemos deducir que el salmista sufría bajo la disciplina de Dios debido a su propio pecado. ¿Cuál era la naturaleza de esta dolorosa situación? Veamos el versículo 1: «Desde lo profundo he clamado a ti, oh Señor». Las «profundidades» en las que se hallaba el salmista simbolizan un estado de tribulación extrema, semejante a ahogarse

o asfixiarse (Park Yun-sun). Al igual que Jonás, quien tras desobedecer a Dios se vio atrapado en el vientre de un gran pez en las profundidades del mar, el salmista se encontraba sumido en una profunda aflicción. Sin embargo, puso sus ojos en el Señor y elevó una oración ferviente. Observemos los versículos 1 y 2 del Salmo 130: «Desde lo profundo he clamado a Ti, oh SEÑOR; ¡Señor, escucha mi voz! Que tus oídos estén atentos a la voz de mis súplicas». Mientras el salmista oraba de esta manera, sabía que si el Señor condenara —en lugar de pasar por alto— todos los pecados cometidos desde el pasado hasta el presente (Park Yun-sun), nadie podría permanecer ante Él (versículo 3). Si Dios no perdonara nuestros pecados, sino que llevara un registro de cada uno de ellos —pasados, presentes y futuros—, ¿quién en este mundo se atrevería a presentarse ante el Señor santo? Aunque un pecador no puede pretender presentarse ante el Señor santo, el salmista creía en el perdón de Dios (versículo 4) y, con humildad y un corazón lleno de reverencia (versículo 4), oraba fervientemente por el perdón de sus pecados. Luego, aguardaba la palabra de perdón de Dios. ¡Con qué anhelo debió haberla esperado! Tras haber pecado y caído en un profundo abatimiento debido a la disciplina divina, y después de orar fervientemente por el perdón mientras ponía su mirada en Dios, ¡cuánto anhelaría uno escuchar la voz de Dios diciendo: «He borrado y eliminado todos tus pecados; no me acuerdo más de ellos»! Si escucháramos esa voz, ¡cómo saltaríamos y danzaríamos de alegría en libertad y liberación, ofreciendo alabanza y adoración a Dios! Habiendo orado fervientemente por el perdón, el salmista aguardaba en silencio y con fe ante Dios, anhelando escuchar Su palabra de perdón. Al hacerlo, esperaba mientras oraba fervientemente para que Dios lo librara —como prueba del perdón— de la dolorosa situación causada por sus transgresiones; es decir, de «lo profundo». En resumen, oraba por la gracia salvadora de Dios, la esperaba con ilusión y aguardaba su llegada. ¿Cómo pudo el salmista orar por la gracia salvadora de Dios, esperarla con ilusión y aguardarla? Encuentro la respuesta en los versículos 7 y 8 del texto de hoy: «¡Oh Israel, espera en el Señor! Porque en el Señor hay amor inagotable, y con Él hay abundante redención. Y Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades». Dado que el salmista creía en el amor inquebrantable y en la abundante redención de Dios, pudo orar a Él, anhelar su intervención y aguardar con paciencia el perdón de los pecados y la gracia de la salvación.

¿Cree usted verdaderamente en el amor inquebrantable y en la abundante redención de Dios? ¿Cree realmente que Dios es quien le redime de todas sus iniquidades?

¿Acaso se encuentra alguno de ustedes en lo profundo del abismo, tal como le sucedió al salmista? ¿Está atravesando una tribulación severa, hundiéndose cada vez más, como si se estuviera ahogando en las aguas? ¿Y reconoce que la causa de hallarse en esa profundidad es su propio pecado? Si es así, le insto a que mire con fe —al igual que el salmista— hacia el amor inquebrantable y la abundante redención de Dios, y a que ore, mantenga la esperanza y aguarde con fervor, con un corazón que anhela el perdón de los pecados y la gracia salvadora divina. Espere al Señor con mayor anhelo aún que el centinela que aguarda la llegada de la mañana. Dios ciertamente perdonará todos sus pecados y le librá de la grave tribulación en la que se encuentra.

Día 23: El florecimiento de la Palabra

[Meditación sobre Hechos 19:8–20]

A. W. Tozer, a menudo llamado un profeta del siglo XXI, escribió en su libro **Ese increíble cristiano**: «Las iglesias de hoy están llenas de cristianos débiles. Solo asisten al templo si algo divertido los entretiene... En consecuencia, permanecen en un estado de fragilidad moral y espiritual. Apenas se aferran con manos débiles a una fe que no comprenden del todo». ¿Cuál es la causa de esto? Tozer sugiere que se debe a que evangelistas desequilibrados —muy parecidos a vendedores que resaltan solo las virtudes de un producto mientras ocultan sus defectos— esconden los aspectos negativos y hablan únicamente de los positivos. Estamos siendo engañados por un evangelio falso. Es un evangelio falso aquel que enfatiza el camino a la Ciudad Celestial sin enseñar el camino del sufrimiento; que destaca la Tierra Prometida sin mencionar el desierto; o que resalta la resurrección sin hablar de la muerte. Vivimos en un mundo plagado de evangelios falsos. Tales verdades engañosas se proclaman desde los púlpitos de las iglesias. Las iglesias hacen que los feligreses se sientan demasiado cómodos, fomentando cristianos débiles que desean ser servidos en lugar de servir.

Debemos convertirnos en creyentes llenos de la verdad auténtica y genuina. Nuestra Iglesia Presbiteriana Victory debe ser una iglesia llena de la verdadera Palabra. ¿Qué debemos hacer para lograrlo? Al observar el pasaje de hoy, Hechos 19:20, la Biblia declara: «De esta manera, la palabra del Señor se difundía ampliamente y cobraba fuerza». Centrándome en

el pasaje de hoy y en el tema «El florecimiento de la Palabra», quisiera extraer tres lecciones sobre cómo este florecimiento de la Palabra puede manifestarse en nuestra iglesia.

En primer lugar, para que la Palabra florezca en nuestra iglesia, todos debemos escuchar la Palabra del Señor.

Observemos el texto de hoy, Hechos 19:10: «Esto continuó durante dos años, de modo que todos los habitantes de Asia oyeron la palabra del Señor, tanto judíos como griegos». Hechos 18:19–21 relata que, hacia el final de su segundo viaje misionero —justo antes de regresar a Jerusalén—, Pablo visitó Éfeso y proclamó la Palabra; los judíos de allí respondieron muy positivamente a su mensaje y le pidieron que se quedara más tiempo. Aunque Pablo declinó la petición en aquel momento, prometió regresar si Dios le concedía la oportunidad; en Hechos 19:1, lo vemos de vuelta en Éfeso, cumpliendo esa promesa gracias a que Dios proveyó la ocasión. Pablo enseñó intensamente sobre el Reino de Dios en la sinagoga de Éfeso durante tres meses (versículo 8). Sin embargo, algunas personas endurecieron sus corazones, se negaron a obedecer y hablaron mal de «el Camino» ante la multitud (versículo 9). No solo no creyeron el mensaje que Pablo proclamaba, sino que también endurecieron activamente sus corazones. Esto revela que su condición espiritual era de una incredulidad obstinada e irremediable. En ese estado, se volvieron agresivos y calumniaron públicamente el evangelio de Pablo. En consecuencia, Pablo apartó a los discípulos creyentes e impartió enseñanzas diariamente durante dos años en la escuela de Tirano (versículo 10). Los manuscritos occidentales especifican que el horario de la enseñanza intensiva de Pablo en la escuela de Tirano iba desde la quinta hasta la décima hora (de las 11:00 a. m. a las 4:00 p. m.) (Metzger). Esta práctica refleja las costumbres culturales de Asia Menor; en aquella época, las horas comprendidas entre las 11:00 a. m. y las 4:00 p. m. constituían esencialmente un periodo para la siesta o el descanso, con el fin de evitar el calor. Tanto judíos como gentiles aprovechaban este receso para recibir instrucción intensiva en la Palabra de Dios impartida por Pablo (Yoo Sang-seop). Como resultado, todos los habitantes de la provincia de Asia —tanto judíos como griegos— oyeron

la palabra del Señor (versículo 10). Aquí, «Asia» se refiere a la región que se extiende a lo largo de la costa occidental de la península de Anatolia, limitada por Bitinia al norte, Galacia al este y Licia al sur, abarcando un territorio que iba más allá de la propia Éfeso (J. A. Harrill). Tan solo Éfeso contaba con una población cercana a los 250.000 habitantes en aquella época, y la población total de las zonas circundantes superaba con creces esa cifra. Esto da una idea de la gran cantidad de personas que escucharon la Palabra de Dios en la escuela de Tirano (Yoo Sang-seop). En este contexto, el «florecimiento de la Palabra» se refiere a la difusión del mensaje por toda la región, lo que lleva a que un número creciente de personas escuche el Evangelio y acepte a Jesús como su Salvador y Señor. En otras palabras, el crecimiento de la Palabra se traduce en un aumento del número de creyentes y en una fe creciente. Sin embargo, no debemos olvidar que, aun en medio del florecimiento de la Palabra, habrá personas que endurezcan sus corazones y se nieguen a obedecerla. Es posible que adopten una actitud agresiva y calumnien el mensaje. Dicho de otro modo, la Palabra de Dios divide a los oyentes en dos grupos: aquellos que escuchan, creen y obedecen la Palabra, y aquellos que la escuchan pero se niegan a creer u obedecer. Debemos contarnos entre quienes escuchan y obedecen la Palabra de Dios. Por tanto, debemos ver el florecimiento de la Palabra en nuestra propia iglesia. En segundo lugar, para que la Palabra florezca en nuestra iglesia, el nombre del Señor Jesús debe ser exaltado.

Observemos el texto de hoy, Hechos 19:17: «Todos los judíos y griegos que vivían en Éfeso se enteraron de esto y fueron presa del temor, y el nombre del Señor Jesús era tenido en gran estima». El contexto de este pasaje —Hechos 19:11-17— revela que se realizaron milagros extraordinarios por medio de Pablo. Nótese especialmente el versículo 11: «Dios hacía milagros extraordinarios por medio de Pablo». Esto demuestra que el ministerio de Pablo, al igual que el de Jesús, se caracterizaba tanto por la Palabra como por el poder. La razón por la que tantas personas en Asia prestaron atención fue que el poder de la Palabra se manifestó a través de sanidades y la expulsión de demonios (Yoo Sang-seop). Esto indica que el Reino de Dios estaba llegando mediante la Palabra del Señor que Pablo proclamaba, liberando simultáneamente a las personas del dominio de Satanás y de los espíritus

malignos. Otro suceso ocurrido en este contexto fue la humillante derrota de los siete hijos de Esceva (versículos 13-16). Ciertos judíos viajaban de un lugar a otro practicando el exorcismo como oficio; entre ellos, se menciona específicamente a los siete hijos de Esceva (Esceva es identificado en el texto como sumo sacerdote). Intentaron expulsar demonios invocando el nombre del Jesús que Pablo predicaba (versículo 13), pero un espíritu maligno respondió: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero ¿ustedes quiénes son?» (versículo 15). Los espíritus malignos saben muy bien quién no cree verdaderamente, del mismo modo que saben quiénes son los verdaderos creyentes. Por tanto, cualquiera que desee evitar convertirse en objeto de burla o en blanco de ataques por parte de los espíritus malignos debe ser sincero en su fe en Jesucristo (Park Yun-sun). Entonces, el hombre poseído por el espíritu maligno se abalanzó sobre los siete hijos de Esceva, venciéndolos y sometiéndolos (v. 16); ellos huyeron de la casa, heridos y desnudos. Todos los judíos y griegos que vivían en Éfeso se enteraron de este suceso y se llenaron de temor (un temor que, por supuesto, inspiraba reverencia y respeto hacia Dios). En última instancia, mediante este incidente, Dios exaltó el nombre del Señor Jesús ante toda aquella gente.

¿Qué significa que la Palabra prospere aquí? Se refiere a que el nombre del Señor Jesús sea exaltado mediante la manifestación del poder de Dios. ¿Y a través de quién se reveló este poder? Se reveló a través de Pablo, un hombre de fe tan genuina que incluso los espíritus malignos lo reconocían y le temían (versículos 13-16). El hecho de que los espíritus malignos reconocieran a Pablo demuestra que su fe era auténtica, lo cual los obligaba a temerle. Estaban aterrados, sobre todo, porque el Señor Jesús estaba presente con Pablo, un hombre de fe verdadera. Para que la Palabra prospere en nuestra Iglesia Presbiteriana Victory, el nombre de nuestro Señor Jesús debe ser exaltado.

En tercer y último lugar, para que la Palabra prospere en nuestra iglesia, todos debemos hacer una confesión.

Observemos el texto de hoy, Hechos 19:18: «Muchos de los que habían creído venían y confesaban abiertamente lo que habían hecho». A medida que el nombre del Señor Jesús

era exaltado de esta manera, se producían cambios notables tanto entre los creyentes como entre los no creyentes (versículos 18–19). Aquellos que habían llegado a creer en Jesús daban un paso al frente para confesar sus obras. Las «obras» aquí mencionadas se refieren a las prácticas mágicas y ocultistas en las que habían seguido participando, incluso después de haber llegado a la fe en Jesús a través del ministerio de Pablo (Yoo Sang-seop). Esto no es muy diferente de lo que ocurre con algunos cristianos coreanos de hoy en día quienes, a pesar de creer en Jesús, siguen recurriendo a la adivinación, a la lectura del rostro y a otras formas de prácticas ocultas. Exteriormente profesaban fe en Jesús, pero sus vidas permanecían atrapadas en los patrones vergonzosos de su pasado (Yoo Sang-seop). La transformación no se limitó a los creyentes; también se produjo un cambio entre los ocultistas profesionales que aún no habían puesto su fe en el Señor. Ellos trajeron sus libros relacionados con la hechicería y los quemaron en presencia de todos. Este acto sirvió como un rechazo público del contenido de dichos libros y como una confesión de que eran falsos. El valor total de los libros destruidos en el fuego se estimó en 50.000 monedas de plata. Dado que una sola moneda de plata equivalía a un *dracma* —el salario diario habitual—, los estudiosos señalan que el valor de los libros quemados representaba una suma inmensa, equivalente a 50.000 días de salario.

¿Qué significa, entonces, que la Palabra prevalezca? Significa que, al honrarse el nombre del Señor Jesús, los creyentes confiesan y abandonan los pecados vergonzosos a los que antes se aferraban. Además, el hecho de que la Palabra prevalezca implica un movimiento en el que, gracias a que el nombre del Señor Jesús es exaltado, incluso los no creyentes se arrepienten y vuelven al Señor. Oro para que esta obra del triunfo de la Palabra tenga lugar aquí, en la Iglesia Presbiteriana Victory.

La Iglesia Presbiteriana Victory debe ser una iglesia donde la Palabra del Señor prevalezca. ¿Qué significa esto? Significa que, mediante la Palabra del Señor, debemos triunfar en la batalla contra nosotros mismos y despojarnos de los viejos hábitos pecaminosos. También significa que, al igual que los hechiceros abandonaron sus prácticas ocultistas para volver

al Señor, debemos presenciar un movimiento en el que aquellos que aún no creen en Jesús se vuelvan hacia Él. Debemos escuchar la Palabra del Señor para luchar contra las fuerzas de Satanás y salir victoriosos. Debemos experimentar el poder de la Palabra del Señor. Debemos presenciar la exaltación del nombre del Señor. Debemos vivir una vida victoriosa a través de la Palabra mientras confesamos nuestros pecados. ¡Victoria!

Día 24: Una fe sin hipocresía

[Meditación sobre 2 Timoteo 1:5]

«Traigo a la memoria tu fe sincera, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy persuadido de que habita también en ti» (2 Timoteo 1:5).

Timoteo, el hijo espiritual del apóstol Pablo, poseía una fe sin hipocresía. Al igual que su madre Eunice y su abuela Loida, albergaba en su corazón una fe libre de fingimiento. Era verdaderamente un hombre que poseía una fe preciosa. El significado de su nombre le va muy bien; «Timoteo» significa «tesoro de Dios» (Park Yun-sun). Una persona que posee tal fe es un verdadero discípulo de Jesús. En otras palabras, un verdadero discípulo de Jesús guarda en su corazón una fe sin hipocresía.

La fe sin hipocresía se refiere a una fe sincera: una fe libre de fingimiento y no falsa. Como ejemplo, podemos considerar la fe de Abraham descrita en Romanos 4:18–21. La fe de Abraham puede caracterizarse de tres maneras:

En primer lugar, la fe de Abraham —una fe sin hipocresía— era una fe que esperaba incluso cuando parecía no haber razón para la esperanza.

Observemos Romanos 4:18: «Abraham creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: "Así será tu

descendencia"». Aunque tenía cerca de cien años —con su propio cuerpo prácticamente muerto y el vientre de Sara también estéril—, Abraham creyó en la promesa que Dios le había hecho cuando tenía setenta y cinco años: «Así será tu descendencia». En otras palabras, la fe de Abraham era una fe que esperaba contra toda esperanza, trascendiendo circunstancias médicas humanamente imposibles.

Una fe falsa, infiel, hipócrita o fingida puede albergar esperanza cuando existen motivos para ello, pero fracasa en mantenerla cuando no hay una razón aparente para hacerlo. Por el contrario, ante una situación desesperada, tal persona podría decir «Amén» con los labios mientras alberga dudas en su corazón. Finge tener fe y afirma «Yo creo», pero en el fondo está gritando: «Esto es imposible». Sin embargo, sorprendentemente, a menudo reciben elogios de otros creyentes por poseer una fe preciosa. Como consecuencia, sufren los tormentos de una conciencia culpable, atormentados por una ansiedad y una incredulidad que solo Dios y ellos mismos conocen. Si alguien no experimenta tal convicción o angustia, entonces su fe es verdaderamente falsa e hipócrita.

Debemos poseer una fe genuina y sincera, como la de Abraham y Timoteo. Hemos de tener una fe que mire a Dios no solo cuando hay motivos para la esperanza, sino también en situaciones aparentemente imposibles donde la esperanza parece ausente. Aun cuando parezca no haber esperanza, debemos fijar la mirada en el Señor —nuestra verdadera esperanza— y caminar por fe, incluso sin evidencias visibles.

En segundo lugar, la fe sincera de Abraham fue una fe que no se debilitó ante la imposibilidad; al contrario, se fortaleció, dando así gloria a Dios.

Consideremos Romanos 4:19-20: «No se debilitó en la fe al considerar su propio cuerpo, que estaba como muerto (pues tenía cerca de cien años), o al considerar la esterilidad del vientre de Sara. Ninguna incredulidad le hizo vacilar respecto a la promesa de Dios, sino que se fortaleció en su fe al dar gloria a Dios». La fe auténtica de Abraham no vaciló; más bien,

se hizo más fuerte incluso al enfrentarse a la realidad imposible que tanto él como su esposa, Sara, vivían. Pensemos en esto: Abraham recibió la promesa de Dios —«Así será tu descendencia»— cuando tenía setenta y cinco años (versículo 18). Durante los siguientes veinticinco años, hasta que cumplió cien, la realidad de la situación se volvió cada vez más imposible; en tales circunstancias, habría sido totalmente natural que su fe se debilitara y que renunciara a la esperanza de tener un hijo. Sin embargo, gracias a una fe genuina y sincera, confió cada vez más en el Señor con el paso del tiempo, y su fe se volvió cada vez más firme. La fuente de esta fe inquebrantable era la Palabra viva y eficaz de la promesa de Dios. En otras palabras, el poder detrás de la fe auténtica de Abraham —una fe que permaneció firme en lugar de debilitarse ante la imposibilidad— era el poder de la Palabra prometida de Dios. Esa Palabra estaba viva y actuando en su corazón. Por eso, en una situación donde la esperanza parecía imposible, él no dudó de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios.

En cambio, la fe falsa, infiel, hipócrita o fingida flaquea ante situaciones imposibles. A medida que las circunstancias se vuelven cada vez más imposibles, esa fe se debilita gradualmente. Este tipo de fe falsa se deja llevar por las circunstancias en lugar de por la Palabra de la promesa de Dios. Las situaciones imposibles dejan al descubierto la falta de fe; sacan a la luz las dudas que acechan en nuestro interior. Tales situaciones nos hacen comprender hasta qué punto fallamos en creer verdaderamente en la Palabra de la promesa de Dios. Por lo tanto, fingir tener fe mientras se alberga incredulidad oscurece la gloria de Dios en lugar de honrarle. Una fe manchada por la hipocresía no solo no glorifica a Dios, sino que es incapaz de hacerlo.

Debemos poseer una fe genuina y sincera, como la de Abraham y Timoteo. Debemos caminar en una fe que se fortalece y se vuelve más firme —en lugar de debilitarse— incluso en situaciones desesperadas. Aun cuando pasa el tiempo y las circunstancias se vuelven cada vez más difíciles o aparentemente imposibles, debemos seguir adelante con una fe

inquebrantable —una fe que desafía lo imposible—, negándonos a dudar o a permitir que nuestra creencia flaquee.

Finalmente, el tercer punto es que la fe sincera de Abraham era una fe plenamente convencida de que Dios era capaz de cumplir su palabra prometida.

Observemos Romanos 4:21: «plenamente convencido de que Dios también era poderoso para hacer todo lo que había prometido». En una situación que parecía imposible, Abraham no vaciló en la duda ni permitió que su fe se debilitara; por el contrario, estaba plenamente persuadido de que Dios era capaz de cumplir su promesa. Fue el poder de Dios —Aquel que hizo la promesa— lo que le convenció. Una fe que depende totalmente del poder de Dios, reconociendo plenamente la incapacidad y la impotencia humanas frente a lo imposible — una fe que confía en la omnipotencia de Dios para cumplir plenamente su palabra—: esa es la fe sincera, y Abraham la poseía.

La fe falsa, infiel, hipócrita o fingida se apoya en las propias capacidades en lugar de en el poder de Dios. Tal fe no reconoce ni comprende la propia incapacidad e impotencia. En consecuencia, es incapaz de depositar una confianza y dependencia totales en el poder de Dios. En consecuencia, incluso en situaciones donde es posible actuar, tendemos a confiar en nuestras propias capacidades en lugar de en el poder de Dios. Aquí surge un peligro aún mayor: al resolver asuntos con éxito mediante nuestras propias fuerzas, nos volvemos cada vez más dependientes de esa misma fortaleza. Como resultado, incluso al enfrentarnos a situaciones imposibles, seguimos dependiendo de nosotros mismos en vez de hacerlo de Dios. Y, sin embargo, afirmamos creer en Él. Esta es una fe empañada por la hipocresía.

Debemos poseer una fe libre de hipocresía y falsedad. No solo debemos abstenernos de confiar en nosotros mismos, sino también reconocer nuestra propia incapacidad. Debemos aferrarnos a la Palabra prometida de Dios; es más, debemos vivir nuestras vidas sostenidos *por* esa Palabra. Nunca debemos permitir que nos dominen las situaciones que parecen

imposibles. Al contrario, cuanto más imposible parezca una situación, más debemos dejarnos guiar por la Palabra prometida de Dios. Al comprender profundamente nuestra propia impotencia, debemos vivir confiando únicamente en el poder de Dios. Vivamos todos plenamente convencidos del poder de Dios.

Jesús preguntó: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Cada uno de nosotros debe examinar su propia fe para ver si seremos capaces de comparecer ante el Señor con una fe genuina y sincera cuando Él regrese (2 Corintios 13:5).

Día 25: Dios, mi ayudador

[Meditación sobre el Salmo 121]

Hace algún tiempo, en una reunión de exalumnos del Seminario Teológico de Westminster, compartí una comida con un matrimonio misionero que servía en China y sus cuatro hijos; después, escuché el informe de su misión. Como tenían cuatro hijos varones, el pastor misionero cuidaba de ellos mientras su esposa presentaba el informe; me impactó saber — y ver en fotografías— que el ministerio de ella se centraba específicamente en llegar a las prostitutas. El pastor describió cómo viajaba diez horas en autobús y caminaba otras dos para llegar a un remoto valle montañoso y enseñar la Palabra; confesó que él mismo era quien recibía gracia al presenciar la profunda hambre espiritual de la gente de aquel lugar. Tras compartir su informe y pedir oración, la esposa expresó su deseo de ser un canal de bendición para los demás; la vi derramar lágrimas de amor y preocupación por los pastores de nuevas iglesias y pequeñas congregaciones. Si bien los informes misioneros suelen concluir con peticiones de apoyo económico, esta pareja habló más bien de su deseo de ayudarnos a *nosotros*, anhelando servir como canal de bendición —especialmente para los pastores de iglesias nuevas o pequeñas— durante su estancia aquí. Al ver a personas que, a pesar de necesitar apoyo ellas mismas, querían ofrecer ayuda a otros, recordé cuán precioso y hermoso es un corazón lleno de amor y devoción al Señor. Sin embargo, aun con un espíritu tan hermoso, hay momentos —ya sean ocasionales o frecuentes— en los que nosotros mismos necesitamos ayuda desesperadamente. ¿A quién debemos acudir, entonces, en busca de esa ayuda? En el pasaje de hoy, el Salmo 121:1-2, el salmista confiesa: «Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra». Tras alzar la vista hacia los montes y reflexionar sobre la fuente

de su ayuda, el salmista concluyó: «Mi ayuda viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra». Aquí, los «montes» simbolizan los poderes enormes e imponentes de este mundo (Park Yun-sun). El salmista comprendió que solo Dios era su Salvador y fuente de ayuda después de haber intentado —sin éxito— encontrar auxilio en esos poderes mundanos (Park Yun-sun). ¿A quién acudimos tú y yo en busca de ayuda cuando la necesitamos desesperadamente? ¿Acaso no nos preguntamos a veces, al igual que el salmista: «¿De dónde vendrá mi ayuda?», mientras ponemos la mirada en personas o cosas ajenas a Dios? Poseemos una naturaleza pecaminosa que se resiste a depender totalmente de Dios para recibir ayuda, hasta que comprendemos plenamente nuestra propia impotencia. En consecuencia, a menudo buscamos auxilio en los «montes» que Él creó en lugar de buscarlo en Dios, el Hacedor del cielo y de la tierra. Sin embargo, al final podemos sentirnos desanimados y desesperados cuando esos «montes» terrenales no logran brindarnos una ayuda verdadera. No obstante, mediante la obra del Espíritu Santo, somos finalmente guiados a mirar hacia el Creador Todopoderoso —quien hizo incluso aquellos montes— y a buscar con sinceridad la ayuda de Dios. Una vez recibida esa ayuda, nosotros también llegamos a confesar, como el salmista: «Mi ayuda viene del Señor, Hacedor del cielo y de la tierra».

Entonces, ¿cómo describe el pasaje de hoy la manera en que Dios —a quien el salmista reconoce como su ayudador— nos auxilia realmente a ti y a mí? En primer lugar, Dios, que es mi ayudador, evita que tropecemos.

Observemos la primera parte del versículo 3 del Salmo 121 en el texto de hoy: «No permitirá que tu pie resbale...». Esto significa que Dios, quien nos ayuda, impide que nos desviemos de la verdad (Park Yun-sun). ¡Qué preciosa bendición y gracia de Dios es esta! Todos somos seres débiles —como ovejas descarriadas que a menudo quieren seguir su propio camino (Isaías 53:6)—; sin embargo, Jesús, que es el Camino, la Verdad y la Vida, nos impide apartarnos de la senda de la verdad. ¡Qué tremenda bendición y gracia supone esto! Movido por la curiosidad sobre las razones por las que los jóvenes coreanos se desvían del buen camino, busqué información en internet y hallé los siguientes resultados: un equipo de

investigación dirigido por los profesores Hong Seong-do y Kim Ji-hye, del Departamento de Psiquiatría Infantil y Adolescente del Centro Médico Samsung, encuestó a 431 estudiantes de secundaria y bachillerato en Seúl (224 chicos y 207 chicas) sobre conductas delictivas. Descubrieron que la «ansiedad y las emociones negativas» eran la causa principal entre los chicos, mientras que una «percepción distorsionada de uno mismo» constituía la causa principal entre las chicas. El equipo del profesor Hong explicó que las razones detrás de la conducta delictiva varían según el género: los chicos suelen incurrir en actos delictivos pasajeros para aliviar emociones negativas como la ansiedad, mientras que en las chicas se identificaron la autoevaluación negativa y ciertos patrones de pensamiento como los factores clave que impulsan tal comportamiento. Al reflexionar sobre los resultados de la encuesta —que señalan las «emociones negativas» (en los varones) y la «autoevaluación negativa» (en las mujeres) como causas de la delincuencia juvenil—, me pregunté qué es lo que lleva a los cristianos, que creemos en Jesús (nuestra Verdad) y le seguimos, a apartarnos nosotros mismos de la verdad. Creo que una de esas causas es una actitud negativa ante el sufrimiento que experimentan los justos. Mi razonamiento se basa en el Salmo 73, donde el salmista Asaf estuvo a punto de tropezar debido al contraste entre el sufrimiento de los justos y la prosperidad de los impíos. ¿Qué opinas tú? ¿Estás de acuerdo en que una actitud negativa hacia el sufrimiento de los justos puede ser una razón por la que los cristianos se apartan de la verdad? Si es así, ¿cómo podemos cultivar una actitud positiva ante el sufrimiento? Encontré la respuesta en Filipenses 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». Si reconocemos que sufrir por Jesucristo es un acto de la gracia de Dios —y aprendemos a recibir y valorar esa gracia con gratitud—, no nos apartaremos de la verdad. Debemos orar por esto. Debemos pedirle a Dios que nos conceda la gracia de comprender que el sufrimiento es, de hecho, una forma de su gracia y bendición, para no alejarnos de la verdad. Además, al orar, debemos hacerlo con la fe de que Dios nos guarda de tropezar (Salmo 121:3).

En segundo lugar, el Dios que nos ayuda vela por nosotros y nos protege.

¿Cómo nos protege Dios, entonces? En primer lugar, la Biblia nos dice que Él nos guarda sin adormecerse ni dormir jamás. Observemos la segunda parte del versículo 3 y el versículo 4 del Salmo 121: «El que te guarda no se adormecerá; ciertamente, el que guarda a Israel no se adormecerá ni dormirá». Últimamente, mi hijo Dylan ha tenido miedo de dormir por las noches debido a las pesadillas. Por eso, le animé a leer la Biblia y a orar antes de acostarse. El domingo y el lunes pasados, le contó a mi esposa que había visto un gorila en sueños. Para consolarlo, ella le dijo que sostuviera un pequeño globo que contenía medicina — explicándole que mataría al gorila pero a él no le haría daño— mientras dormía; parece que durmió bien aquella noche de domingo. Por mucho que amemos a Dylan, no podemos permanecer a su lado toda la noche con las manos sobre su cabeza, orando mientras él tiene pesadillas. ¿Cómo podríamos nosotros velar por nuestros hijos sin llegar a adormecernos o dormirnos? Sin embargo, la Biblia afirma claramente que nuestro Padre Celestial vela por nosotros sin adormecerse ni dormir jamás. Pero ¿cuál es el problema? Que cuando la ayuda de Dios parece demorarse o nuestras oraciones quedan sin respuesta, a veces nos preguntamos si Dios se ha quedado dormido. En realidad, no obstante, Dios no duerme. Nuestro Dios ayuda al creyente que enfrenta adversidades conforme a su tiempo señalado. Por tanto, los creyentes deben aprender a ser pacientes. En segundo lugar, Dios se convierte en nuestra sombra, protegiéndonos de aquello que nos hace daño. Por favor, miremos el texto de hoy, Salmo 121:5-6: «El Señor es tu guardador; el Señor es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te herirá de día, ni la luna de noche». Mientras meditaba en el hecho de que «Dios es mi sombra a mi mano derecha», me vino un pensamiento a la mente. Me pregunté qué me sucedería si el sol del desierto cayera implacable sobre mí; en esa reflexión, la verdad de que Dios es mi sombra trajo consuelo a mi corazón. Así como anhelamos la sombra de un gran árbol y buscamos refugio bajo ella durante el calor sofocante del pleno verano, hay momentos en que —cansados y golpeados por las pruebas de este mundo— anhelamos y deseamos acercarnos a Dios Padre, quien actúa como nuestra sombra. Mientras vivimos en este mundo que es como un desierto, nos reconforta saber que, cuando fuerzas dañinas —como el sol abrasador de día o la luna de noche—

amenazan con hacernos daño, Dios permanece a nuestra diestra como nuestra sombra. El Dios que es nuestra sombra nos protege de los elementos nocivos de este mundo que se precipitan sobre nosotros. Él es nuestro escudo; mientras avanzamos hacia las alturas celestiales, Él nos protege y nos guarda de todos los peligros que se encuentran en este mundo desértico. Por ello, podemos hacer la misma confesión que hizo David en el Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento». Finalmente, el tercer punto es que Dios nos libra de toda tribulación. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 121:7: «El Señor te protegerá de todo mal; él cuidará tu vida». El Dios que nos ayuda es el Dios de salvación; Él evita que tropecemos, nos protege y nos guarda de todo peligro, y nos libra de toda tribulación. ¿No es interesante? Aunque Dios nos protege y vela por nosotros, aun así tenemos que atravesar diversas tribulaciones. Podríamos pensar naturalmente que, si el Creador del cielo y de la tierra nos protege, no deberíamos enfrentar ningún problema; sin embargo, las Escrituras nos dicen que, si bien Dios vela por nosotros, permite que experimentemos diversos tipos de tribulaciones, solo para librarnos de ellas. Creo que, aunque Dios no permite que nos apartemos de la verdad, sí permite la tribulación porque su propósito es refinarnos y llevarnos más profundamente al lugar de su bendición.

Hace algún tiempo, me llevé una grata sorpresa al encontrar un devocional que yo había escrito publicado en la edición de diciembre de un folleto devocional enviado desde Corea por el ministerio «Precept». No sabía quién lo había enviado, pero mientras hojeaba casualmente el folleto, encontré un texto que me resultó familiar; al examinarlo con más detenimiento, descubrí que aparecían mi nombre y el de la iglesia en la que sirvo. Más tarde supe que una hermana conocida —que forma parte del equipo editorial de Precept— había tomado un escrito devocional mío, lo había resumido maravillosamente y lo había incluido en el folleto. Esta reflexión, centrada en Oseas 2:14, abordaba cómo Dios guía al pueblo de Israel hacia el desierto para hablar tiernamente a sus corazones mientras los disciplina; destacaba la verdad de que tal disciplina es, en realidad, una bendición de Dios, lo que significa que el sufrimiento y las adversidades son, de hecho, bendiciones divinas.

Ciertamente, las dificultades, adversidades y tribulaciones que enfrentamos son bendiciones de Dios. Aunque estos momentos puedan resultar dolorosos, angustiosos y desgarradores en su momento, encierran una bendición oculta: Dios evita que nos apartemos de la verdad y, en cambio, profundiza nuestra fe y devoción. Además, Dios nos mueve a orar en tales situaciones y responde a nuestras oraciones; y esa respuesta es la salvación o la liberación. Así, la tribulación se convierte en una oportunidad maravillosa para experimentar la gracia de la salvación de Dios. Por eso podemos cantar el himno 383, «En medio de la tribulación y la persecución»: «En medio de la tribulación y la persecución, los santos mantuvieron la fe; pensar en esta fe me llena de gozo; siguiendo la fe de los santos, permaneceré fiel hasta la muerte». Oro para que tales cánticos de alabanza resuenen en sus vidas, incluso en medio de sus propias adversidades y circunstancias difíciles.

Día 26: La Iglesia verdadera

[Meditación sobre el Salmo 87]

El libro de A.W. Tozer, **I Call It Heresy!** (publicado en coreano con el título **¿Soy auténtico o falso?**), advierte contra la hipocresía religiosa y sirve de guía para restaurar la fe genuina necesaria para ser un verdadero cristiano. Tozer critica ciertas formas de «fe falsa» — distorsionadas por el materialismo de la iglesia moderna—, tales como la fe desequilibrada, la fe que posee experiencia pero carece de teología, y la fe que se aferra a una ortodoxia muerta mientras carece del entusiasmo apasionado de encontrarse con Dios. Él hace un llamado a volver a una fe verdadera —una «fe de flor silvestre»— que actúe como sal de la tierra y abrace la cruz. Puesto que los verdaderos cristianos creen en la victoria de Cristo, no rehúyen el sufrimiento para poder participar de ese triunfo. Tozer describe cinco características del creyente genuino: el creyente auténtico no se avergüenza de la cruz áspera (Capítulo 1); rechaza el «evangelio de algodón de azúcar» en favor del «evangelio de la corona de espinas» (Capítulo 2); da prioridad al Señor mismo por encima de la «obra» del Señor (Capítulo 3); anhela la santidad más que la felicidad (Capítulo 4); y permanece fiel a los fundamentos de la fe (Capítulo 5). En cambio, los cristianos con una fe distorsionada ponen un énfasis excesivo en los pasajes bíblicos que prefieren; en consecuencia, otros pasajes son inevitablemente menospreciados. En sus escritos, el pastor Tozer identificó ocho características de la fe falsificada: es instantánea (Capítulo 7); descuida la transformación del carácter (Capítulo 8); confunde la disciplina de Dios con llevar la cruz (Capítulo 9); intenta obtener el perdón de los pecados mediante obras (Capítulo 10); ignora

los credos (Capítulo 11); menosprecia la teología (Capítulo 12); pasa por alto las emociones (Capítulo 13); y carece de equilibrio espiritual (Capítulo 14).

Debemos prestar atención a las palabras de 1 Juan 4:1: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo». Como creyentes, debemos distinguir entre los espíritus. Existe el Espíritu Santo —el Espíritu de verdad que proviene de Dios y nos guía rectamente— y existen los espíritus malignos —espíritus engañosos que nos extravían hacia la corrupción—; debemos ser capaces de distinguirlos. En particular, debemos saber diferenciar entre falsos profetas, falsas iglesias y falsos creyentes, y verdaderos profetas, verdaderas iglesias y verdaderos creyentes. ¿Cómo podemos hacer esta distinción? Una persona que dirige una iglesia mientras es seducida por un espíritu maligno y engañoso es un falso profeta; una iglesia que sigue las enseñanzas de un falso profeta es una falsa iglesia; y un creyente que sigue las enseñanzas de un falso profeta es un falso creyente. Por el contrario, una persona que dirige una iglesia bajo la guía del Espíritu Santo —el Espíritu de verdad que proviene de Dios— es un verdadero profeta; una iglesia que sigue las enseñanzas de un verdadero profeta es una verdadera iglesia; y un creyente que sigue las enseñanzas de un verdadero profeta es un verdadero creyente. Centrándome en el pasaje de hoy del Salmo 87, quisiera reflexionar sobre cuatro características de una verdadera iglesia, con la oración de que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory llegue a ser una verdadera iglesia a los ojos de Dios.

En primer lugar, una verdadera iglesia tiene un fundamento sólido.

Observemos el versículo 1 del Salmo 87: «Su fundamento está en el monte santo». Este pasaje indica que el fundamento espiritual de una verdadera iglesia es firme (Park Yun-sun). En otras palabras, una verdadera iglesia es inquebrantable. ¿Cómo puede una verdadera iglesia ser inquebrantable? Porque el Señor, que es la Cabeza de la iglesia, ha edificado su iglesia sobre la roca (Mateo 16:18). Aquí, la «roca» se refiere a la confesión de fe del apóstol Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (versículo 16). Dicho de otro modo, una

iglesia edificada sobre la roca es una comunidad de personas que, al igual que el apóstol Pedro, hacen una confesión de fe correcta respecto a Jesús. Además, una iglesia edificada sobre la roca es una comunidad de discípulos de Jesús que no solo hacen una confesión de fe correcta, sino que también viven conforme a esa confesión. Más concretamente, la «roca» aquí se refiere a Jesucristo. Observemos Efesios 2:20: «...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». Como afirmó el apóstol Pablo, una iglesia firme edificada sobre la roca es aquella establecida sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, con Jesucristo como piedra angular. La palabra griega para «piedra angular» es **akrogoniaios**; el prefijo **akro-** significa «alto», lo que denota una «piedra fundamental colocada en un lugar elevado». Se dice que la construcción de todos los edificios en Israel comenzaba con la piedra angular, y la orientación de toda la estructura venía determinada por la dirección de dicha piedra. Del mismo modo, la iglesia debe edificarse sobre Jesús como piedra angular, y el rumbo de toda la iglesia debe alinearse con el camino de Cristo. Por tanto, al ser edificados juntos sobre el fundamento de la Palabra —específicamente sobre la piedra angular que es Jesucristo, quien ocupa el centro de esa Palabra— y cuando Dios habita en esta casa mediante el Espíritu Santo, esta se convierte en una iglesia hermosa y verdadera.

¿Por qué, entonces, estableció el Señor su iglesia sobre una roca sólida? La razón se expone en el texto de hoy, el Salmo 87:2: «Ama el Señor las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob». El Señor estableció su iglesia con firmeza porque la ama. Es mi oración que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory llegue a ser una iglesia verdadera ante los ojos de Dios: una iglesia amada por Dios, una iglesia que tiene a Jesucristo como piedra angular y una iglesia sólida edificada sobre el fundamento de la Palabra de Dios, tal como la proclaman sus siervos.

En segundo lugar, una iglesia verdadera es gloriosa.

Observemos el Salmo 87:3: «Cosas gloriosas se dicen de ti, oh ciudad de Dios (Selah)». ¿Por qué es gloriosa una iglesia verdadera? Porque una iglesia verdadera es la «ciudad de Dios» (versículo 3). En otras palabras, una iglesia verdadera es gloriosa porque Dios habita en ella. La ciudad de Dios misma... La iglesia es hermosa no por su propia belleza intrínseca, sino porque el Señor glorioso la ama. La iglesia verdadera es gloriosa porque Dios tiene en gran estima a la Ciudad de Dios —amada por ese Señor glorioso—. Este pasaje nos recuerda el libro de Agustín, **La ciudad de Dios**. Agustín vivió en la época en que el Imperio romano de Occidente se desmoronaba; de hecho, la caída del imperio le impulsó a escribir esta famosa obra. El título original completo del libro —que transmite la idea de que «aunque caiga la ciudad más grande del mundo, la Ciudad de Dios perdurará para siempre»— ilustra claramente su propósito al escribirlo. Roma había reconocido el cristianismo como religión oficial del Estado en el año 313 d. C. y había establecido un vasto imperio donde la política y la religión estaban unidas. En consecuencia, la gente de aquella época veía a Roma como el Reino de Dios —refiriéndose a ella como el «Sacro Imperio Romano»— y estaba convencida de que jamás caería. Sin embargo, Roma terminó colapsando tras ser atacada por tribus bárbaras (los godos). Esto llevó a la gente a enfrentarse a la pregunta: «¿Cómo pudo el Reino de Dios ser destruido por bárbaros?». Agustín también reflexionó profundamente sobre esta cuestión. Tras una profunda meditación, concluyó: «Roma, un reino terrenal, no es el Reino de Dios; por tanto, es susceptible de caer en cualquier momento. El verdadero Reino de Dios es aquel gobernado por el Señor, y llegará a su plenitud con Su Segunda Venida». «Y este Reino de Dios no perecerá, sino que perdurará para siempre» (Internet).

Nuestra Iglesia Presbiteriana Victory es una iglesia firmemente establecida por el glorioso Señor. El glorioso Señor ama a nuestra iglesia y se deleita en ella, y la está edificando fielmente conforme a Su promesa en Mateo 16:18. Por ello, nuestra oración debe ser que el Señor establezca a la Iglesia Presbiteriana Victory —Su propio cuerpo— como una «iglesia gloriosa», tal como se describe en Efesios 5:27. Debemos orar unidos para que el Señor purifique y santifique a nuestra iglesia mediante Su Palabra (versículo 26).

En tercer lugar, la iglesia verdadera es establecida por el Señor mismo.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 87:5: «Y de Sion se dirá: "Este y aquel nacieron en ella"; y el Altísimo mismo la establecerá». La frase «el Altísimo mismo la establecerá» significa que el Señor —el Altísimo— establecerá personalmente a Sion, es decir, a su iglesia. Esta afirmación conlleva el mismo significado que las palabras de Mateo 16:18, un versículo muy apreciado por nuestra Iglesia Presbiteriana Victory: «... edificaré mi iglesia...». Estos dos pasajes nos declaran claramente que la iglesia verdadera —el cuerpo del Señor— es establecida por el Señor Altísimo mismo, quien es la Cabeza de dicha iglesia. Además, a medida que el Señor establece su iglesia, los gentiles también se arrepentirán, volverán a Él y juntos llegarán a ser el pueblo de Sion (versículo 4) (Park Yoon-sun).

La iglesia gloriosa que el Señor mismo establece está compuesta por personas de todas las naciones que Él ha elegido; es multiétnica y universal. La iglesia establecida por el Señor no levanta muros entre grupos étnicos —como hicieron en su día los judíos por prejuicio, negándose a acoger a los gentiles—, ni tampoco niega la realidad de las diversas etnias y procedencias. La iglesia establecida por el Señor es una iglesia firme. Es también una iglesia gloriosa. Es el glorioso Señor mismo quien está estableciendo esta iglesia gloriosa. Tengamos esto presente: la Iglesia Presbiteriana Victory es la iglesia del Señor. Nunca debemos olvidar la verdad —presente tanto en Mateo 16:18 como en el texto de hoy, el Salmo 87:5— de que la iglesia, que es el cuerpo del Señor, es establecida por el Señor mismo. Por tanto, no debemos cometer el pecado de intentar edificar la iglesia del Señor utilizando nuestras propias fuerzas y métodos. Si intentamos edificar la iglesia del Señor con nuestro propio poder, su fundamento no podrá ser sólido; inevitablemente se tambaleará y colapsará. Además, tal iglesia se convierte inevitablemente en un lugar donde se exalta la gloria humana en lugar de la gloria de Dios. Es mi oración que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory llegue a ser una iglesia establecida por el Señor mismo. En cuarto y último lugar, la iglesia verdadera es una comunidad de ciudadanos del reino de los cielos.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 87:6: «El Señor registrará, al inscribir a los pueblos: “Este nació allí” (Selah)». La frase «al inscribir a los pueblos» es una profecía sobre la era del Nuevo Testamento, en la que todas las naciones son inscritas en el reino de los cielos; es decir, entran en la salvación mediante la fe en Cristo (Park Yun-sun). Las naciones incluidas en esta profecía son Rahab (un nombre poético para Egipto), Babilonia, Filistea, Tiro y Cus (versículo 4). Aunque estas naciones fueron adversarias de Israel, el salmista profetizó que Dios finalmente las llevaría al arrepentimiento y las atraería hacia sí mismo. Por eso el salmista declara: «entre los que me conocen» (versículo 4). En otras palabras, Dios considera a todos los que le reconocen —ya sean judíos o gentiles— como ciudadanos del reino de los cielos (Park Yun-sun). En consecuencia, todos estos ciudadanos del reino responden a la gracia de Dios tal como se describe en el versículo 7: «Los cantores y los danzantes dirán: “Todas mis fuentes de alegría están en Ti”». Ofrecen alabanza a Dios en gratitud por su gracia. Aferrémonos todos por fe a las palabras de Filipenses 3:20-21: «Pero nuestra ciudadanía está en los cielos. Y de allí esperamos ansiosamente a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien, mediante el poder que le permite someter todo a su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso». Nuestra ciudadanía está en los cielos; ciertamente no es de esta tierra. No debemos olvidar que poseemos la ciudadanía del reino eterno de los cielos. Por lo tanto, mientras vivimos en esta tierra, debemos vivir como ciudadanos del cielo. Debemos vivir con una fe firme edificada sobre la Roca. Debemos vivir para la gloria de Dios. Debemos avanzar hacia la Ciudad de Dios.

¿Cómo podemos, entonces, distinguir entre una iglesia verdadera y una iglesia falsa? Una iglesia verdadera es aquella edificada sobre un fundamento sólido: sobre la Roca. Una iglesia verdadera es una iglesia gloriosa. Una iglesia verdadera es establecida por el Señor mismo. Y una iglesia verdadera es una comunidad de ciudadanos celestiales. En cambio, una iglesia falsa está edificada sobre un fundamento inestable o sobre arena. Una iglesia falsa busca la gloria humana. Una iglesia falsa es aquella que los seres humanos intentan

establecer. Y una iglesia falsa es simplemente una comunidad de ciudadanos de este mundo. Nuestra Iglesia Presbiteriana Victory debe ser una iglesia verdadera.

Día 27: Cuando pensamos en la iglesia

[Meditación sobre el Salmo 137]

El 14 de mayo de 2009, encontré un artículo en el sitio de noticias en línea *Kukmin Ilbo Mission Life* titulado «Declaración de emergencia de unos 300 líderes cristianos instando a la autorreflexión dentro de la iglesia coreana». Bajo el encabezado «Declaración sobre la responsabilidad evangélica y la autopurificación de los pastores», se proclamaron ocho puntos: primero, nos arrepentimos por no haber permanecido fieles a los valores evangélicos; segundo, reflexionamos sobre el fracaso de la iglesia en amarse mutuamente en medio de la división y el conflicto; tercero, reconocemos la laxitud moral entre los pastores y nos comprometemos a mantener un estándar moral más elevado; cuarto, reconocemos la necesidad de rectificar la polarización entre iglesias causada por una obsesión con el crecimiento; quinto, nos esforzaremos por convertirnos en autoridades espirituales en lugar de buscar títulos y honores mundanos; sexto, nos empeñaremos en cultivar la piedad personal y ejercer una influencia saludable en la sociedad; séptimo, buscaremos una gobernanza eclesiástica íntegra fundamentada en el Evangelio; y octavo, nos dedicaremos a la misión de la iglesia de servir como luz y sal de la sociedad. Al leer estos ocho puntos de la declaración de emergencia, los consideré verdaderamente valiosos. Si nuestras iglesias vivieran de acuerdo con esta declaración, funcionarían verdaderamente como iglesia y darían gloria al Señor. En particular, sentí que el primer punto era el más crucial: la necesidad de que nuestra iglesia se arrepienta por no haber sido fiel a los valores evangélicos. El texto específico sobre este primer punto dice así: «Proclamar el Evangelio de salvación —transmitido por los apóstoles y consumado mediante la sangre derramada y la

muerte de Jesucristo en la cruz...» Declaramos nuestro compromiso de mantener la tradición reformada establecida por los reformadores a través de su martirio. La iglesia, edificada sobre este Evangelio, es un hospital que salva almas y una escuela donde aprendemos acerca de Dios. Sin embargo, al realizar una profunda autorreflexión —preguntándonos si priorizamos el éxito mundano sobre el valor del Evangelio, si aspiramos a un estándar más alto de vida moral y ética, y si hicimos todo lo posible por amar a nuestros hermanos y cuidar a nuestro prójimo—, resolvemos, mediante un doloroso arrepentimiento, vivir fielmente de acuerdo con los valores del Evangelio de ahora en adelante. Es una afirmación con la que es imposible no estar de acuerdo. Me siento especialmente identificado con la declaración de que la iglesia debe arrepentirse por haber priorizado el éxito mundano sobre los valores del evangelio. Al pensar en la iglesia, ¿qué creemos que nosotros —como iglesia, como cristianos— debemos hacer? ¿Cómo deberíamos responder al reflexionar sobre la iglesia?

En primer lugar, cuando pensamos en la iglesia, debemos llorar.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 137:1: «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sion». El salmista, tras haber sido llevado cautivo a Babilonia junto con el pueblo de Israel, se sentó junto a los ríos babilonios y lloró al recordar Sion, ciudad que Babilonia había destruido. ¿Por qué lloraba al recordar Sion? Porque anhelaba profundamente la gracia restauradora de Dios (Park Yun-sun). El Salmo 136:23 revela que, cuando los israelitas pecaron contra Dios, Él había predicho que caerían en un estado de humillación: es decir, que serían llevados cautivos a Babilonia. Para cuando llegamos al Salmo 137, esa profecía ya se había cumplido; los israelitas eran efectivamente cautivos en Babilonia debido a sus pecados, y fue allí donde el salmista escribió este poema. ¡Qué dolorosa debió de ser su cautiverio! Cuando sus captores (los babilonios) les exigieron que cantaran uno de los cánticos de Sion, el salmista se negó y colgó su arpa en los sauces (versículos 2 y 3). Lo hizo porque no quería que un cántico sagrado se utilizara para el entretenimiento de los gentiles (Park Yun-sun). El pueblo santo de Dios, cautivo y oprimido

por los gentiles... ¿Cómo debió de sentirse el salmista cuando se le obligó a cantar para entretener a otros? Por eso se lamentó: «¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños?» (versículo 4). En medio de este lamento, el salmista lloraba junto a los ríos de Babilonia —pensando en Sion mientras soportaba la soledad del cautiverio—, y he reflexionado sobre esas lágrimas de dos maneras: en primer lugar, es probable que las lágrimas que derramó fueran lágrimas de oración penitente. Su llanto iba acompañado, sin duda, por el dolor del arrepentimiento. Al contemplar la gracia de Dios perdida, el creyente no puede evitar reflexionar sobre su pecado y, en consecuencia, sentir contrición (Park Yun-sun). «La gracia de Dios perdida...»: al reflexionar sobre estas palabras, recuerdo mi propia condición. Cuando estoy lleno de gracia, percibo una plenitud de gratitud, paz y gozo en mi corazón; sin embargo, cuando he perdido la gracia de Dios, me veo abrumado por una sensación de pesadez, ansiedad y preocupación. En medio de tal estado, tras una reunión de oración de un miércoles, Dios sacó a la luz mis pecados, me llevó a confesarlos y me desafió a vivir una vida apartada del pecado. A la mañana siguiente —después del servicio de oración del amanecer—, las lágrimas brotaron de mis ojos mientras oraba sosteniendo un trozo de pan de Kentucky Fried Chicken (KFC) que había sobrado del día anterior. Esto sucedió porque recordé el mensaje del servicio del miércoles; sentí una profunda gratitud por la providencia de Dios —su gracia— al proveernos el pan de cada día. Debemos derramar lágrimas de arrepentimiento al reflexionar sobre nosotros mismos, nuestras familias y, sobre todo, la Iglesia, que es el cuerpo del Señor. ¿Por qué es esto necesario? Porque la Iglesia está perdiendo la gracia de Dios. Cuando la Iglesia del Señor pierde la gracia de Dios, inevitablemente cae en pecado contra Él. Por tanto, nuestra iglesia debe arrepentirse ante Dios. Solo entonces podrán tener lugar en la iglesia la verdadera restauración, reconciliación, reforma y avivamiento a través del arrepentimiento. En segundo lugar, las lágrimas que el salmista derramó junto a los ríos de Babilonia al recordar Sion fueron probablemente lágrimas de oración, nacidas del anhelo por la gracia salvadora de Dios. Quienes realmente se arrepienten reconocen que solo Dios es su Salvador y, por ello, no pueden evitar suplicarle fervientemente la salvación. Mientras el salmista —junto con el pueblo de Israel— vivía en cautiverio en Babilonia debido a sus transgresiones,

llegaron a reconocer sus pecados y a arrepentirse; en ese proceso, Dios... Es probable que suplicaran misericordia y gracia, pidiendo ser liberados de su cautiverio en Babilonia y conducidos de regreso a su patria, en la tierra de Judá. Así como Jonás, desde el vientre del gran pez, volvió la mirada hacia el Señor y confesó: «¡La salvación viene del SEÑOR!» (Jonás 2:9) —anhelando la gracia salvadora de Dios—, también el salmista, sabiendo que solo Dios podía salvar al pueblo de Israel, buscó fervientemente la salvación que proviene de Él. Al contemplar la Iglesia —el cuerpo de Cristo—, debemos presentar nuestras peticiones con corazones verdaderamente arrepentidos y anhelantes de la gracia salvadora de Dios. Debemos orar para ser librados de todo pecado vil y repugnante. Debemos suplicar renacer como la novia santa y pura de Jesús, nuestro Esposo. Al hacerlo, debemos convertirnos en una iglesia que se prepara para la Segunda Venida del Señor. Mi oración es que, siempre que pensemos en la Iglesia, derramemos lágrimas de arrepentimiento y de oración que anhelan la gracia salvadora de Dios.

En segundo lugar, cuando pensemos en la Iglesia, debemos considerarla como nuestra mayor alegría.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 137:6: «Que mi lengua se pegue a mi paladar si no me acuerdo de ti, si no considero a Jerusalén como mi mayor alegría». Aunque el salmista vivía cautivo en la nación gentil de Babilonia, confiesa que valoraba a Jerusalén por encima de sus mayores deleites terrenales; en otras palabras, hacía de Jerusalén su alegría suprema. Esto revela la vida piadosa y centrada en Dios del salmista. Incluso mientras permanecía cautivo en tierra extranjera, recordaba a Sion, lloraba y buscaba fervientemente a Dios. Al igual que un niño lejos de casa que llega a anhelar profundamente a sus padres y su hogar, el anhelo del salmista por Jerusalén se intensificó durante su exilio en Babilonia. Dado que Jerusalén —la Ciudad de Dios— había quedado reducida a ruinas por Babilonia, él oraba fervientemente por su reconstrucción y por el retorno a su antigua prosperidad. Esta debe ser también nuestra oración ferviente: que el Señor reconstruya Su iglesia —Su cuerpo—, que yace en ruinas, y la restaure al estado floreciente de la iglesia primitiva. Uno se pregunta

si alguna vez ha existido una edad de oro para la iglesia mayor que aquella época: un tiempo en el que los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, proclamaban el Evangelio con valentía y demostraban su poder; en el que el Espíritu Santo obraba añadiendo creyentes a la iglesia cada día; y en el que la iglesia primitiva se consolidaba como una verdadera comunidad de amor. Nuestras iglesias de hoy deben llegar a ser así. Debemos orar por ese verdadero florecimiento de la iglesia. Además, al contemplar la iglesia en la actualidad, debemos —al igual que el salmista— derramar lágrimas de arrepentimiento y de oración, anhelando la gracia salvadora de Dios. Debemos pedir fervientemente al Señor que obre una verdadera reforma en nuestros tiempos, tal como lo hizo durante la Reforma del siglo XVI. ¿Por qué debemos orar de esta manera al pensar en la iglesia? La razón es que, como confesó el salmista, la iglesia es nuestra mayor alegría. Puesto que el Señor —la Cabeza de la iglesia— es nuestra alegría suprema, Su cuerpo, la iglesia, se convierte también en nuestra alegría suprema. Tal como afirma la respuesta a la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster («¿Cuál es el fin principal del hombre?»): «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre», estamos llamados a disfrutar del Señor eternamente. Y quienes disfrutan del Señor para siempre también hallan gozo en su iglesia. ¿Cómo podemos, entonces, hacer de la iglesia nuestro mayor gozo y deleitarnos en ella? Al igual que el salmista, primero debemos recordar la iglesia del Señor y llorar. Debemos contemplar con ojos espirituales el estado desolado de la iglesia —provocado por sus propios pecados— y derramar lágrimas de arrepentimiento. Sin tales lágrimas genuinas de arrepentimiento, no podemos experimentar el verdadero gozo de la obra mediante la cual el Señor rescata y establece su iglesia. Por tanto, si deseamos convertir la iglesia del Señor en nuestro gozo supremo, debemos derramar lágrimas de arrepentimiento. En medio de esto, debemos suplicar fervientemente al Señor que salve a su iglesia. Nuestras oraciones fervientes deben dirigirse a que el Señor establezca su cuerpo, la iglesia. Y cuando el Señor establezca su iglesia, debemos acercarnos al Dios de bienaventuranza —el Señor, que es nuestro mayor gozo— y ofrecer alabanza y adoración con los cánticos de Sion. Esta es la vida de quien encuentra su mayor gozo y deleite en la iglesia del Señor.

En tercer y último lugar, debemos orar a Dios cuando pensemos en la iglesia.

En el pasaje de hoy —Salmo 137:7-9— vemos al salmista elevar una oración a Dios, pidiendo su retribución (juicio y castigo) sobre Babilonia, adversaria y enemiga de Israel. En la primera parte del versículo 7, le vemos suplicar: «Oh Señor, recuerda el día de Jerusalén y abate a los descendientes de Edom». Por supuesto, los descendientes de Edom no son lo mismo que Babilonia; de hecho, los edomitas se regocijaron cuando Babilonia atacó Jerusalén. A pesar de ser originalmente hermanos del pueblo de Israel, se convirtieron en enemigos acérrimos de Israel y en objeto de la ira de Dios (Park Yun-sun). En este sentido, tanto Edom como Babilonia —mencionados en los versículos 7-9— comparten el rasgo común de ser objeto de la ira divina. La razón es que se opusieron a Israel, el pueblo de Dios, y lo oprimieron. El salmista, que lloraba junto a los ríos de Babilonia al recordar a Sion, oró para que Dios abatiera a los descendientes de Edom —quienes aquí son comparados con los babilonios que devastaron Jerusalén. Del mismo modo, cuando oramos a Dios, debemos pedir que su ira caiga sobre Satanás —el enemigo de la iglesia— y sus siervos malvados. Quizás no estemos acostumbrados a tales oraciones. Sin embargo, sería un desequilibrio orar por la salvación del pueblo de Dios sin orar también por el juicio de los impíos. La razón es que, según la Biblia —y el Antiguo Testamento en particular—, la salvación de Dios y el juicio de Dios son dos caras de la misma moneda. En otras palabras, cuando Dios salva a su pueblo —la Iglesia—, lo hace juzgando y castigando a sus enemigos. Por tanto, junto con la salvación de la Iglesia, debemos orar por la destrucción de los enemigos de la Iglesia. Debemos orar por el justo juicio de Dios y pedirle que castigue a quienes se oponen a la Iglesia.

Cuando pienso en la Iglesia Presbiteriana Seungri —el cuerpo del Señor—, me vienen a la mente dos cosas: la promesa que el Señor dio en Mateo 16:18 («Edificaré mi iglesia...») y el himno 246, «Amo tu reino, oh Señor». Esto se debe a que, durante un retiro del Consejo de Pastores para la Renovación de la Iglesia (alrededor de 2002 o 2003), Dios trajo a mi mente la Iglesia Presbiteriana Seungri mientras recibía su palabra y le cantaba alabanzas entre

lágrimas. Aún recuerdo vívidamente haber derramado lágrimas de anhelo y amor por la iglesia en aquel entonces. Oro para que la Iglesia Presbiteriana Seungri sea una iglesia establecida por el Señor: una iglesia que crezca en el conocimiento de Jesús, que lo confiese rectamente y que viva conforme a esa confesión. También oro para que el Señor establezca firmemente a la Iglesia Presbiteriana Seungri sobre la roca. Es mi ferviente oración que llegue a ser una iglesia verdaderamente victoriosa; una iglesia que triunfe en la batalla contra el yo, el mundo, el pecado y Satanás.

Día 28: «No hay quien consuele»

[Meditación sobre Eclesiastés 4:1-3]

Un domingo por la tarde, sucedieron dos cosas después de haber dirigido una reunión de oración con los líderes de la iglesia. Uno de los incidentes involucró a una diaconisa de nuestra iglesia que intentó suicidarse (?) ingiriendo una gran cantidad de lo que parecían ser pastillas para dormir. Esa misma tarde, varios miembros de la iglesia fueron a visitarla y a ayudarla. El otro incidente ocurrió cuando recibí la noticia de que un estudiante universitario, perteneciente a la iglesia donde serví en Corea, se había ahogado durante un viaje misionero. Ante la conmoción y preguntándome cómo podría consolar a los padres de aquel joven, escribí una carta con un corazón lleno de oración y clamé a Dios. Supliqué a Dios Padre, llamándole «Abba, Padre», y le rogué que consolara personalmente a los padres del joven, a su hermana, a sus amigos y a los miembros de la iglesia.

Ciertamente, este mundo es un lugar donde se acumulan las preocupaciones, las adversidades, los pecados y la muerte. Vemos a nuestros amados hermanos y hermanas en medio de diversos dolores y dificultades. En verdad, ¿cómo podemos consolar a nuestros amados hermanos y hermanas que sufren y padecen dolor? Personalmente, cuando pienso en la palabra «consuelo», recuerdo a los amigos de Job en Job 16:2 y a Bernabé en Hechos 4:16. En Job 16:2, Job se refiere a los amigos que vinieron a consolarlo como «consoladores molestos». Por otro lado, respecto a Bernabé en Hechos 4:16, Lucas —el autor del libro de los Hechos— lo llama «Hijo de Consolación». Mientras que los amigos de Job fueron «consoladores» que le causaron más angustia en lugar de ofrecerle alivio durante su sufrimiento, Bernabé —figura de la iglesia primitiva— fue un verdadero consolador. Por eso,

cuando oro por mí mismo, a menudo digo: «Señor, haz de mí un consolador y un evangelista que arda de amor». Sin embargo, a menudo me cuesta saber cómo consolar a los amados hermanos y hermanas que me rodean y que enfrentan adversidades y dolor. Deseo ofrecer consuelo basado en el amor del Señor, pero hay muchas ocasiones en las que simplemente no sé qué hacer. En el libro **The Spirituality of Comfort** (La espiritualidad del consuelo), del pastor Robert Strand, se recogen 101 historias sobre cómo consolar a almas heridas. El padre Henri Nouwen escribió el prefacio, en el que explica que «consolar» significa «estar con» una persona solitaria. Consolar a alguien no implica eliminar su dolor; más bien, significa estar presente junto a esa persona. Tal presencia constituye un verdadero cuidado del alma. Llorar juntos, sobrellevar las adversidades en compañía y compartir sentimientos: el verdadero cuidado tiene sus raíces en la compasión. A este respecto, el padre Henri Nouwen dijo una vez: «A menudo, nuestra tristeza nos hace bailar, y nuestra danza crea un espacio para nuestra tristeza. En las lágrimas derramadas por la pérdida de un amigo querido, podemos descubrir una alegría inesperada. Incluso en medio de una fiesta que celebra el éxito, podemos sentir una profunda tristeza. Del mismo modo que el rostro de un payaso —que nos hace reír y llorar a la vez— puede parecer triste y alegre al mismo tiempo, así también la tristeza y la danza, la angustia y la risa, el duelo y la alegría van de la mano. La belleza de la vida se encuentra allí donde la tristeza y la danza se tocan». ¿Y tú? ¿Vives tu vida contemplando esta belleza donde se encuentran la tristeza y la danza?

El rey Salomón, el Predicador del texto de hoy, describe lo que vio en Eclesiastés 4:1: «Me volví y vi todas las opresiones que se cometen bajo el sol: vi las lágrimas de los oprimidos, que no tienen quien los consuele; el poder estaba del lado de sus opresores, y ellos no tenían quien los consolara». Lo que el rey Salomón presencié en este mundo fue a quienes ostentaban el poder oprimiendo a otros; vio a las víctimas de la opresión. También vio las lágrimas derramadas por los oprimidos. Sin embargo, ¿cuál era el problema? El hecho de que no había nadie para consolar a estas personas oprimidas. El sabio rey Salomón vio que no había consolador para quienes sufrían la opresión. Al observar esta realidad, el rey Salomón se expresa de la siguiente manera en el pasaje de hoy, Eclesiastés 4:2–3: «Por eso

declaré más dichosos a los muertos, que ya han fallecido, que a los vivos, que aún viven. Pero mejor que ambos es aquel que nunca ha nacido, que no ha visto el mal que se hace bajo el sol». ¿Qué significa esto? Ciertamente, esto no significa que sea mejor morir que vivir bajo opresión. El rey Salomón no está abogando en absoluto por el suicidio ni sugiriendo que quitarse la vida sea preferible a soportar el abuso.

Creo que vivimos en un mundo que, en cierto sentido, fomenta el suicidio. Podemos ver pruebas de ello en la existencia de sitios web dedicados a este tema. Resulta impactante ver noticias —como las provenientes de Corea— sobre desconocidos que se reúnen a través de estos sitios para suicidarse juntos. Personalmente, conozco a varias personas que se han quitado la vida. Quizás, a medida que aumentan las dificultades económicas y se intensifica el dolor de vivir, muchas personas luchan contra impulsos suicidas e intentan poner fin a sus valiosas vidas. En consecuencia, parece estar aumentando el número de suicidios consumados. Las personas que atraviesan tal angustia podrían malinterpretar Eclesiastés 4:2, pensando: «Incluso el sabio rey Salomón dice que es mejor morir que vivir bajo opresión». Sin embargo, nadie debe quitarse la vida basándose en la idea de que «más vale morir». El rey Salomón no está defendiendo el suicidio en absoluto en este pasaje. En el texto de hoy, el rey Salomón observa las lágrimas de aquellos oprimidos por los poderosos y declara que sus vidas son peores que la muerte. Para aclarar: no está diciendo que el don de la vida, otorgado por Dios, sea inferior a la muerte; más bien, afirma que una vida marcada por una opresión injusta y angustiosa es peor que la muerte (Park Yun-sun). ¿Qué clase de vida es verdaderamente peor que la muerte? Al reflexionar sobre esta pregunta, recuerdo a los desertores norcoreanos. Una vez leí un artículo en línea del **Wall Street Journal** (del 1 de mayo de 2006) que detallaba la vida miserable de los desertores en China a través de los testimonios de mujeres que habían ingresado a los Estados Unidos bajo la Ley de Derechos Humanos de Corea del Norte. El artículo presentaba a una mujer de 36 años bajo el seudónimo de «Hannah». Ella había sido maestra en Pionyang, pero comenzó a comerciar con telas para ayudar a su familia, que atravesaba dificultades económicas; mientras visitaba una ciudad fronteriza para abastecerse de mercancías, perdió el

conocimiento durante la cena y despertó en China, tras haber sido víctima de trata de personas. Vendida a un hombre chino, soportó brutales palizas que le causaron fracturas, así como abusos verbales; por ejemplo, le decían que matar a una norcoreana como ella era más fácil que matar a una gallina. Ella testificó que incluso había llegado a contemplar el suicidio, describiendo la experiencia como «vivir en el infierno». Existen innumerables testimonios de este tipo por parte de desertores. No puedo afirmar que comprendo plenamente su difícil situación, pero nunca he olvidado lo que un pastor me dijo una vez: «Cuando me encuentro con desertores norcoreanos, el libro del Éxodo cobra vida para mí».

¡Con qué profundidad deben resonar en tales personas las palabras de Eclesiastés 4:3 — nuestro texto de hoy—! «Y tuve por mejores a los muertos, que ya murieron, que a los vivos, que aún viven; y tuve por mejor que a unos y a otros a aquel que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen». Si nunca hubieran nacido, los desertores norcoreanos no habrían presenciado la maldad cometida en este mundo ni habrían sufrido lo suficiente como para desear la muerte; ¡cuánto mejor habría sido eso! ¿Y tú? Al mirar atrás en tu vida, ¿ha habido momentos en los que vivías simplemente porque no te atrevías a morir? ¿Ha habido instantes en que el dolor era tan intenso que el mero hecho de respirar parecía peor que la muerte? ¿Momentos en los que te sumías en un llanto interminable? Sin embargo, cuando sufrimos una agonía tal que anhelamos la muerte, quizá lo más difícil — incluso más que el dolor mismo— sea el hecho de que, como señala el rey Salomón en el versículo 1, «no hay quien consuele». Cuando estamos en nuestro punto más bajo, atormentados y con el corazón destrozado, lo que realmente profundiza nuestra angustia es darnos cuenta de que no hay nadie a nuestro alrededor que nos comprenda, empatice con nosotros y nos consuele genuinamente en nuestra lucha y dolor. Quizás la realidad más angustiosa de todas sea aquella en la que **sí** hay personas a nuestro alrededor que nos aman e intentan consolarnos, pero nadie logra darnos verdadero alivio; o tal vez, en nuestra profunda angustia, terminamos rechazando el consuelo que nos ofrecen. Cuando la maldad del opresor parece no tener fin y no hay señales de que el abuso y la tiranía cesen, dejamos de soñar. Dejamos de aferrarnos a la esperanza; soltamos ese último salvavidas

llamado esperanza. Esto es lo que nos precipita a la desesperación. Una vida sin esperanza conduce inevitablemente a la desesperación. ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en tal desesperación? Podemos extraer tres lecciones de la Biblia:

En primer lugar, debemos hablarle a nuestra propia alma cuando nos hallamos en medio de la desesperación.

Un libro que recuerdo vívidamente es **Depresión espiritual**, del Dr. Martyn Lloyd-Jones. Su lectura me hizo comprender que, cuando estamos abatidos o sumidos en la desesperación, debemos hablarle a nuestra alma, tal como lo hizo el salmista. ¿Cómo debemos hablar? El Dr. Lloyd-Jones señala las palabras que se encuentran en el Salmo 42:5, 11 y 43:5: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, Salvador mío y Dios mío». Así que, siempre que me siento desanimado, recuerdo estos versículos y me los declaro a mí mismo: «James, ¿por qué estás abatido? ¿Por qué estás angustiado? James, pon tu esperanza en Dios». Al hacerlo, oro intencionalmente y me esfuerzo por mirar hacia el Señor, quien es mi ayuda. A menudo, experimento la ayuda de Dios en esos momentos. Te animo a que tú también lo intentes. Cuando tu corazón esté lleno de desánimo o desesperación, intenta declarar la Palabra de Dios para ti mismo. Incluso si no se trata de un pasaje de los Salmos —por ejemplo, cuando atraviesas dificultades al servir en la iglesia—, intenta proclamar la promesa del Señor que se encuentra en Mateo 16:18: «...edificaré mi iglesia». Dios seguramente te ayudará.

En segundo lugar, debemos anhelar a Jesús en medio de la desesperación.

Debemos anhelar a Jesús cuando estamos desesperados; debemos desearlo fervientemente. En particular, cuando la desesperación surge a causa del sufrimiento, debemos contemplar el sufrimiento de Jesús en la cruz. ¿Por qué debemos mirar el sufrimiento de la cruz de Jesús cuando nosotros mismos sufrimos? Porque el verdadero consuelo y la sanidad solo pueden ocurrir cuando nuestro propio sufrimiento se conecta

con el sufrimiento de Jesús, mientras contemplamos y meditamos en silencio sobre su dolor. Personalmente, cuando me siento desanimado, a menudo recuerdo Jonás 2:4: «Dije: "Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo"». Reflexiono sobre este pasaje porque, aunque me encuentre en la desesperación —al igual que Jonás, el siervo del Señor que enfrentó una tormenta de disciplina y terminó en lo profundo del mar tras desobedecer la palabra de Dios—, quiero decidir «mirar de nuevo hacia el templo del Señor» y anhelarlo fervientemente. Espero que, cuando tú también te sientas desanimado o desesperado, te apoyes en este pasaje de Jonás y vuelvas la mirada hacia el Señor una vez más. Que transformes tu desánimo y desesperación en una oportunidad para anhelar al Señor.

En tercer lugar, debemos poner nuestra esperanza en Jesús en medio de la desesperación.

En última instancia, la desesperación es lo que nos lleva a poner nuestra esperanza en Jesús. Cuando enfrentamos la desesperación por diversos asuntos mientras vivimos en este mundo, esa desesperación sirve como una oportunidad inmejorable para anhelar al Señor... Es una oportunidad dada por Dios; una que, a fin de cuentas, nos lleva a mirar únicamente al Señor y a poner nuestra esperanza en Él, dejando atrás el mundo y a nosotros mismos. Por eso debemos sentirnos profundamente decepcionados —incluso hasta el punto de la desesperación— con este mundo. Además, debemos sentirnos profundamente decepcionados y desesperanzados respecto a nosotros mismos. La razón es que, sin esa desesperación, rara vez anhelamos a Dios o ponemos nuestra esperanza en Él. Personalmente, me encanta la letra de la tercera estrofa del himno 539, "Mi esperanza se funda en nada menos": "Cuando todo a mi alrededor parece desmoronarse, Él es toda mi esperanza y mi sostén; sobre Cristo, la Roca firme, me mantengo en pie". Me encanta esta letra porque, cuando todo aquello en lo que confiábamos en este mundo se desvanece, es precisamente entonces cuando confiamos y dependemos del Señor más profundamente; la desesperación en nuestros corazones desaparece y experimentamos la transformación de ser llenos de esperanza en Él. Cuando eso sucede, podemos ofrecer alabanza a Dios de

esta manera: "(Estrofa 1) Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida; aunque te alabo día y noche, mi corazón sigue anhelando más. (Estrofa 5) Jesús, a quien verdaderamente atesoro—incluso el sonido de Tu voz me trae alegría—; solo Tú eres mi vida y mi verdadera esperanza" [Himno 82, "Señor, Tú eres mi gozo y mi esperanza", estrofas 1 y 5].

Oro para que el Señor, que es nuestra esperanza, te consuele. Oro para que Él te consuele cuando nadie más pueda hacerlo. Incluso cuando tu dolor sea tan grande que rechaces el consuelo de cualquier otra persona, oro para que el Señor llene tus corazones de un profundo anhelo y esperanza en Él. Oro para que puedas contemplar la belleza de la vida—específicamente, la belleza de una cristiana— justo allí donde se encuentran el dolor y la alegría. Para concluir, quisiera compartir un texto que escribí pensando en una *Gwonsa* (una mujer laica veterana) a través de quien Dios me permitió ver esta belleza cristiana:

«Eres hermosa.

Llevas una sonrisa en el rostro aun en medio de las lágrimas de tu corazón; eres hermosa.

Das gracias a Dios incluso mientras tu amado hijo descansa en el sueño eterno; eres hermosa.

Te preocupas más por tu amada familia de la iglesia que por tu propio hogar; eres hermosa.

Ofreces consuelo en lugar de buscarlo; eres hermosa.

Te deleitas en dar más que en recibir; eres hermosa.

Abrazas el corazón de Dios Padre y te esfuerzas por salvar almas; eres hermosa.

Das gloria a Dios; eres hermosa.

Veo a Cristo en ti...»

Día 29: ¡Mantén una actitud firme!

[Meditación sobre el Salmo 57]

Un día, mientras estaba en casa con mi hija menor, Yeeun, vimos brevemente una serie de dibujos animados llamada "Kaiyu". En ella, había una escena en la que el protagonista, Kaiyu, plantaba un árbol con su padre, pero se preocupaba cuando soplaban el viento. En ese momento, el padre de Kaiyu acudía a ayudar; al ver que el árbol recién plantado se mecía peligrosamente con el viento, tomaba una vara y la ataba al árbol para evitar que se tambaleara. Esa escena vino a mi mente durante el servicio de oración de la madrugada en el Día de los Padres. Al reflexionar sobre esa escena, me propuse ser para mis hijos en casa esa vara atada junto al árbol plantado. En otras palabras, oré para llegar a ser un pilar de apoyo firme para mis hijos, tal como aquella vara.

Entre las reseñas de los lectores sobre el libro *¿Quién es un padre?* (autor: Kim Jong-yoon), hay un pasaje que dice: "El valor de un padre, algo que a menudo pasamos por alto aunque lo sepamos; una figura entrañable que ocupa un lugar en nuestros corazones y es considerada un pilar de apoyo confiable, incluso cuando lo odiamos... Fue un buen libro que despertó en mi corazón el aprecio y la gratitud hacia un padre así, a quien habíamos ignorado sin prestarle la debida atención". Otra reseña decía: *Padre, un pilar de la vida* (Jo Geon-jong): "Un padre es quien nos ha cuidado como un gran pilar de apoyo, aunque no seamos cercanos". Al leer estas reseñas, sentí que, en la relación entre muchos padres y sus hijos (o hijas), el padre es una figura valiosa y un pilar de apoyo confiable, incluso cuando ellos lo "odian" o "no son cercanos". Personalmente, he llegado a comprender que, así como mis padres en la fe han sido un pilar de apoyo firme para mí, yo también debo convertirme

en un pilar firme para mis propios hijos. Entonces, ¿qué debo hacer para lograrlo? Es probable que tú también desees ser un pilar firme para tus hijos; ¿cómo podemos conseguirlo? Debemos tomar una determinación firme. En el texto de hoy, el Salmo 57:7, vemos a David tomar precisamente esta resolución: «Firme está mi corazón, oh Dios, firme está mi corazón; cantaré y entonaré salmos». La palabra «firme» implica algo inquebrantable, fijo e inmutable: una convicción sólida. En otras palabras, el salmista no tomó una decisión casual; estableció una determinación firme y arraigada. «Fijar el corazón» significa reconocer que no hay otra esperanza —ni otro camino— que este.

«La vida de una persona que ha fijado su corazón es una vida feliz. La diferencia entre una vida vacilante y una vida decidida es tan grande como la diferencia entre la felicidad y la infelicidad. El temor visita a quienes no han fijado sus corazones. No hay temor para aquellos que han fijado firmemente sus corazones, pues no hay remordimiento. Un corazón sin remordimiento es un corazón firmemente decidido... Nuestros corazones deben estar fijos y centrados en un solo punto. Si el corazón de un creyente vacila con indecisión, no puede agradar a Dios. La fe del creyente debe estar anclada en Dios. Si la fe que depende de Dios vacila, uno no puede vivir una vida llena de gracia» (Internet). Centrándome en el pasaje de hoy y en el título «Fija tu corazón», quisiera extraer tres lecciones sobre cómo actúa un creyente de corazón firme en medio de la crisis y la adversidad.

En primer lugar, el creyente de corazón firme busca refugio en medio de la crisis y la adversidad.

Observemos el Salmo 57:1, el texto de hoy: «Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti se refugia mi alma. Me refugiaré bajo la sombra de tus alas hasta que pase el desastre». El salmista David buscó refugio en el Señor debido a la calamidad que le había sobrevenido. ¿Cuál era esa calamidad? La persecución por parte de Saúl. Como indica el encabezado del salmo, David escribió el Salmo 57 mientras se escondía en una cueva para escapar de Saúl. Huía a causa de la persecución de Saúl.

Curiosamente, el término «Al-tashjet», que aparece en el encabezado, significa «No destruyas». En el versículo 4, David describe su situación: "Estoy en medio de leones; yazco entre fieras voraces: hombres cuyos dientes son lanzas y flechas, y cuyas lenguas son espadas afiladas". David comparó a sus adversarios —Saúl y sus hombres— con leones debido a la manera despiadada y salvaje en que buscaban hacerle daño (Park Yun-sun). Habían preparado una red para atraparlo (versículo 6). En consecuencia, David derramó su corazón ante Dios, clamando: "Mi alma está angustiada". Finalmente, cuando se encontró en una encrucijada de vida o muerte —enfrentando la destrucción a manos de Saúl—, David buscó refugio en el Señor. Se resguardó en el Señor hasta que pasó la calamidad. Entonces, ¿dónde buscó refugio David? Buscó amparo "bajo la sombra de las alas del Señor". Esta metáfora ilustra que la protección de Dios hacia el creyente es como la de una gallina que cobija a sus polluelos bajo sus alas (Park Yun-sun). Esta imagen aparece en varias partes de la Biblia; cabe destacar Deuteronomio 32:11-12, donde se registra a Dios hablando con Moisés: "Como el águila que alborota su nido y revolotea sobre sus crías, que extiende sus alas para atraparlas y las lleva en alto, así el Señor los guio solo a ellos; ningún dios extranjero estaba con ellos". Al igual que el águila alborota su nido —revoloteando sobre sus crías, extendiendo las alas para atraparlas y transportándolas—, Dios a veces altera nuestra comodidad cuando vivimos nuestra vida de fe con demasiada complacencia en nuestros propios "nidos". Él hace que caigamos, tal como una madre águila empuja a sus crías desde un nido elevado en un precipicio escarpado. En ese instante, impulsada por el instinto de evitar estrellarse contra el suelo, la joven águila aletea desesperadamente; de igual modo, nosotros luchamos frenéticamente para escapar de la crisis. Sin embargo, a pesar de ese aleteo desesperado, hay momentos en que nos vemos cayendo en picada hacia la tierra, indefensos, tal como cae el aguilucho. Es precisamente entonces —en la fracción de segundo antes del impacto— cuando la madre águila se lanza en picada como una flecha, atrapa a su cría sobre sus alas y remonta el vuelo de regreso al nido. En ese momento dramático, nuestro Dios actúa exactamente como esa madre águila, salvándonos y guiándonos. En segundo lugar, el creyente de corazón firme ora en medio de las crisis y las adversidades.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 57:2: «Clamo al Dios Altísimo, al Dios que lleva a cabo su propósito en mí». En medio del desastre, David hizo de Dios su refugio, acudió a Él y clamó. En la oración de confianza y súplica de David, debemos considerar a Aquel a quien él oraba: Dios mismo. En primer lugar, el Dios en quien David confiaba al orar era el «Dios Altísimo» (v. 2). Aun cuando David se encontraba en lo más profundo de la adversidad, puso su mirada en el Dios Altísimo y clamó a Él. Así como un aguilucho que ha caído de su nido y se precipita hacia la tierra podría gritar pidiendo a su madre que lo salve antes del impacto, del mismo modo —cuanto más nos hundimos en el abismo del desastre— comprendemos que la esperanza no reside en nosotros mismos, sino únicamente en el Señor; por ello, miramos al Señor Altísimo y clamamos. El profeta Jonás es un claro ejemplo de esto. Jonás descendió a Tarsis, bajó a la nave y descendió aún más a las profundidades del mar dentro de un gran pez; sin embargo, decidió: «Volveré a mirar hacia tu santo templo» (Jonás 2:4). En segundo lugar, el Dios en quien David confiaba al orar era el «Dios que lleva a cabo su propósito en mí» (v. 2). El Dios Altísimo es quien cumple su propósito a nuestro favor. A este Dios fue a quien David dirigió su súplica. Observemos Isaías 14:24 y 27: «El Señor de los ejércitos ha jurado diciendo: "Ciertamente, tal como lo he pensado, así sucederá; y tal como lo he determinado, así se cumplirá"... Porque el Señor de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo invalidará? Su mano está extendida, ¿y quién la hará retroceder?". ¿Cuál es la voluntad del Señor para nosotros? ¿Cuáles son sus pensamientos? ¿Cuál es su propósito? Es, precisamente, nuestra salvación. En tercer lugar, el Dios en quien David confiaba al orar era un Dios de misericordia y verdad. Observemos el texto de hoy, el Salmo 57:3: «Él enviará desde los cielos y me salvará; enviará su misericordia y su verdad» (Selah). Cuando David clamaba al Dios Altísimo —el Señor que cumple su voluntad a favor de David—, lo hacía con la certeza de la salvación. David confiaba en que el Señor enviaría su misericordia y su verdad desde los cielos para librarlo de la calumnia de aquellos que buscaban devorarlo. Puesto que nuestro Señor es misericordioso y fiel, Él cumple su voluntad —nuestra salvación— fielmente y únicamente por medio de su amor. No tenemos mérito alguno; somos salvos únicamente por su misericordia y su verdad.

En tercer lugar, el creyente de corazón firme glorifica a Dios en medio de las crisis y la adversidad.

Observemos los versículos 5 y 11 del Salmo 57, nuestro texto de hoy: «Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria». ¿Cómo glorificaba David a Dios? Lo glorificaba alabándolo. Miremos desde la segunda mitad del versículo 7 hasta el versículo 9: «... Cantaré y entonaré salmos. ¡Despierta, alma mía! ¡Despierten, arpa y lira! Despertaré al alba. Te daré gracias, oh Señor, entre los pueblos; te cantaré alabanzas entre las naciones». ¿Cómo pudo David glorificar a Dios mediante la alabanza en un momento tan crítico de vida o muerte? Fue porque su corazón estaba firme (versículo 7). ¿Qué caracteriza a un corazón firme? El Dr. Park Yun-sun identificó tres aspectos: primero, un corazón firme está preparado para afrontar la muerte. David decidió afrontar la muerte y preparó su corazón para ello. Segundo, un corazón firme está preparado para hacer el bien. Una característica de los insensatos es que carecen de tal preparación del corazón; vacilan constantemente sin una meta fija. Los creyentes, en cambio, actúan con un corazón preparado. Finalmente, un corazón firme confía en el Señor y halla paz. Debemos mirar siempre al Señor, aguardar en Él, orar y acogerlo en nuestras vidas. ¿Qué significa acoger al Señor? Se refiere a la promesa bíblica de que Dios camina junto al creyente. El creyente de corazón firme tiene la certeza de la salvación de Dios en cualquier situación y desea fervientemente que la gloria de Dios sea exaltada sobre todo el mundo. Incluso al enfrentarse a la decadencia personal o a circunstancias llenas de sufrimiento y adversidad, tal creyente ora fervientemente para que la gloria del Dios exaltado cubra la tierra tal como las aguas cubren el mar. Aunque la calamidad se había abatido sobre él, David alabó al Señor con un corazón agradecido (versículo 8). ¿Por qué? Porque había experimentado la gran misericordia y la verdad del Señor, que Dios había enviado (versículo 3). Así, David confesó: «Porque grande es tu misericordia, que llega hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes» (versículo 10). Había una mujer en nuestra iglesia a la que llamábamos «Abuela Jang-su-lu». Cuando aún vivía, fui a visitarla una vez a la residencia de ancianos y le dije: «Abuela, usted es hermosa». Me parecía hermosa porque veía a Jesús en ella. Al verla alabar con un

corazón agradecido —especialmente al cantar los himnos 40 y 355, recitar el Salmo 23 y repetir con frecuencia el Padre Nuestro y el Credo de los Apóstoles—, fui testigo de un verdadero ejemplo de fe: alguien que alabó al Señor hasta su último aliento. Creo que la abuela Jang era verdaderamente hermosa a los ojos de Dios; situada en la encrucijada entre la vida y la muerte, puso su corazón en Jesús —su Salvador y única esperanza—, se refugió en Él, clamó a Él con fervor y lo glorificó mediante sus alabanzas. Siguiendo su ejemplo, yo también deseo tener un corazón firme y ofrecer alabanzas con gratitud al Señor hasta el momento de mi último suspiro.

Día 30: Lo que Dios quiere de nosotros

[Meditación sobre el Salmo 81]

En una ocasión, antes de celebrar el culto familiar, los cinco miembros de la familia estábamos sentados en la cama de mi esposa y mía, apoyados contra la pared y leyendo libros. Mi esposa, mi hijo Dylan y yo leíamos la Biblia, mientras que nuestra hija mayor, Yeri, leía un libro titulado "Princesa" a su hermana menor, Yeeun. Tras un rato de lectura, dije: "Vamos a adorar ahora", y Yeeun dejó el libro a regañadientes, con aire de tristeza. Más tarde, durante la adoración, Yeri leyó el primer capítulo de la Biblia y yo ofrecí unas breves palabras de ánimo sobre los puntos destacados en dicho capítulo. Luego, cuando intentamos orar, Yeeun no prestaba atención. Así que le pedí que bajara de la cama y se pusiera frente a mí, y le pregunté si quería orar conmigo; ella respondió en voz baja: "No". Entonces le dije: "Pues toma el libro que estabas leyendo y vete a tu habitación"; Yeeun sonrió encantada y se fue a su cuarto. En realidad, antes de que todos nos reuniéramos para leer, Yeeun ya había leído la Biblia por su cuenta, sentada en nuestra cama y murmurando la palabra "Dios" para sí misma. Sin embargo, mientras leíamos la Biblia y celebrábamos el culto, Yeeun deseaba aún más leer aquel libro de princesas. Esta mañana, al hablar con mi esposa, supe que Dylan y Yeri seguían durmiendo, pero Yeeun debió de haberse despertado temprano y probablemente estaba mirando aquel libro. Me pregunto cuánto habría deseado leerlo... Como padres, queríamos que Yeeun adorara con nosotros durante el culto familiar, pero lo que ella realmente quería era seguir leyendo el libro de princesas. Aunque me sentí un poco inquieto al respecto, solo mi esposa, Dylan, Yeri y yo participamos en el culto familiar, mientras Yeeun permanecía en su habitación con su libro de princesas. A pesar de que

habíamos retrasado deliberadamente el inicio del culto porque a Yeeun le encanta que su hermana mayor, Yeri, le lea ese libro, parece que ella aún necesitaba más tiempo con él.

Al reflexionar sobre este suceso, quisiera considerar cómo los deseos de Dios Padre y los de sus hijos —nosotros— a veces pueden diferir. Así como Yeeun a menudo actuaba según sus propios deseos, hay muchas ocasiones en las que nosotros hacemos lo mismo, a pesar de que Dios tiene deseos específicos para nosotros. En última instancia, creo que una fe madura es una vida vivida conforme a la voluntad de Dios Padre, muy parecida a la de un hijo maduro que comprende el corazón de sus padres y obedece sus deseos. Por ello, centrándome en el Salmo 81, quisiera meditar sobre tres cosas que Dios desea de nosotros. Mi oración es que aprendamos estas tres cosas y vivamos de manera que cumplamos la voluntad de Dios Padre.

En primer lugar, lo que Dios desea de nosotros es "alabanza".

Observemos el Salmo 81:1: "Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra; alabad con júbilo al Dios de Jacob". Al componer este salmo en el contexto de la celebración de una festividad en Judá, el salmista exhorta al pueblo a alabar a Dios (versículos 1-4). El objeto de esta alabanza es, por supuesto, Dios; específicamente, Aquel a quien el salmista describe como "Dios, fortaleza nuestra". El Dios que es nuestra fortaleza es el Dios Todopoderoso; es este Dios Todopoderoso quien nos otorga fortaleza. Una forma de recibir ese poder es ofrecer alabanza a Dios con un corazón alegre. El Dr. Park Yun-sun afirmó: "Al alabar verdaderamente a Dios, la persona le glorifica y, al mismo tiempo, obtiene fortaleza para su propia vida espiritual". Ciertamente, ofrecer una alabanza alegre a Dios no solo le glorifica, sino que también fortalece nuestra vida espiritual. ¿Cómo debemos, entonces, alabar a Dios? Debemos alabarle con un corazón alegre. La razón se encuentra en la parte final de Nehemías 8:10: "...Este día es santo para nuestro Señor. No os entristezcáis, porque el gozo del Señor es vuestra fortaleza...". Puesto que regocijarnos en Dios es nuestra propia fortaleza, debemos alabarle con alegría.

¿Cuál es el propósito de la alabanza? Sirve para fomentar la unidad en la fe entre quienes adoran a Dios, para hacer una confesión pública de piedad y para promover el crecimiento de la vida espiritual (Park Yun-sun). El primer propósito —la unidad en la fe entre los creyentes— significa que, al alabar a Dios juntos, reafirmamos nuestra fe compartida. En segundo lugar, el propósito de nuestra alabanza es la "confesión pública de piedad"; En otras palabras, al cantar juntos, declaramos públicamente: «Amamos a Dios». El tercer propósito es el «crecimiento espiritual». Crecemos espiritualmente al ofrecer alabanza que confiesa públicamente nuestro amor por Dios dentro de nuestra fe compartida. Sin embargo, ¿cuál es el problema? Para muchos cristianos, el propósito de la alabanza ha pasado de agradar a Dios a agradarse a sí mismos. Si el objetivo principal es simplemente complacerse a uno mismo o deleitar los oídos de los oyentes, tal «alabanza centrada en uno mismo» nunca podrá confesar públicamente que somos un solo cuerpo en el Señor, compartiendo una misma fe; ni tampoco podrá fomentar nuestro crecimiento espiritual. Por tanto, tal como nos enseña hoy el salmista, debemos ofrecer «alabanza» —que es lo que Dios desea de nosotros— de la manera adecuada. Debemos ofrecerla con un corazón alegre (v. 1), usando instrumentos musicales (v. 2) y en el día del Señor (v. 3), cantando con fuerza a Dios, quien es nuestra fortaleza (v. 1). Este es el «estatuto» que debemos observar, así como una ordenanza de Dios (v. 4).

En segundo lugar, lo que Dios desea de nosotros es la «oración».

Observemos el Salmo 81:7 en el texto de hoy: «En la angustia clamaste, y te libré; te respondí desde lo secreto del trueno; te probé junto a las aguas de Meriba (Selah)». Al recordar los sucesos del Éxodo, el salmista recordaba al pueblo de Israel de su propia época que, cuando sus antepasados clamaron a Dios en su sufrimiento, Él respondió a sus oraciones. ¿Por qué el salmista recordó y rememoró cómo Dios había escuchado las oraciones de los israelitas durante el Éxodo? Fue para animar al pueblo de Israel a invocar a Dios. En otras palabras, es una exhortación que dice: «Así como los israelitas clamaron a Dios en su

angustia durante el Éxodo, vosotros también debéis clamar a Dios». Las palabras específicas de esa exhortación se encuentran en el versículo 10 del pasaje de hoy: «...Abre bien tu boca y yo la llenaré...». Esto significa que debemos desear fervientemente la gracia y la salvación de Dios (Park Yun-sun).

Debemos anhelar la gracia y la salvación de Dios. Así como el pueblo de Israel clamó a Dios en medio de su sufrimiento, nosotros también debemos clamar a Él. Al clamar, debemos buscar fervientemente Su gracia y salvación. Además, debemos orar con la certeza de que nuestras oraciones serán respondidas. Dios prometió claramente: «Abre bien tu boca y yo la llenaré» (versículo 10). Debemos clamar a Dios aferrándonos a esta promesa. Nuestro Dios es un Dios que nos llena. Sin embargo, para ser llenos, debemos cumplir con la responsabilidad de vaciarnos de nosotros mismos. ¿De qué debemos vaciarnos? De nuestros pecados. ¿Qué clase de pecados? Observemos el versículo 11: «Mi pueblo no quiso escucharme; Israel no quiso someterse a mí». ¿Cuál era la palabra de Dios que el pueblo de Israel se negó a escuchar? Era esta: «No tendrás ningún dios extraño entre vosotros; no te postrarás ante un dios extraño» (versículo 9). Sin embargo, al final, el pueblo de Israel desobedeció este mandato y cometió el pecado de idolatría. Cuando nos arrepentimos de este pecado, decidimos y nos comprometemos a obedecer la palabra de Dios, y clamamos a Él, Dios escucha nuestras oraciones y nos otorga las bendiciones de gracia y salvación. Nuestro Dios es un Dios que escucha el clamor de nuestras oraciones. La verdad asombrosa es que, aunque hay innumerables ocasiones en las que no escuchamos la voz de Dios ni le deseamos (versículo 11), Él es el Dios que nos desea y anhela escuchar nuestras oraciones. Debemos dedicarnos con mayor fervor a la oración dirigida al Dios que es rico en gracia.

En tercer lugar, lo que Dios desea de nosotros es «obediencia».

Por favor, observen los versículos 8 y 13 del Salmo 81, nuestro texto de hoy: «¡Escucha, pueblo mío, y te amonestaré! ¡Oh Israel, si tan solo me escucharas!» y «¡Oh, si mi pueblo me

escuchara, si Israel caminara en mis caminos!». Lo que Dios desea de nosotros es que escuchemos su voz y, tras haberla escuchado, la obedezcamos. Sin embargo, el pueblo de Israel en tiempos del Éxodo no quiso escuchar la voz de Dios; la desobedeció. ¿Cuál fue el resultado? Miren el versículo 12: «Así que los entregué a la dureza de su propio corazón, para que siguieran sus propios consejos». Hay dos formas en que Dios castiga a los pecadores (Park Yun-sun): «La primera consiste en dejar que el pecador continúe en su pecado, y la segunda, en infligir activamente sufrimiento o destrucción sobre él. Personalmente, considero más aterrador el primer método. Esto se debe a que, si Dios simplemente nos abandona a la obstinación de nuestros propios corazones, desafiaremos incesantemente Su palabra y viviremos en desobediencia. En última instancia, Dios disciplinó al pueblo desobediente de Israel entregándolo en manos de sus enemigos (versículo 14). Sin embargo, Dios promete bendecir al pueblo de Israel —y a nosotros— si tan solo nos arrepentimos y volvemos a Él. El salmista expone estas promesas en los versículos 14 al 16 del pasaje de hoy: la primera es la promesa de someter a los enemigos de Israel (versículo 14). Es la promesa de que la mano de la disciplina divina, que se había dirigido contra los israelitas pecadores, se volvería contra sus enemigos una vez que estos se arrepintieran. La segunda promesa de Dios se declara en el versículo 16: «Los alimentaría con lo mejor del trigo, y con miel de la peña los saciaría». Esta promesa se refiere a la bendición material (Park Yun-sun). En otras palabras, aunque los israelitas habían disfrutado de abundancia en la tierra de Canaán —para luego desobedecer la palabra de Dios y caer en el pecado de adorar a dioses extranjeros—, Dios promete que, si se arrepienten y regresan a Él, les concederá una abundancia aún mayor en esa misma tierra.

Nosotros también debemos avanzar en oración, aferrándonos firmemente a estas promesas de Dios. Las promesas que el Señor nos ha dado...» «Edificaré mi iglesia...» Así como los 120 creyentes de la iglesia primitiva se reunieron y se dedicaron fervientemente a la oración —aferrándose no solo a las palabras de Mateo 16:18, sino también a la promesa de Hechos 1:8—, nosotros también debemos consagrarnos de todo corazón a la oración. Si, en medio de este proceso, llegamos a pecar contra Dios al negarnos a atender Su Palabra y

desobedecerle, debemos arrepentirnos y volver al Señor, aferrándonos a las promesas contenidas en los versículos 14 y 16. Al hacerlo, Dios perdonará nuestros pecados y desviará hacia nuestros enemigos la mano del castigo que estaba dirigida contra nosotros. Además, Él estará con nosotros, derramando abundantes bendiciones sobre nosotros.

Hubo un tiempo en que toda nuestra familia se reunió en casa de mi hermano mayor para un servicio de adoración. En aquella ocasión, Dios nos habló a través del esposo de mi tía menor —quien es pastor—, compartiendo el mensaje de 1 Tesalonicenses 5:18. Inspirados por esa palabra, todos decidimos esforzarnos por vivir dando gracias en toda circunstancia. Aunque mi cuarto tío, el pastor Kim Chang-hyuk, padecía cáncer en ese momento, nos propusimos dar gracias a Dios y, tras el servicio, nos unimos en una oración ferviente y audible por él. También decidimos organizar un ayuno familiar por turnos y comenzamos a llevarlo a la práctica. Antes de despedirnos, el pastor Kim Chang-hyuk —que había estado descansando en cama— salió a la sala y cantó alabanzas a Dios en presencia de nuestra familia. Cantó la primera estrofa y el coro de su himno favorito, "Cuán grande es Él" (Himno n.º 40). Al ver al pastor y a los miembros de nuestra familia —a pesar del sufrimiento físico de él— alabando a Dios, orando juntos y obedeciendo el mandato de dar gracias en todo, comprendí que eso era precisamente lo que Dios quería para nuestra familia... Sentí que esa era la imagen que Tú buscabas.

Día 31: El secreto de la victoria

[Meditación sobre el Salmo 18:28-42]

Recuerdo haber visto un partido de fútbol entre la selección coreana y el LA Galaxy hace algún tiempo. Antes del partido, se debatía en la prensa si la selección coreana usaría un sistema defensivo de tres o cuatro defensas. El sistema de tres defensas se considera un clásico al que los jugadores coreanos están acostumbrados, mientras que el de cuatro se describe como un sistema defensivo más reciente. Se dice que el exentrenador Guus Hiddink también intentó usar el sistema de tres defensas durante el Mundial de 2002, pero volvió a él porque no logró adaptarse. El profesor Lee Yong-soo de la Universidad de Sejong, quien en aquel entonces presidía el Comité Técnico, declaró lo siguiente: «De hecho, la dicotomía entre "tres defensas" y "cuatro defensas" es una clasificación inapropiada. Si bien el entrenador Hiddink utilizaba el sistema de tres defensas, la clave residía en el movimiento orgánico de todos los jugadores. Para lograrlo, se requería un alto nivel de comprensión táctica y una resistencia física excepcional». Lo que percibí en las palabras del profesor Lee fue precisamente ese movimiento orgánico de los jugadores. Dado que la iglesia es tanto una organización como un organismo, creo que el servicio orgánico de nuestros miembros también es importante. Para llevar una vida de fe tan orgánica, así como en el fútbol se requiere una "alta comprensión táctica" y una "resistencia física excepcional", debemos poseer una profunda comprensión de la voluntad del Señor, cabeza de la iglesia, y también necesitamos una resistencia física excepcional para nuestro cuerpo espiritual. Solo así podremos triunfar en la batalla espiritual.

En el Salmo 18:28-42, la Biblia nos dice que el secreto de la victoria reside únicamente en el poder de Dios. El salmista David afirma que Dios lo vistió de poder para la batalla (versículos 32, 39). David vivió una vida victoriosa en el campo de batalla gracias al poder de Dios. Me gustaría reflexionar sobre cinco aspectos de este "poder de Dios" que aquí se menciona:

En primer lugar, el poder de Dios es el "poder del conocimiento".

David confesó: "¿Quién es Dios, sino solo el Señor? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?" (v. 31). David pudo triunfar en la batalla porque conocía al Dios que es el Dios verdadero y la Roca. El conocimiento de quién es Dios constituye nuestra fortaleza, y un pueblo que conoce a Dios es fuerte. Por tanto, debemos crecer en el conocimiento de Dios. Satanás busca destruirnos arrebatándonos el conocimiento de Dios (Oseas 4:6). Así pues, debemos esforzarnos aún más por comprender la verdadera naturaleza de Dios. En Jeremías 9:24, el profeta Jeremías nos dice que nos gloriemos en conocer a Dios. ¿De qué clase de Dios debemos gloriarnos? Debemos gloriarnos en el Señor que alumbra nuestra lámpara (v. 28). Observemos el texto de hoy, el Salmo 18:28: "Tú alumbras mi lámpara". Aquí, la frase "alumbrar la lámpara" significa prosperidad; aplicada a David, que era soldado, se refiere a la victoria en la batalla por la gracia de Dios (Park Yun-sun). En otras palabras, el Dios a quien debemos esforzarnos por conocer es el Dios de la victoria: Aquel que nos concede la victoria. Cuando llegamos a conocer a este Dios de la victoria en nuestra vida cotidiana, nosotros también podemos vivir una vida victoriosa.

En segundo lugar, el poder de Dios es el "poder de la Palabra".

David confesó: "En cuanto a Dios, perfecto es su camino; probada es la palabra del Señor" (v. 30). Él vivió una vida victoriosa mediante el poder de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es nuestra fortaleza. Al alimentarnos de esa Palabra, vivimos una vida poderosa. En 2 Timoteo 3:16-17, el apóstol Pablo habla de la Palabra de Dios: "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que

el siervo de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Si no logramos vivir victoriosamente en la guerra espiritual, debemos considerar si estamos permitiendo que las Escrituras nos enseñen, nos reprendan, nos corrijan y nos instruyan en justicia. Los pensamientos pecaminosos pueden surgir en nuestras vidas en cualquier momento, y frecuentemente somos atacados por Satanás mediante tentaciones. Cuando esto sucede, debemos recibir instrucción y reprensión de la Palabra de Dios. Debemos permitir que la Palabra de Dios corrija nuestros pensamientos y formas de vida erróneos, y que nos instruya en justicia. Al hacerlo, podemos vivir una vida victoriosa en las batallas contra nosotros mismos, el pecado, el mundo y Satanás. David se protegió del pecado mediante la Palabra perfecta de Dios y triunfó en la batalla contra sí mismo (18:23). También fue protegido por el poder de la Palabra de Dios en medio de la persecución de sus enemigos (v. 30). Dios hizo que los pies de David fueran como los de una cierva y lo puso en las alturas (v. 33). En otras palabras, Dios llevó a David a un lugar seguro. La Palabra de Dios es precisamente ese lugar seguro para nosotros; es esa Palabra la que nos colocará en las alturas.

En tercer lugar, el poder de Dios es el "poder de la dependencia". David confiesa: "Contigo desbarataré ejércitos; con mi Dios saltaré muros" (v. 29). Si bien el sentido común sugiere que un niño se vuelve gradualmente independiente de sus padres a medida que crece, la vida de fe parece funcionar a la inversa. Antes de creer en Jesús, vivimos de manera independiente, pero tras llegar a la fe, aprendemos gradualmente a vivir confiando únicamente en el Señor. La vida de fe consiste en comprender, con el paso del tiempo, que el Señor es el único en quien confiar y en vivir dependiendo solo de Él. Aquellos que confían en el Señor son fuertes. Su fortaleza se manifiesta a través del poderoso poder de Dios, el cual obra a medida que ellos reconocen plenamente su propia debilidad. David es un ejemplo de esto; él arremetió contra Goliath —tal como uno arremetería contra un ejército enemigo— en el nombre del Dios santo. Así es exactamente como debemos ser nosotros. Los cristianos somos quienes salimos al mundo confiando plenamente en Dios. Para aquellos que confían en Dios y avanzan con valentía y coraje, Él ensancha su camino y evita que tropiecen (v. 36).

En cuarto lugar, el poder de Dios es el «poder de la destreza».

Dios adiestró las manos de David para la batalla y capacitó sus brazos para tensar un arco de bronce (v. 34). Dios dotó a David, un soldado, de las habilidades adecuadas. Él otorga destrezas acordes con el llamado de cada persona a quienes confían en Él: concediendo talento para el comercio al comerciante y para la escritura al escritor (Park Yun-sun). El sabio rey Salomón declaró: «La sabiduría [destreza] es provechosa para dirigir» (Eclesiastés 10:10). Ganar una guerra requiere destreza, y el Señor nos concede precisamente esa habilidad. Al establecer su santuario, Dios dotó a personas hábiles de sabiduría y entendimiento, capacitándolas para realizar las tareas necesarias (Éxodo 36:1). Al llevar a cabo su obra, Dios no solo designa obreros, sino que también los equipa con la sabiduría —o destreza— necesaria para la tarea. Debemos poseer la inocencia de la paloma, pero también requerimos la sabiduría de la serpiente. Para luchar y triunfar en la guerra espiritual, necesitamos las habilidades para librar esa batalla; debemos saber cómo empuñar el escudo de la salvación y la espada del Espíritu. Una espada del Espíritu que no se sabe manejar no sirve de nada. Dios nos concede el poder de la destreza y, mediante ese poder, podemos vivir una vida victoriosa.

Por último, el quinto punto es que el poder de Dios es el «poder del carácter».

David confiesa: «Tu benignidad me ha engrandecido» (v. 35). Esto se refiere a la benignidad del Señor; es decir, que debido a que el Señor se humilló para ayudar bondadosamente a David —un ser humano imperfecto—, este fue exaltado a la grandeza (Park Yun-sun). El secreto de la victoria del cristiano reside en un carácter que se asemeja al de Jesús. En particular, es la cualidad de la benignidad de Jesús la que nos permite triunfar en este mundo.

Mediante el poder de Dios, podemos luchar y vencer a nosotros mismos, al pecado, al mundo y a Satanás. Podemos alcanzar la victoria en la batalla espiritual a través del poder

del conocimiento, la Palabra, la voluntad, la destreza y el carácter. De hecho, ya somos victoriosos y seguiremos triunfando en el futuro. Somos vencedores que marchan hacia el reino celestial, portando el estandarte de la victoria y entonando cánticos de triunfo. ¡Victoria!

Día 32: Una vida de recordar, celebrar y regocijarse

[Meditación sobre Génesis 50:20]

«Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para lograr lo que hoy se está realizando: salvar muchas vidas» (Génesis 50:20).

No debemos quedarnos estancados en el pasado. Más bien, debemos recordar la gracia que Dios nos otorgó en el pasado. Además, debemos celebrar esa gracia pasada en el presente. Al hacerlo, podemos experimentar el verdadero gozo que Dios da.

El pasaje de hoy, Génesis 50:20, registra las palabras que José dirigió a sus hermanos; palabras que reflejan cómo recordaba y celebraba la gracia que Dios le había mostrado en el pasado. Reflexionemos sobre tres maneras en que José recordó y celebró la gracia pasada de Dios, y consideremos las lecciones que podemos aprender de su ejemplo.

En primer lugar, quienes recuerdan y celebran en el presente la gracia pasada de Dios, ven cada situación desde la perspectiva divina.

José fue odiado por sus diez hermanos mayores cuando era un joven de diecisiete años (Génesis 37:2). Había tres razones para ello: (1) José informaba a su padre, Jacob, sobre las malas acciones de sus hermanos (v. 2); (2) José era profundamente amado por su padre,

Jacob (v. 3); y (3) José tenía sueños que Dios le había dado (v. 5). Como resultado, José escapó por poco de ser asesinado por sus hermanos (vv. 18-20); fue arrojado a una cisterna vacía (v. 24), vendido finalmente a comerciantes ismaelitas (v. 28) y luego vendido a Potifar, un oficial egipcio y capitán de la guardia (39:1). Llegó a servir como administrador de la casa de Potifar (v. 4). Poseedor de un aspecto apuesto y una buena presencia física (v. 6), José fue tentado repetidamente por la esposa de Potifar para acostarse con ella (vv. 7, 10, 12); Sin embargo, al quedarse a solas con ella, rechazó sus insinuaciones, dejó su manto en manos de ella y huyó de la casa (vv. 11-12). Posteriormente, debido a las falsas acusaciones de ella (vv. 14-18), fue inculcado injustamente y encarcelado (v. 20). Si José hubiera mirado hacia atrás —tras convertirse en primer ministro de Egipto a los treinta años (41:46)— y se hubiera centrado únicamente en el sufrimiento y el dolor que había soportado, seguramente habría quedado atrapado en el pasado, viviendo su presente en un estado de queja y resentimiento, al tiempo que albergaba deseos de venganza. Pero José no hizo eso. En cambio, recordó la gracia que Dios le había mostrado en el pasado. ¿En qué consistía esa gracia? En el hecho de que Dios estaba con José y le hacía prosperar en todo lo que emprendía (39:2, 3, 21, 23). En particular, la gracia que José recordaba era que, incluso mientras estaba encarcelado injustamente, Dios no solo estaba con él, sino que también le mostraba bondad, concediéndole el favor del jefe de la cárcel (v. 21). Por eso, cuando más tarde llegó a ser primer ministro de Egipto —aproximadamente nueve años después de asumir el cargo [30 años al ser nombrado + 7 años de abundancia + 2 años (45:6) = 39 años de edad]—, confesó a sus hermanos: «... Dios me envió delante de ustedes para salvar vidas» (45:5), y «Dios me envió delante de ustedes para preservarles un remanente en la tierra y salvarles la vida mediante una gran liberación. Así que no fueron ustedes quienes me enviaron aquí, sino Dios» (versículos 7-8a). ¿Cómo pudo José hacer tal confesión a sus hermanos? Fue porque recordaba la gracia de Dios. Al recordar la gracia divina, pudo ver no solo sus experiencias pasadas, sino cada situación, desde la perspectiva de Dios. Aunque había sido odiado por sus hermanos y estuvo a punto de morir, y posteriormente había soportado la esclavitud y el encarcelamiento en Egipto, llegó a comprender que el propósito de Dios al convertirlo en primer ministro era preservar la vida de sus hermanos y asegurar que su descendencia

sobreviviera en la tierra (versículo 7). Así, pudo confesar a sus hermanos: «No fueron ustedes quienes me enviaron aquí, sino Dios» (versículo 8).

Nosotros también debemos ser capaces de ver nuestras vidas y todas las situaciones desde la perspectiva de Dios, tal como lo hizo José. Para ello, debemos recordar la gracia que Dios nos ha otorgado en el pasado. Al recordar la abundante gracia de Dios, podemos contemplar los acontecimientos de nuestra vida actual a través de los ojos de Dios. Llegamos a comprender que las cosas que suceden en nuestra vida no son meras coincidencias, sino parte de la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). Y reconocemos que Dios mismo ya estaba cumpliendo su voluntad en nuestras vidas, desde nuestro pasado. En consecuencia, deseamos fervientemente que esa voluntad de Dios se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo.

En segundo lugar, aquellos que recuerdan la gracia que Dios otorgó en el pasado y la conmemoran en el presente sirven a sus familiares con el corazón de Dios.

¿Cómo sirvió José a su familia? En primer lugar, José perdonó a todos los hermanos que lo habían odiado e incluso habían intentado matarlo. Si José no hubiera perdonado a sus hermanos, seguramente se habría vengado de ellos cuando estuvieron ante su presencia. Sin embargo, José no lo hizo. José, quien gozaba de la bendición de la prosperidad porque Dios estaba con él, veía su pasado desde la perspectiva divina; perdonó a sus hermanos porque comprendió que, en medio de aquellos sucesos, Dios lo había enviado a Egipto antes que a ellos para preservar sus vidas y asegurar la continuidad de su descendencia en el mundo. Podemos ver esta evidencia en el nombre que dio a su hijo primogénito. José llamó a su primogénito, nacido en Egipto, «Manasés», porque Dios le había hecho olvidar todas sus aflicciones y toda la casa de su padre (Génesis 41:51). En segundo lugar, José no solo perdonó a los hermanos que habían intentado matarlo, sino que también les mostró gracia. En cada una de las dos ocasiones en que sus hermanos viajaron desde la tierra de Canaán a Egipto en busca de alimento, José no solo les proveyó grano (42:26; 44:1), dinero

(42:28; 44:1), vestiduras (45:21–22) y diez asnos cargados con los mejores productos de Egipto junto con diez asnas (v. 23), sino que también —cuando llegaron Jacob y toda su familia— les dio «lo mejor de la tierra de Egipto» (45:18; cf. 47:6, 11). En tercer lugar, tras la muerte de Jacob, cuando sus hermanos —temiendo que José guardara rencor y se vengara por el mal que le habían hecho (50:15)— inventaron un último mensaje de parte de su padre (vv. 16–17), José lloró (v. 17) y ofreció sinceras palabras de consuelo (v. 21) a aquellos hermanos que se habían postrado ante él (v. 18): «No teman, ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para lograr lo que hoy se está haciendo: salvar muchas vidas. Así que no teman; yo proveeré para ustedes y para sus hijos» (vv. 19–21a). ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo pudo José no solo perdonar a los hermanos que lo habían odiado y habían intentado matarlo, sino también proveerles generosamente y consolarlos con ternura mientras temblaban de miedo a sus pies? ¿No debería haber sido José quien recibiera consuelo de sus hermanos? Sin embargo, ¿cómo logró consolarlos en lugar de buscar consuelo para sí mismo? ¿Cómo pudo servir a sus hermanos y a toda su familia extendida? La razón es simplemente que José... la gracia de Dios... Fue porque realmente comprendía. El corazón de José no estaba lleno de odio, resentimiento o deseo de venganza, sino de la gracia de Dios; esto le permitió servir a sus hermanos y a toda su familia con el mismo corazón de Dios.

Día 32: Una vida de recordar, celebrar y regocijarse

[Meditación sobre Génesis 50:20]

«Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para lograr lo que hoy se está realizando: salvar muchas vidas» (Génesis 50:20).

No debemos quedarnos estancados en el pasado. Más bien, debemos recordar la gracia que Dios nos otorgó en el pasado. Además, debemos celebrar esa gracia pasada en el presente. Al hacerlo, podemos experimentar el verdadero gozo que Dios da.

El pasaje de hoy, Génesis 50:20, registra las palabras que José dirigió a sus hermanos; palabras que reflejan cómo recordaba y celebraba la gracia que Dios le había mostrado en el pasado. Reflexionemos sobre tres maneras en que José recordó y celebró la gracia pasada de Dios, y consideremos las lecciones que podemos aprender de su ejemplo.

En primer lugar, quienes recuerdan y celebran en el presente la gracia pasada de Dios, ven cada situación desde la perspectiva divina.

José fue odiado por sus diez hermanos mayores cuando era un joven de diecisiete años (Génesis 37:2). Había tres razones para ello: (1) José informaba a su padre, Jacob, sobre las malas acciones de sus hermanos (v. 2); (2) José era profundamente amado por su padre, Jacob (v. 3); y (3) José tenía sueños que Dios le había dado (v. 5). Como resultado, José escapó por poco de ser asesinado por sus hermanos (vv. 18-20); fue arrojado a una cisterna

vacía (v. 24), vendido finalmente a comerciantes ismaelitas (v. 28) y luego vendido a Potifar, un oficial egipcio y capitán de la guardia (39:1). Llegó a servir como administrador de la casa de Potifar (v. 4). Poseedor de un aspecto apuesto y una buena presencia física (v. 6), José fue tentado repetidamente por la esposa de Potifar para acostarse con ella (vv. 7, 10, 12); Sin embargo, al quedarse a solas con ella, rechazó sus insinuaciones, dejó su manto en manos de ella y huyó de la casa (vv. 11-12). Posteriormente, debido a las falsas acusaciones de ella (vv. 14-18), fue inculcado injustamente y encarcelado (v. 20). Si José hubiera mirado hacia atrás —tras convertirse en primer ministro de Egipto a los treinta años (41:46)— y se hubiera centrado únicamente en el sufrimiento y el dolor que había soportado, seguramente habría quedado atrapado en el pasado, viviendo su presente en un estado de queja y resentimiento, al tiempo que albergaba deseos de venganza. Pero José no hizo eso. En cambio, recordó la gracia que Dios le había mostrado en el pasado. ¿En qué consistía esa gracia? En el hecho de que Dios estaba con José y le hacía prosperar en todo lo que emprendía (39:2, 3, 21, 23). En particular, la gracia que José recordaba era que, incluso mientras estaba encarcelado injustamente, Dios no solo estaba con él, sino que también le mostraba bondad, concediéndole el favor del jefe de la cárcel (v. 21). Por eso, cuando más tarde llegó a ser primer ministro de Egipto —aproximadamente nueve años después de asumir el cargo [30 años al ser nombrado + 7 años de abundancia + 2 años (45:6) = 39 años de edad]—, confesó a sus hermanos: «... Dios me envió delante de ustedes para salvar vidas» (45:5), y «Dios me envió delante de ustedes para preservarles un remanente en la tierra y salvarles la vida mediante una gran liberación. Así que no fueron ustedes quienes me enviaron aquí, sino Dios» (versículos 7-8a). ¿Cómo pudo José hacer tal confesión a sus hermanos? Fue porque recordaba la gracia de Dios. Al recordar la gracia divina, pudo ver no solo sus experiencias pasadas, sino cada situación, desde la perspectiva de Dios. Aunque había sido odiado por sus hermanos y estuvo a punto de morir, y posteriormente había soportado la esclavitud y el encarcelamiento en Egipto, llegó a comprender que el propósito de Dios al convertirlo en primer ministro era preservar la vida de sus hermanos y asegurar que su descendencia sobreviviera en la tierra (versículo 7). Así, pudo confesar a sus hermanos: «No fueron ustedes quienes me enviaron aquí, sino Dios» (versículo 8).

Nosotros también debemos ser capaces de ver nuestras vidas y todas las situaciones desde la perspectiva de Dios, tal como lo hizo José. Para ello, debemos recordar la gracia que Dios nos ha otorgado en el pasado. Al recordar la abundante gracia de Dios, podemos contemplar los acontecimientos de nuestra vida actual a través de los ojos de Dios. Llegamos a comprender que las cosas que suceden en nuestra vida no son meras coincidencias, sino parte de la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). Y reconocemos que Dios mismo ya estaba cumpliendo su voluntad en nuestras vidas, desde nuestro pasado. En consecuencia, deseamos fervientemente que esa voluntad de Dios se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo.

En segundo lugar, aquellos que recuerdan la gracia que Dios otorgó en el pasado y la conmemoran en el presente sirven a sus familiares con el corazón de Dios.

¿Cómo sirvió José a su familia? En primer lugar, José perdonó a todos los hermanos que lo habían odiado e incluso habían intentado matarlo. Si José no hubiera perdonado a sus hermanos, seguramente se habría vengado de ellos cuando estuvieron ante su presencia. Sin embargo, José no lo hizo. José, quien gozaba de la bendición de la prosperidad porque Dios estaba con él, veía su pasado desde la perspectiva divina; perdonó a sus hermanos porque comprendió que, en medio de aquellos sucesos, Dios lo había enviado a Egipto antes que a ellos para preservar sus vidas y asegurar la continuidad de su descendencia en el mundo. Podemos ver esta evidencia en el nombre que dio a su hijo primogénito. José llamó a su primogénito, nacido en Egipto, «Manasés», porque Dios le había hecho olvidar todas sus aflicciones y toda la casa de su padre (Génesis 41:51). En segundo lugar, José no solo perdonó a los hermanos que habían intentado matarlo, sino que también les mostró gracia. En cada una de las dos ocasiones en que sus hermanos viajaron desde la tierra de Canaán a Egipto en busca de alimento, José no solo les proveyó grano (42:26; 44:1), dinero (42:28; 44:1), vestiduras (45:21–22) y diez asnos cargados con los mejores productos de Egipto junto con diez asnas (v. 23), sino que también —cuando llegaron Jacob y toda su familia— les dio «lo mejor de la tierra de Egipto» (45:18; cf. 47:6, 11). En tercer lugar, tras la

muerte de Jacob, cuando sus hermanos —temiendo que José guardara rencor y se vengara por el mal que le habían hecho (50:15)— inventaron un último mensaje de parte de su padre (vv. 16–17), José lloró (v. 17) y ofreció sinceras palabras de consuelo (v. 21) a aquellos hermanos que se habían postrado ante él (v. 18): «No teman, ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para lograr lo que hoy se está haciendo: salvar muchas vidas. Así que no teman; yo proveeré para ustedes y para sus hijos» (vv. 19–21a). ¿Cómo fue esto posible? ¿Cómo pudo José no solo perdonar a los hermanos que lo habían odiado y habían intentado matarlo, sino también proveerles generosamente y consolarlos con ternura mientras temblaban de miedo a sus pies? ¿No debería haber sido José quien recibiera consuelo de sus hermanos? Sin embargo, ¿cómo logró consolarlos en lugar de buscar consuelo para sí mismo? ¿Cómo pudo servir a sus hermanos y a toda su familia extendida? La razón es simplemente que José... la gracia de Dios... Fue porque realmente comprendía. El corazón de José no estaba lleno de odio, resentimiento o deseo de venganza, sino de la gracia de Dios; esto le permitió servir a sus hermanos y a toda su familia con el mismo corazón de Dios.

¿Y nosotros? ¿Servimos verdaderamente a nuestros familiares con el corazón de Dios? ¿Perdonamos sinceramente a aquellos familiares que nos han causado dolor y sufrimiento, tal como Jesús perdonó a pecadores como nosotros? ¿O perdonamos las faltas de nuestra familia de la iglesia mientras negamos el perdón a nuestra propia familia de sangre por las ofensas que nos han hecho? ¿Vivimos brindando el bien a nuestros familiares? ¿O vivimos en un estado de insatisfacción y queja, deseando únicamente recibir? ¿Consolamos a los familiares que sienten miedo y dolor —ofreciendo consuelo con palabras sinceras, tal como lo hizo José— en lugar de buscar consuelo para nosotros mismos? Si no conocemos la gracia de Dios, es probable que vivamos manteniendo distancia de nuestra familia y evitando el trato con ellos, todo ello mientras nos negamos a perdonar. Si vivimos habiendo olvidado la gracia de Dios, es probable que esperemos recibir cosas buenas de nuestra familia en lugar de darles cosas buenas. Si tratamos la gracia de Dios a la ligera, es probable que deseemos ser consolados en lugar de ofrecer consuelo. Tales actitudes, pensamientos

y acciones hacen que la gran gracia que Dios ya nos ha otorgado resulte en vano. No debemos hacer esto. No debemos permitir que la gracia que hemos recibido de Dios se desperdicie. Nunca debemos menospreciar la gracia de Dios. Por el contrario, debemos recordar la gracia de Dios y, fortalecidos por ella, servir a nuestras familias tal como lo hizo José. No debemos servir con nuestro propio corazón, sino con el corazón de Dios. Y debemos servir a nuestros familiares tal como lo hizo Jesús.

En tercer lugar, aquellos que recuerdan la gracia que Dios otorgó en el pasado y la conmemoran en el presente se aferran a las promesas de Dios y cumplen fielmente la misión que se les ha encomendado, incluso hasta la muerte. En Génesis 50:24–26, José dice a sus hermanos: «Voy a morir»; sin embargo, expresa una confianza absoluta en que Dios cumplirá las promesas que hizo a su bisabuelo Abraham, a su abuelo Isaac y a su padre Jacob: específicamente, que Dios los sacaría de Egipto y los llevaría a la tierra de Canaán, la cual había jurado darles (v. 24). Por consiguiente, hizo jurar a los israelitas diciendo: "Dios ciertamente vendrá en su ayuda, y entonces deberán llevarse mis huesos de este lugar" (v. 25). Luego, José murió a la edad de 110 años (v. 26). Al reflexionar sobre la vida de José tal como se relata en el Génesis, diría que vivió para la promesa de Dios y murió por esa misma promesa. Incluso durante trece años de adversidad, José perseveró y resistió porque se guiaba por las promesas que Dios había hecho a Abram, Isaac y Jacob. Aferrándose a esas promesas, mantuvo la esperanza en el Señor y perseveró, aun cuando parecía que toda esperanza terrenal se había desvanecido. Con este espíritu, mientras se preparaba para su propia muerte, hizo jurar a los israelitas que llevarían sus huesos a Canaán, la Tierra Prometida. La vida de José estuvo verdaderamente guiada por las promesas de Dios. Él sirvió como instrumento de Dios en el desarrollo de Su obra fiel para cumplir dichas promesas; tras haber desempeñado fielmente su papel —su misión—, finalmente descansó. ¿Cuál fue ese papel o misión? Preservar la vida de sus hermanos y de sus descendientes (45:7). Así, José consoló a sus hermanos con palabras tranquilizadoras, diciendo: "Yo proveeré para ustedes y para sus hijos" (50:21). De esta manera, José sostuvo a sus hermanos y a toda su familia extensa durante los siete años de grave hambruna. En

consecuencia, tal como Dios había prometido a Jacob, permitió que los descendientes de este se convirtieran en una gran nación en Egipto (46:3). En el proceso de cumplimiento de la promesa divina, José llevó a cabo fielmente el papel que Dios había planeado para él antes de fallecer en Egipto a los 110 años; muriendo, en efecto, en tierra extranjera. Desde una perspectiva humana, su vida podría parecer digna de lástima; sin embargo, desde el punto de vista de Dios, su vida fue verdaderamente hermosa, pues partió de este mundo habiendo cumplido fielmente la misión que se le había encomendado.

¿Qué hay de nuestras vidas? ¿Vivimos realmente vidas que sean hermosas a los ojos de Dios? ¿Estamos cumpliendo fielmente las misiones que se nos han asignado dentro del gran plan de salvación de Dios? ¿Nos estamos preparando para una muerte que sea hermosa ante los ojos de Dios? Mi oración es que recordemos la gracia que Dios nos ha otorgado en el pasado y que la honremos en nuestras vidas hoy. Ruego que veamos todas las cosas desde la perspectiva de Dios al recordar su gracia. Asimismo, pido que, al recordar, sirvamos con humildad tanto a nuestras familias terrenales como a nuestras familias espirituales — nuestros hermanos en la fe dentro de la iglesia— con el corazón de Dios. Además, ruego que nos aferremos a las promesas de Dios y cumplamos fielmente las misiones que se nos han encomendado. Que todos nosotros, al hacerlo, lleguemos a afrontar una muerte hermosa a los ojos de Dios.

Día 33: ¡Enseña a tus hijos el camino que deben seguir!

[Meditación sobre Proverbios 22:6]

"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él." (Proverbios 22:6)

Recuerdo haber escuchado hace algún tiempo la noticia sobre la catastrófica explosión en la estación de Ryongchon, en la provincia de Pyongan del Norte, Corea del Norte. En aquel entonces, hubo un número considerable de heridos. Muchos corrían el riesgo de quedar ciegos debido a graves lesiones oculares causadas por las violentas ondas expansivas y las esquirlas de vidrio. En particular, escuché la desgarradora noticia de que la mayoría de los niños heridos de la escuela primaria Ryongchon habían sufrido daños en los ojos. Al enterarse de la trágica noticia sobre los niños de la escuela primaria Ryongchon, el poeta Kim Yong-taek escribió lo siguiente en su poema "Los niños de la escuela primaria Ryongchon": "...¡Niños de Ryongchon! ¡Niños de esta tierra, como brotes nuevos de hierba que rompen el suelo helado! ¡Niños que han perdido su escuela, niños que han perdido a sus amigos, niños que han perdido sus hogares a los que regresar, así como a sus padres y hermanos! Rostros quemados por llamas ardientes, ¡ah! ¡Ah! ¿Qué haré ante esta muerte repentina, el dolor, la tristeza, el frío, el hambre y el terror? ¿Qué se supone que debo hacer ahora mismo?". Me sentí interpelado por la frase: "¿Qué se supone que debo hacer ahora mismo?". Creo que hay demasiadas ocasiones en nuestra vida en las que contemplamos una realidad trágica y no sabemos qué hacer. Especialmente cuando vemos a nuestros hijos espiritualmente ciegos —con sus ojos espirituales, no los físicos, lesionados—, nosotros,

como padres, debemos plantearnos la pregunta llena de lamento: "¿Qué se supone que debo hacer ahora mismo?". Aún más lamentable es la ceguera espiritual de los padres que no logran ver que sus hijos están espiritualmente ciegos. Es el caso de ciegos guiando a ciegos. Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros, como padres, por nuestros hijos? Debemos enseñarles el camino que deben seguir. ¿Qué es exactamente lo que debemos enseñarles?

En primer lugar, los padres deben enseñar a sus hijos los valores correctos.

Necesitamos reflexionar sobre lo que demostramos a nuestros hijos respecto al verdadero valor en nuestra vida familiar cotidiana. ¿Es la fe? ¿Perciben nuestros hijos el valor inestimable y la verdadera importancia de la fe en la vida de creencia de nuestra familia? ¿O estamos demasiado ocupados viviendo según los valores del mundo, valores que Dios detesta (Lucas 16:15)? La Biblia dice: "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mateo 6:21). ¿Cuál es el "tesoro" que atesoramos o valoramos profundamente? Ahí es donde reside nuestro corazón. Por tanto, debemos prestar atención a las palabras de Mateo 6:21.

Moisés fue un hombre que mantuvo los valores correctos. Consideró que el oprobio sufrido por causa de Cristo era una riqueza mayor que todos los tesoros de Egipto (Hebreos 11:26). ¿Quién disfruta realmente del sufrimiento?

¿Acaso no es nuestro instinto natural preferir los tesoros terrenales? Sin embargo, como Moisés aguardaba la recompensa con ojos de fe, consideró que el "tesoro" hallado en el sufrimiento por Cristo era mucho mayor que los tesoros del mundo. La Biblia nos enseña que debemos inculcar tales valores correctos en nuestros hijos. En segundo lugar, nosotros, como padres, debemos enseñar a nuestros hijos a tener un sentido claro de propósito.

Demasiados de nuestros hijos están desperdiciando sus vidas, yendo a la deriva sin un propósito claro. Vagan sin saber cómo vivir, dejando pasar cada día sin sentido. Llevan vidas

vanas porque tienen un sentido de propósito equivocado. El Catecismo Menor de Westminster pregunta: "¿Cuál es el fin principal del hombre?". La respuesta es: "El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre". Sin embargo, ¿cuántos de nosotros, los padres —mientras oramos y afirmamos esforzarnos por la gloria de Dios—, vemos realmente a Dios como una carga en lugar de como alguien de quien disfrutar? ¿Acaso no consideramos incluso el servicio a la iglesia del Señor —su cuerpo— como una carga?

Debemos aprender del claro sentido de propósito de Daniel y demostrarlo a nuestros hijos. Él decidió no contaminarse, rechazando la comida y el vino exquisitos del rey (Daniel 1:8). Aunque el mundo habría considerado esto como una oportunidad de oro, él la rechazó porque poseía un propósito claro: la búsqueda de la santidad de Dios. Daniel se guiaba por una determinación clara e inquebrantable de no contaminarse. ¡Cuánto se complacería Dios si nuestros hijos vivieran de esa manera!

Por último, el tercer punto es que nosotros, como padres, debemos enseñar a nuestros hijos a tener una perspectiva eterna de la vida.

Demasiados de nuestros hijos se quitan la vida, sin valorar la existencia que Dios les ha dado. ¡Qué tragedia tan desgarradora! ¿Por qué las personas se quitan tan fácilmente sus preciosas vidas? Porque carecen de una perspectiva eterna de la vida. Han perdido la voluntad de vivir. La razón es que no tienen esperanza en el reino eterno de los cielos. Este mundo no puede ofrecernos esperanza; ni siquiera puede brindar la esperanza necesaria para vivir un solo día. En cambio, este mundo vano y pasajero no ofrece más que desesperación. Sin embargo, quienes creemos en Jesús vivimos con esperanza, incluso en este mundo vacío que, de otro modo, engendra desesperación. Vivimos aferrados a la esperanza eterna que se nos ha concedido en Jesucristo. El consuelo eterno que recibimos reside en el hecho mismo de que existe la vida eterna. ¿Qué es nuestra vida? Es una neblina que aparece por un breve tiempo y luego se desvanece (Santiago 4:14). Es una vida breve

que se esfuma rápidamente; ¿por qué, entonces, vivimos como si fuéramos a permanecer en esta tierra para siempre? Porque carecemos de una profunda reflexión y oración sobre la muerte. Porque carecemos de una perspectiva eterna de la vida. Solo aquellos que contemplan el umbral de la muerte miran hacia la puerta del reino eterno. Con la mirada puesta en ese reino eterno, Pablo dedicó toda su vida a proclamar el evangelio de Jesucristo a las muchas almas que encontró en la tierra. Se refirió al fruto del evangelio que Dios produjo a través de él como «mis amados y anhelados hermanos, mi gozo y mi corona» (Filipenses 4:1).

¿Quiénes son, en realidad, nuestro gozo y nuestra corona? A los ojos de Dios, una persona verdaderamente hermosa es aquella que posee muchos de estos «gozos y coronas» al final del camino. Esa persona hermosa adopta una perspectiva eterna y dedica toda su vida a lo eterno. Debemos mostrar este estilo de vida a nuestros hijos. Además, debemos enseñarles una perspectiva hermosa de la vida. Así como un poeta se lamentó una vez diciendo: «¿Qué... qué debo hacer ahora?» mientras contemplaba a los niños de la escuela primaria de Ryongchon que se enfrentaban a la ceguera debido a lesiones oculares, debemos reflexionar profundamente sobre qué debemos hacer al mirar a nuestros propios hijos, cuyos ojos espirituales se han quedado ciegos. Debemos orar. Al hacerlo, debemos buscar la respuesta en la Palabra de Dios. Debemos enseñar a nuestros hijos el camino que deben seguir. Debemos inculcarles valores correctos, un sentido claro de propósito y una perspectiva eterna de la vida. ¿Qué hará usted, entonces?

Día 34: “Los jóvenes del Señor son como el rocío de la mañana”

[Meditación sobre el Salmo 110]

El domingo pasado participé en el estudio bíblico del Distrito 4 y estudié la Lección 6 de “Guerra Espiritual”, titulada “La guerra pertenece al Señor”. Durante el estudio, en la sección “Abriendo el corazón”, compartimos dónde se encuentra el mayor campo de batalla que cada uno de nosotros enfrenta. Compartimos que este gran campo de batalla es nuestro hogar, nuestro lugar de trabajo, nuestras relaciones con los demás y nuestro propio interior. Al hacerlo, nos planteamos la pregunta: “¿Estamos realmente bien equipados para esta guerra espiritual?”. La razón es que, si no estamos debidamente equipados, no podremos ganar esta gran batalla. ¿Estamos tú y yo realmente revestidos de toda la armadura de Dios? ¿Estamos verdaderamente equipados con el cinturón de la verdad, el escudo de la fe, la coraza de justicia, el yelmo de la salvación, el calzado del evangelio de la paz y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios? ¿Estamos tú y yo luchando bien en la guerra espiritual que libramos actualmente, usando la Palabra de Dios y la fe? ¿Estamos luchando verdaderamente con la seguridad de la salvación? ¿Estás aprovechando esto como una oportunidad para experimentar y compartir el evangelio de la paz? Personalmente, tras asistir al estudio bíblico en grupos pequeños el domingo pasado, perdí la batalla contra mi propio interior —mi mayor campo de batalla— al día siguiente, el lunes. Sentado en el sofá de la sala a altas horas de la noche del lunes, sin poder dormir y reflexionando sobre mí mismo, recordé los mensajes que había predicado. Al reflexionar sobre los mensajes proclamados la semana pasada —“Corazones endurecidos” (Marcos 6:52), de los cultos de madrugada del viernes y sábado y del culto en inglés, y “Por amor a la salvación” (Hechos

27:27–44), del culto en coreano—, me di cuenta de que había fallado en proteger mi paz interior; en cambio, había endurecido mi corazón y desobedecido la Palabra de Dios. Sentí una gran pesadumbre y decepción conmigo mismo al ver cómo había desafiado intencionalmente esos mismos mensajes durante todo el día, dejándome llevar por pensamientos pecaminosos y viviendo según mi propia voluntad. Al enfrentarme a mi propia debilidad, insuficiencia, indignidad y naturaleza pecaminosa —y ante la realidad de haber perdido la batalla interior contra mi "viejo yo"— busqué la misericordia y la compasión de Dios. Confesé y reconocí mis pecados ante Dios y pedí perdón. Más tarde, durante la reunión de oración de la madrugada del martes, tras compartir sobre la batalla espiritual que había librado conmigo mismo el día anterior, recordé mientras oraba el pasaje de Filipenses 4:6-7, el cual había sido parte del sermón del culto dominical en coreano. Entonces presenté mis peticiones a Dios con acción de gracias y decidí ser agradecido. En medio de esto, Dios me concedió paz mental y me permitió experimentar el gozo de la victoria.

Para triunfar en esta guerra espiritual que pertenece a Dios, debemos levantarnos como "jóvenes como el rocío de la mañana". Observemos el Salmo 110:3: "Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder; en el esplendor de la santidad, desde el seno de la aurora, tienes el rocío de tu juventud". Escuché por primera vez la frase "jóvenes como el rocío de la mañana" en la iglesia Seohyun, en Seogyo-dong, Corea. Cuando servía en dicha iglesia, el pastor a cargo del ministerio de jóvenes adultos describía al grupo como "los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana". Fue la primera vez que escuché esa expresión. En aquel entonces me pareció maravillosa, aunque no comprendía del todo su significado. Más tarde, al meditar en el Salmo 110, volví a encontrarme con esa misma frase y reflexioné sobre lo que realmente significa ser "jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana". Mi oración es que todos seamos establecidos como tales jóvenes del Señor — como el rocío de la mañana— y salgamos victoriosos en nuestras batallas espirituales.

En primer lugar, los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— son aquellos que se consagran voluntariamente al Señor. Aquí, la frase «los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana» se refiere a aquellos que, en el día del poder del Señor —es decir, el día de su batalla—, se consagran gozosa y voluntariamente al Señor Jesús, su Comandante. Estos jóvenes, que se entregan con alegría a Jesucristo —Aquel que resucitó de la tumba, ascendió al cielo y reina como Rey a la diestra de Dios (v. 1)—, son innumerables, tal como sugiere la expresión «rocío de la mañana». En otras palabras, esta multitud de jóvenes que se consagran con gozo a Cristo y a su iglesia constituye el ejército espiritual del Señor (Park Yun-sun). Este ejército espiritual —estos jóvenes semejantes al rocío de la mañana— son los «buenos soldados» de Cristo Jesús (2 Timoteo 2:3-4). Son aquellos que participan en el sufrimiento del Señor y que, negándose a enredarse en los asuntos de la vida civil, buscan más bien agradar a Aquel que los reclutó como soldados. El Señor nos ha reclutado a ti y a mí para su ejército. Somos los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— que nos hemos consagrado gozosamente al Señor, nuestro Comandante. Como soldados espirituales alistados en el ejército del Señor, debemos esforzarnos por ser buenos soldados suyos. Para ello, debemos considerar el sufrimiento junto al Señor como un privilegio (Filipenses 1:29) y participar fervientemente en sus padecimientos (3:10). Además, no debemos dejarnos enredar por los asuntos de nuestra propia vida, sino esforzarnos por agradar al Señor que nos reclutó. Para agradar a Jesús, nuestro Comandante, como buenos soldados, debemos permanecerle fieles y obedecer sus mandatos. Debemos consagrarnos a Jesús, nuestro Comandante, y comprometernos a obedecer su Palabra.

En segundo lugar, los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— son aquellos que poseen un carácter santo.

El rocío matutino es la viva imagen de la frescura, libre de polvo. Por tanto, la expresión «los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana» se refiere a quienes poseen una pureza semejante a la claridad del rocío resplandeciente bajo la luz del sol matutino. Estos jóvenes santos del Señor están ataviados con vestiduras santas (Salmo 110:3). En otras palabras,

son los santos soldados espirituales del Señor, listos para el día de Su batalla. ¿Cuál es, entonces, la naturaleza de la guerra en la que participan estos soldados espirituales, confiando en Jesús, su Comandante? Es una guerra espiritual santa. Al participar nosotros —tú y yo— en esta guerra espiritual santa, debemos resplandecer como el rocío en nuestra calidad de santos soldados del Señor. Es decir, mientras luchamos contra este mundo tenebroso, debemos irradiar la luz santa del Señor. Para ello, debemos exponer y reprender las obras de las tinieblas (Efesios 5:11, 13). Como santos soldados del Señor, jamás debemos participar en las obras de las tinieblas (versículo 11). Así, al triunfar en esta guerra espiritual santa, debemos dar gloria al Señor santo.

Finalmente, el tercer punto es que los jóvenes del Señor —como el rocío de la mañana— cobran nuevas fuerzas y vencen al mundo.

Como santos soldados del Señor inmersos en una guerra espiritual santa, estos jóvenes —comparados con el rocío de la mañana— triunfan al recibir una provisión renovada de fortaleza de parte de Jesucristo, quien está sentado a la diestra de Dios. Al librar esta guerra espiritual santa, comprenden que la batalla no es contra carne y sangre. Tienen presente que el conflicto espiritual es contra principados, potestades, los gobernadores de las tinieblas de este mundo y las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efesios 6:12). Por tanto, los jóvenes del Señor, como el rocío de la mañana... Los soldados espirituales deben revestirse de toda la armadura de Dios. Especialmente en la batalla contra los espíritus malignos, deben afilar su única arma: la espada del Espíritu. Debemos librar la batalla espiritual agudizando nuestra mente y nuestro corazón con la Palabra de Dios, y manteniéndonos vigilantes y en oración. Jamás debemos permitir que las tentaciones del mundo, la búsqueda de riquezas o la codicia obstaculicen la Palabra e impidan que dé fruto. No es posible alcanzar la victoria si se libra la batalla espiritual con el espíritu embotado. Con la certeza de la victoria y la fe en Jesús —nuestro Comandante—, debemos luchar contra nosotros mismos, contra el pecado, contra el mundo y contra

Satanás. Esta es la clase de vida que debemos llevar; una vida de lucha, confiados en nuestra victoria final.

¿Qué necesitamos, entonces, para librar esta guerra espiritual como jóvenes del Señor, frescos como el rocío de la mañana? Necesitamos las nuevas fuerzas que el Señor nos brinda a diario; es más, en cada instante. Debemos recibir estas nuevas fuerzas del Señor —quien venció a la muerte, resucitó, ascendió a los cielos y ahora está sentado a la diestra de Dios— de manera continua a lo largo del día. Solo así podremos obtener la fortaleza necesaria para triunfar en esta santa guerra espiritual. Para recibir las nuevas fuerzas que el Señor provee, debemos escuchar la voz apacible y suave de Dios en la quietud de nuestro corazón. Así como el rocío cae silenciosamente durante la noche, debemos renovar nuestras fuerzas escuchando la voz suave de Dios en el sosiego de nuestra alma. Nunca debemos permitirnos debilitar si queremos luchar y ganar esta guerra espiritual. Por el contrario, para triunfar sobre las fuerzas de la iniquidad y el pecado, debemos recibir cada día la fortaleza que el Señor nos da. Necesitamos el poder de la Palabra de Dios: la espada del Espíritu. Necesitamos el poder del Evangelio. Además, para alcanzar la victoria en la batalla espiritual, necesitamos el poder de la oración. Éxodo 17:15 dice: «Jehová-Nisi» (El Señor es nuestro... Aquí aparece la palabra «estandarte» o «bandera». Cuando Israel luchó contra Amalec en Refidim, Moisés alzó las manos en oración e Israel salió victorioso (versículo 11). Debido a que Moisés mantuvo las manos en alto hasta la puesta del sol, Israel ganó la batalla; entonces edificaron un altar y lo llamaron «Jehová-Nisi» (versículo 15). El poder que aseguró esta victoria fue el poder de Dios, quien respondió a la oración de Moisés. Hoy debemos prestar atención a este mensaje y orar. Para triunfar en las batallas espirituales que enfrentamos —los grandes campos de batalla donde tú y yo estamos luchando actualmente—, no debemos dejar que nuestras manos de oración caigan. Como jóvenes del Señor —frescos como el rocío de la mañana—, debemos consagrarnos voluntariamente a Él. Además, como buenos soldados del Señor, debemos irradiar la luz de la santidad de Dios. Somos los santos soldados espirituales del Señor; debemos luchar contra este mundo tenebroso y revelar la santidad del Señor. Debemos recibir fuerzas

renovadas del Señor —día a día y momento a momento— para alcanzar la victoria en las batallas espirituales que nos han sido asignadas. Por tanto, oro para que tú y yo podamos abrazar verdaderamente a «Jehová-Nisi» —«El Señor es mi Estandarte»— y plantar la bandera de la victoria en nuestros propios campos de batalla.

Día 35: Una persona mayor hermosa

[Meditación sobre el Salmo 71:9]

«No me deseches en el tiempo de la vejez; no me desampares cuando mis fuerzas fallen»
(Salmo 71:9).

Personalmente, no me gusta referirme a las personas mayores simplemente como *noin-ne* (un término informal y, a veces, despectivo para referirse a un «anciano» o «viejo»). Sin embargo, al meditar en el pasaje de hoy y titular esta reflexión «Una persona mayor hermosa», dudé —dadas las matices del idioma coreano— si es realmente apropiado usar la palabra *neulgeuni* (anciano/viejo) para describir a los abuelos y abuelas. Mi intención es simplemente reflexionar sobre las Escrituras utilizando la frase «tiempo de la vejez» que aparece en la Biblia. Solo espero que el término *neulgeuni* no hiera el corazón de las personas mayores. Mi deseo es explorar —centrándome en el pasaje de hoy— tres aspectos de lo que constituye la belleza de la persona mayor y quién es, a los ojos de Dios, una persona mayor verdaderamente hermosa. Al hacerlo, aspiro también a convertirme yo mismo en una persona mayor así de hermosa.

En primer lugar, una persona mayor hermosa confía en el Señor, quien es su esperanza.

Observemos el Salmo 71:5: «Porque tú eres mi esperanza, oh Señor Dios; en ti he confiado desde mi juventud». El salmista creció recibiendo instrucción del Señor (versículo 17). En consecuencia, pudo confiar en el Señor desde su juventud. Con el paso de los años, confió

en el Señor aún más profundamente. Para él, el Señor era un refugio fuerte (versículo 7). Cuando sus enemigos —aquellos que acechaban el alma del salmista— conspiraron juntos (v. 10), diciendo: «Dios lo ha desamparado; persígalo y atrápenlo, pues no hay nadie que lo rescate» (v. 11), el salmista clamó a Dios: «¡Oh Dios, no te alejes de mí; oh Dios mío, apresúrate a ayudarme!» (v. 12). Así, aquellos que confían en el Señor —su fuente de esperanza— elevan sus súplicas a Dios. Qué hermosa imagen presenta el salmista. Debemos imitar la vida del salmista, quien vivió confiando constantemente en el Señor —su esperanza— desde su juventud hasta que envejeció y sus cabellos se tornaron blancos. Al igual que el salmista, cuando enfrentamos grandes y severas aflicciones (v. 20), debemos confiar aún más en Dios, nuestra esperanza. Cuando lo hacemos, Dios nos libra de esas tribulaciones. El Señor nos vivificará y nos hará subir de nuevo desde las profundidades de la tierra (v. 20). Una persona mayor que envejece confiando en el Señor a medida que pasan los años es hermosa a los ojos de Dios.

En segundo lugar, una persona mayor hermosa proclama las obras del Señor a las generaciones futuras.

Observemos el Salmo 71:18: «Oh Dios, no me desampares aun cuando sea viejo y canoso, hasta que proclame tu fortaleza a la siguiente generación, tu poder a todos los que han de venir». El salmista deseaba proclamar la fortaleza y el poder del Señor a las generaciones futuras y a todas las personas. Quería relatar las obras poderosas del Señor Dios y declarar su justicia (v. 16). Su lengua hablaba de la justicia del Señor durante todo el día (v. 24). La razón era la inmensa justicia y salvación que el Señor le había otorgado mientras vivía confiando en Él —su esperanza— desde su juventud hasta su vejez (v. 15). El salmista no podía soportar la idea de dejar de proclamar la inmensa gracia salvadora del Señor a las generaciones futuras. Por ello, rogó a Dios que no lo desamparara en su vejez hasta haber cumplido esta misión.

Es hermosa la persona mayor que transmite un legado de fe a sus hijos y descendientes. Sabia es la persona mayor que relata y comparte con sus hijos y descendientes la gracia de Dios recibida al confiar en el Señor —su esperanza— desde la juventud hasta la vejez. Más que hablar de sus propios logros a lo largo de la vida, la persona mayor que da testimonio de las grandes obras que Dios ha realizado en su vida es digna de confesar: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15:10).

En tercer lugar, una persona mayor hermosa alaba al Señor. Observemos el Salmo 71:14: «Mas yo siempre esperaré, y te alabaré más y más». Con el paso de los años, el salmista, que confiaba en el Señor, no solo proclamaba las obras maravillosas y poderosas que Dios había realizado en su vida, sino que también alababa al Señor. Alababa al Señor cada vez más a medida que transcurría el tiempo (v. 14) y lo hacía continuamente (v. 6). La alabanza y la honra al Señor llenaban la boca del salmista durante todo el día (v. 8). Alababa al Señor y su fidelidad con el arpa (v. 22). Alababa al Santo de Israel con la lira (v. 22). Mientras alababa al Señor, sus labios clamaban de júbilo y su alma —redimida por el Señor— se regocijaba (v. 23).

Nosotros también debemos alabar siempre al Señor con esperanza en nuestros corazones: «¡Oh, la amorosa gracia del Señor Jesús, que soportó la terrible agonía de la cruz y murió en mi lugar; cómo no hemos de alabarle, habiendo sido redimidos de la muerte eterna por su preciosa sangre?» (Himno 403, estrofa 1). Nuestras almas también deben alabar la majestad y la grandeza del Señor. Ruego que todos nos acerquemos cada vez más al Señor, alabándole continuamente hasta nuestro último aliento.

Día 36: Enséñanos a contar nuestros días

[Meditación sobre el Salmo 90]

Existe una actriz llamada Ingrid Bergman. Se hizo famosa gracias a películas como **Por quién doblan las campanas**, **El octavo evangelio** y **Luz de gas**; las cintas que protagonizó siempre recibieron los mayores elogios por su actuación. Originaria de Suecia, triunfó en Europa antes de dirigirse a Hollywood con la gran ambición de alcanzar una fama aún mayor. Allí apareció en diversas películas y ganó dos premios de la Academia. Quizás haya pocos actores tan grandes como ella. Sin embargo, en la cima de su éxito, aquella gran actriz exclamó: «¡Oh, Hollywood! ¡Oh, pantalla de plata... Qué desolación, qué futilidad...!». Abandonó a su esposo y a su hija para casarse con un famoso director de cine, solo para enfrentarse poco después al divorcio. Posteriormente, contrajo matrimonio con otros hombres. Luego, un día, ocurrió un incidente terrible: su hija mató a su padrastro. Ella tenía una meta. Y alcanzó esa meta. Sin embargo, carecía de un propósito. Al final, tuvo un desenlace desdichado a causa del cáncer. Es una vida vivida con metas, pero sin propósito. Muchas personas tienen metas, pero carecen de propósito. Mientras que las metas hablan de dirección, el propósito cuestiona el sentido. La pregunta «¿Por qué vivimos?» apunta al propósito, mientras que la pregunta «¿Adónde debemos ir?» se refiere a las metas. Hay muchos casos en los que las personas confunden metas y propósitos, y vagan creyendo que son lo mismo, solo para arruinar sus vidas —únicas y preciosas— (Hong Jeong-gil).

Al igual que la actriz Ingrid Bergman, quien alcanzó sus metas pero experimentó un vacío, ¿cuántas personas sienten hoy ese mismo vacío? Un ejemplo bíblico destacado de esto es el rey Salomón, el sabio autor del libro de Eclesiastés. Él experimentó personalmente la

absoluta futilidad de la vida. Podemos verlo claramente en Eclesiastés 1:2: «¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!». En resumen, el libro nos enseña cuán vacía resulta una vida vivida sin Dios. Demuestra que todos los esfuerzos humanos realizados al margen de Dios son en vano, y que el verdadero valor y sentido eterno solo pueden hallarse mediante la restauración de la relación entre Dios y la humanidad. Sin Dios, la sabiduría es vana (1:12–6:9), el placer y las posesiones materiales carecen de sentido (2:1–11), la búsqueda de riquezas es inútil (2:12–23), la opresión es vacía (4:1–3), todo trabajo es vano (4:4–12) e incluso la política carece de sentido (4:13–16). El rey Salomón no expresó estas ideas basándose meramente en pensamientos o teorías abstractas; más bien, las compartió como lecciones extraídas de sus propias vivencias. En última instancia, el gozo eterno y genuino no se encuentra en este mundo; la verdadera satisfacción en la vida se halla únicamente en una relación con Dios, o en Dios mismo.

¿Cómo debemos vivir, entonces, en este mundo que carece tanto de sentido? Para hallar la respuesta, debemos elevar a Dios la misma oración que el salmista presentó en el pasaje de hoy, el Salmo 90:12: «Enséñanos a contar nuestros días». Podemos considerar esta petición desde una o dos perspectivas; en otras palabras, la oración «Enséñanos a contar nuestros días» abarca dos peticiones distintas. La primera es: «Enséñame sobre la vanidad de la vida».

El pasaje de hoy, Salmo 90:3–10, revela tres razones por las que la vida es vana: (1) En primer lugar, la vida es vana porque hemos de volver al polvo. Observemos el versículo 3: «Vuelves al hombre al polvo y dices: "¡Volved, hijos de los hombres!"». Dios le dijo a Adán: «Pues polvo eres y al polvo volverás» (Génesis 3:19). Tras haber creado a Adán del polvo, Dios declaró que él volvería a él. Ciertamente, nuestras vidas están destinadas a regresar al polvo; por eso la vida es vana. El sabio rey Salomón también habló de esto en Eclesiastés 3:19–21: «Porque el destino de los hijos de los hombres y el destino de las bestias es el mismo. Como muere el uno, así muere el otro; ciertamente, todos tienen el mismo aliento y el hombre no tiene ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar; todos vinieron

del polvo y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el espíritu del hombre asciende y el espíritu de la bestia desciende a la tierra?». Como dijo el sabio, dado que todos nos originamos del polvo y volvemos al polvo, la vida es vana. (2) En segundo lugar, la vida es vana porque es efímera. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 90:4–6: «Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer, que ya pasó, o como una vigilia de la noche. Los arrebatas como una inundación; son como un sueño, como la hierba que brota por la mañana: por la mañana florece y crece, pero al atardecer es cortada y se marchita». La vida humana es como un sueño breve o como la hierba que brota por la mañana. Es una vida que llega rápidamente y se marcha rápidamente; una vida inevitablemente efímera y vana. Así como una inundación arrastra a las personas, causando una destrucción repentina, las vidas humanas llegan a un final abrupto. La vida es como despertar tras un breve sueño. Como dice el salmista, la vida es como la hierba que brota por la mañana; florece y crece temprano en el día, solo para ser cortada y marchitarse al atardecer: un ciclo que hace que la existencia humana sea efímera. Por eso el apóstol Santiago escribió en Santiago 4:14: «No saben qué sucederá mañana. ¿Qué es su vida? Es como un vapor que aparece por poco tiempo y luego se desvanece». Especialmente cuando se contempla a la luz de la declaración de que «desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (Salmo 90:2), la brevedad de nuestras vidas palidece en comparación con la eternidad de Dios. En verdad, la vida humana es sumamente breve. No es más que un instante fugaz: una vida inevitablemente transitoria y vana. (3) Por último, el tercer punto es que la vida es vana porque consiste únicamente en fatiga y pesar. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 90:10: «Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y si tenemos mucha fortaleza, a ochenta; pero aun así, su orgullo es solo fatiga y pesar, pues pronto se terminan y volamos». La vida es efímera y fútil, ya que nuestros años suman setenta —u ochenta, si somos fuertes— y una existencia que pasa velozmente está llena solo de fatiga y pesar. Por eso el sabio rey Salomón habló así en Eclesiastés 2:22-23: «¿Qué obtiene el ser humano de todo el esfuerzo y el afán con que trabaja bajo el sol? Todos sus días su labor es dolor y sufrimiento; ni siquiera de noche descansa su mente. Esto también carece de sentido». Una vida transcurrida en constante

preocupación y fatiga que solo produce pesar —una vida llena de dolor y sufrimiento, donde se trabaja sin descanso ni siquiera de noche— carece de sentido.

Al igual que el salmista en el pasaje de hoy, nosotros también debemos orar a Dios pidiéndole que nos «enseñe sobre la fugacidad de la vida». En particular, debemos aprender *por qué* la vida es fugaz; necesitamos comprender profundamente esta verdad. Debemos ser plenamente conscientes de que la vida es pasajera porque volvemos al polvo, porque transcurre con gran rapidez y porque, a menudo, una vida entera no es más que afán y pesar.

El segundo punto de la oración es este: «Enseñanos a vivir una vida valiosa».

Si reconocemos la fugacidad de la vida, ciertamente no debemos desperdiciarla. En otras palabras, debemos considerar cómo vivir esta vida breve con sentido. Podemos extraer tres lecciones del pasaje de hoy: (1) Primero, para vivir una vida valiosa, debemos temer a Dios. Observemos el Salmo 90:11: «¿Quién conoce el poder de tu ira? ¿Quién conoce tu furor conforme al temor que se te debe?». Para temer a Dios, debemos buscar un corazón sabio, tal como lo hizo el salmista (versículo 12). ¿Por qué? Porque el temor del Señor es el principio de la sabiduría (Proverbios 1:7). Así, el rey Salomón —el sabio que declaró «Vanidad de vanidades»— concluyó en Eclesiastés 12:13: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre». Salomón afirma que el deber del hombre es temer a Dios y obedecer sus mandamientos. Por tanto, para vivir una vida valiosa, debemos —al igual que el salmista— pedir a Dios un corazón sabio y vivir una vida que le tema. (2) En segundo lugar, para vivir una vida con sentido, debemos hallar satisfacción en el amor inagotable del Señor. Miremos el texto de hoy, el Salmo 90:14: «Sáclanos por la mañana con tu amor inagotable, para que cantemos de alegría y nos regocijemos todos nuestros días». Para todos nosotros —que de otro modo podríamos pasar la vida afanándonos entre pesares y vanidad—, Dios ha dado, y sigue dando, verdadera alegría a través de Jesucristo. Esa alegría y ese gozo provienen directamente del amor inagotable del Señor. En otras palabras, podemos disfrutar de una

alegría verdadera y vivir plenamente cuando nos sentimos satisfechos por el amor del Señor. Además, vivimos una vida de verdadero valor cuando, fortalecidos por ese amor, obedecemos los mandamientos de Jesús de amar a Dios y a nuestro prójimo. (3) En tercer lugar, para vivir una vida con propósito, debemos vivir para la gloria del Señor. Observemos el texto de hoy, el Salmo 90:16: «Que tus obras se manifiesten a tus siervos, y tu esplendor a sus hijos». El salmista suplicaba a Dios que concediera alegría en proporción a los días en que había afligido al pueblo de Israel, equiparándola a los años en que habían sufrido adversidad (versículo 15). Así, oraba para que las obras y la gloria del Señor fueran reveladas al pueblo. En una vida a menudo llena de fatiga y pesar, experimentar las obras que Dios realiza en nosotros es esencial para disfrutar del gozo que Él nos da. Ciertamente, cuando la gloria de Dios se revela en nuestras vidas, no podemos evitar regocijarnos. La razón por la que la vida a menudo se convierte en una lucha de fatiga y pesar es que vivimos para nuestra propia gloria en lugar de para la de Dios, buscando únicamente exhibir nuestro propio renombre. Para vivir una vida verdaderamente significativa, debemos vivir para la gloria de Dios. Cuando la obra de Dios se manifiesta así en nuestras vidas, estas se vuelven verdaderamente gratificantes y llenas de sentido. (4) Por último, el cuarto punto es que, para vivir una vida con propósito, debemos buscar fervientemente la gracia de Dios. Observemos el texto de hoy, el Salmo 90:17: «Que el favor del Señor nuestro Dios repose sobre nosotros; afirma la obra de nuestras manos, sí, afirma la obra de nuestras manos». En una ocasión reflexioné sobre la gracia que David mostró a Mefiboset —hijo de Jonatán, quien era lisiado de ambos pies— basándome en 2 Samuel 9:1. David, fiel al pacto que había hecho con Jonatán, le dijo a Mefiboset: «Sin duda te mostraré bondad por amor a tu padre Jonatán» (v. 7). Le restituyó a Mefiboset todas las tierras que habían pertenecido a su abuelo Saúl (v. 7) y dispuso que comiera regularmente a la mesa del rey, tal como uno de los propios hijos del rey (vv. 7, 10, 11, 13). Además, asignó a Siba —siervo de Saúl—, junto con los quince hijos y los veinte siervos de este, para que sirvieran a Mefiboset (v. 10). ¿Cómo respondió Mefiboset? Observemos el versículo 8: «Él se inclinó y dijo: "¿Qué es tu siervo, para que te fijas en un perro muerto como yo?". Al meditar en este pasaje, llegué a la conclusión de que no podía hacer otra cosa que dar gracias —infinitas gracias— por el hecho de que Dios me otorgó la

gracia de la salvación y toda bendición espiritual que se encuentra en Jesucristo, aun cuando yo era totalmente indigno de tal gracia. Por eso canto el himno 495, «Mi alma ha hallado un lugar de descanso» (título en coreano: «Mi alma ha recibido gracia»): (Estrofa 1) «Mi alma ha recibido gracia, despojándose de la pesada carga del pecado; y ahora, este mundo lleno de dolor se transforma en el cielo». (Coro) «¡Aleluya, alabemos! Todos mis pecados han sido perdonados y camino con el Señor Jesús; cualquier lugar al que voy se convierte en el cielo». Mientras preparaba el mensaje de hoy, encontré en internet un poema que quisiera compartir con ustedes: «¿Hacia dónde fluye el arroyo en su curso errante? Antes de caer, las hojas hacen gala de su belleza; sin embargo, al descender silenciosamente —hoja tras hoja—, solo queda una sensación de vacío. Incluso el tiempo dedicado a presumir de una belleza deslumbrante no es más que un instante fugaz; del mismo modo, nuestras vidas —y el tiempo que pasamos exhibiendo nuestra juventud— pasan en un abrir y cerrar de ojos. Con el tiempo, nos volvemos como hojas solitarias y marchitas que enfrentan el final del otoño al ponerse el sol, dejando tras de sí solo una sensación de futilidad. Aquellos tiempos en que clamábamos ante las adversidades de la vida han quedado atrás; al contemplar la caída de las hojas mientras aguardo los momentos finales de la existencia, reflexiono sobre el verdadero sentido de la vida en medio de una escena tan conmovedora. Al igual que los colores del hermoso follaje otoñal, los ecos persistentes de la vida se desvanecen en silencio, sin dejar rastro. ¡Ah! ¿Cuál fue el sentido de la vida en esta tierra? Nuestras vidas, habiendo adquirido los matices de las hermosas hojas de otoño, se tiñen de recuerdos que despiertan un dolor agridulce en nuestros corazones». Debemos comprender profundamente la futilidad de la vida en este mundo, que tan a menudo resulta ser vanidad de vanidades. Por ello, debemos aprender de las Escrituras —y poner en práctica— cómo vivir una vida con propósito durante nuestra única existencia. Vivamos todos en el temor de Dios, hallando satisfacción en la amorosa bondad del Señor. Ruego que todos vivamos para la gloria del Señor, buscando fervientemente su gracia.

Día 37: Una vida vivida como una sombra

[Meditación sobre Eclesiastés 6:7-12]

Ayer, martes, visité el Hospital Hollywood Cha. Fui a ver al diácono Kim Seong-gwan, de nuestra iglesia. Había sido ingresado el viernes pasado, presumiblemente por problemas pulmonares, y parecía que el personal del hospital continuaba realizando pruebas para identificar la causa y administrar el tratamiento adecuado. Cuando pasé a verlo ayer por la mañana, el diácono me dijo que, tras vivir 85 años, había llegado a la conclusión de que todo es falso. Por eso recordé las palabras del rey Salomón en Eclesiastés: «¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!» (1:2). Al escuchar la conclusión a la que había llegado un anciano que había vivido una vida plena, me puse a reflexionar una vez más sobre cómo debemos vivir esta vida: una vida que puede parecer tan carente de sentido.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:12, el sabio rey Salomón habla de una vida vivida «como una sombra». ¿Qué significa, entonces, pasar la vida como una sombra? Los invito a reflexionar sobre esto. ¿Qué les viene a la mente cuando piensan en una «sombra»? Lo primero que se me ocurre es que una sombra no se puede atrapar ni retener. Otra idea es que una sombra aparece pero no permanece; se desvanece en un instante. La descripción que hace el rey Salomón de la vida como una sombra puede interpretarse de un par de maneras. En primer lugar, una vida vivida como una sombra significa una vida que pasa rápidamente. Miren lo que dice Job 14:1-2: «El hombre nacido de mujer tiene una vida breve y llena de problemas. Brota como una flor y se marchita; como una sombra pasajera, no perdura». Como dice Job, la vida humana en este mundo es corta y está llena de aflicciones; pasa velozmente como una sombra y no perdura. Ya hemos meditado sobre esta verdad en

el Salmo 90:10: «Los días de nuestra vida llegan a setenta años, o a ochenta si tenemos fuerzas; pero lo mejor de ellos es solo aflicción y dolor, pues pasan rápidamente y volamos». Una vida de setenta u ochenta años —en la que el único motivo de jactancia es el trabajo y el dolor— pasa tan rápidamente... El salmista Moisés habla de ella como algo que se desvanece volando. En segundo lugar, una vida que transcurre como una sombra se refiere a «todos los días de una vida vana». En otras palabras, una vida que pasa como una sombra alude a los días breves y vanos —o carentes de sentido— de este mundo. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:12: «...una vida que transcurre como una sombra, a lo largo de todos los días de una vida vana...». Si repasamos los pasajes de Eclesiastés sobre los que ya hemos meditado, vemos que el sabio rey Salomón habla repetidamente de cosas que son «vanidad» (1:2; 2:15, 19, 21, 23; 3:19; 4:7, 8; 5:10) o «correr tras el viento» (1:14, 17; 2:11, 17, 26; 4:4, 16), y pregunta «¿qué provecho hay?» o declara que las cosas son «inútiles» (1:3; 2:11; 4:8; 5:11, 16). Pasar una vida —que transcurre tan velozmente como una sombra— ocupado en actividades inútiles que no reportan ningún beneficio equivale a vivir una vida vana. Por supuesto, esta descripción no se aplica a aquellos en quienes Dios se deleita. La razón es que quienes agradan a Dios viven vidas provechosas y significativas a sus ojos, por muy breve y fugaz que sea su tiempo en la tierra. Más bien, este pasaje se refiere al pecador descrito en Eclesiastés 6:1-6, texto sobre el cual meditamos durante la reunión de oración del miércoles de la semana pasada. Este pecador es alguien cuya suerte es peor que la de un niño nacido muerto. ¿Quién es esta persona que está en peor situación que un niño nacido muerto? Es alguien que, a pesar de recibir bendiciones de Dios —tales como riqueza, bienes, honor, hijos y longevidad—, nunca llega a disfrutar de ellas y, al final, ni siquiera recibe una sepultura digna. El rey Salomón declara que la vida de tal pecador es como una sombra; Pasan sus días en la tierra en un estado de futilidad: una vida breve, carente de sentido y vana.

¿Por qué, entonces, se considera vana una vida que pasa como una sombra —una vida que vuela tan rápidamente—? ¿Por qué carece de sentido? ¿Cuál es la razón? En primer lugar, una vida como una sombra... Una vida es fútil y carece de sentido porque le falta

satisfacción. El rey Salomón, el sabio, afirma: «Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo. El ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír» (Eclesiastés 1:8). ¿Qué significa esto? Significa que los ojos y los oídos nunca quedan satisfechos, sin importar lo que vean o escuchen. En otras palabras, la codicia humana no conoce límites. Así, el rey Salomón declara que este mundo es fútil porque la codicia humana nunca puede saciarse. Expresa una idea similar en el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:7: «Todo el trabajo del hombre es para su boca, y sin embargo el apetito no se sacia». El «hombre» al que Salomón se refiere aquí es el individuo específico mencionado en el versículo 3: alguien considerado más desafortunado que un niño nacido muerto, porque no logra hallar satisfacción para su alma (Park Yun-sun). Por mucho que esta persona se esfuerce por su boca, su apetito permanece insatisfecho; Salomón quiere decir que no ha logrado encontrar satisfacción para su alma. ¿Por qué es incapaz de hallar satisfacción para su alma? Porque, si bien nuestras almas solo pueden encontrar verdadera satisfacción en Dios, él se apartó de Dios y buscó, en cambio, satisfacer su apetito físico. Una persona que carece de tal satisfacción en su alma no disfruta de verdadero placer en la vida; simplemente trabaja y, en última instancia, vive y muere una vida fútil y sin sentido. En segundo lugar, una vida —fugaz como una sombra— es fútil y carece de sentido porque no se recorre el camino de la salvación. Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:8: «¿Pues qué ventaja tiene el sabio sobre el necio? ¿Qué gana el pobre al saber cómo conducirse ante los vivos?». Lo que el rey Salomón dice aquí es que, en lo que respecta a los asuntos de este mundo, no hay diferencia entre el sabio y el necio si no han recibido la salvación de sus almas (Park Yun-sun). Por muy sabia y humildemente que una persona gestione los asuntos terrenales, el punto crucial persiste: sin conocer a Dios y sin la salvación del alma, tal vida no tiene un beneficio verdadero. En Eclesiastés 2:12–17, pasaje que ya hemos meditado, Salomón habló sobre el sabio y el necio; la lección fundamental allí era esta: «Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria perpetua; pues en los días venideros todos serán olvidados. ¡Como muere el necio, muere también el sabio! Por tanto, aborrecí la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me resultaba penosa. Todo ello es vanidad y aflicción de espíritu» (versículos 16–17). Tanto el sabio como el necio deben recorrer el camino de la muerte; la cuestión real radica en lo que

sucede *después* de la muerte. Lo que importa es si el alma alcanza la vida eterna o se enfrenta a la destrucción eterna. Aunque uno sea sabio y maneje sus asuntos con humildad y destreza en la tierra, ¿qué será del alma si no ha transitado el camino de la salvación? Una vida que pasa velozmente como una sombra carece de sentido si uno no cree en Jesús ni recorre el camino de la salvación.

Entonces, ¿cómo debemos vivir para que nuestras vidas fugaces, semejantes a una sombra, cobren sentido y sean provechosas ante los ojos de Dios? En otras palabras, ¿qué constituye una vida verdaderamente provechosa y significativa para Dios durante nuestro breve paso por la tierra?

En primer lugar, una vida provechosa y significativa para Dios —a pesar de su naturaleza fugaz— es aquella que halla satisfacción únicamente en el Señor. El verdadero beneficio y sentido de la vida se encuentran solo... Significa recorrer el camino de la salvación mediante la fe en Jesús y vivir una vida satisfecha solo con Él. Debemos desechar la codicia y vivir con contentamiento, hallando plenitud únicamente en Jesús. Mientras transitamos por una vida fugaz —como una sombra pasajera—, Jesús es el único que puede saciar nuestras almas. Solo Él tiene el poder de brindar verdadera plenitud a nuestro espíritu; dado que nuestras almas anhelan la eternidad, solo el eterno Jesús puede satisfacerlas. Al igual que el apóstol Pablo, debemos aprender a estar contentos en toda circunstancia, ya sea en la abundancia o en la escasez (Filipenses 4:11). Por tanto, debemos vivir satisfechos solo con Jesús, obedeciendo Su palabra y buscando las cosas eternas. Esta es la manera de vivir una vida verdaderamente significativa y agradable a Dios a lo largo de nuestra fugaz existencia terrenal.

En segundo lugar, en una vida tan fugaz como una sombra, aquella que resulta beneficiosa y significativa a los ojos de Dios es la que aborda la obra del Señor con humildad y sabiduría. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:8: «¿Qué ventaja tiene el sabio sobre el necio? ¿Qué gana el pobre al saber conducirse ante los vivos?». Para vivir una vida beneficiosa y

significativa para Dios durante nuestra existencia pasajera, debemos llevar a cabo la obra del Señor con humildad y sabiduría. Durante la reunión de oración de la madrugada de ayer, reflexionamos sobre 1 Samuel 15:17, considerando cómo Saúl—quien en un tiempo se veía a sí mismo como alguien insignificante— terminó volviéndose arrogante; erigió un monumento en su propio honor y buscó ser exaltado por los demás, incluso después de haber pecado al desobedecer la palabra de Dios. Al hacerlo, comparé mi «yo» del pasado — que se consideraba pequeño— con mi «yo» actual, que a veces busca la autoexaltación. Mientras lo hacía, el Espíritu Santo me movió a sentir pesar por mi pecado y me condujo a la confesión y al arrepentimiento. Me sentí embargado por la tristeza. El Espíritu Santo me impulsó a depositar mi deseo arrogante de autoexaltación a los pies de la cruz, a soltar aquello que debía dejar ir. ¿Por qué me concedió tal gracia? Porque el Señor desea que sirva a su cuerpo —la iglesia— con humildad. Él quiere que sirva imitando su humildad y confiando en la sabiduría que Él provee, en lugar de apoyarme en mi propio entendimiento. ¿Y tú? Debemos servir al Señor con humildad y con la sabiduría que Él otorga. Una vida de servicio humilde y sabio es una vida verdaderamente beneficiosa y significativa ante los ojos de Dios. En tercer lugar, en una vida que pasa como una sombra, aquella que resulta beneficiosa y significativa a los ojos de Dios es la que disfruta de las cosas buenas del presente. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:9: «Más vale lo que ven los ojos que el vagar del deseo; también esto es vanidad y querer atrapar el viento». Un erudito tradujo este versículo de la siguiente manera: «Es mejor disfrutar de las cosas buenas del presente que pensar en otras cosas buenas». En otras palabras, el rey Salomón nos dice que disfrutemos del presente y demos gracias a Dios (Park Yun-sun). La tragedia que el rey Salomón observó en este mundo es que una persona puede recibir de Dios bendiciones materiales, la bendición de los hijos y la bendición de la longevidad, y sin embargo no llegar a disfrutarlas realmente (Eclesiastés 6:1–6). Tal persona no encuentra verdadera satisfacción ni gozo en su alma. ¿Y tú? ¿Encuentras satisfacción en tu alma al disfrutar de todas las bendiciones espirituales que Dios te ha dado en Jesucristo? Debemos disfrutar, en nuestra vida presente, de las bendiciones que Dios ya nos ha otorgado generosamente a través de Jesucristo. Por ejemplo, al considerar la bendición espiritual de la adopción como hijos de Dios, debemos

vivir experimentando gozo en nuestra alma, disfrutando humilde y sabiamente de esta bendición aquí y ahora. Para ello, debemos buscar a Dios Padre. Debemos orar, invocando a Dios Padre como «Abba, Padre». Al hacerlo, debemos escuchar la voz de Dios Padre y obedecerle. Así, debemos aprender a conocer el corazón de Dios Padre. Cuando lo hacemos, debemos disfrutar del gozo y la alegría que el Señor nos da. Una vida de tal disfrute es lo que resulta beneficioso a los ojos de Dios. En cuarto lugar, respecto a una vida que pasa como una sombra, una vida beneficiosa y significativa ante los ojos de Dios es aquella que se vive en obediencia a la verdad y arraigada en el temor de Dios. Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:10: «Lo que existe ya ha sido nombrado, y lo que el hombre es ya se sabe; nadie puede contender con Aquel que es más fuerte que él». Este versículo implica que, dado que la posición y los límites del hombre ya están establecidos ante Dios, su papel consiste simplemente en temer a Dios y obedecer la verdad en su vida cotidiana, paso a paso (Park Yun-sun). Quienes viven vidas vanas y sin sentido no temen a Dios. En consecuencia, contienden con Dios y actúan más allá de sus límites adecuados. Desprecian al Dios que determinó su existencia y su condición, intentando temerariamente convertirse en lo que ellos desean. El rey Salomón declara que esto es vanidad (v. 11). Además, afirma que, aparte de Dios, una vida que transcurre como una sombra es totalmente vana (v. 12) (Park Yun-sun). Sin embargo, una vida provechosa y significativa a los ojos de Dios es aquella que le teme. Esto se debe a que quienes temen a Dios viven en obediencia a su Palabra. Esta es precisamente la conclusión del libro de Eclesiastés: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (12:13).

Al meditar en el pasaje de hoy —Eclesiastés 6:7-12—, me hice esta pregunta: «¿Cómo debo vivir el resto de mi vida, que pasa como una sombra?». El tiempo vuela velozmente como una sombra; no obstante, debo vivir una vida que sea provechosa y significativa para Dios... Deseo vivir contenta solo con el Señor. También anhelo vivir llevando a cabo, con humildad y sabiduría, la obra que el Señor me ha encomendado. Además, en medio de mis circunstancias actuales, quiero vivir valorando y disfrutando de todas las bendiciones

espirituales que Dios ya me ha otorgado en Jesucristo. Al hacerlo, deseo vivir en obediencia a la Palabra de Dios —temiendo a Dios—, tal como concluyó el rey Salomón en el libro de Eclesiastés.

Día 38: El Dios que nos guía hasta la muerte

[Meditación sobre el Salmo 48]

Al mirar atrás hacia el pasado, ¿cuáles fueron las crisis que experimentó? ¿Recuerda aquellos momentos que aún guarda en lo profundo de su corazón, y cómo experimentó la guía de Dios y la gracia de la salvación incluso en medio de esas crisis? Hoy visité un hogar de ancianos y pasé un tiempo con la abuela Jang Eul-su, de nuestra iglesia. Mientras conversaba con ella, hablé brevemente sobre mi primer hijo, Ju-young, quien ahora duerme en mis brazos. Solo más tarde me di cuenta de que tal vez le causé más sufrimiento durante su enfermedad debido a mi propio egoísmo como padre, al no ver las cosas desde su perspectiva. Al hablar de él con la abuela Jang, comprendí que en la vida, el proceso y, especialmente, el final son más importantes que el comienzo. Cuando recordamos la gracia de Dios en medio de las crisis pasadas, también podemos superar las crisis presentes mediante la gracia que nos da el Señor.

Entre los himnos que cantamos a menudo se encuentra "Señor, que sea tuyo" (Himno 431). La historia detrás de este himno es la siguiente: cuando toda Alemania quedó reducida a ruinas tras treinta años de guerras religiosas, hubo un pastor que oraba entre lágrimas. Él recorría los hogares de los creyentes perseguidos para llevarles mensajes de consuelo. Para empeorar las cosas, la Peste Negra azotó Alemania, cobrándose la vida de más de 10 millones de personas. Se dice que Alemania parecía un "gran cementerio". Un día, cuando este pastor y su esposa regresaban a casa tras visitar a un creyente gravemente enfermo, presenciaron una escena aterradora: la iglesia y su casa habían quedado reducidas a cenizas. Sus dos amados hijos fueron encontrados muertos, abrazados el uno al otro. Se

cuenta que la pareja, mientras lloraba y sostenía los cuerpos de sus hijos, elevó una oración silenciosa: "Señor, que se haga tu voluntad; te entrego todo mi ser, cuerpo y alma; guíame a través de las alegrías y tristezas de este mundo; toma el control de mi vida y que se haga tu voluntad". Este hombre era el pastor Benjamin Schmolck. La oración que él elevó entonces fue posteriormente musicalizada, convirtiéndose en el himno n.º 431: "Señor mío, que se haga tu voluntad". La verdadera fe radica en obedecer a Dios aun en medio del dolor y las pruebas.

Al meditar en el pasaje de hoy, el Salmo 48, me centré particularmente en el versículo 14: "Porque este Dios es nuestro Dios eternamente y para siempre; él nos guiará hasta el fin". Centrándome en este versículo —bajo el título "El Dios que nos guía hasta la muerte"—, deseo reflexionar sobre cuatro aspectos de "este Dios" y extraer cuatro lecciones correspondientes acerca de nuestras propias responsabilidades.

En primer lugar, el Dios que nos guía hasta la muerte es un Dios grande y majestuoso.

Observemos el Salmo 48:1: "Grande es el Señor, y muy digno de alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, su monte santo". El Dios que nos guía hasta la muerte es un Dios poderoso. Él es el "Gran Rey" (versículo 2). Puesto que Él es grande, la manera en que nuestro majestuoso Dios obra nuestra salvación es también magnífica y grandiosa. Sin embargo, tendemos a percibir el gran método de salvación de Dios de una manera muy limitada. En otras palabras, al no ver el panorama completo, nuestros corazones a menudo se llenan de ideas preconcebidas y expectativas sobre cómo debería salvarnos Dios. En consecuencia, cuando Dios no obra la salvación de la forma en que imaginamos o esperamos, a veces nos quejamos o caemos en la desesperación. Eso es precisamente lo que hicieron los israelitas durante el Éxodo: murmuraron contra Dios y contra Moisés. No obstante, no lograron comprender la voluntad del Señor —su método de salvación— respecto a por qué los hizo vagar por el desierto durante cuarenta años. Su propósito era humillarlos y probarlos, para finalmente bendecirlos (Deuteronomio 8:16).

En una ocasión, me maravilló la forma en que Dios obra la salvación mientras meditaba en la historia de José, narrada en el Génesis. Recuerdo haber reflexionado sobre cómo Dios salvó a José: no sacándolo instantáneamente de los problemas, sino llevándolo de una situación difícil a otra, hasta que, tras trece años, finalmente llegó a ser primer ministro de Egipto a la edad de treinta años. Dios lo salvó a Su manera: rescatándolo del borde de la muerte solo para que fuera vendido como esclavo a Potifar en Egipto, y permitiendo luego que fuera encarcelado tras ser tentado por la esposa de Potifar... una trayectoria de liberación que transcurrió entre una adversidad y otra. Sin embargo, al nombrar a José primer ministro de Egipto, Dios salvó finalmente a la nación de Israel. En Su gran plan, Dios no pretendía salvar únicamente a José; más bien, lo guió a través de sucesivas pruebas para lograr la salvación, salvando así, en última instancia, a toda la nación israelita. ¡Qué magnífica es la manera en que Dios obra la salvación!

Tengamos esto presente: nuestro gran Dios es quien nos salva y nos guía conforme a Su poderoso plan de salvación. Ya sea que nos conduzca al desierto o a través del valle de Acor, nunca olvidemos que lo que Él desea darnos, en última instancia, es una bendición.

En segundo lugar, el Dios que nos guía hasta el final de nuestros días es el Dios que nos sirve de refugio. Observemos el pasaje de hoy, el Salmo 48:3: «Dios es conocido en sus ciudadelas como refugio». El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es el Dios que nos sirve de refugio. Así como la ciudad santa de Dios está bellamente situada en un lugar elevado (versículo 2), el Dios que es nuestro refugio actúa como nuestra fortaleza inexpugnable. Además, este Dios —nuestra fortaleza y refugio— nos protege. Por eso David confesó en el Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento». No tenemos por qué temer, ni siquiera al caminar por el valle de sombra de muerte, porque Dios, nuestro refugio, nos protege y nos consuela.

Este Dios se nos ha revelado como un refugio (v. 3). A lo largo de la historia bíblica, nuestro Dios ha aparecido repetidamente como Salvador para librar a su pueblo. Consideremos la historia de la salvación del pueblo de Israel en el Antiguo Testamento: ¿acaso Dios los salvó solo una o dos veces? Al reflexionar sobre el significado del nombre «Jesús» —«Dios es salvación»—, comprendemos que nuestro Señor es un Dios que se deleita en salvarnos. Este Dios es nuestro refugio. Por tanto, debemos acudir al Dios que se revela como nuestro refugio. Debemos orar como David: «Inclina a mí tu oído, líbrame pronto; sé para mí una roca de refugio, una fortaleza defensiva para salvarme. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza; por amor de tu nombre, guíame y condúceme» (Salmo 31:2-3).

En tercer lugar, el Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es el Dios que nos concede la victoria.

Observemos el texto de hoy, Salmo 48:4-5: «Porque he aquí que los reyes se reunieron; pasaron todos juntos. Al verla, se maravillaron; se turbaron y huyeron apresuradamente». Este pasaje describe cómo reyes extranjeros se congregaron para invadir y conquistar Jerusalén, pero se desvanecieron como la niebla (Park Yun-sun). Al presenciar el poder de Dios, los invasores fueron presa del miedo y huyeron. En última instancia, tal como Dios destruye las naves de Tarsis con un viento del este, el Señor destruyó el poderío de las naciones, concediendo así la victoria a Israel. Nuestro Dios es quien derrota a nuestros enemigos en nuestro favor y nos otorga la victoria. Veamos Deuteronomio 20:4: «Porque el Señor, tu Dios, es quien va contigo para pelear por ti contra tus enemigos y darte la victoria». Por esta razón, el salmista no confiaba en su propio arco ni en su espada, sino que depositaba toda su confianza en el Señor, quien lo salva de sus enemigos y le concede la victoria (Salmo 44:6-7). Personalmente, siempre que pienso en el pastor principal de nuestra iglesia, quien se dedica a la obra misionera, recuerdo 1 Corintios 10:13: «No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no los dejará ser tentados más de lo que puedan resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que puedan soportarla». Escuchar noticias sobre cómo Dios rescata al pastor

principal de momentos de peligro nos permite ver que Él es verdaderamente un Dios de salvación y un Dios que nos otorga la victoria. Tengamos esto presente: nuestro Dios es, en última instancia, el Dios que nos guía a la victoria. Por lo tanto, debemos vivir por fe con la certeza de esa victoria.

Finalmente, el cuarto punto es que el Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es un Dios lleno de justicia.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:10: «Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor hasta los fines de la tierra; de justicia está llena tu diestra». La frase «de justicia está llena tu diestra» significa que Dios ejerce su justicia infaliblemente —recompensando al bueno y castigando al malvado— y, en última instancia, vindica al verdadero creyente que ha sufrido injusticia (Park Yoon-sun). Cuando presentamos nuestras quejas ante este Dios, Él, al estar lleno de justicia, nos vindica. Un ejemplo práctico de esto se encuentra en el caso del hijo del pastor Gómez, quien dirige el Ministerio Hispano de nuestra iglesia. Hace unas dos semanas, me enteré de una demanda que involucraba a su hijo, Víctor Jr. Al parecer, ocurrió un accidente automovilístico —aparentemente causado por la otra parte—; sin embargo, esa persona, a pesar de ser la culpable, demandó al hijo del pastor Gómez. La otra parte parecía ser un político influyente; en consecuencia, se dice que el oficial de policía que redactó el informe del accidente mintió en el tribunal para favorecer al político. Además, la empresa donde trabajaba Víctor Jr. también parece haber ofrecido un testimonio desfavorable para él. En medio de esta situación increíblemente difícil, el pastor y su esposa buscaron fervientemente la ayuda de Dios. Durante este tiempo, el pastor Gómez tuvo un sueño interesante: vio fuego del cielo cayendo sobre el político, el oficial de policía que hizo el informe falso y las personas de la empresa. Finalmente, hace unas dos semanas, el juez falló a favor del hijo del pastor Gómez. Tras ganar el caso, el abogado del hijo planteó dos sugerencias: primero, que la parte contraria lo indemnizara por los ingresos perdidos al no poder trabajar durante la batalla legal; y segundo, presentar una contrademanda y llevar el asunto hasta el final para que el tribunal se pronunciara formalmente sobre las mentiras y

la mala conducta de la otra parte. Sin embargo, según el pastor Gómez, decidieron no seguir adelante con el asunto. Veo en esto una fe verdaderamente admirable. Es, por supuesto, una experiencia —aunque indirecta— de la verdad que encontramos en la Escritura de hoy: que Dios, lleno de justicia, vindica a los creyentes que han sido agraviados. Lo que resulta aún más sorprendente, no obstante, es que la persona decidiera detener el proceso, a pesar de que podría haber emprendido acciones legales contra el político rival y los agentes de policía que habían mentido. Lo que comprendí gracias a esto es que debemos encomendar la venganza a Dios; en otras palabras, necesitamos saber cuándo detenernos. ¿Por qué? Porque debemos dejar la venganza en manos del Dios justo. Dios, que es justo, se ocupará del asunto. Él derrotará a nuestros adversarios. Debemos confiar en este Dios y seguir su guía.

El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es un Dios grande, nuestro refugio, Aquel que nos concede la victoria y un Dios lleno de justicia. ¿Cómo debemos responder, entonces, a esta guía? El texto de hoy nos ofrece cuatro lecciones: (1) En primer lugar, debemos alabar a nuestro Dios de todo corazón. Observemos el Salmo 48:1: «Grande es el Señor y digno de toda alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo». El salmista nos llama a alabar al Altísimo —el Dios que nos ama y reina como nuestro Rey— exhortándonos: «¡Cantad salmos a Dios, cantad salmos! ¡Cantad salmos a nuestro Rey, cantad salmos!» (Salmo 47:6). Al igual que Pablo y Silas, quienes oraban y cantaban himnos en el confinamiento de una prisión, nosotros también debemos experimentar la gran salvación de nuestro magnífico Dios mediante la oración y la alabanza llenas de fe. Debemos acudir al templo santo de Dios y alabar de todo corazón a nuestro gran Dios. (2) En segundo lugar, debemos meditar en la misericordia del Señor dentro de su templo. Observemos el Salmo 48:9: «Dentro de tu templo, oh Dios, meditamos en tu amor inagotable». La palabra hebrea original utilizada aquí para «meditar» (*damam*) implica un sentido de anhelante expectativa o espera. El salmista no desmayó en medio de la tribulación; por el contrario, se refugió en Dios y aguardó con anhelo la gracia del Señor. Como resultado, llegó a comprender la grandeza del Señor (Park Yun-sun). Nosotros

tampoco debemos desmayar en tiempos de aflicción, sino aguardar con anhelo la gracia del Señor en su templo. Mientras esperamos su misericordia, debemos llegar a comprender la grandeza de Dios. (3) En tercer lugar, debemos regocijarnos y alegrarnos. Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:11: «Que se regocije el monte Sion, que se alegren las hijas de Judá por tus juicios». Podemos regocijarnos y alegrarnos debido a los juicios justos de Dios, quien está lleno de justicia. Podemos regocijarnos y alegrarnos porque Él es el Dios que nos concede la victoria. Además, puesto que experimentamos Su salvación a través de los juicios justos del Señor, podemos regocijarnos y alegrarnos en dicha salvación. (4) Por último, el cuarto punto es que debemos transmitir esto a las generaciones futuras. Observemos el texto de hoy, el Salmo 48:13: «Observad atentamente sus murallas, examinad sus ciudadelas, para que podáis contarlo a la siguiente generación». Este pasaje nos instruye a observar con detenimiento la seguridad y la belleza de Sion (Jerusalén) — donde habita Dios— y a compartir esto con las generaciones venideras. Uno de los errores cometidos por la primera generación de Israel durante el Éxodo fue no enseñar la historia de los actos salvadores de Dios a las generaciones posteriores. En consecuencia, esas generaciones subsiguientes también pecaron contra Dios al caer en la idolatría tras entrar en la tierra de Canaán. Por tanto, debemos atender a las palabras de Deuteronomio 6:6-7: «Estos mandamientos que hoy te ordeno deben estar en tu corazón. Grábalos en tus hijos. Habla de ellos cuando estés en casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes».

El Dios que nos guía hasta el día de nuestra muerte es un Dios magnífico y nuestro refugio. Es también el Dios que se opone a nuestros enemigos y nos concede la victoria. Es un Dios justo, lleno de justicia. Por ello, debemos alabarle de todo corazón y esperar con ilusión Su misericordia dentro de Su casa. Además, debemos regocijarnos y alegrarnos, confiando en que Él nos dará la victoria. Al hacerlo, debemos transmitir a las generaciones futuras a este Dios que nos guía hasta el mismo final de nuestras vidas.

Día 39: Un hombre de bendición

[Meditación sobre el Salmo 84]

Se dice que Abraham Lincoln tuvo muchos apodos; uno de ellos era "Abraham el Honesto". Esta historia se remonta a su adolescencia, cuando trabajaba como dependiente en una tienda. Un cliente entró, pagó y se marchó, pero más tarde Lincoln se dio cuenta de que no le había devuelto los 10 centavos de cambio. Pasó toda la noche angustiado por esos 10 centavos y, al día siguiente —que era festivo—, recorrió tres millas para encontrar al cliente y devolvérselos. Quienes le rodeaban no escatimaron elogios hacia su honestidad. Sin embargo, según se cuenta, él respondió: "No sé por qué merezco elogios. No quiero ser una persona elogiada por lo que naturalmente se espera de mí, sino alguien elogiado por hacer más de lo que naturalmente se espera". Tras convertirse en abogado, lo primero que hizo Lincoln fue ofrecer representación legal gratuita a personas agraviadas que no tenían recursos para emprender acciones legales. En la primera jornada de un juicio, se dice que declaró: "Me alegra poder cumplir la promesa que le hice a Dios cuando era adolescente" (Internet).

Ciertamente, creo que Abraham Lincoln fue un canal de bendición utilizado por Dios. Al reflexionar sobre cuántas personas han disfrutado de la bendición de la libertad gracias a ello, pensé: "Dios utilizó a mis padres —por ambas ramas familiares— como canales para derramar abundantes bendiciones sobre mí". Debido a las bendiciones que Dios me ha otorgado a través de mis padres, también deseo convertirme en un canal de bendición para los demás. Con este propósito, hoy quisiera meditar en las palabras del Salmo 84. En este salmo, la expresión "bienaventurados..." aparece tres veces (versículos 4, 5 y 12). A partir de

estas palabras, deseo reflexionar sobre tres características de una "persona de bendición". Es mi oración —y les bendigo a todos en el nombre de Jesús— que, como personas de bendición, todos lleguemos a ser canales de la bendición del Señor mientras vivimos en este mundo.

En primer lugar, una persona de bendición es aquella que habita en la casa del Señor. Observemos el versículo 4 del Salmo 84: «Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán. Selah». Es probable que el salmista fuera un sacerdote que había peregrinado a Jerusalén (Park Yun-sun). Anhelaba profundamente ir al templo (versículos 1-4). ¿Por qué anhelaba el salmista con tanta intensidad el templo del Señor? Porque el templo es un lugar de oración a Dios (Park Yun-sun). Lo anhelaba porque, al orar a Dios allí, podía encontrarse y tener comunión con Él. Impulsado por este profundo anhelo, el salmista confesó: «¡Cuán hermosas son tus moradas, oh Señor de los ejércitos!» (versículo 1). La belleza de la iglesia no se define por el edificio en sí, sino por el hecho de que el Espíritu de Dios habita allí (Park Yun-sun). El templo de Dios es una casa de oración. El salmista confesaba que aquel lugar era tan hermoso porque experimentaba allí la presencia de Dios: el encuentro con el Dios que se acerca a nosotros cuando oramos (Deuteronomio 4:7). ¿Con qué profundidad, entonces, anhelaba el salmista el templo del Señor? Veamos el Salmo 84:2, el texto de hoy: «Mi alma anhela, y aun desfallece, por los atrios del Señor; mi corazón y mi carne claman por el Dios vivo». El salmista anhelaba los atrios de Dios con tal intensidad que su propio cuerpo se debilitaba. Anhelaba el templo del Señor porque deseaba profundamente la presencia de Dios a través de la oración. Así, tanto su corazón como su carne clamaban al Dios vivo. Al clamar a «mi Rey, mi Dios, el Señor Todopoderoso» (v. 3), el salmista expresaba sus sentimientos de esta manera: «Mi Rey, mi Dios, el Señor Todopoderoso: aun el gorrión ha hallado casa, y la golondrina un nido para sí, donde poner a sus crías; un lugar cerca de tus altares» (v. 3). Aquí, el salmista contrasta al gorrión —que encuentra hogar y nido para sus crías— con su propia y dolorosa situación de estar lejos del templo; Él lamenta profundamente su situación mientras suplica la oportunidad de acudir al templo del Señor (Park Yun-sun). En consecuencia, en el versículo

10, el salmista declara: «Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos; prefiero ser portero en la casa de mi Dios que habitar en las tiendas de los impíos». Aquí, habitar en los atrios del Señor simboliza una vida de verdadera comunión con Dios (Park Yun-sun). La confesión del salmista —que un solo día de verdadera comunión con Dios es mejor que mil días de una vida impía— nos enseña que nosotros también debemos anhelar fervientemente al Señor y a su iglesia.

Debemos anhelar la iglesia —la casa de Dios— tal como lo hizo el salmista. Hemos de experimentar la presencia de Dios acudiendo a su casa, congregándonos, aferrándonos unánimemente a la Palabra de promesa y dedicándonos fervientemente a la oración. La iglesia, la casa del Señor, es una casa de oración. Habiendo gustado la dulzura de la oración, debemos anhelar aún más la casa de Dios. En este anhelo, al igual que la persona bienaventurada descrita en el versículo 4 del pasaje de hoy, debemos habitar en la casa del Señor y alabarlo incesantemente. Aún recuerdo un retiro organizado por la Asociación de Pastores para la Renovación de la Iglesia en 2003. Al recibir la promesa de Mateo 16:18 —«Edificaré mi iglesia»— y cantar el himno 246, «Amo tu reino, Señor», derramé lágrimas al pensar en la Iglesia Presbiteriana Seungri. Me sentí especialmente conmovido al cantar la primera estrofa y no pude contener el llanto: «Amo tu reino, Señor, la casa de tu morada, la iglesia que nuestro bendito Redentor salvó con su propia sangre preciosa». Y al cantar la tercera estrofa —«Por ella caerán mis lágrimas, por ella ascenderán mis oraciones; a ella dedicaré mis afanes y trabajos, hasta que cesen los trabajos y las penas»— tomé la decisión de regresar a la Iglesia Presbiteriana Seungri y servir fielmente. ¡Cuánto más, entonces, deberíamos anhelar habitar en aquel hogar eterno de Dios: el cielo mismo! Al igual que el salmista en el pasaje de hoy, somos peregrinos que ya hemos emprendido el camino hacia ese hogar celestial, el verdadero templo de la Nueva Jerusalén. Así, como los héroes de la fe mencionados en Hebreos 11, damos testimonio de que somos «extranjeros y peregrinos sobre la tierra» (Hebreos 11:13). Somos aquellos que anhelan una patria mejor: una celestial (versículo 16). Mientras caminamos hacia ese hogar, veremos al Señor cara a cara (1 Corintios 13:12) y moraremos con Él para siempre. Por tanto, debemos poner la mira en las

cosas de arriba y buscar los bienes celestiales (Colosenses 3:1-2). Tal persona es verdaderamente bienaventurada. En segundo lugar, una persona bienaventurada es aquella que recibe fortaleza del Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 84:5: «Bienaventurados aquellos cuya fortaleza está en Ti, cuyos corazones anhelan los caminos hacia Sion». La persona bienaventurada anhelaba el templo del Señor y, con un deseo apasionado de ascender a sus atrios, clamaba a Dios buscando ser fortalecida por Él. Este era un clamor nacido del anhelo de experimentar —mediante la oración— la presencia del SEÑOR Dios, quien era su fortaleza. ¿Por qué deseaba el salmista con tanto fervor recibir la fortaleza del Señor? Observemos el versículo 7: «Van de poder en poder, hasta que cada uno se presenta ante Dios en Sion». La razón por la que el salmista anhelaba experimentar la presencia de Dios y recibir su fortaleza era su convicción de que solo mediante la fuerza que Dios provee se podía ascender al templo en Sion (Park Yun-sun). ¿Por qué es necesaria la fortaleza de Dios para ascender al templo del Señor? El salmista explica la razón en el versículo 6: «Al pasar por el Valle de Lágrimas, lo convierten en un lugar de manantiales; las lluvias de otoño también lo cubren de bendiciones». Para los israelitas que vivían en el extranjero en la antigüedad, el plan y el esfuerzo de visitar el templo de Jerusalén implicaban sufrimientos y obstáculos semejantes a un «Valle de Lágrimas». Sin embargo, al perseverar y atravesarlo, llegaban a un «lugar de muchos manantiales»: un estado de consuelo espiritual y gozo inefable. Allí recibirían dones celestiales, como las «lluvias de otoño», y experimentarían espiritualmente el encuentro con Dios (Park Yun-sun). Por ello, el salmista clamó a Dios: «¡Oh Señor, Dios Todopoderoso, escucha mi oración; atiéndeme, oh Dios de Jacob! (Selah)» (versículo 8).

Una de mis canciones góspel favoritas se titula "Una persona bendecida" (o "Hallando fortaleza en el Señor"). La letra dice así: "Tú, que hallas fortaleza en el Señor y guardas en tu corazón el camino hacia Sion, eres una persona bendecida por Dios; el Señor se deleita grandemente en ti. Tú, que anhelas habitar en la casa del Señor y alabarlo siempre, eres una persona bendecida por Dios; el Señor te ama profundamente. Tu servicio es un hermoso

himno, tu devoción una oración fragante; dondequiera que pises, el nombre del Señor será exaltado". Esta canción se basa en el Salmo 84. A menudo encuentro fortaleza cuando la escucho; recibo fuerzas del Señor y crece mi anhelo de habitar en su casa. Incluso cuando estoy desanimado, la fortaleza que el Señor me brinda me permite levantarme de nuevo y seguir adelante hacia ese hogar celestial. En particular, mientras camino hacia ese hogar celestial—fijando mis pensamientos en las cosas de arriba y recordando a los antepasados de la fe que ya están allí—, siento un anhelo aún mayor por el cielo. Creo que esto es precisamente lo que significa tener un corazón que guarda "el camino hacia Sion". Ese camino hacia Sion queda profundamente grabado en nuestros corazones a medida que estos se transforman cada vez más en un reflejo del cielo; los pasos que damos por esa senda junto al Señor están llenos de fortaleza y esperanza. Por eso somos personas bendecidas.

Por último, el tercer punto es que una persona bendecida es aquella que confía en el Señor.

Observemos el texto de hoy, el Salmo 84:12: "Oh Señor Todopoderoso, bienaventurado el que en Ti confía". ¿En qué clase de Dios confiaba el salmista? En primer lugar, el salmista confiaba en Dios como nuestro escudo (versículo 9). Dado que el viaje hacia el templo en Sion está lleno de dificultades y obstáculos —como un "valle de lágrimas"—, el salmista confiaba aún más en el Señor, quien actúa como escudo de la iglesia. Nuestro escudo se encuentra en Dios, quien salva a los rectos de corazón (Salmo 7:10). En segundo lugar, el salmista confiaba en Dios, el Dador de gracia y gloria (versículo 11). El Dios en quien confiaba el salmista es Aquel que otorga gracia y gloria, sin negar ningún bien a quienes caminan con rectitud.

El himno 342 (del himnario coreano), en su primera estrofa y el estribillo, dice: "Cuando enfrento dificultades y mi fe flaquea, me apoyo aún más en el Señor en quien confío. Con el paso del tiempo, Él es mi único refugio; venga lo que venga, dependo de Jesús". Debemos depender únicamente de Dios —nuestro escudo—, quien concede gracia y gloria a los

rectos y no les niega ningún bien. A medida que pasa el tiempo, siempre que afrontamos adversidades y percibimos la fragilidad de nuestra fe, debemos —reconociendo esa misma debilidad e impotencia— confiar cada vez más profundamente solo en Jesús. Verdaderamente benditos son aquellos que, de esta manera, dependen únicamente del Señor.

Ustedes, que anhelan la casa del Señor y acuden aquí para alabar y orar, son personas bendecidas. Ustedes, que claman a Dios, hallando fortaleza en Él y guardando en sus corazones el "camino hacia Sion", son personas bendecidas. Ustedes, que dependen del Señor cada vez más con el paso del tiempo, son personas bendecidas. El Señor se deleita grandemente en ustedes. El Señor los ama profundamente. Su servicio es un hermoso himno; su devoción es una oración fragante. Dondequiera que pisen, el nombre del Señor será exaltado.

Día 40: ¿Conoces el tiempo en que vivimos?

[Meditación sobre Romanos 13:11-14]

«Y conocéis el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne» (Romanos 13:11-14).

En efecto, ¿qué tiempo crees que es ahora mismo?

Mi coreano es limitado, por lo que a menudo cometo errores. Un ejemplo de ello ocurrió cuando estaba preparando el boletín para el Domingo de Ramos: muchas veces escribí «Conclusión» en lugar de «Ramos». Aunque mi coreano sea incorrecto, por alguna razón, siempre que recibo el Domingo de Ramos de esta manera, no puedo evitar pensar en el final de Jesús: es decir, en su muerte en la cruz. De hecho, el Domingo de Ramos marca el inicio de la Semana de la Pasión. Hoy es Domingo de Ramos, mañana comienza la Semana de la Pasión y el viernes es Viernes Santo, día en que se conmemora la muerte de Jesús en la cruz... ¿Qué pensamientos acuden a tu mente cada año al recibir el Domingo de Ramos de esta forma?

Anteriormente he meditado sobre la Palabra de Dios bajo el título «Dios, que hace todo hermoso a su tiempo», centrándome en Eclesiastés 3:1-14. Al observar Eclesiastés 3:1, el

sabio rey Salomón afirma que hay un tiempo para todo bajo el cielo y un momento para cada propósito. Ciertamente, debemos considerar en qué tiempo nos encontramos ahora para que Dios proceda a cumplir sus propósitos.

Aunque mi coreano sea incorrecto, siempre que recibo el Domingo de Ramos, no puedo evitar pensar en el final de Jesús. En el pasaje de hoy, Romanos 13:11, el apóstol Pablo escribe a los santos en Roma diciendo: «Y haced esto, conociendo el tiempo: que ya es hora de despertar del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez» (v. 11). ¿Cuál es, entonces, la naturaleza de este «tiempo» o «periodo» del que habla Pablo? Él destaca un par de puntos clave para nosotros hoy.

En primer lugar, este periodo es el tiempo de la Segunda Venida del Señor. En otras palabras, la época en la que tú y yo vivimos es un tiempo en el que el día del regreso del Señor se acerca. Pablo les dice a los santos en Roma —y a nosotros, al escuchar estas palabras hoy— que este es un tiempo en el que el regreso de Jesús es inminente. ¿Qué significa que el regreso de Jesús esté cerca? Significa que el tiempo de nuestra salvación —para aquellos de nosotros que creemos en Jesús— se está acercando (v. 11). Dicho de otro modo, el hecho de que el regreso del Señor esté cerca significa que el tiempo de nuestra salvación —específicamente la etapa final de nuestra redención, conocida como glorificación— se aproxima (v. 11) (MacArthur). Además, la afirmación de que nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez implica que, dado que no sabemos cuándo podríamos morir y encontrarnos con el Señor, el momento de ese encuentro se ha acercado con el paso del tiempo desde que comenzamos a creer en Jesús. Entonces, ¿qué debemos hacer tú y yo?

En segundo lugar, el tiempo del que habla Pablo es el momento de despertar del sueño. Pablo declara que, debido a que el tiempo del regreso de Jesús está cerca, ya ha llegado el momento de despertarnos de nuestro sueño. ¿Qué quiere decir Pablo aquí con la frase «ya es hora de despertar del sueño»? Significa que ahora es el momento de despertarnos del

sueño del pecado (Park Yun-sun). La época en la que vivimos es un tiempo en el que la Segunda Venida del Señor está cerca y, por consiguiente, un tiempo en el que el pecado ha alcanzado su punto máximo. Pablo hace referencia a esto en el versículo 12 del pasaje de hoy al afirmar: "La noche está muy avanzada, y se acerca el día". La frase "se acerca el día" simboliza la inminente Segunda Venida de Jesús, quien es la Luz; la expresión "la noche está muy avanzada" implica que, a medida que se acerca su retorno, la "noche del pecado" en este mundo se ha intensificado. En otras palabras, los tiempos que vivimos se caracterizan por una noche de pecado cada vez más profunda, precisamente porque el regreso de Jesús es inminente.

¿Cómo debemos vivir, entonces, en este tiempo en que la Segunda Venida de Jesús está cerca? ¿Cómo debemos conducir nuestra vida de fe en un momento en que nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez?

En primer lugar, debemos amarnos unos a otros.

Si observamos el texto griego original de Romanos 13:11, el versículo comienza con la frase "kai touto". La Biblia NASB traduce esto como "And this do" (Y haced esto). En coreano, se traduce como "Y haced esto". En otras palabras, implica: "Debéis hacer esto aún más" (Park Yun-sun). ¿A qué se refiere "esto" aquí? ¿Qué es aquello que debemos hacer con mayor intensidad? Se refiere a "amarnos unos a otros", tal como se describe en Romanos 13:8–10. ¿Qué significa esto? El mensaje es que debemos reconocer los tiempos en que vivimos — un periodo en el que la Segunda Venida de Jesús se acerca— y esforzarnos aún más por amarnos mutuamente. Especialmente ahora, cuando el amor humano se enfría —tal como Jesús profetizó respecto a los últimos tiempos en Mateo 24:12—, debemos hacer un mayor esfuerzo por amarnos unos a otros con el amor del Señor. ¿Cómo debemos amarnos, entonces? No debemos deber nada a nadie, salvo el amor mutuo. Además, debemos guardar los mandamientos de Dios: no cometer adulterio, no matar, no robar, no codiciar, etcétera.

Observemos el pasaje de hoy, Romanos 13:12: «La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz». En este momento —cuando nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez— debemos reconocer que la noche del pecado se ha intensificado y debemos desechar todas las obras de las tinieblas de este mundo. ¿Cuáles son, entonces, estas obras de las tinieblas que debemos desechar? En Romanos 13:13, el apóstol Pablo identifica tres ejemplos específicos. En primer lugar, debemos desechar las obras de las tinieblas conocidas como desenfreno y embriaguez. ¿Qué es el desenfreno? La palabra griega original **kōmos** se utilizaba antiguamente en festivales en honor a Dioniso, el dios del vino en la mitología griega; sin embargo, con el tiempo adquirió una connotación negativa, refiriéndose a una juerga desenfrenada y excesiva: fiestas salvajes y alcohólicas caracterizadas por la pérdida de control (Cottrell). En última instancia, cuando una persona se entrega al desenfreno, se embriaga, pierde el dominio propio y cae en conductas imprudentes y pecaminosas. En Eclesiastés 2:3 —un pasaje sobre el que meditamos anteriormente durante nuestra reunión de oración de los miércoles—, el sabio rey Salomón buscó descubrir la naturaleza del placer; mientras su corazón era guiado por la sabiduría, intentó satisfacer a su cuerpo con vino. ¿Cuál fue su conclusión? Confesó que sus esfuerzos por hallar placer a través de la embriaguez eran vanos y carecían de sentido (versículo 11). ¿Cuál es, entonces, el verdadero significado del desenfreno y la embriaguez? ¿Existe algún beneficio real en ellos? Como ya sabemos, Pablo afirma en Efesios 5:18: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay desenfreno». También identifica el desenfreno y la embriaguez como «obras de la carne» en Gálatas 5:19. Pablo nos insta a desechar estas obras de la carne. ¿Cuál es la razón? Que el regreso del Señor está cerca; nuestra salvación está más próxima ahora que cuando creímos por primera vez. En segundo lugar, las «obras de las tinieblas» que debemos desechar incluyen la «inmoralidad sexual y la sensualidad». El mundo en que vivimos hoy se asemeja mucho a Sodoma y Gomorra: un mundo plagado de inmoralidad sexual y sensualidad. ¿Por qué está tan lleno de tales cosas? Encontré la respuesta en Romanos 1:24, un pasaje sobre el cual ya hemos meditado: «Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en los deseos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí

sus propios cuerpos». ¿Por qué hizo esto Dios? La razón es que las personas, en su arrogante creencia de ser sabias (1:22), cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes hechas a semejanza del hombre mortal, de aves, de animales y de reptiles (v. 23). Al reflexionar sobre Romanos 13:8–10 el domingo pasado, vimos que amarse unos a otros requiere guardar los mandamientos de Dios; uno de ellos es: «No cometerás adulterio» (v. 9). A continuación, en el pasaje de hoy (Romanos 13:13), Pablo afirma que, a medida que se acerca la Segunda Venida de Jesús, debemos desechar las obras de las tinieblas; entre estas obras se encuentran la «inmoralidad sexual» y el «libertinaje». El significado literal de la palabra griega *koitē* (traducida aquí como «inmoralidad sexual») es «lecho». Si bien se refiere a la relación sexual, aparece en forma plural en este pasaje, lo que denota promiscuidad sexual, excesos sexuales y actos de prostitución (Cottrell). Por su parte, el «libertinaje» se refiere a una «conducta que viola la decencia y se entrega a la lujuria», manifestándose como «lenguaje indecente o acciones impuras» (Park Yun-sun). El apóstol Pablo ofreció este consejo no solo a los santos de Roma, sino también a los de Tesalónica. Consideremos 1 Tesalonicenses 4:3–4: «La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de la inmoralidad sexual; que cada uno de vosotros sepa controlar su propio cuerpo de manera santa y honrosa, no con pasiones lujuriosas como los gentiles, que no conocen a Dios». La voluntad de Dios es nuestra santificación. No debemos perseguir deseos lujuriosos como lo hace la gente del mundo. Esto es una obra de la carne. A medida que se acerca el momento de nuestra salvación, debemos desechar tales obras de la carne. Finalmente, lo tercero que debemos desechar en este tiempo —cuando nuestra salvación está cerca— son las «contiendas y envidias». ¿Qué son las «contiendas»? Se refieren a una disposición al conflicto y a un espíritu propenso a discutir por argumentos y asuntos triviales. La contienda refleja un espíritu hostil y competitivo: la disposición a luchar para seguir el propio camino deseado, incluso a costa de hacer daño a los demás (Cottrell). Es este espíritu de contienda el que nos lleva a envidiarnos unos a otros en nuestras relaciones. Y, a causa de la envidia, nos vemos envueltos en disputas y altercados, persiguiendo finalmente las obras de la carne en lugar de las cosas del Espíritu. Por ello, el apóstol Pablo exhorta a los santos de Roma —y a todos nosotros— a desechar las obras de la carne y las obras de las tinieblas.

Por último, en este tiempo en que la Segunda Venida de Jesús está cerca, debemos vestarnos con la armadura de la luz.

Observemos de nuevo el pasaje de hoy, Romanos 13:12: «La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con la armadura de la luz». ¿Qué es esta «armadura de la luz» que el apóstol Pablo nos dice que debemos llevar? Él nos ofrece un par de lecciones clave en este pasaje: en primer lugar, la armadura de la luz que debemos llevar consiste en «comportarnos decorosamente», tal como uno lo haría durante el día. Fijémonos en la primera parte de Romanos 13:13: «Andemos honestamente, como de día...». En otras palabras, la «armadura de la luz» que tú y yo debemos vestir significa dejar atrás la vida pecaminosa de la noche y vivir una vida propia del día. ¿A qué se refiere aquí una «vida propia del día»? Se refiere a vivir una vida decente y apropiada. Y vivir decentemente significa actuar de manera ordenada (Park Yun-sun). La conducta de quienes creemos en Jesús debe ser decorosa; dicho de otro modo, debe haber orden en nuestras acciones. ¿Por qué es así? Si bien ciertamente debemos obedecer el mandato que se encuentra en el texto de hoy, la razón fundamental es que nuestro Dios no es un Dios de desorden, sino de paz (1 Corintios 14:33). Por eso el apóstol Pablo afirma en 1 Corintios 14:40: «Pero todo debe hacerse de manera apropiada y ordenada». En segundo lugar, la «armadura de luz» que tú y yo debemos revestir no es otra que el propio Señor Jesucristo. Observemos el pasaje de hoy, Romanos 13:14: «Más bien, revístanse del Señor Jesucristo y no piensen en cómo satisfacer los deseos de la carne». ¿Qué significa «revestirnos del Señor Jesucristo»? En resumen, significa santificación. Dicho de otro modo, el mandato de revestirnos del Señor Jesucristo habla de la transformación mediante la cual nosotros —habiendo sido salvos por fe— llegamos a parecernos a Jesús (MacArthur). Y esta transformación a la semejanza de Jesús implica que nos estamos volviendo santos, tal como Dios es santo. Me viene a la mente el himno 87, «La túnica que vistió mi Salvador». La letra describe la túnica que llevó Jesús como verdaderamente hermosa (estrofa 1) y preciosa (estrofa 3), y también la llama «túnica de gloria». Tú y yo debemos vestir esta misma túnica

de Jesús... Debemos revestirnos con ropajes de gloria. A medida que se acerca el tiempo de la Segunda Venida de Jesús, debemos revestirnos de sus gloriosas vestiduras y revelar su santidad y belleza al mundo.

Permítanme concluir. Hoy, en el primer día de la Semana de la Pasión, mientras adoramos a Dios en el Domingo de Ramos, debemos meditar en el Señor —el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin— y reflexionar sobre su sufrimiento y muerte en la cruz. Al hacerlo, debemos considerar los tiempos en que vivimos. Como nos dice hoy la Palabra, debemos comprender que el regreso del Señor está cerca y que nuestra salvación está mucho más próxima ahora que cuando creímos por primera vez. Debemos reflexionar sobre cómo debemos vivir a la luz de esto. En un momento en que la noche del pecado es profunda y el regreso de Jesús —la Luz— es inminente, debemos esforzarnos por amarnos unos a otros. Debemos despojarnos de las obras de las tinieblas; debemos dejar de lado el desenfreno y la embriaguez, la inmoralidad sexual y la sensualidad, así como las contiendas y los celos. En cambio, debemos revestirnos de la armadura de la luz. Debemos comportarnos con decencia, como a plena luz del día, y vivir de manera ordenada. Sobre todo, debemos revestirnos del Señor Jesucristo. Así como Jesús es santo, también nosotros debemos ser santos. Oro para que, cuando el Señor regrese, todos podamos participar en la gloriosa cena de bodas del Cordero de Dios.

En segundo lugar, en este tiempo en que la Segunda Venida de Jesús está cerca, debemos despojarnos de las obras de las tinieblas.